CLARA PEÑALVER

LA IMPORTANCIA DE TU NOMBRE

La importancia de tu nombre

Clara Peñalver

Para —y por— Leo. Para —y gracias a— Fede.
Os quiero

Le crujía la mandíbula al masticar. Un sonido sordo, un apenas audible clac-clac-clac en el lado derecho del maxilar, que él jamás habría usado como recurso para acercarse a alguien de no ser por la refrescante espontaneidad de aquella chica.

"¿Lo oyes?", le había preguntado ella de camino a su apartamento. "Es mi rodilla, suena como si estuviera oxidada. Me rompí el menisco hace unos años, y después de varias operaciones se quedó así, como si las piezas no terminaran de encajar".

Él, agachado a escasos centímetros de la desnudez de su pierna, apenas había logrado escuchar algo. Aunque sí que imaginó un discreto ñic-ñic-ñic, como si asistiera a un concierto de goznes mal engrasados. "Eso no es nada", apuntó tras reincorporarse. Acto seguido se metió una mano en el bolsillo, sacó un chicle de menta, se lo echó a la boca y empezó a triturarlo con los molares. La menta provocó una explosión en sus glándulas salivales y un intenso frescor ascendió a través de su laringe hasta sus fosas nasales. "Dame la mano", dijo, y cuando sostuvo aquella irresistible suavidad de dedos finos y delicados, apoyó la palma en su mentón sin poder evitar estremecerse con el contacto.

"Ja, ja, ja, ja, ja, ja... ¡Te cruje la mandíbula!", constató la joven, sorprendida.

Se miraron a los ojos un instante y ella pareció ruborizarse. Estaban el uno junto al otro, tan cerca tan cerca que el rico aroma a cítricos que desprendía la chica logró acallar el olor, casi el sabor, de la menta. Tan cerca tan cerca que creyó oír el suave aleteo de sus pestañas, el susurro de su aliento, el palpitar de su corazón. Tan cerca tan cerca que su mundo empezó a hacerse pequeño. Muy pequeño. Tan pequeño —*ella*, sólo *ella*, sus ojos, sus labios, su pelo, su cuello— y tan oscuro —*ella*, sólo *ella*, su lengua, sus senos, sus curvas, su sexo— que se vio obligado a apartarse, a alejarse de la tentación, a recordarse a sí mismo que el pozo de brea en el que descansaba la bestia debía permanecer en calma ante ella.

Que *ella* era diferente a las demás.

PRIMERO

UN PRESENTE INESPERADO

Tiempo.

Se acabó el tiempo.

El primer día del fin de mi vida, tal y como la conocía hasta ese momento, me quedé dormida. Fueron Vlad y su estómago vacío quienes decidieron despertarme, caminando sobre mi pecho y maullando, cuando las agujas del reloj estaban a punto de alcanzar las ocho y diez de la mañana.

—¡No! ¡Joder! ¡Vamos a llegar tarde! —me lamenté—. ¡Tadea, despierta! ¡Llegamos tarde!

Salí de la cama y fui directa al baño, algo mareada por el sobresalto y tratando de esquivar la pomposa insistencia del gato —miau, miau miau—, empeñado en enroscarse en mis tobillos. Vacié la vejiga, abrí el grifo de la ducha y, mientras aguardaba a que el vaho de la mampara me indicara que el agua estaba lista para recibirme, exclamé de nuevo su nombre.

—¡Tadea! ¡No me obligues a sacarte de la cama!

Diez minutos después, descalza y con el pelo aún goteándome sobre los hombros, entré en el cuarto de la colada envuelta en la toalla.

—Las medias, las medias, las medias... ¡Aquí están las medias!

Ropa blanca, de colores claros, de colores intensos y negra. Cuatro montones que crecían sin parar desde hacía semanas, desde que Rita dejó de venir de la noche a la mañana. Anoté mentalmente que debía encontrar a alguien que se encargara de las tareas de la casa y revolví entre las prendas hasta encontrar un sujetador de color visón que no se transparentase con la camisa de seda blanca que pensaba ponerme, la única que quedaba con un aspecto decente en el armario.

—¡Tadea! —grité otra vez.

De camino hacia el dormitorio me detuve en su habitación, traspasé el umbral, cogí todo lo que encontré desperdigado por el suelo —una zapatilla de cordones con una gruesa suela de goma negra, un jersey verde atestado de pelotillas, un bolso que ya parecía viejo cuando lo compró— y se lo arrojé.

—Levanta de una vez, que llegamos tarde —le dije, sin ser aún consciente de que ya no hacía falta tanta prisa. Me iba a ser imposible llevarla a tiempo.

Tadea se limitó a soltar un gruñido bajo las sábanas mientras yo continuaba a la carrera. Bragas, sujetador, medias, camisa, falda de tubo, chaqueta. No, la chaqueta aún no. Tras un cepillado rápido, un golpe de secador y un poco de crema facial hidratante, me di el visto bueno ante el espejo y fui derecha hacia la cocina dando frenéticos pasitos por culpa de las estrecheces de la falda. De pronto, mi móvil sonó en algún sitio y yo sentí un fuerte pinchazo en el estómago y frené en seco.

Miré mi reloj de pulsera.

Quedaban treinta y tres minutos.

Sólo treinta y tres minutos.

¿Y si te estás equivocando?, preguntó mi inseguridad desde un punto indeterminado entre mi cerebro y la pelota de ansiedad que se había apoderado de mi pecho. *Cálmate, Elena*, me instó la psicóloga que llevo dentro, esa que a veces domina mi corteza cerebral y que confiere algo de autoridad a mi razón. Respiré hondo. Una, dos, tres veces. *¡Que te calmes!* Tardé unos segundos más en borrar la desagradable sensación de mi cuerpo. Me dije: No tiene por qué ocurrir nada. Luego reemprendí la marcha. Al pasar a la altura de la habitación de Tadea comprobé que su cama ya estaba vacía. La encontré sentada en una banqueta, con el torso inclinado hacia delante y los codos apoyados sobre la isla central de la cocina. Llevaba el pelo alborotado e iba vestida con ropa que creía haber visto antes en el suelo. ¿Tenía restos de rímel?

Dije: Ni siquiera te has lavado la cara.

Dijo: ¿Y qué más da?

Ahí estaba —en la forma y el contenido de su respuesta, en el modo en que elevaba la barbilla, apretaba la mandíbula y taladraba con la mirada algún punto entre el frigorífico y el estante de las tazas — la prueba irrefutable de que rezumaba peor humor que la noche anterior.

Aquél era su último día de condena. Tadea y su espíritu reivindicativo la habían liado bien gorda esa vez en el instituto. Pintadas de color rojo sangre en el pasillo principal. Imágenes de animales degollados, despellejados y mutilados colgando de las paredes. Vísceras de a saber qué distribuidas por las mesas de sus compañeros de aula. Y eso que hacía sólo dos meses que era vegetariana. Cinco días de expulsión. A la próxima la echarían del centro, algo que, intuía, no se dibujaba como un escenario catastrófico en su mente.

Dije: Cepíllate el pelo, al menos.

Respondió encogiéndose de hombros. ¿Qué significaba eso? ¿Que

iba a hacerlo? ¿Que no tenía la más mínima intención?

Pensé: Te está retando. Así que respiré hondo, encendí la cafetera y metí un par de rebanadas de pan duro en el tostador. Miré a Tadea de soslayo. Se estaba mordiendo las uñas, o lo que quedaba de ellas. Yo me movía nerviosa por la cocina. Saqué la leche y la mantequilla del frigorífico, el cacao de la alacena. Quería gritar, gritarle... Gritarme. Pero me obligué a guardar silencio. A no decir nada. Lo último que necesitaba en ese momento era volver a discutir con ella. Las nueve de la mañana se acercaban y empecé a notar cómo mi corazón se aceleraba.

El gato maulló desesperado. Ya no sabía qué hacer para que alguien le sirviera su desayuno. Se subió a la isla de la cocina con la cola bien tiesa, esa cola en forma de rayo tan común entre los gatos callejeros, y estampó sus morros contra la cara de Tadea. Después se deshizo en maullidos y ronroneos.

—Anda, ponle de comer a Vlad —le pedí—. Yo voy a llamar a tu padre para decirle que te retrasas. Tendrás que venir conmigo primero.

Un instante después, un clanc me sobresaltó. Las tostadas, quemadas como siempre, salieron despedidas y aterrizaron en el borde de la encimera. Al igual que cada mañana, decidí que ya era hora de sustituir el viejo tostador mientras rascaba con un cuchillo la superficie carbonizada del pan. Las partículas chamuscadas inundaron mi nariz provocándome un intenso picor. Para cuando empecé a untar la mantequilla, la urgencia de llamar a Gonzalo había devorado la necesidad de cambiar de tostador. Aunque ya no llegábamos tarde a ningún sitio, no conseguía sacudirme la prisa de encima.

Quedaban veinticuatro minutos para las nueve.

¿Dónde narices estaba el móvil?

Dejé las tostadas en el plato y corrí hacia el vestíbulo a por el bolso. De vuelta en la cocina, rebusqué en su interior. En lugar del móvil toqué algo que me hizo sacar la mano en un acto reflejo. O como si acabara de picarme un alacrán. No recordaba haber dejado el libro ahí dentro. Y pensar que hacía tres días me había parecido un regalo maravilloso. Respiré hondo, me armé de valor y volví a meter la mano en el gran saco de piel y hebillas de Anine Bing. Sujeté con los dedos índice y pulgar el maldito libro, lo sostuve frente a mí con el brazo estirado, igual que habría hecho con un desecho maloliente, y lo arrojé al cubo de la basura.

—¿Qué haces? —inquirió Tadea. Al principio, su rostro reflejaba genuina curiosidad. Acto seguido me observó con indignación y me dijo—: Si vas a hacer algo tan feo como tirar un libro, al menos échalo

al contenedor azul.

La ignoré porque tenía asuntos más importantes en los que pensar.

Quedaban veintiún minutos.

¿Cómo podía estar segura de que no iba a pasar nada? Quizá debía responder al condenado e-mail, como mínimo para pedirle a quienquiera que fuese el remitente que me dejara en paz, que se dedicara a molestar a otra persona.

¡No!

No era buena idea.

Lo mejor era no tenerlo en cuenta. Si no entraba en su juego, seguramente acabaría olvidándose de mí. ¿Verdad?

¿Verdad?

—¡Lena! —gruñó Tadea, que parecía llevar siglos llamándome.

—¿Qué? —respondí yo, inquieta.

—Se enfrían las tostadas —anunció sin moverse de su sitio, sin voluntad de echarme una mano con el desayuno.

Por fin di con el móvil. Estaba donde debía estar, dentro del bolso, en el bolsillo con cremallera donde siempre lo guardo. Junto a una canica negra y brillante. La cogí un segundo con dos dedos y encontré en ella mi rostro y toda la agitación que me embargaba. No me gustó lo que vi, de modo que esquivé mi reflejo tratando de recordar en qué momento llegó la canica a ese rinconcito del bolso, pero mi memoria no dijo nada al respecto, así que desistí y la dejé donde estaba. A continuación envié un mensaje a Gonzalo explicándole que su hija se retrasaría un par de horas. No di más detalles. Me despedí con un escueto *hasta luego* y no esperé a recibir respuesta.

Quedaban trece minutos.

Trece.

Leche caliente con cacao, café solo largo, una tostada quemada por plato, zumo de naranja de tetrabrik y dos vasos. Desayuno listo.

—No tengo hambre —me informó Tadea, refugiándose en su vaso de leche con cacao. Dio varios sorbos mientras acariciaba con la mano derecha el suave pelo anaranjado del lomo de Vlad, que comía a escasos centímetros de ella sobre la superficie de mármol.

Diez minutos.

Di un bocado a la que catalogué como la peor tostada que había salido jamás de ese viejo tostador que cada mañana rogaba, entre estertores y vaivenes de tensión, que lo dejara morir en paz. Cogí la taza de café para intentar aliviar el mal sabor de boca, pero, justo cuando iba a dar un trago, mi reloj de pulsera me recordó lo poco que faltaba para las nueve. Devolví la taza a su sitio sin poder evitar que la tensión de mi mano derecha derramara parte del café en el plato.

Tadea comentó algo. ¿Hablaba conmigo? ¿Con ella misma? ¿Con el gato? Ni idea, no la escuchaba. Me perdí en la ansiedad. Y en el tiempo. Y en las dudas. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Nueve minutos.

Todo comenzó cinco días atrás, cuando recibí, en el gabinete psicológico que dirijo, un curioso regalo. Se trataba de un libro titulado *La importancia de llamarse Helena* e iba acompañado de una nota impresa por ordenador que decía: «¡Sorpresa!». Ni el libro ni la nota iban firmados, lo que generó en mí una profunda intriga. Nunca había tenido un admirador secreto, y, como es normal, pasé todo el fin de semana dándole vueltas al coco, tratando de averiguar quién podría haberme enviado algo tan original. Jamás me gustó mi nombre, de modo que el libro cayó en mis manos como un fantástico pretexto para empezar a apreciarlo.

Ocho minutos.

Quedaban ocho minutos, y yo no podía hacer otra cosa que repasar mentalmente el origen de mi ansiedad.

A las nueve en punto de la mañana del lunes, cuando el libro —que había ocupado un lugar privilegiado en mi bolso y en mi mesita de noche y en mi mente— aún seguía arrancándome alguna que otra sonrisa de boba, recibí un e-mail en mi cuenta de correo profesional que convirtió a mi supuesto admirador secreto en algo muy diferente.

Siete minutos.

Al leerlo sentí como si dos diminutos martillos me aporrearan las sienes. Como si una poderosa mano invisible me apretara con fuerza la boca del estómago. Como si el aire se hubiera negado a entrar en mis pulmones.

Seis minutos.

El remitente firmaba como E y, aparte de preguntarme si me había gustado el primero de sus tres regalos —¿tres regalos?—, aseguraba que iba a matar a uno de mis pacientes y que yo debía decidir quién y cómo debía morir. Pese a la sensación de inseguridad que me invadió en aquel momento, me convencí a mí misma de que se trataba de una broma pesada. Sin embargo, el mismo mensaje volvió a entrar en mi bandeja de correo dos horas después desde una cuenta diferente.

Cinco minutos.

A las dos horas llegó un nuevo mensaje. Y otro, dos horas más tarde. Estuve recibiendo el mismo e-mail con la misma frecuencia desde aquel lunes, siempre con idéntico texto, nunca desde la dirección anterior. En ellos, E iba desgranando una cuenta atrás.

«Tienes cuarenta y ocho horas...».

«Tienes cuarenta y seis horas...».

«Tienes veinticuatro horas...».

«Tienes dos horas para responder a este correo aceptando las reglas del juego. Firmado: E».

El último e-mail había llegado hacía una hora y cincuenta y seis minutos.

El ruido de la banqueta me sacó de mis turbados pensamientos. Tadea acababa de levantarse. Salió de la cocina, seguida por Vlad. En ese instante me alegré de que fuese a pasar unos días en casa de su padre. No podía soportar tenerla cerca. En peligro.

Cuatro minutos.

A todos nos ha sucedido alguna vez. Todos hemos tenido en algún momento de nuestra vida una experiencia tan extraña, dura o sorprendente que lo primero que hemos pensado ha sido que lo que veíamos delante de nuestros ojos no podía ser real. A mí me ocurrió algo parecido, al menos al principio. Pero ante la insistencia del mensaje, su tono y sus amenazas, y con cada nuevo e-mail, mis dudas y mi inseguridad habían ido creciendo. Una voz dentro de mí me pedía que me protegiera —*Elena, ponte a salvo*—, me advertía de que detrás de los mensajes había una mente trastornada, una persona movida por una extraña obsesión por mí, quizá un antiguo paciente resentido o cualquier mente perturbada que me hubiera visto en televisión y supiera dónde estaba mi gabinete.

Tres minutos.

Durante esos días me había obligado a controlar la ansiedad, me había dicho a mí misma lo que habría aconsejado a cualquier cliente, a cualquier amigo, en una situación semejante: toma distancia emocional, no hagas nada de lo que dice y deja que pase el tiempo. Otro de los consejos que habría dado era acudir a la policía, por si acaso. En cambio, yo no tenía esa opción. Ni siquiera había llegado a planteármela... Por si acaso. Además de invitarme a jugar a su juego macabro, E me recordaba en cada uno de sus correos que si no quería que mi hija —*¡mi hija!*— corriera peligro, debía seguir sus instrucciones al pie de la letra, que, por supuesto, incluían no acudir bajo ningún concepto a la policía. Salvo el hecho de que había decidido no responder a sus mensajes, hasta ese momento no había transgredido ninguna de sus normas.

¡Dos minutos!

Quedaban dos malditos minutos. Y de pronto dudé. Dudé el tiempo que la esbelta aguja tardó en recorrer sus sesenta paradas en la esfera de cuarzo de mi reloj.

Un minuto.

Y entonces me arrepentí. Me dije que todavía era posible rectificar

—*Aún estás a tiempo, Elena*—, que podía responder a ese e-mail, que no era necesario poner a prueba a alguien que, a todas luces, se había obsesionado conmigo. Así que cogí el móvil, pero aunque me di prisa, la aguja del reloj avanzaba sin piedad. Desbloqueé la pantalla, abrí el correo electrónico y traté de dar con uno de los e-mails. ¿Dónde los había guardado? *Fuera de mi vista pero a buen recaudo, por si al final ocurre algo y tengo que avisar a la policía*, fue lo que me dije cuando decidí archivarlos todos en una carpeta. *¡Aquí están!*, exclamé dentro de mi cabeza. Y cuando por fin encontré uno de los mensajes, cuando abrí una ventana de respuesta, me di cuenta de que no tenía ni idea de qué escribir.

Tiempo.

Se acabó el tiempo.

El móvil empezó a vibrar y a sonar y yo grité, emití uno de esos chillidos ahogados a medio camino entre alarido y desgarro, y arrojé el aparato sobre la encimera.

—¡¿Lena?! —oí a Tadea al fondo del pasillo.

¿Qué coño hago?, me preguntaba yo mientras mi pecho, mi cuello y mi cuerpo vibraban al contundente y frenético ritmo de mi corazón.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Al cuarto saltaría el contestador. «Hola, soy Elena, en este momento no puedo atenderte, blablablá, blablablá...». Me obligué a estirar el brazo y cogí de nuevo el móvil. En la pantalla aparecía un número desconocido.

No oculto.

Desconocido.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Tadea desde la puerta de la cocina.

El móvil dejó de sonar y yo la miré sin saber qué decir. Unos segundos después, un bip me indicó que quien había estado llamando me había dejado un mensaje en el buzón de voz.

—Lena, venga ya, me estás asustando.

Alcancé a decir un escueto y poco creíble «Estoy bien, tranquila» mientras marcaba el número del contestador. Mi mente se quedó en punto muerto unos segundos. El «Tiene un mensaje de...» y todo lo que seguía a continuación me llegó a los oídos como un lejano eco. Volví a prestar atención cuando escuché una voz de varón que no conocía: «Eh, sí, ¿hola? ¿Elena? Soy el conductor que tiene que llevarla... —el sonido se entrecortaba—, llevo aparcado en la esquina de Jorge Juan con Lope de Rueda desde las nueve menos diez. He

llamado a la productora del programa y me han confirmado que la dirección es correcta, así que aquí la espero un rato más».

—Tadea, coge tus cosas, que al final sí que vamos a llegar tarde —ordené, tratando de enterrar la mezcla de alivio y ridículo que sentía con una contundente actitud de madre. ¿A quién quería engañar? El de madre era un papel al que no terminaba de acostumbrarme.

Corrí al vestidor y busqué unos zapatos acordes con mi indumentaria, me puse la chaqueta y regresé a la cocina a por el bolso. Antes de encaminarme hacia la puerta de la calle me detuve junto al cubo de la basura, lo abrí, recuperé el ejemplar de *La importancia de llamarse Helena* y lo guardé en el cajón de las pilas usadas. En ese momento no tenía ni idea de que pronto iba a agradecer haberlo conservado.

Una mano se apoyó en mi hombro
y yo di un respingo.

Desde que la aguja del reloj alcanzó las nueve en punto, mi mañana se había convertido en una desconcertante sucesión de momentos. El momento de dejar la seguridad de mi casa, bajar en el ascensor y salir a la calle. El momento de subir al taxi —«Buenos días, disculpe el retraso». «No se preocupe»— y ver pasar calles y coches y más coches, mientras Tadea, en el otro extremo del asiento, posaba en mí una mirada... ¿preocupada? El momento de la llegada a la productora. El recibimiento —«¿Qué tal todo? He leído tu último libro y me ha encantado. Preciosa, tu hija». ¡Mi hija!—. Toc-toc, toc-toc, toc-toc... El sonido de mis tacones y el silencio de los pasos de Tadea en el interminable laberinto de pasillos. El momento «brocha, rímel y cepillo» —«Pareces cansada, vas a necesitar iluminador. ¿Quieres que hoy te recoja el pelo en un moño?»—. Los interminables saludos a gente que ni siquiera me caía bien —«¡Elena, estás estupenda, chica!»—, pero que, tras meses repitiendo la ceremonia, había acabado formando parte de mi rutina. El momento de la sala de espera —«¿Agua? ¿Café?»—, arropada por la genuina cara de mosqueo de la díscola adolescente con quien compartía piso y vida. El momento de aguardar tras las cámaras a que me avisaran de que había llegado la hora de entrar en el plató. Y después, el momento de esperar sentada en el sofá a que Cati, la presentadora, cerrara la sección anterior y se instalara a mi lado.

E intercalados entre todos esos momentos, numerosos instantes de angustia calcados entre sí.

Mi mano aferraba el móvil con fuerza. Sólo aliviaba la presión cuando un impulso irrefrenable me llevaba a desbloquearlo, abrir el correo electrónico y refrescar la pantalla, rogando, casi suplicando, que no apareciera un nuevo mensaje de E.

Nada.

Una vez tras otra, lo único que encontraba era *nada*.

¿Había sido realmente una broma?

¿Me había alarmado por nada?

Una mano se apoyó en mi hombro y yo di un respingo. Era Cati, con su corto pelo rubio ceniza, sus ojos aguamarina y su mandíbula

tensa y angulosa.

—¿Estás bien? —me preguntó. No éramos amigas, pero nos teníamos aprecio. Sus diminutos labios, apenas una breve incisión de cirujano bajo la puntiaguda nariz, dibujaron una fugaz sonrisa.

Asentí. Luego emití un poco convincente «Estoy bien».

—Me ha encantado —dijo señalando el ejemplar de mi nuevo libro de autoayuda, *Únete al club de la des-Culpa y sé feliz*, que descansaba sobre la mesita del decorado, un puñado de páginas en las que explicaba a la gente cómo ser feliz pensando un poco más en sí misma.

—Me alegro —respondí. Y sonreí con un regusto amargo en el paladar, con la sensación de llevar toda la vida sin practicar nada de lo que aconsejaba en mis propios libros. ¿De verdad la gente alcanzaba la felicidad siguiendo al pie de la letra las mierdas que escribía? En realidad eran todo obviedades, fruto de aplicar el sentido común, para lo cual no era necesario tener un doctorado en psicología. Claro que, curiosamente, el sentido común es el menos común de los sentidos. ¿Quién coño es capaz de apartar la basura de su día a día, de romper lazos emocionales contaminantes y convencionalismos sociales estúpidos para cumplir sus sueños?

—¡Prevenidos! —exclamó el realizador.

Y mientras Cati se alisaba la camisa y reacomodaba su postura en el sofá, yo me sentía una imbécil. Lo que no tenía claro era si me sentía así por haberme dejado atrapar por el pánico al pensar que alguien pretendía hacernos daño a mí y a Tadea —y a uno de mis clientes, claro; no es que me hubiera olvidado, es que ellos estaban a la cola en mi lista de prioridades— o si era porque estaba cada vez más relajada... Menos alerta. Después de todo, así funciona la adrenalina: hasta al miedo a morir se acostumbra una cuando el estímulo que lo provoca permanece invariable en el tiempo. Cati me hizo su primera pregunta. Aquella mañana, en *Lánzate a vivir*, mi sección sobre psicología, tocaba hablar de felicidad, gestión de afectos y egoísmo saludable, así que me adorné la cara con una sonrisa, saqué del bolsillo la elocuencia y la frescura que me caracterizaban y focalicé toda mi atención en la entrevista.

Sentí un incómodo calor apoderándose de mi pecho,
ascendiendo por mi cuello y
conquistando el territorio de mi rostro.

Ni un beso de despedida. Ni siquiera un fugaz abrazo. Por supuesto, ausencia absoluta de un «Te quiero, Lena» o un «Te voy a echar de menos». Una hora y media después de mi paso por televisión, Tadea se apeó del taxi en el que viajábamos juntas, se colgó su enorme mochila a la espalda y avanzó hacia el portal del edificio en el que vivía su padre, dejando atrás un apenas audible «Hasta luego». Al parecer, ya era lo suficientemente mayor para no ofrecerme muestras de cariño y demasiado cría aún para darse cuenta de que pronto —quizá en un mes, un año, o dos o tres— volvería a necesitar ese cariño. Al menos, eso esperaba yo.

Mientras me preguntaba cuándo iba a liberarme del destierro afectivo al que me tenía sometida, bajé la ventanilla y exclamé:

—¡Vladi y yo vamos a echarte de menos, loquilla!

Tadea giró levemente la cabeza y en su cara asomó un breve atisbo de sonrisa. *Suficiente*, me dije. ¡Joder!, ¿tanto necesitaba que volviera a necesitarme? ¿Mi desazón era por su edad, por su insoportable adolescencia o por la sorprendente reaparición de su padre? ¿O es que, sin quererlo, sin saberlo, había acabado convirtiéndome en mi propia madre?

El taxi reemprendió la marcha cuando se lo indiqué. Me obligué a mirar al frente y me dije que mi pequeña —*sí*, para mí sigue siendo *mi pequeña*— iba a estar bien con su padre. La imaginé entrando en el ascensor, enfrentándose al espejo, volcando en él toda la intensidad de su carácter a través de la fuerza de su mirada castaña y de ese lenguaje corporal —postura firme, espalda recta, barbilla alta...— que, no podía evitarlo, me recordaba demasiado a mí misma. Más a mi yo del pasado que al de aquel ahora. El de aquel ahora era pura fachada, una costra con buena pinta y el alma encerrada en una jaula.

Salí de mi ensimismamiento cuando el taxi ya recorría la Gran Vía de San Francisco y enfilaba hacia la Puerta de Toledo. Miré por última vez —o eso me dije, *Por última vez*— la bandeja de entrada del correo electrónico y comprobé que seguía sin haber mensaje nuevo de E. Sí que se acumulaban los e-mails del trabajo, que hasta ese momento me

habían pasado desapercibidos. Abrí sólo uno: un mensaje de mi asistente con la agenda de aquel día. La primera consulta de la mañana era a las doce y media e iba justa, lo que significaba que no tenía tiempo de subir a casa a cambiarme de ropa.

Tras cerrar el correo, di un repaso a las redes sociales para revisar si todo lo que programamos la semana anterior había sido publicado. Por último eché un vistazo a WhatsApp, una red social que cada vez me pesaba más, pero de la que no podía escapar. Encontré mensajes de quince contactos. La primera de la lista era Luca, que me mandaba un audio.

Luca decía: «Hola, petarda. Ay, espera, que se me cae... —sonido de cafetería, no tuve la sensación de que se hubiera caído nada—. No, no quiero nada más, gracias. Espera, que estoy comprando un café. Hasta luego, gracias. Ahora, perdona —sonido de tráfico—, ya sabes que no soy nadie sin mi cafeína. —Yo me pregunté por qué no habría empezado a grabar el audio después de todo lo anterior—. Como de costumbre, ando un poco despistada. ¿Cuándo habíamos quedado para comer? ¿Hoy? ¿Mañana? ¿Ayer?».

La respuesta era «Hoy». Habíamos quedado para comer aquel mismo día, pero después del estrés de las últimas cuarenta y ocho horas prefería irme a casa al mediodía para descansar, así que me aproveché del eterno despiste de mi amiga y quedé con ella el día siguiente, sin fijar hora ni lugar. A continuación repasé el resto de los mensajes envuelta en vaivenes y frenazos. Cuando elevé la vista comprobé que ya recorríamos la ronda de Atocha. El tráfico era más denso de lo habitual a esas horas y el conductor parecía empeñado en ganar algún tipo de carrera.

Dejé el mensaje más importante para el final. Jaime escribía: «¿Sigue en pie lo de esta noche?», y yo me agité por dentro y sentí un incómodo calor apoderándose de mi pecho, ascendiendo por mi cuello y conquistando el territorio de mi rostro. El de aquella noche sería nuestro cuarto encuentro y aún no había ocurrido nada entre nosotros. El tipo me gustaba. Me gustaba mucho. Y quería acostarme con él. De verdad que quería. Sobre todo para demostrarme que podía —*Pues claro que puedes, Elena*—. A la hora de la verdad, sin embargo, siempre me echaba atrás. Supongo que casi dieciocho años de matrimonio monógamo —hacía seis meses desde que decidí romper con Samuel— habían acabado afectando a mi autoestima. Me sentía como si la vida me hubiera expulsado del mercado. Aunque, en realidad, me había ido yo solita, sin apenas darme cuenta. Empiezas bloqueando las miradas de hombres a quienes interesas y esquivando proposiciones tan sugerentes como inconvenientes. Al principio lo haces porque es lo

que quieres —o debes— hacer y te sientes orgullosa de ti misma rechazando cualquier propuesta que no tenga que ver con tu pareja, y eso aumenta tu autoestima porque te das cuenta de que hay personas que te miran, que te desean, y tú pasas porque puedes, y porque es lo que quieres. Y luego va transcurriendo el tiempo, y eso que hacías porque podías, porque querías, acaba siendo tan natural que dejas de advertir cuándo has entrado en el radar de alguien, cosa que no importa, porque eres feliz con tu pareja y no necesitas refuerzos externos. Pero se suceden los años y la felicidad se desgasta y, tras unos años más, se fragmenta, y tú, después de mucho mirarte al espejo, acabas considerándote poca cosa. Y sales a la calle y, como hace tiempo que apagaste y tiraste la antena de las feromonas sexuales, crees que no interesas a nadie. Que nadie te mira. Que nadie te desea. Y te sientes chiquitita. Tan chiquitita que casi olvidas que eres una gran mujer y que no estás nada mal para tu edad.

Fui consciente de que la pantalla del móvil se había apagado cuando nos detuvimos en seco en un semáforo. De pronto, en medio de la pila de basura que se había acumulado en mi cabeza por un simple mensaje de WhatsApp, aparecieron Tadea y su contundente reivindicación en el instituto. Recordé la fuerza de su mirada y la valentía de sus actos y me dije que yo era así en el pasado, que cuando quería algo siempre encontraba la forma de obtenerlo. Y, sin darme tiempo a preguntarme en qué momento de mi vida dejé de ser yo misma, me revelé contra mi inseguridad de la única forma que se me ocurrió: yendo directa al grano. Desbloqueé de nuevo el móvil y envié a Jaime mi respuesta: «Sigue en pie. Pero tengo un pequeño problema que me gustaría comentarte».

Recibí una llamada suya al instante.

—Dime, ¿estás bien? —Si no me hubiera puesto tan nerviosa, habría encontrado que su reacción era de lo más tierna.

—Sí. Ejem... Estoy bien. Ejem... Gracias —respondí. Tenía la boca tan seca que la lengua se me quedaba pegada allá por donde pasaba—. Lo que ocurre es que no puedo hablarlo por teléfono, voy en un taxi. —Mentira. No podía hablarlo por teléfono porque me daba vergüenza —. ¿Te importa colgar y te lo escribo en un mensaje?

Silencio.

—No, claro que no —respondió al fin, desconcertado—. Hasta luego.

Colgó y yo tecleé con rapidez para evitar que apareciera la sombra del arrepentimiento antes de tiempo: «Mi problema es que he estado muchísimos años con la misma persona y, aunque me encantaría dejarme llevar y disfrutar del momento cuando estoy contigo (porque

me gustas mucho), a la hora de la verdad no soy capaz. Mi problema es que me he dado cuenta de que aún no tengo la fuerza suficiente para lanzarme. Necesito que alguien me espabile... Y me preguntaba si tú querrías hacerlo».

Jaime tardaba en contestar.

Yo comencé a impacientarme.

Incluso pensé que me había precipitado, que debía haber actuado de otra forma.

Su respuesta llegó cuando dejamos atrás la Puerta de Alcalá y nos adentramos en la calle Jorge Juan.

Escribió: «Estaré en tu casa a las nueve y media. No te preocupes por la cena, tú sólo envíame la dirección».

Aquella maldita y liberadora noche,
hacía ya un buen puñado de años.

La calle Jorge Juan, en el distrito de Salamanca, debía su fama a sus *boutiques* de ropa de diseño y sus exclusivos —y caros— restaurantes. Sin embargo, aquella vía era —lo sigue siendo— mucho más que eso. Jorge Juan la formaban tres barrios a la vez. Su tramo más conocido, el que conecta Serrano con Príncipe de Vergara, era la zona de la clase *muy* alta, punto de encuentro de *fashionistas* y *gourmanders* y residencia de aristócratas, diplomáticos, nuevos ricos riquísimos y, en los últimos tiempos, venezolanos con pasta, con mucha pasta. Cuando oías a alguien decir que Jorge Juan estaba de moda, era a esa Jorge Juan a la que se refería. El trecho desde Príncipe de Vergara hasta Fermín González era el refugio de la clase alta a secas, y quizá la parte que más había conservado el aire castizo, con su aroma a barrio, a pequeño comercio y a bares de toda la vida. La clase media-alta se concentraba más allá de Fernán González, más allá del número 90. También más allá —o casi— de los yugos sociales de los ricos, más preocupados por el estatus y el prestigio que por tocar la verdadera, genuina, a veces dulce, a veces dura, a menudo sorprendente y raramente aburrida realidad.

Yo nací dentro de un bidé de Villeroy & Boch, tras un parto precipitado, sangriento y sin matrona, en un piso tan ostentoso como rancio del número 32 de Jorge Juan, en la cuna de la clase *muy* alta. Suerte que la ayuda estaba cerca, a sólo un piso de distancia bajando las escaleras. Cuando Lolita, una de nuestras asistentas —dieciséis años, extremeña, ataviada con su uniforme y su cofia para que todo el mundo supiera que en la residencia de los Maldonado Usier el servicio era de calidad—, acudió a avisar a mi padre de que su esposa acababa de romper aguas, él apartó la vista de la vagina de alguna buena señora del barrio, de esas que jamás habrían pisado un centro de salud público, se disculpó con elegancia y abandonó su clínica, y a todas sus pacientes, para echarle un cable a su mujer. Mi madre jamás le perdonaría que él, el ginecólogo más famoso de Madrid, no hubiera sido capaz de dar a su esposa, cito textualmente, «un parto digno». Mi madre era muy así, muy de frases como ésa. Puede que «No fuiste capaz de darme un parto digno» obtuviera una puntuación más bien

discreta —un cinco o quizá un seis sobre diez— dentro de su amplísimo repertorio.

Tras las muertes de mis padres, ocurridas en distintos momentos de mi vida y en circunstancias completamente diferentes, el gigantesco piso rancio y la clínica pasaron a ser míos. Primero puse en venta el piso, no por una cuestión de dinero, sino por el peso brutal que el hogar de mi infancia ejercía sobre mi conciencia. Aquellos luminosos trescientos cuarenta metros cuadrados se habían convertido en mi sótano de los horrores particular. Allí dentro, todo me recordaba a aquella noche, aquella maldita y liberadora noche, hacía ya un buen puñado de años. La cuestión del dinero llegó después, cuando un antiguo amigo de mi padre, aficionado a coleccionar propiedades en el barrio de Salamanca, me hizo una oferta por los dos inmuebles que no pude —ni quise— rechazar.

—¿Aquí le viene bien? —me preguntó el taxista, arrancándome de las fauces de mi pasado.

Asentí, aboné la carrera y me apeé del vehículo como pude, blasfemando contra la ceñida falda de tubo. Miré el reloj: las doce y veinte. Mi primer cliente estaba a punto de llegar, lo que confirmaba que no tenía tiempo de subir a casa a cambiarme, y eso que vivía a escasos veinte metros de donde trabajaba, en un edificio sin portero, por propia elección. Los porteros facilitan mucho la vida, pero también restan libertad. E intimidad. Sobre todo cuando eres consciente de que en cualquier momento un hecho fortuito, un suceso irreparable, puede obligarte a ocultar un secreto.

Eché a andar hacia la oficina —ésta sí, en un edificio con portero —, mientras un creciente agotamiento se apoderaba de mi cuerpo, desde las doloridas plantas de mis pies —malditos diez centímetros de tacón— hasta mi coronilla. Compré el gabinete y el piso donde vivíamos Tadea y yo por menos de la mitad de lo que saqué de la venta de los apartamentos de mi niñez, en el tramo intermedio de Jorge Juan. Aquella zona tenía para mí dos grandes ventajas. La primera era que el gabinete estaba en un edificio con categoría suficiente para cobrarles doscientos euros por sesión a mis clientes —sí, *clientes*, alguien que paga esa cantidad por una consulta no es sólo un paciente—. La segunda, que así podía vivir y trabajar a una distancia aceptable de mi pasado y de la gente que me vio crecer. Sí, lo sé, eran sólo unos cientos de metros. De hecho, a menudo me preguntaba por qué no me había largado de allí cuando tuve la oportunidad. Durante años le había echado la culpa a mi entonces marido, dando por sentado que para él era importante vivir allí. Después me escudé en la educación de Tadea y en el nivel académico

de los colegios e institutos del barrio. Pero ya no me quedaban excusas. Tras la separación, mi ex se fue a vivir lejos de aquel barrio y mi díscola adolescente acumulaba un rosario interminable de insubordinaciones a las estúpidas normas de los centros educativos por los que había pasado. Así que no me quedaba más remedio que buscar las verdaderas razones que me llevaron a quedarme. Puede que con los años el barrio hubiera acabado tatuándome su impronta, no sólo en la superficie, también en las entrañas. Puede que en el fondo, por mucho que me empeñase en negarlo, disfrutara del efecto que producía en los demás mi caparazón, esa máscara de mujer perfecta y todoterreno que vestía ropa insultantemente cara y dejaba un sabor de boca insuperable allá por donde pasara. Por mucho que me costara admitirlo, puede que fuera calcada a aquella gente que no había soportado jamás y de la que intenté huir con desesperación en mi juventud.

Pero lo peor de todo era que si esos «puede que» guardaban alguna relación con mi realidad, significaba que hacía demasiado tiempo que no me sentaba a hablar conmigo misma, que en algún punto entre mi rabiosa rebeldía preñada de sueños y mi por entonces estatismo de mujer madura, responsable y bastante de mentira había tomado un camino inesperado. Pero ¿qué camino? ¿El fácil? ¿El cómodo? ¿El bonito? ¿El equivocado? ¿Todos al mismo tiempo?

Me liberé de los zapatos para subir las escaleras de entrada al edificio. El gélido granito me dejó en la piel una sensación entre el alivio y la congelación. Tenía frío. Mucho. Y malestar. Era como si la boca del estómago hubiera decidido alojárseme en la garganta. Traspasé la puerta acristalada que me separaba del interior y recorrí el largo pasillo flanqueado por un anticuado zócalo de madera.

Fui a pulsar el botón del ascensor, pero advertí que no estaba en la planta baja y, como era de la generación de mi tostador, tardaría una eternidad en llegar. Decidí no esperarlo.

Mi voluminoso bolso pendiendo del hombro izquierdo y golpeándome el costado al ritmo del apresurado zarandeo de mi cuerpo. Mi mano derecha —no me había dado cuenta de que tenía una uña rota— aferrando la delgadez de los tacones de los zapatos. Y mis pies, fríos y rígidos como témpanos de hielo, devorando los cinco pisos de escaleras que me separaban del gabinete. Huía de Genaro, el portero. No quise entretenerme, y él la mayoría de las veces era puro entretenimiento.

Al coronar la escalera —mejillas candentes, respiración algo agitada, pies aún doloridos— me detuve un instante antes de entrar, me calcé los zapatos, me ceñí la falda a la cadera, me palpé el cabello

para comprobar que su aspecto era el adecuado y empujé la puerta.

—Un momento, por favor —oí decir al otro lado del mostrador.

Silvio, que además de mi asistente era el recepcionista y relaciones públicas de la clínica, parecía un pulpo al que hubieran cortado seis de sus ocho patas. Respondía al teléfono, atendía a un par de clientes, tecleaba algo en el ordenador e indicaba a una señora que ya podía entrar al despacho del fondo del pasillo, todo a la vez y sin borrar la sonrisa de su cara, dibujada más por el estrés del momento que por la alegría. Al verlo ahí, haciendo una dignísima demostración de competencia, me avergonzó recordar que lo había contratado más por pena que por sus méritos. Cincuenta y nueve años. Licenciado en ciencias económicas. Administrativo de profesión. Durante la crisis había descubierto lo que significaba coleccionar quiebras: las de las empresas para las que trabajaba. Tras navegar durante años por aguas demasiado bravas, terminó en el paro con cincuenta y cinco, una edad tan rica en experiencia como pobre en futuro laboral.

—Podrá atenderle a las cinco, ¿le viene bien? —dijo Silvio al teléfono. Aún no me había visto—. Sí, de este viernes próximo.

Me topé con él en la calle. Estaba apostado frente a la tienda Salvador Bachiller de Goya. A su izquierda, una pila de libros. A su derecha, un cartel que rezaba BUSCO TRABAJO, un listado de las empresas para las que había trabajado y su currículo. De eso hacía ya casi tres meses, y entonces yo andaba buscando secretaria. *¿Por qué no secretario?*, me dije, y lo cité en mi despacho a la mañana siguiente.

—Buenos días —lo saludé cuando se percató de que estaba en la recepción del gabinete.

Silvio detuvo todo lo que estaba haciendo —«Deme un segundo, por favor»—, me dedicó una sonrisa cálida y se centró en mi llegada.

Dijo: Buenos días, Elena. Te he dejado el correo sobre la mesa y tu primer cliente ya está en la sala de espera.

Dije: Perfecto, gracias. Dame cinco minutos antes de hacerlo pasar, porfa. ¿Algo más?

Dijo: Sí, por fin apareció el maldito teléfono.

Sujetó el aparato, que había desaparecido dos días antes, en su mano derecha.

Dije: ¿Has podido anular el pedido del nuevo?

Dijo: Sí, sin problemas.

Acto seguido, Silvio, que siempre hacía que todo pareciera fácil, regresó a sus varias tareas.

Yo eché a andar, con los talones diez centímetros sobre el suelo, nueve por encima de lo que me habría gustado, rogando al cielo por encontrar las merceditas que solía usar en la intimidad del despacho.

Aunque no las tenía todas conmigo; creía recordar que me las había llevado puestas la semana anterior y que no las había devuelto a su sitio.

Crucé el umbral, me adentré en el espacio multiambiente en el que pasaba la mayor parte de las horas de la semana y volví a desprenderme de los tacones. Solté el bolso en el diván —sí, lo sé, un diván, soy, o era, una romántica— que había junto a la ventana y me acerqué al rincón de la cafeína —para mí— y de la tila, la melisa y la hierbaluisa —para muchos de mis clientes—. Las merceditas tendrían que estar en el estante inferior del mueble. Desplacé la puertecita corredera. Nada. Tampoco las encontré ocultas tras la cortina, donde solía esconder los zapatos de tacón alto cuando me hartaba de ellos, para que no los vieran mis clientes. Como última opción me dirigí al escritorio. ¿Y si las hubiera dejado con prisas en el hueco diminuto que había junto a la cajonera? Podrían pasar desapercibidas desde...

—Pero ¿qué coño...?

El tiempo se congeló, el corazón se me aceleró y el dolor de mis pies y la urgencia de cubrirlos para recibir con profesionalidad a mi primer cliente se desvanecieron de un plumazo. «Te he dejado el correo sobre la mesa». En mi cabeza resonaron, rebotaron, las palabras de Silvio. *El correo*... Silvio no había dicho nada de eso, puede que por discreción. Me temblaban las piernas. Me incliné sobre mi sillón, sujeté con la mano izquierda el reposabrazos y me derrumbé sin apartar la mirada de lo que aguardaba sobre la mesa. No entendía nada. Bueno, sí, hubo algo que sí entendí. Después de todo, parecía que E seguía teniendo ganas de continuar con el juego.

No tiene pinta de ir de farol.
Mucho menos de cansarse.

Me encontraba tumbada en el sofá con la mirada perdida en algún punto del techo del salón. Llevaba así, ¿cuánto?, ¿una hora?, ¿dos? Vlad ronroneaba acurrucado sobre mi pecho, pero su suave y reconfortante cercanía no había logrado rebajar ni un punto mi ansiedad. Emití un largo suspiro y observé la cara de peluche de mi gato, que acababa de apoyar con cariño su patita en mi mentón. Traté de respirar con normalidad, de recuperar un estado lo más cercano posible a la calma, pero no lo conseguí.

Me dije: No pienses en ello.

Me dije: No vas a solucionar esto mirando al techo.

Y mi mente regresó a mi despacho, a la desastrosa sesión con Micky Romera.

—Ella sigue igual y yo ya no sé qué hacer. Te lo puedes imaginar... Bueno, te he contado otras veces cómo es. Y sí, sé que lo más sano sería tomar distancia, siempre me lo dices... Pero ella podría hundirme si quisiera. Eso me dijo en el viaje a Japón, ¿sabes? Que si la jodía... Pues eso. Y yo lo único que contesté fue que necesitaba darme un tiempo, que estaba muy agobiado... Que no daba abasto. Porque... No-no-no-nono... Jamás podré decirle la verdad... Que ella... Que su actitud me está matando porque...

Él, un instagramer de veinticinco años con mucho más dinero en el banco que buena parte de los vecinos del barrio de Salamanca, y con grandes dificultades para vivir fuera de las redes y conectar consigo mismo y con una realidad equilibrada, hablaba y hablaba y hablaba, mientras que yo... Yo apenas lograba aparentar que lo escuchaba.

—Que sí, que ya lo sé, que la vida es tomar decisiones, y que si quiero ser libre y avanzar tengo que aprender a asumir las consecuencias —continuaba él, intercalando en su discurso frases que yo misma le había dicho mil veces, como si mi ausencia, en alma, que no en cuerpo, le estuviera provocando una suerte de orfandad, una necesidad cruel de sujetarse, aunque sólo fuera a través del eco de nuestras sesiones anteriores, a la seguridad que siempre había encontrado en la intimidad de mi despacho—. Pero es que tú no la conoces. Ha arruinado a mucha gente. ¡A mucha! Se le cruzan los

cables y ¡bum! ¡Es tu muerte! Para las marcas, para los seguidores... ¡Para todo! ¿Te acuerdas de la VeriBrollo? Se le ha quedado una cuenta de mierda porque Maribela pensó que se le había caído un contrato por su culpa. ¿Y si me hace eso a mí? ¿Qué coño voy a hacer si me hace eso a mí?

Justo eso andaba preguntándome yo en aquel instante —*¿Qué coño voy a hacer?*—, en lugar de atender y acompañar a mi cliente. Pensaba en la flor: un crisantemo morado que, yo lo sabía, y estaba segura de que E también lo sabía, habría sido más adecuado para una tumba en un cementerio que para mi despacho. Y pensaba en la nota. La breve y perturbadora nota que palpitaba con insistencia en mi asiento, bajo el peso de mi cuerpo.

—Entonces, dime qué hago. No puedo renunciar a todo lo que he conseguido por...

¿Por ser feliz? ¿Autosuficiente? ¿Libre? ¿Por construir tu propia vida? ¿Por demostrar a la gente que te quiere, no a la que te sigue en las redes sociales, a la que te quiere, que no dependes de nadie, que te bastas tú solito? ¿Por demostrártelo a ti mismo? Debí haberle preguntado algo de eso, haber provocado un choque en él. Aquél habría sido el momento idóneo para generarle algún tipo de estado reivindicativo de sí mismo, un volcán de valentía y determinación que lo ayudara a retomar las riendas de su vida y a liberarse de una vez por todas de aquella garrapata que llevaba casi dos años machacándolo por puro placer. Pero no lo hice. En realidad, hice todo lo contrario de lo que debería haber hecho.

Recuerdo que le dije: Micky, disculpa, no me encuentro bien. ¿Te importa que te atienda en otro momento?

También recuerdo que me escuché distante. Fría. Infranqueable. Y horas más tarde, tendida en el sofá, en la soledad de mi piso, recordando el modo en que el chico se había ido de mi despacho, la forma en que fingió ante mí que todo marchaba bien, que comprendía que no pudiera atenderlo, me di cuenta de que me iba a costar mucho recuperar su confianza.

Vladi se puso en pie encima de mi pecho y empezó a masajearme con insistencia con las patas delanteras y a acariciarme el mentón con el hocico. Una de dos: o mi ansiedad había empezado a afectarle y trataba de calmarme de la única manera que sabía o, motivo más probable, había decidido mostrarme su infinito amor por mí al considerar de pronto que aquél era un buen momento para comer. Lo sujeté, me levanté con desgana y caminé con el gato en brazos hacia el espacio que ocupaba la cocina. Lo deposité sobre la encimera, cogí el pienso y rellené su cuenco. Él observó el resultado y me miró

incrédulo, como si estuviera pensando: *Humana, no estoy tan muerto de hambre como para comerme eso*. Yo le dije: Eso es lo que hay, gato caprichoso. Luego fui directa al baño, puse el tapón de la bañera y abrí el grifo. Mientras me desnudaba, el espejo tuvo a bien agasajarme con el reflejo de mi incómoda realidad: tenía los ojos hundidos y el rostro marcado por la preocupación.

Me dije: Una persona que envía veinticuatro correos electrónicos desde cuentas diferentes instándote a jugar a un juego macabro y que manda una nota como esa, acompañada de una flor como esa, no tiene pinta de ir de farol. Mucho menos de cansarse.

Al cabo de unos minutos, hundí mi cuerpo en la balsa de agua caliente. Sólo las rodillas, los ojos y la nariz me quedaron por encima del manto de la superficie. Intenté disfrutar del húmedo aroma a limón que desprendía la bañera, de la sensación de ingravidez, del silencio... Pero el silencio no llegaba. Mis leves movimientos, el sonido de mi corazón, el flujo de mi respiración... Mis pensamientos. Múltiples líneas de diálogo que hilvanaban a su antojo el hoy con el ayer y lo proyectaban hacia el mañana. Lo que había pasado. Lo que pasaba. Lo que pasaría. Me pregunté: ¿Quién puede querer hacerme daño? Poco a poco, el largo diálogo fue configurando en mi mente un escenario tan cargado de sentido como potencialmente inútil. Me planteé: ¿Tengo enemigos? Y concluí que no sabía si los tenía, pero que si existían, debía dar con ellos.

Lo primero en lo que pensé fue en el gabinete. Después de todo, E amenazaba con matar a uno de mis clientes. Cabía la posibilidad de que quienquiera que fuese E hubiera pasado por mi despacho alguna vez. O quizá guardara relación con alguien a quien había atendido en los últimos años. En mi profesión se ayuda a mucha gente, pero también son numerosas las personas que jamás superan sus problemas. Y aún más quienes, en algún momento del proceso terapéutico, oyen cosas que no quieren oír. ¿Era ése también mi caso? ¿Había yo creado sin querer a mi propio monstruo?

Acaricié con las yemas de los dedos la superficie de mi cuerpo. Las pronunciadas crestas de las caderas, la breve curvatura del pubis y la planicie de mi vientre. Si Tadea hubiera salido de mis entrañas posiblemente esa planicie estaría atravesada por una cicatriz o surcada por numerosas estrías radiales, señal inconfundible de haber sido nave nodriza durante nueve meses. Continué recorriendo el precipicio de mi ombligo, en otra vida la marcada zona abdominal, la sutil prominencia de mis senos. Y me concentré no en la sensualidad de las caricias —que en una situación diferente me habría conducido a buscar un orgasmo—, sino en la anestesia táctil de las yemas de mis

dedos y la epidermis que había sobre ellos. La delgadísima capa de agua que envolvía mi piel había logrado, con su cálida y reconfortante tensión superficial, enmascarar todo lo demás. Del mismo modo que E había conseguido, de una forma nada cálida ni reconfortante, que mi mente, que mi consciencia, dejara a un lado mi vida entera para centrarse por completo en sus palabras.

«Sinceramente... Lo esperaba. Fdo. E».

Sus palabras.

Sus últimas palabras, contenidas en una nota impresa por ordenador y entregadas por mensajería urgente junto a una flor de cementerio.

«Sinceramente...».

E lo supo desde el principio. Supo que ninguno de sus correos electrónicos obtendría respuesta. Que yo no aceptaría sus condiciones a la primera de cambio.

«Lo esperaba».

¿Hasta qué punto me conocía? ¿Qué pensaba hacer E para convencerme? ¿Para tenerme a su merced?

Mi móvil vibró en el estante que había sobre el lavabo y yo di un respingo tan enérgico que un tsunami a escala diminuta inundó el suelo del baño.

Me dije: Si no quiero morir de un ataque al corazón, se acabó el móvil por hoy.

Una hora más tarde, mi teléfono aguardaba, apagado, dentro de un cajón y yo me devanaba los sesos frente a un cuaderno. Tenía el pelo húmedo, el cuerpo envuelto en el albornoz y, sobre la mesa, una copa de vino, aunque pronto necesitaría beber de la botella.

Escribí con trazos inseguros: «¿Quién es E?», y taladré con los ojos la pregunta, como si la obstinada insistencia de mi mirada pudiera provocar que brotara del papel el nombre que necesitaba. Si E pertenecía a mi pasado, sólo existía una etapa de mi vida, una noche, para ser más concreta, donde indagar.

Escribí: «La noche maldita».

Y añadí: «¿Quién?».

Pero por más que revolví en aquel cofre mental oxidado, que había permanecido cerrado a cal y canto durante años, lo único que logré encontrar fue la nada más absoluta. Si alguien oyó algo, si alguien me vio, yo no me di cuenta.

Me dije: La otra posibilidad es el trabajo.

Una reflexión que me trasladó a dos ambientes bien distintos.

El primero me daba vértigo. Pensé en la tele, en los casi tres años que llevaba dando consejos baratos para la felicidad en el programa matinal de la televisión nacional. En todo ese tiempo había conocido varios casos de acoso a presentadoras, algunos sin importancia, otros con agresiones y órdenes de alejamiento de por medio. Si E se había fijado en mí a través de la pantalla, iba a resultarme prácticamente imposible ponerle nombre. No obstante, quizá yo pudiera hacer algo para acotar el cerco.

Escribí: «Televisión».

Y añadí: «1. Pedir a la productora del programa que me reenvíe todo lo que ha llegado a mi nombre —cartas, e-mails, lo que sea— desde que empecé a trabajar con ellos, si es que han guardado algo de lo que nunca recogí. 2. Repasar mis correos electrónicos públicos y las redes sociales en busca de mensajes sospechosos».

En aquel momento lamenté haber tirado (casi) cada obsequio y cada nota que había recibido a lo largo de los años.

El siguiente ámbito, el terapéutico, se me antojaba a priori más asumible. Sin embargo, en cuanto empecé a hacerme preguntas, el tímido copo de nieve mental multiplicó su tamaño hasta convertirse en una inmensa bola inabarcable. Me abrumaron las posibilidades.

Escribí: «Terapia».

Y añadí: «¿Quién podría querer hacerme daño por odio o por venganza?».

Empecé por lo más doloroso: los fracasos irremediables. Dos suicidios.

Regina, la herida que por aquel entonces aún me sangraba. Veinticuatro años. Dulce, tímida y a veces, sólo a veces, muy pocas, risueña. Ciento veinte kilos de sueños rotos, de relaciones que nunca llegaron a empezar, de anhelos, de... De desesperación. De ganas de rendirse. Se arrojó desde la azotea del edificio en el que vivía. Poca altura. Muerte agónica en el hospital. Yo, por aquel entonces, aún me culpaba —culpa, jodida culpa— por no haber logrado sacarla adelante. Así que era lógico pensar que su familia también me culpara.

Luego estaba Bernar. Treinta años. Novio celoso y violento. Tres intentos de suicidio —por llamarlos de algún modo— antes de poner por primera vez un pie en mi despacho. Duró muy poco en mi consulta, básicamente porque tardé muy poco en decirle lo que no quería escuchar. La expresión «suicidio instrumental» no le gustó demasiado, así que se marchó. Y cuando él me dejó a mí, su novio lo dejó a él. La terapia era requisito indispensable para estar juntos. Tras la ruptura, Bernar se consagró a una suerte de yincana de la muerte para recuperarlo. Intoxicación por antidepresivos en un hotel y

llamada a su exnovio antes de perder la consciencia. Amenaza de suicidio en el acueducto de Segovia y llamada a su ex antes de «saltar». Arañazos con cuchillas en los antebrazos, fotografía en un mensaje de WhatsApp y llamada a su ex desde la bañera. Murió por accidente cuando salía de esa misma bañera, tras un buen rato aguardando a que su «amado» fuera a socorrerlo. Un resbalón y un golpe certero al caer. Se dislocó el cuello. Su exnovio superó tan tóxica relación de dependencia viniendo a mi consulta, por eso no atendió aquel día la llamada. La madre de Bernar, en cambio, aún me recriminaba que hubiera abandonado a su hijo. Su hermano incluso había llegado a amenazarme.

Escribí: «¿Familia de Bernar?».

Luego añadí: «Poco probable. Mucha boca y poca acción».

Anoté todo eso en el mismo cuaderno que ahora me sirve para... ¿Para qué? ¿Para dejar testimonio de lo ocurrido? ¿Como posible salvoconducto en caso de que algo de lo que reventó en mi vida se arregle como por arte de magia?

Aunque quizá la más importante de las preguntas sea *¿para quién?* ¿Para quién escribo? ¿Para *ella*, que muy probablemente jamás pueda volver a leer? ¿Para quien aún hoy considera que soy la causante de toda la muerte que me rodea? ¿O para...? No, no escribo esto para E. Él no merece tanta dedicación. Lo único adecuado para E es la muerte y nada más. Una muerte agónica, sin violencia. Una muerte inevitablemente lenta. Sí, eso es.

Regresando a mis torpes pesquisas, tras dejar a un lado mis fracasos como terapeuta, pensé en qué otras personas relacionadas con mi gabinete podrían ser el malnacido que me acosaba. Personas a las que no pude o no quise atender, clientes que no entendieron bien los límites o que se creyeron más listos que yo y no soportaron quedar en alguna ocasión en evidencia, pacientes desesperados que no vieron avances, familiares que fueron descuidados durante la terapia...

Anoté: «¿Algún compañero de trabajo?».

La lista era simplemente interminable. Y para completarla iba a tener que consultar mis archivos.

Para ser sincera, lo esperaba.

De pronto me vino a la mente la última nota de E. Y de nuevo me embargó la sensación de que quienquiera que fuese —hombre o mujer, porque aún no tenía ni idea de si era él o ella, aunque me inclinaba a sospechar que podía ser él— me conocía lo suficiente para saber que hacía falta mucho más para impresionarme, para manejarme como a una marioneta.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Lo dije en voz alta y oírme me resultó extraño después de tantas horas de pensamiento. Decidí que ya era hora de coger el móvil y encenderlo, por si E me había dejado en el correo alguna sorpresa. También para llamar a Tadea y comprobar que estaba bien.

Pero sonó el timbre y yo, lejos de dejarme llevar por el pánico, recuperé de golpe la conciencia del aquí y el ahora. Tenía una cita. En casa. En ese mismo momento. Y lo había olvidado por completo.

Respondí al portero automático y lo invité a subir. Luego salí pitando hacia el dormitorio, lancé el albornoz sobre la cama. *¡No! ¡En la cama no!* Me ruboricé por aquel pensamiento. Lo cogí y lo colgué en el perchero del baño. Sólo me dio tiempo a ponerme unos vaqueros y una camiseta. De camino hacia la puerta, me di cuenta de que llevaba bragas de milagro. No tuve tanta suerte con el sujetador.

Cuando abrí, Jaime me miró con un gesto indescifrable. Antes de que pudiera decir nada, tenía un frenético beso suyo en los labios.

Sentí un espasmo entre las ingles.

Y me enfadé.

¿De verdad se ha ido sin despedirse?

Abrir los ojos y descubrirme desnuda bajo las sábanas, sola, no me pareció el mejor de los despertares. La funda del colchón estaba tan arrugada que se había soltado de una de las esquinas. Olía a sudor y a...

Miré el reloj: las siete de la mañana.

La luz se filtraba a través de las rendijas de la persiana y Vladi, que acababa de descubrir que estaba despierta, comenzó a pedir con ansia su desayuno. Aparté a la pequeña bola de pelo ronroneante y miré a mi alrededor. Todo estaba revuelto y yo, supongo que con cara de boba, no pude evitar sonreír al recordar lo que había pasado la noche anterior.

Dije: ¿Jaime?

No obtuve respuesta.

Repetí, esta vez más alto: ¿Estás, Jaime?

Nada. Y cedí al impulso de patalear sobre el colchón y golpear como una cría pequeña la almohada al saberme sola. ¿Así era como funcionaba? Una noche inolvidable —rememoré las risas, las miradas cómplices, las respiraciones sofocadas— y, justo después, ¿la mayor de las soledades?

Abandoné la cama y me dirigí a la cocina. En el pasillo pisé algo que me hizo ver las estrellas.

Grité: ¡Mierda!

Y continué con la típica retahíla de tacos a la que todos acudimos tarde o temprano para esquivar el agudo dolor de un golpe seco en la rodilla, un impacto certero en el codo o un pisotón con los pies descalzos a...

¿Una canica?

Otra canica negra, en medio del pasillo. Había salido rodando unos metros tras el incidente. Me acerqué a ella cojeando y la recogí del suelo. Luego me asomé a la leonera que era el dormitorio de Tadea y la arrojé sin preocuparme por dónde caería. Tonta de mí, pensé que era de allí de donde había salido.

Miau-miau, miau-miau.

—Ya va, ya vaaa...

Al llegar a la cocina puse de comer a mi insistente gato y encendí la cafetera.

Aún sentía sus besos en mi boca. Sus ojos... El modo en que me había acariciado con sus ojos, en que había envuelto mi cuerpo con sus brazos, como temiendo que yo pudiera desaparecer en cualquier momento. La forma en que se había colado en mi interior mientras me hundía los dientes en el cuello.

En fin... Parecía que así funcionaba la cosa.

Pero es que se ha ido sin despedirse.

Aquel pensamiento se deslizó en mi cabeza y se quedó rondando sin permiso. Para esquivarlo, intenté organizar mentalmente el día que me aguardaba.

Tenía la primera sesión a las doce. Luego, más sesiones. Después, almuerzo con Luca. Luca, mi mejor amiga, mucho más acostumbrada que yo a despertarse sola tras una noche de...

Claro. La principal diferencia entre ella y yo radicaba en que mientras yo describiría lo ocurrido como «una noche de amor apasionado», ella lo habría dejado en una simple «sesión de sexo desenfrenado».

Me dije: Estás desentrenada, Elena.

Y decidí que ya tenía bastante.

Sacudí la cabeza y regresé a los quehaceres del día. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Tras el almuerzo con Luca, unas cuantas sesiones más y directa a casa. Sola.

Sola...

Sacudí de nuevo la cabeza para espantar a ese estúpido e infantil sentimiento de desamparo que había llamado por primera vez a mi puerta el día que Tadea comenzó a ignorarme y que en ese momento, ante mi nueva pataleta, había creído que estaba preparada para dejarlo pasar.

Me dije: ¡No!

Y lo repetí en voz alta: ¡No! Aparta eso de tu mente.

Me dirigí a por el tostador. Cuando lo tuve en la mano volví a dejarlo en su sitio. Ni una sola rebanada más de pan carbonizado.

Anoté mentalmente: Comprar tostador.

Y añadí: Buscar a alguien que se encargue de la casa.

Ya no sólo se trataba del caos del cuarto de la colada. Todo lo que me rodeaba parecía tocado por un huracán. Me pregunté por qué todavía no había puesto solución a aquello. Y supe enseguida que, en el fondo, era porque extrañaba a Rita, la señora que desde hacía más de un año se había encargado de que aquel inmenso piso funcionara

como un reloj. Siempre había pensado que la trataba bien. Es cierto que apenas hablábamos, pues cuando ella llegaba a casa por las mañanas yo estaba a punto de salir y cuando regresaba, ella ya se había marchado. Pero eso de dejar de venir sin avisar... De no responder a mis mensajes... En fin, uno más de mis quebraderos de cabeza.

Me serví una taza de café y abrí el frigorífico en busca del envase de zumo de naranja, pero no estaba. Lo localicé sobre la encimera, donde aguardaba desde la mañana anterior, vacío, a que alguien lo tirara a la basura. Lo cogí y, sintiendo la amenaza de la sombra ecologista de Tadea, lo arrojé al cubo amarillo. A continuación busqué en la alacena cualquier cosa que llevarme a la boca y no encontré ni una triste galleta rancia.

Pensé: La cena.

Tenía tanta hambre —quizá por los canutos con los que acabamos la velada— que acudí a la mesa baja de la sala de estar para comprobar si quedaba algo comestible entre los restos de la cena. Al ver el sofá regresaron a mi mente nuestros cuerpos desnudos, con las piernas entrelazadas y los rostros aún ruborizados, disfrutando de la comida japonesa. Dos cuerpos que más tarde volverían a jugar en la cama.

Sentí un espasmo entre las ingles. Y me enfadé.

¿De verdad se ha ido sin despedirse?

Mientras constataba que no había sobras que comer, supuse que a lo mejor había tenido que marcharse y que para no despertarme tan temprano había preferido dejarme un mensaje.

—¡El móvil! —exclamé.

Me apresuré a liberar el aparato de su encierro en el cajón y regresé con él a la cocina. Me senté en una banqueta y le di un par de sorbos al café, que me supo a gloria, mientras se encendía el teléfono.

Abrí WhatsApp. Treinta y un mensajes. Ninguno de Jaime.

Mierda, mierda, mierda.

A continuación probé con el e-mail.

Recibí dos hostias, una por cada correo de E.

Pensé: La prueba de peso.

Y mi cuerpo se sacudió en un desagradable temblor.

Abrí el segundo e-mail con la mano temblorosa, con la angustia prendida al pecho.

E escribía: «Me preocupo por ti, Elena. Por eso creo que es importante que sepas que tu hija Tadea no está siendo una buena chica. Se parece tanto a ti que me la comería».

Justo entonces la llave sonó en la cerradura y se abrió la puerta, y yo, incapaz de apartar los ojos de la pantalla, ni siquiera reaccioné.

Jaime dijo: Buenos días, bonita. Perdona que te haya cogido las llaves, pero no había nada comestible en tu casa y me apetecía llevarte el desayuno a la cama.

En un pensamiento fugaz, me dije que aquel momento, uno de los peores de mi vida hasta la fecha, quedaría impregnado para siempre del aroma a cruasanes recién hechos. Abrí la primera foto adjunta en el correo: Tadea riendo con un grupo de chicos que parecían mayores que ella. Segunda foto: Tadea en un banco que me resultó familiar. Tercera foto: Tadea en el césped, sentada a horcajadas sobre un joven imberbe que ya no parecía tener edad de ir al instituto. Cuarta: el joven imberbe agarrando el trasero de Tadea. Quinta: el joven imberbe mordiendo el cuello de Tadea. Sexta: el joven imberbe metiéndole la lengua en la boca a Tadea. Séptima: el joven imberbe jugueteando con sus asquerosas manos bajo el jersey de Tadea.

Jaime se acercó a mí y apoyó su mano en mi hombro. Se inclinó, como si fuese a darme un beso. Yo me aparté en un acto reflejo ocultando la pantalla del móvil. *Nadie podía ver aquello*. Si le hubiera prestado un mínimo de atención me habría dado cuenta de que estaba muy preocupado.

Dijo: Elena, ¿va todo bien?

Apagué la pantalla del móvil y lo miré a los ojos. Por su expresión deduje que mi cara no le ofrecía nada bueno.

Dije: ¿Tienes el coche cerca?

Dijo: Sí, en un aparcamiento a pocos minutos de aquí.

Dije: Voy a vestirme, necesito que me lleves a un sitio.

No añadió nada más. Yo tampoco. Lo miré con gravedad, asentí y corrí hacia mi habitación.

Veinte minutos después —¡veinte minutos!— me apeé del coche y atravesé corriendo el parque del Retiro. Había reconocido el lugar de las fotos porque, hacía mucho tiempo, cuando mi querida y díscola adolescente aún me dispensaba su compañía, Tadea y yo solíamos sentarnos a leer en aquel banco.

Corrí sin parar. Sin pensar.

Corazón galopante.

Pulmones ardientes.

Una llamarada furiosa cortando el gélido frío de la mañana.

Una madre —¿una madre?— aterrorizada.

Decenas de metros antes de llegar, grité: ¡Tadea!

Pero Tadea no estaba. Tampoco el grupo de jóvenes que la acompañaban en las fotos.

Dije: Tadea.

Y susurré: Tadea...

El mero hecho de pensar y pronunciar su nombre me rajaba las entrañas.

Desbloqueé el móvil, que había sido en todo momento prisionero de mi mano derecha, y la llamé. ¿Por qué no lo había hecho antes?

Teléfono apagado o fuera de cobertura.

Grité. Emití un alarido a caballo entre el desahogo y la desesperación. Luego respiré hondo e intenté reubicar mi corazón y mis pulmones en su sitio, mientras reclamaba un poco de control a mi corteza cerebral, que obviamente andaba desbocada.

Me dije: Piensa, piensa, piensa.

Me dije: ¿Y si ha vuelto al instituto?

Y salí corriendo de nuevo en busca del coche de Jaime.

Mientras conducía, él no dijo nada, no sé si por prudencia, porque estaba descolocado o porque no tenía nada que comentar.

Una vez delante del instituto me arrojé fuera del coche y, tras esperar unos interminables minutos a que me abrieran las puertas, fui directa al aula de Tadea. Cuando llegué, ella aguardaba preocupada en el pasillo.

Le di un abrazo torpe, intenso, reconfortante. La miré de arriba abajo. Parecía intacta. Lo primero que noté no fue la creciente alarma que inundó su rostro, sino que no llevaba la misma ropa que en las fotos. En aquel momento su jersey era negro, el atestado de pelotillas que había recogido del suelo de su dormitorio. En las fotos, el jersey era a rayas verdes y negras.

Cuando estuve segura de que su imagen y la calidez de su contacto no eran un mero espejismo, desbloqueé el móvil, abrí el e-mail y le mostré las imágenes.

Dije: ¿De cuándo son?

Dijo: ¿Qué...? ¿Por qué tienes eso?

Dije: Tadea, escúchame, no voy a enfadarme, pero esto es importante.

Silencio.

¿Estaba enfadada? ¿Avergonzada? ¿Indignada?

¡Me importaba una mierda cómo estuviera!

Grité: ¡Responde de una vez, joder!

Ella respingó. Y hasta mis oídos llegaron murmullos desde el interior de su clase. Tadea se abrazó el torso, nerviosa. Me miró como si no me conociera.

Dije: Cariño, por favor, es muy importante que me contestes. ¿De cuándo son estas fotos?

Dijo: De dos días antes de que me expulsaran. Pero te juro que...

No la dejé terminar. La abracé de nuevo, con tanta fuerza que parecía que quisiera guardármela muy adentro.

Dije: Cuando salgas hoy del instituto habrá un taxi esperándote en la puerta. Te llevará directa a casa de tu padre. No salgas sola a la calle hasta que yo te lo diga.

Dijo: Lena, me estás asustando.

Se le había quebrado la voz. Y a mí el alma.

Pensé: Yo también estoy asustada. Estoy aterrorizada.

Pero dije: Por favor, hazlo por mí. Te prometo que todo va a ir bien. Lo único que quiero es asegurarme de algo.

Dijo: Es que...

Dije: ¿Lo prometes?

Unos instantes de silencio después, Tadea se dio cuenta de que sólo iba a aceptar una respuesta.

Dijo: Lo prometo.

Yo me di la vuelta y me marché. Cuando supe que ella no podía verme ni escucharme, cogí el teléfono y llamé a Silvio. Le pedí que se encargara de que un taxi fuera a recoger a Tadea a la salida del instituto. Tras la llamada me derrumbé, temblorosa y agotada, en un banco. *Va en serio. Este tío va en serio*. Repasé mentalmente lo ocurrido los últimos días. El libro. Los correos invitándome a entrar en su juego. La nota. El crisantemo. Las fotos. E nos vigilaba, se anticipaba a todos y cada uno de mis movimientos. Me tenía a su merced. Pero ¿desde cuándo? ¿Por qué iba contra mí? ¿Qué le había hecho yo para que quisiera destrozarme la vida?

Una hora después subía las escaleras hacia el gabinete lamentando

que Jaime no me hubiera dejado plantada a primera hora de la mañana. De haberlo hecho, no habría tenido que ser testigo de mi pérdida absoluta de la compostura.

Al despedirnos intenté solucionarlo. Ponerle un parche al menos.

Dije: Siento haberte metido en esto.

Dijo: No vas a contarme qué te pasa, ¿verdad?

Y yo, con un nudo en la garganta, respondí: No, no puedo. Lo siento.

Tras un largo e incómodo silencio, asintió con cara seria y se marchó. Ni siquiera hubo beso de despedida. Después de una noche llena de besos...

Cuando llegué al rellano de la quinta planta, Jaime fue sustituido en mi mente por una repentina y desagradable inquietud. Tadea estaba bien. A salvo. Entonces... ¿a qué se refería E en su primer e-mail? ¿Qué tipo de prueba de peso era la que me había mandado?

—Hola, eres Elena, ¿verdad? Lo sé por la foto.

Un chico me asaltó justo cuando iba a abrir la puerta del gabinete. Alto, delgado, con un mar de greñas derramándose bajo una gorra de Coca-Cola y medio rostro velado por unas enormes gafas de sol.

—¿Qué foto? —pregunté envuelta en una ráfaga de ansiedad. Creo que balbuceé.

—Este paquete es para ti.

—¿Cómo?

Antes de que pudiera reaccionar, el chico bajaba a toda prisa por las escaleras y yo sujetaba una caja negra entre las manos.

Pensé: La prueba de peso.

Y mi cuerpo se sacudió en un desagradable temblor.

Me alejé de la puerta del gabinete, me puse de cara a la pared, lo más apartada posible de cualquier ojo indiscreto, y levanté la tapa de la caja. Al descubrir su contenido tuve que ahogar el grito que me nació del pecho, consciente de que si alguien me pillaba con aquello iba a meterme en un buen lío. Me brotó un llanto nervioso al instante y, a continuación, un profundo sentimiento de culpa por la suerte que hubiera podido correr el dueño de la mano cercenada que había dentro de la caja. Supe de quién era por el anillo que llevaba en el dedo anular. Pertenecía a Micky Romera, el pobre chico al que el día anterior no había atendido como se merecía en mi despacho.

Querida Elena:
Hasta ahora, el plan marcha según lo esperado. Eres una mujer fuerte y un poco incrédula, lo que me obliga a dar un paso, digamos, un tanto desagradable. Está claro que necesitas una prueba de peso que demuestre que todo esto va en serio. ¿Qué será, será...? ¿No te mata la curiosidad?
Por suerte, no tendrás que aguardar más que unas horas para descubrir el pastel. Mientras tanto, disfruta de la noche. Y de la compañía ;)
E

P.D.: Tienes un nuevo plazo para aceptar, sin excepciones, las reglas del juego: mañana a las nueve en punto de la noche. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... Mientras tanto, no te saltes ni una sola de tus citas, ni uno solo de tus compromisos. Si lo haces, lo sabré. Y habrá consecuencias.

SEGUNDO

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

Veo que has dejado de llorar.

¿Qué haces?

Estás… ¿Estás arrastrando algo?

¿Qué pretendes? ¿Bloquear la puerta? ¿Piensas quedarte ahí para siempre?

¡Venga ya! ¡Esto es ridículo! Tendrás que salir tarde o temprano. ¿O es que quieres morirte de hambre?

¿Qué dices?

No.

No.

Para.

No sigas.

¡Para!

¡Que dejes de gritar o le rebano el cuello, hostias!

Eso es… Así me gusta. Si tú mantienes la calma, ella seguirá con vida. ¿Ves qué fácil?

Sí, sí, ya lo sé. Ya me lo has dicho. Soy un puto pirado y blablablá, blablablá… Mientras te desahogas —en voz baja, por favor—, voy a picar algo. Regreso enseguida.

Era yo.

¿Era yo?

Sí, era yo quien lloraba.

¿Cuánto tiempo pude permanecer allí plantada, casi a oscuras, paralizada, con la caja fuertemente apretada contra el pecho?

La caja...

Miré a mi alrededor. Silencio en el edificio. El rellano de la escalera estaba desierto, ni siquiera la luz del ascensor parpadeaba.

Sentí la fría pared a mi espalda. La caja clavada en las costillas, con tanta fuerza que la tapa había comenzado a ceder. Respiré hondo. Me obligué a destensar los músculos de los brazos y me humedecí los labios, secos como el esparto.

Le dije a mi cerebro que podía relajar la expresión de mi cara y a mi cuerpo que debía empezar a moverse.

Respiré de nuevo y eché a andar hacia la puerta del gabinete.

Abrir. Entrar. Cerrar.

En la recepción, Silvio estaba al teléfono, como siempre. Dos clientes aguardaban junto al mostrador a ser atendidos. Las puertas de los despachos permanecían cerradas. La sala de espera estaba salpicada aquí y allá de gente sentada. Observé la realidad que me rodeaba como a través de un cristal empañado, envuelta en un manto de incredulidad. Mi mundo se había paralizado, y por alguna razón no entendí, no acepté, que a mi alrededor todo lo demás siguiera funcionando con normalidad.

Muévete, ordenó una voz dentro de mi cabeza.

Necesitaba ocultar la caja de miradas indiscretas, así que obedecí.

Descongestioné una vez más mi musculatura y avancé con pasos rígidos, anquilosados, como una mujer de hojalata sin engrasar.

Me dije: Saluda.

Insistí: Saluda, que nadie note tu ansiedad.

En cambio atravesé la recepción sin decir ni pío, y entonces me di cuenta de que Silvio había dejado de hablar y me acompañaba con la mirada. Sin duda, había visto que estaba alterada, pero ni siquiera me planteé si intuía el motivo, si sabía que uno de mis clientes había sido...

¿Había sido qué?

¿Brutalmente atacado?

¿Asesinado?

No, asesinado no. No podía haber sido asesinado.

«Voy a matar a uno de tus pacientes y tú decidirás quién será y cómo morirá».

Ésas eran las palabras de E repetidas una y otra vez en todos sus correos. Así que Micky no podía estar muerto, ¿verdad?

¿Verdad?

Tras un lapso de tiempo interminable, alcancé por fin la puerta de mi despacho.

Abrir. Entrar. Cerrar.

La caja me pesaba demasiado. Palpitaba con fuerza.

Me precipité hacia mi escritorio, aparté todo lo que había encima —teclado inalámbrico, ratón, agenda, lapicero— y, cuando la solté por fin, descubrí que no era la caja lo que palpitaba sino mi cuerpo. Hasta me castañeteaban los dientes.

Pensé: ¿Qué hago con esto? ¿Qué coño hago con esto?

Me pregunté: ¿Es real o no es más que una broma pesada, una pesadilla de la que tarde o temprano acabaré despertando?

Y me dije: No puede ser real.

Y de repente me asaltó un impulso incontrolable: necesité volver a verla. Para convencerme. Para machacarme con la realidad.

Y alargué la mano, la apoyé sobre la tapa, tiré hacia arriba y...

Sí. Era real.

Muy real.

La piel pálida, tirando a amarillenta.

Los dedos doblados.

El anillo...

El anillo era inconfundible. Una mole de oro blanco en forma de serpiente que se enroscaba en la base del dedo anular hasta morderse la cola. Los ojos, dos diminutos y saltones rubíes, parecían llenos de vida.

En la muñeca observé un corte ondulado. Al menos, eso es lo que me pareció. En una desagradable visión imaginé a un carnicero hendiendo con uno de sus afilados cuchillos la piel de un animal, abriendo una primera brecha sin dificultad, cortando la carne como si fuera mantequilla, tanteando el hueso hasta encontrar la articulación, presionando después con determinación o dando un golpe seco. Un brevísimo crac y listo. Donde sólo había una pieza...

Y me pregunté: ¿Cuántas piezas? ¿Cuántos golpes secos? ¿Cuántos cortes limpios?

El teléfono sonó. Tenía que ser Silvio porque la llamada entraba

por la línea interna. Descolgué y volví a colgar. No iba a hablar con él. No pensaba hablar con nadie. No hasta que averiguara qué era lo que había pasado.

Saqué el móvil del bolso, desbloqueé la pantalla y abrí Instagram. Ni siquiera tuve que escribir su nombre en el buscador. Micky Romera se había convertido en tendencia y la lista de hashtags con su nombre era interminable.

#MickyRomera, #MickyRomeraAtacado, #MickyRomeraMano, #MickyRomeraMuerte —¿Micky Romera muerte?—, #DondeEstaLaManoDeMicky, #ImagenesMickyRomera...

El temblor volvió. Mis pulmones se tensaron. Toda la maquinaria de mi cuerpo parecía haberse preparado para sucumbir a un ataque de ansiedad después de que mi parte consciente se hubiera dejado secuestrar por la química cerebral.

Y aun así lo busqué.

Y lo encontré.

Y lo vi. De principio a fin.

Todo había ocurrido la noche anterior, de madrugada, mientras yo dormía plácidamente después de... El muy cabrón había decidido compartir el espectáculo a través de un videostreaming y, aunque Instagram lo había eliminado de la cuenta de Micky, estaba por todas partes. Mi cliente tenía un millón y medio de seguidores en esa red social. ¿Cuántas personas vieron en directo, paso a paso, lo sucedido? ¿Miles? ¿Cientos de miles? ¿Cuántas lo habían visto al cabo de tantas horas? ¿Millones?

Micky, inconsciente, amordazado e inmovilizado frente al objetivo de, deduje, la cámara de su propio móvil. Una tenue luz mostraba su rostro atravesado por dos gruesas tiras de cinta americana. Una le cubría la boca. La otra, los ojos. Según el temporizador, el vídeo apenas duraba un par de minutos. Mientras la escena avanzaba, yo sufrí una agonía eterna. No quería mirar, pero no conseguía apartar la vista de la pantalla. Una silueta vestida de negro de pies a cabeza se movía a su alrededor cuando Micky empezó a recobrar el sentido. El vídeo no tenía sonido, pero el modo en que Micky se agitaba, en que subía y bajaba su pecho, en que las partes visibles de su cara y su cuello se hinchaban y deshinchaban... La imagen me llenó la cabeza con sus gritos, el pecho con su terror.

Me levanté y empecé a caminar por el despacho con pasos erráticos, sujetando el móvil con ambas manos.

La silueta, igual que un gato que acaba de cazar un gorrión, jugaba con su presa. Le atusaba el pelo, le masajeaba los hombros, bailaba a su lado... Hasta que, por alguna razón, la acción se precipitó. La

silueta desapareció entre las sombras y, un instante después, sus manos, enguantadas de negro, entraron en escena y envolvieron el brazo derecho de Micky con lo que me pareció una goma de enfermero. La ató con fuerza mientras Micky se revolvía, mudo y ciego, frente a la cámara. La silueta permanecía oculta, fuera de la luz del foco. Sólo pude ver sus manos. Intuir sus antebrazos. Imaginar sus codos.

—No, no, no, no, no...

Lo único que salió de mi boca fue un no encadenado a otro y a otro y a otro en cuanto vi aparecer el cuchillo, y murió en un abrupto silencio cuando todo acabó. Una mano sujetó la palma de Micky y tiró de ella. La otra mano, la que blandía el cuchillo, asestó dos cortes rápidos, uno en cada lado de la muñeca. Luego jugó con la punta de acero hasta encontrar el sitio adecuado y, pese a la ausencia de sonido, yo lo escuché. Un tropezón. Y otro. Y otro. Y listo.

Un llanto nervioso me sobresaltó.

Era yo.

¿Era yo?

Sí, era yo quien lloraba.

Regresé a mi mesa y me derrumbé en el sillón. Abrí un cajón a mi derecha y saqué una lata metálica de color negro. Una enorme rosa roja adornaba la tapa, que estaba tan bien encajada que poco me faltó para arrancarme la uña al tirar de ella. Primero recibí el aroma de la hierba, casi una bofetada después de semanas, puede que meses, de encierro. Al fondo de la lata, un paquete de tabaco de liar, filtros, papel, una pequeña máquina de hacer cigarros, un par de mecheros y un único y solitario canuto. Saqué el porro y me lo llevé a la boca. Lo encendí con uno de los mecheros y di una primera calada, ansiosa, impaciente, que me irritó la garganta. Atesoré el humo en los pulmones. Uno, dos, tres segundos. Luego lo expulsé por la nariz poco a poco. Tras varias caladas más me recosté en el respaldo del sillón sintiendo, por fin, la magia del THC en mi organismo. Un agradable hormigueo me recorrió la superficie de todo el cuerpo y mi mirada empezó a deshojarse. Lo que captaban mis ojos parecía descomponerse en un aluvión de fotogramas que se desprendían y resbalaban hasta desaparecer de mi campo sensorial; infinitas versiones de una misma instantánea, una vibrante panorámica de mi despacho. El mundo que me rodeaba comenzó a ir más despacio, incluso el humo que expulsaba parecía diluirse a cámara lenta en la atmósfera que me envolvía. El tiempo se dilató, mi llanto encontró sosiego y mi ansiedad se redujo lo suficiente para permitirme pensar que podía dejarme llevar, que podía dejarme abrazar, aunque sólo

fueran unos segundos, por la dulce bruma del olvido.

Toc-toc.

¿Sigues ahí? Te he traído un sándwich y... ¿No odias esa palabra? *Sándwich*. Suena tan... ¡Puaj! Como *pícnic* o... ¡O como *bistec*! ¡Menuda mierda de palabras! Pero ¿cuál sería la alternativa? Un sándwich no es un bocadillo. Lo único que se me ocurre es *emparedado*. Aún más horrible, ¿a que sí? En fin... Te decía que te he traído un par de rebanadas de pan rellenas de queso y tomate y alguna que otra exquisitez más que he encontrado en la nevera. También hay agua y un par de piezas de fruta. Te lo dejo todo en una bandeja en el suelo, para cuando te dignes a abrir esa puerta.

Por cierto, mientras te preparaba la cena, he estado pensando en lo que podríamos hacer el tiempo que dure nuestra, digamos, íntima distancia. Se me ha ocurrido que podría contarte una historia. ¿Qué dices? ¿A que es una gran idea?

Interpretaré tu silencio como un sí.

A ver, ¿por dónde empiezo? Bueno, quizá lo primero sea meterme en el papel de narrador, ¿no crees?

De nuevo, interpretaré tu silencio como un sí.

Y la mano.

La jodida mano de Micky Romera.

Abrí los ojos, sobresaltada por uno de los maullidos de Vladi, y descubrí que, en medio de la somnolencia y la relajación, de algún modo había acabado echada en el diván.

—Ya voy... Ya voy... —dije con la voz pastosa, en parte por el sopor que aún me envolvía, en parte porque el cannabis me había secado la boca.

El gato ronroneaba ansioso a mi alrededor. Lo acaricié para calmarlo y noté en la palma de la mano que se había traído consigo el frío de la calle, y eso que, para llegar hasta allí desde la ventana de la cocina de mi piso, apenas tenía que recorrer una cornisa de unos diez metros.

Sus visitas a mi despacho formaban parte de nuestra rutina diaria. Me despertaba con Vlad a mi lado, le ponía el desayuno y me duchaba y me arreglaba mientras él se relamía sobre el respaldo del sofá o perseguía a Tadea por el piso. Luego las humanas nos marchábamos —una a clase, la otra al trabajo—, dejándolo solo en casa, y cuando yo ya estaba en el despacho, él aparecía tarde o temprano para dormir a pierna suelta, el tiempo que duraran mis sesiones, en el cajón inferior del escritorio. Era tan sigiloso —jamás salía de su rincón mientras estaba con un cliente— que, de no ser por la gatera que hice instalar en una de las ventanas y por el cuenco de agua que había siempre en el suelo, nadie habría imaginado que tenía un gato en la consulta.

¿Cuánto llevaría allí? ¿Cuánto tiempo había estado desconectada? Miré el reloj: ¡cerca de una hora! Mi primer cliente ya estaría esperando.

Me pregunté cómo había podido estar tanto rato fuera de juego. La respuesta llegó enseguida: al efecto de la hierba debía sumar la noche sin dormir, la angustia insoportable de creer que había perdido a Tadea, los constantes sobresaltos emocionales a los que estaba sometida desde que E había decidido entrar de forma abrupta en mi vida y... Y la mano. La jodida mano de Micky Romera. Sencillamente, me había desconectado. Me ocurría, me ocurre, siempre que me siento acorralada. Cuando tengo un problema, uno gordo, de los de verdad, mi cuerpo me pide que cierre los ojos y duerma. Es como si mi mente

sólo pudiera atar cabos y trazar planes de esa manera. En reposo. Me sucedió tras la muerte de mi padre. Pasé días y días metida en la cama, con la cabeza en *standby*. También varias semanas antes de la muerte de mi madre. Y cuando Tadea entró en mi vida. Sobre todo cuando Tadea entró en mi vida. Así he sido siempre. El caos. El sueño. La rabia. El movimiento. Casi siempre en ese orden. Sobre todo cuando el asunto que tengo entre manos es de vida o muerte. Y esto lo era. Aún lo es. Con E, tras el caos llegó el sueño. Tras el sueño, di la bienvenida a la rabia. Y ahora... Ahora sigo sufriendo los espasmos del movimiento.

Miré la caja, que aún descansaba sobre mi escritorio, y me dije que, hasta que decidiera cómo deshacerme de su contenido, debía encontrar la forma de llevarla encima bien escondida, sin riesgo de que la descubrieran. E había sido muy claro en su e-mail: «Mientras tanto, no te saltes ni una sola de tus citas, ni uno solo de tus compromisos. Si lo haces, lo sabré. Y habrá consecuencias». Lo sabría. ¿Cómo lo sabría?

Me dirigí hacia el pequeño armario empotrado donde tenía mi ropa de abrigo y varias mudas por si necesitaba cambiarme. Di con lo que buscaba enseguida: un enorme bolso de estilo *shopping* que guardé en el altillo el día que compré, en un impulso, el de Anine Bing que había estado usando las últimas semanas. La caja entraba justa, pero dejaba espacio suficiente para el resto de mis cosas, así que la cubrí con un pañuelo, que encontré también en el armario, y encima coloqué todo lo que llevaba en el otro bolso.

Satisfecha por el momento, tomé asiento y puse el bolso en el suelo, bajo el escritorio. A continuación descolgué el teléfono y llamé a Silvio por la línea interna. Cuando contestó, me salté el intercambio de saludos y fui directa al grano.

Dije: Silvio, ¿podrías averiguar dónde está ingresado Micky Romera?

Dijo: Ahora mismo. ¿Algo más? ¿Quieres que anule tus citas de hoy?

Su voz era grave, acorde con la gravedad de la situación. Y eso que él sólo conocía la punta de mi iceberg.

Pensé: Lo sabrá y habrá consecuencias.

Así que dije: No, gracias. Me vendrá bien tener la mente ocupada mientras nos enteramos de en qué estado se encuentra el chico.

La mente ocupada... No podía tener la mente más ocupada.

Mi pulso volvió a temblar cuando me despedí de Silvio y encajé el auricular en su sitio. Miré a mi derecha y localicé a Vladi durmiendo plácidamente en su cajón. También a mi derecha, un poco más abajo,

en el suelo, descansaba el gigantesco bolso. Moví la pierna hasta tocarlo con el tobillo. No pensaba separarme de él hasta que se me ocurriera qué hacer con lo que había dentro.

Voy a contarte una historia tan real y verdadera como el oxígeno que respiras, como el saco de piel que contiene tus músculos, huesos, venas y arterias y que da forma a tu cuerpo, como tu propia, efímera e insignificante vida, esa que te abandona poco a poco con cada aliento, con cada parpadeo, con cada latido. Una historia tan embriagadora y fascinante como inquietante y horrenda. Una historia inacabada protagonizada por un hombre a quien de ahora en adelante llamaremos Ernesto. Sí, Ernesto, como en la famosa obra de Oscar Wilde. Porque, tal y como expresaran las señoritas Susan y Cecile, ese nombre tiene algo que inspira absoluta confianza. ¿No crees?

"¡Madre mía! ¡Menudo carro llevas!".

"Gracias, amigo. Mi sudor me ha costado".

En sus buenos tiempos, su imponente presencia y su elocuencia... Ah, sí, perdona. Aún no te he introducido en la escena. Te encuentras en una gasolinera andaluza, tan perdida en medio de la nada que parece que hubieran escogido su ubicación plantando un dedo al azar sobre un mapa de la zona. Verano. El calor pegajoso de un atardecer anaranjado envuelve a nuestros personajes. De un lado, un joven con cerrado acento del sur y la cara sembrada de granos, cuya identidad no nos interesa, que recorre con mirada de admiración las contundentes formas de un Jeep Wrangler Sport rojo que brilla como recién sacado del concesionario. Del otro lado, el protagonista de nuestra historia, Ernesto, hasta este momento, y por poco tiempo, orgulloso dueño del vehículo.

"¿Te lleno el tanque?".

"Sí, amigo. Lleno, por favor".

"¿Gasolina?".

"Gasolina".

En sus buenos tiempos —y la escena que te muestro ocurre en sus buenos tiempos—, la imponente presencia y la elocuencia de Ernesto habrían logrado que cualquiera lo describiera como un gran tipo tras escasos diez minutos de charla. Su forma de mirarte a los ojos, de atender a todas y cada una de tus palabras, tus gestos, tus opiniones, los relatos de tus experiencias... Como si en esos diez minutos te hubieses convertido en la única persona importante del mundo. La única persona de *su* mundo. Claro que si pasaras junto a Ernesto más de diez minutos, es muy probable que acabaras detectando en él ciertos... ¿Cómo llamarlos? ¿Impulsos? ¿Asaltos incontrolables de ego? ¿Subidas de tono innecesarias? ¿Obsesión por tener el control? ¿Por ser siempre el protagonista? ¿Por saltarse las reglas a su antojo? ¿Por ser el puto amo? Nada que no padezca de vez en cuando todo hijo de vecino, ¿no crees? Los delirios de grandeza y el narcisismo están más a la orden del día de lo que cabría imaginar. Sin embargo, Ernesto no es como todo hijo de vecino. No lo

era, al menos. No en la escena que presenciamos. En sus buenos tiempos, al protagonista de nuestra historia podía perdonársele casi cualquier cosa. Su encanto embriagador, su carácter enigmático y su irresistible atractivo natural se encargaban de enmascarar lo demás. Era igual que uno de esos vampiros del romanticismo con poderes hipnóticos. O que un potente ambientador capaz de aplacar el hedor de las cloacas y anestesiar a las ratas.

¡Ah, qué tiempos aquellos!

¿Cuántos años han pasado desde entonces?

¿Quince?

¿Veinte?

No, déjame pensar...

Han pasado exactamente diecisiete años, cinco meses y tres... No, tres no. Cinco días. Diecisiete años, cinco meses y cinco días. Lo sé porque, apenas una semana después de esta escena, Ernesto sufrirá el mayor golpe de su vida. Un acontecimiento arrollador e inesperado que se convertirá en el verdadero punto de partida de esta historia.

¿Y por qué recorremos un pasado de Ernesto previo a ese momento clave?, te preguntarás. La respuesta es obvia: toda historia que se precie ha de comenzar acercando al lector al mundo ordinario y cotidiano de su protagonista. Por eso mismo te he traído hasta aquí, para que veas, para que huelas, para que oigas... Para que experimentes cómo era el día a día de Ernesto justo antes de que su vida diera un incómodo vuelco.

“Pero guapo, guapo. Se ven pocos de éstos por aquí, esta zona es más de Land Rover. Ya me entiendes, por la gente del campo. Esto cuesta muchos dineros“, observa el chico, que hace ademán de asomarse para ver qué hay en el asiento trasero.

Ernesto reacciona con rapidez, alarga el brazo y golpea con la mano la capota rígida de su Jeep para captar de nuevo la mirada del chaval. Siempre la ha considerado una gran cualidad, pero en este preciso instante nuestro protagonista prefiere mantener a raya la viva curiosidad de su interlocutor.

El ruido del surtidor de gasolina ameniza el resto de la conversación.

“Me has pillado. Sólo soy un tipo de ciudad con ganas de vivir aventuras“, dice Ernesto.

“Así que de vacaciones...“.

“Más que de vacaciones, yo diría que ando explorando mi libertad“, aclara Ernesto, consciente de que su interlocutor ignora por completo hasta qué punto es cierto lo que acaba de decir.

“No me queda mucho a mí para hacer eso. A poco que pasen un par de meses más, tendré mis ahorritos para largarme de aquí y no volver“.

Como te decía, en sus buenos tiempos el protagonista de nuestra historia era capaz de meterse a cualquier persona en el bolsillo. Si te fijas, es exactamente lo que está ocurriendo en esta escena. Hace ya unos segundos que el surtidor dejó de sonar y, aun así, el chaval, en lugar de sacar la manguera del tanque, despachar a Ernesto

y sentarse en su triste rincón a esperar a un improbable próximo cliente, ha continuado hablando sin parar. Mientras tanto, lejos de mostrar su creciente impaciencia, la profunda repugnancia que siente por la empedrada y purulenta cara del chico, el asco repulsivo que le provocan sus gestos y el modo en que se dirige a él, hablando sin vocalizar, escupiendo gargajos con cada pe, con cada ese, con cada ce que pronuncian sus labios, Ernesto, sin apartarse ni un instante de la luna lateral trasera de su Jeep, finge estar de lo más interesado. El chaval le cuenta que en unos meses tendrá dinero suficiente para dejar ese trabajo de mierda y dedicarse, él también, a "explorar mi libertad", y lo dice así, como si la frase fuese suya, como si supiese lo que significa realmente la expresión que acaba de robarle a nuestro protagonista.

"El tontopollas de mi jefe no sabe ni agarrársela para mear. A ver cómo se las apaña sin mí, cuando el muy idiota se dé cuenta de que nadie quiere pudrirse en una gasolinera de mierda como ésta".

Ernesto, con prisa por marcharse para concluir el asunto pendiente que aguarda en el asiento trasero de su Jeep, escucha al chico con pinta de tener todo el tiempo del mundo y piensa en cómo cortar la conversación sin ser brusco, sin levantar sospechas.

"Las llantas son guapísimas. ¿De quince pulgadas?", pregunta el chaval, que parece haber acabado por fin el relato de sus ensoñaciones y retira lentamente la manguera del tanque.

"De dieciséis. Lleva neumáticos Cooper STT".

"No veas. Con esto te subes hasta por las paredes".

"Eso espero amigo. Eso espero".

La llegada de otro vehículo, un Land Rover con pinta de llevar mucho campo a cuestas, proporciona una salida natural a nuestro protagonista.

"Si me dices qué te debo, no te entretengo más, amigo".

El chaval sonríe.

"Lo que marca el contador. ¿Efectivo o tarjeta?".

"Efectivo".

Ernesto aprovecha que el chaval se ha acercado a saludar al nuevo cliente para abrir la puerta trasera del Jeep. Lo hace sin prisa, sin miedo a miradas indiscretas, pues las únicas personas de carne y hueso —y con vida— que hay a decenas de kilómetros a la redonda son el joven dependiente de la gasolinera y el tipo entrado en años y de movimientos torpes que se ha apeado del Land Rover, ambos demasiado lejos para preocuparse por ellos.

Tú, en cambio, sí que puedes asomarte. Eres invisible, una mera sombra, un puñado de sentidos sin cuerpo. Si te acercas a Ernesto, si alzas la vista por encima de su hombro, llegarás a tiempo de ver cómo levanta con dificultad un voluminoso saco de lona, cómo rebusca con la palma de la mano hasta encontrar su cartera, que a saber cómo ha acabado ahí debajo. Ya con un billete de cincuenta euros en la mano, y tarareando una canción que parece haberse colado sin remedio en su cerebro, sostiene algo que recuerda a un tanga —quizá un liguero— de color rojo, se lo

aproxima a la nariz y absorbe su aroma con deleite unos segundos, antes de guardarlo en una bolsa de gimnasio repleta de recuerdos y herramientas que hay tras el asiento del copiloto, en el suelo del vehículo.

“Bueno, amigo, yo continúo mi camino. Espero que algún día puedas hacer un viaje tan fascinante como el mío“, dice Ernesto tras abonar lo que debe.

Intercambian varias frases más, pero tú eres incapaz de centrarte en la despedida. Tu atención y todos tus sentidos se han quedado atrapados en el asiento trasero del Jeep. En el enorme saco de lona que descansa sobre él. En la bolsa que hay en el suelo. Y en ese desagradable olor fruto de... De... Antes de que puedas ponerle un nombre, Ernesto sube al coche, arranca el motor y se lanza a la carretera llevándose consigo lo que tanto te perturba y dejando atrás el pegajoso calor, que acabará disipándose con las sombras del ocaso.

¿Qué podía hacer?

¿Tirarla?

¿Ocultarla?

¿Destruirla?

¿Por qué le gustaría tanto a Luca aquel sitio? Ni siquiera era un restaurante de verdad. No era más que un inmenso escaparate en el que servían comida. Mesas, sillas y demás complementos cambiaban cada temporada. También las etiquetas con sus números de referencia y precios. Lo único con encanto allí era la basílica de Nuestra Señora de la Concepción al otro lado de la calle, visible desde donde estábamos sentadas a través de la inmensa cristalera. Albóndigas de salmón con puré de patatas y zumo de naranja para mí. Albóndigas de salmón, rollito de humus, perrito caliente y cerveza para mi amiga. Probablemente ella pediría luego un postre —o dos— y un café —o dos—. Yo seguro que no. A aquellas alturas, ya había olvidado lo que significaba comer sin vomitar después. La angustia me devoraba por dentro. Escrutaba mi alrededor una y otra vez. Cada persona, cada mirada, cada movimiento, sospechoso o no, me quemaban en la piel.

Estaba claro que E me vigilaba. Lo que desconocía era su sistema.

¿Me seguía como hizo con Tadea en el parque?

¿Lo hacía solo o tenía ayuda?

¿Llevaba un registro exhaustivo de todos y cada uno de mis movimientos?

¿Me controlaba a través del móvil?

Miré el aparato, que descansaba sobre la mesa junto a mi triste bandeja de comida, lo cogí, desbloqueé la pantalla y lo apagué. Por si acaso.

¿Cuántas de las personas que me rodeaban podían ser E?

—¿Holaaa? ¿Estás ahí? —Luca me dio un toque con el dedo índice en la frente—. Te noto mucho más ausente que de costumbre.

—¿Qué? —dije, y a juzgar por su reacción, probablemente con cara de boba.

—¡Madre mía, Lena! A ti te pasa algo, porque, a ver, normalmente estás y no estás. Estás conmigo, hablando, preguntando, regañándome por haber metido la pata por algo..., y de repente coges el móvil y desapareces un instante para hacer una llamada o enviar un mensaje.

Te vas y vuelves. ¡Pero es que hoy no estás! —Mi amiga se expresaba con todo el cuerpo: sus manos hacían aspavientos, sus grandes ojos se abrían hasta mostrar entera la circunferencia de sus iris verdes y su esponjoso pelo pelirrojo avanzaba y retrocedía con el movimiento de la cabeza—. Venga, dímelo, ¿qué es lo que te pasa?

Si había alguien que me conocía de verdad —de verdad, de verdad —, al menos en aquella época, era Luca. Claro que no había que ser demasiado lista para deducir que entonces yo no me encontraba, digamos, dentro de mi normalidad. Me habría encantado compartir con ella toda aquella mierda, pedirle que me ayudara a resolver el embrollo. Pero no debía. No soportaba la idea de ponerla en peligro. Después de Tadea, Luca era una de las personas más importantes de mi mundo. Nos conocíamos desde hacía tanto que ya ni siquiera hacía falta ponerle edad a nuestra amistad. Colegio —ella, la bocazas; yo, la mosquita muerta—, instituto —ella, la rompecorazones; yo, la empollona—, universidad —ella, el alma de las fiestas; yo, la responsable—... En la vida en general, ella siempre fue la espabilada. Yo, la correcta, la que daba los pasos que, se suponía, debía dar.

—¿Y bien?

La miré e intenté dar con algo que decir, pero lo único que encontré fue la maldita caja, que aún seguía ahí, al fondo de mi gigantesco y ridículamente caro bolso negro. Aún no tenía ni idea de qué hacer con ella. Porque ¿qué podía hacer? ¿Tirarla? ¿Ocultarla? ¿Destruirla? ¿Y si la hacía desaparecer? Pero ¿cómo? ¿Quemándola? ¿Disolviéndola como en *Breaking Bad*? ¿De verdad era tan fácil disolver un cuerpo humano? ¿Cuánto tardaría en deshacerse?

—Pues, no sé... —dije. Y ahí lo dejé, esperando que el silencio que se desparramó entre nosotras tras mi insulsa respuesta produjera algún efecto en Luca.

¿Cómo iba a centrarme en ella si tenía la incómoda, inquietante, horrible sensación de que me vigilaban? Sentía tan cerca a E que por momentos creía notar su aliento en la nuca.

—Tú no estás bien. ¿Ha tratado de darte por culo Samuel? —Samuel era mi ex. Yo negué con la cabeza mientras ella empezaba a encadenar preguntas—. ¿Algún problema con Tadea? ¿Con el gabinete? ¿Con el libro nuevo? —Luca no aguardaba las respuestas. Fiel a su idiosincrasia, se había lanzado de cabeza a superar el reto de «a ver si averiguo por qué razón mi amiga hoy es un muermo»—. ¿Has quedado con Jaime y la cosa no ha ido bien? Ay, nena, a ver si te lo tiras de una vez, que a este paso va a haber que desvirgarte de nuevo. —Anoté mentalmente meter cuña con el tema de Jaime en cuanto tuviera oportunidad, eso nos distraería a ambas de mi estado de ánimo

—. Por cierto, tengo que contarte novedades: ¡he conocido a alguien! —Por un momento albergué la esperanza de que ella solita se alejara del tema, pero...—. ¡Oh, venga! ¡No me jodas! ¿Cómo no he caído antes? Pero qué insensible soy... Es por el chico ese, el instagramer, ¿cómo se llama?

Pensé: Maldita verborrea mental la de mi amiga.

Aunque podría haber sido peor. Podría haber continuado dando vueltas al tema hasta obligarme a improvisar algo. Y yo no sabía mentir. Básicamente porque mi memoria siempre había brillado por su ausencia, con lo cual, cuando soltaba embustes espontáneos, la mayoría de las veces acababan pillándome porque me olvidaba enseguida y no protegía mis mentiras. Lo bueno de que Luca hubiera sacado a colación a mi cliente era que «el chico ese» formaba parte del motivo por el que estaba a punto de arrancarme la piel a tirones, lo que me proporcionaba la oportunidad de contarle una verdad a medias.

—Micky Romera —dije. Y permanecí en silencio. La conocía tanto como ella me conocía a mí, y sabía perfectamente que, con un poco de suerte, volvería a rellenar mi silencio.

—Lo siento mucho, Lena. ¿Cómo estás? —preguntó, y tampoco esperó la respuesta—. Bueno, ya veo que estás hecha una mierda, pero ¿cómo ha sido? ¿Cómo te has enterado? ¿Has ido a verlo? No me lo puedo ni imaginar. Que alguien entre en tu casa mientras duermes —la piel de todo el cuerpo se me erizó al escucharla—, que te deje inconsciente, te ate y... Madre mía. ¿Has podido hablar con él?

Negué con la cabeza. Y esta vez lo del silencio no funcionó. Luca esperaba que le lanzara información, así que eso es lo que hice. Le conté lo que sabía, esquivando por supuesto la existencia de mi siniestro *amigo* E. Le expliqué que estaba ingresado en Sanchinarro —esto lo había averiguado Silvio— y que no había podido visitarlo porque lo estaban operando.

Luca preguntó: ¿Han encontrado la mano?

Yo respondí: No lo sé.

Y noté que se me atragantaban las palabras, que me ardían el pecho, la garganta y la cara. Me reacomodé en el asiento y me aclaré la voz antes de añadir: Intentaré ir a verlo esta tarde.

A continuación, cogí el bolso y me disculpé con la excusa de ir al baño, pero no llegué a bajar los dos tramos de escaleras que me separaban de los aseos. Cuando estuve en la planta principal y localicé la puerta de la calle, sentí el impulso incontrolable de salir de allí cuanto antes. Y por alguna razón, mientras me encaminaba con determinación hacia el gélido frío de aquella mañana de enero, me di

cuenta de que estaba huyendo de una sombra que me acompañaba. Y comprendí, casi acepté, que, a menos que hiciera algo, la amenaza de E iba permanecer junto a mí aunque lograra deshacerme de lo que llevaba conmigo en el bolso.

“Vamos, hombre, piénsatelo bien. ¿Qué vas a hacer tú sin Laura? Si estás loco por ella. Si... Si estáis hechos el uno para el otro”.

Diez minutos después...

“Pues claro que te quiere, Laura. Es sólo que anda agobiado con el trabajo y... Sí, ya sé que siempre está ocupado, pero compréndelo, su padre acaba de salir de una auténtica pesadilla y le ha tocado a él encargarse de todo durante su ausencia. La cuestión, créeme, es que te sigue queriendo como el primer día“.

Veinte minutos más tarde...

“No, tío, no me parece buena idea. En serio, creo que... Vale, tu padre lo ha pasado mal. Sí, sí, es verdad que casi se muere y que esto es importante para él. Pero párate un segundo y ponte en su lugar...“.

Otro puñado de minutos más y...

“Tranquila. Voy a hablar con él, ya verás como todo se arregla. No... No, Laura... Laura, no llores. Escúchame, por favor. Escúchame... Escúchame... Laura, ¿confías en mí? No, responde a mi pregunta, ¿confías en mí? Vale, bien. Pues tómate algo para que puedas dormir tranquila y vete a la cama. Mañana todo esto habrá sido sólo un mal trago, te lo prometo“.

Nos encontramos en una de las cinco habitaciones de un pequeño motel de carretera, pocas horas después de la escena de la gasolinera, pero a mucha —más de lo esperado— distancia de allí. En este lugar el calor es tan seco que, incluso durante el reinado de la luna, la atmósfera deshidrata la piel y consume la energía de todo bicho viviente. ¿Que por qué aquí? Por imperativo circunstancial. Ernesto ha tenido que recorrer kilómetros y kilómetros hasta dar con este lugar. Necesitaba con urgencia un sitio discreto donde poder detenerse a pensar, y aquí las habitaciones son amplias casitas independientes alejadas de la recepción. El tipo con cara de pocos amigos que lo atendió al llegar se encuentra a unos cincuenta metros, en otro edificio, en el seno de lo que parece el negocio original: un restaurante especializado en carnes a la brasa con un aparcamiento lo suficientemente amplio para que un buen grupo de tráileres descansen en paralelo mientras sus dueños sacian con voracidad su apetito.

Por fin un sitio discreto, pensó Ernesto al llegar. Tras instalarse en una de las medio destartaladas casitas, nuestro protagonista ha aguardado cerca de dos horas antes de decidirse a salir al aparcamiento a por el enorme, y ahora maltrecho, saco de lona. No se ha atrevido hasta deducir, por la ausencia de luces en las ventanas y de vehículos frente a las habitaciones, que es el único huésped del hotel.

“Venga, pequeña“, ha dicho en varias ocasiones, cada vez que notaba que le fallaban las fuerzas, como si fuese el contenido del saco el que se resistiera a avanzar. Lo cierto es que al héroe de nuestra historia no le ha resultado fácil ser

discreto al trasladar el enorme y rígido bulto hasta la habitación. Ha sido entonces cuando ha tomado conciencia de que, de ahora en adelante, debe tener en cuenta muchos más detalles. Tras los inconvenientes de la jornada, el saco y lo que hay en su interior han acabado un poco —tirando a bastante; rozando el mucho— deteriorados.

Ya en la intimidad de la habitación y aún con los brazos tensos, la espalda dolorida y las piernas agarrotadas, ha dedicado casi una hora más a clavar la mirada en la puerta entreabierta del baño. En su mente, una única pregunta: ¿cuál es la forma más sencilla y segura de solucionar este más que evidente problema?

"No, Rafa. Te conozco bien y sé que no lo estás diciendo en serio".

Hasta que recibió la primera llamada. Y ahí sigue, sentado en la misma silla a escasos metros del baño. Son más de las dos de la madrugada y a Ernesto le arden las orejas de hablar por teléfono. De nuevo se encuentra paralizado ante las circunstancias. Una pausa que nosotros aprovecharemos para observar el comportamiento del héroe de nuestra historia, para conocer al protagonista un poco más.

Si sólo te dejas guiar por su voz, probablemente pensarás que, pese al evidente lío amoroso en el que se halla inmerso, se siente a gusto hablando con la persona que hay al otro lado de la línea. Ernesto escucha con atención, hace todo lo posible para tranquilizarla cuando es oportuno y envuelve cada frase y cada palabra en un halo de cercanía y comprensión. Como si lo más apremiante ahora fuese ayudar a su amigo. De hecho, Rafael es alguien importante para él. Ernesto siempre está dispuesto a atenderlo, a cuidarlo si es necesario. Sin excepciones.

Desde que se conocieron hace años en la facultad de derecho, han sido uña y carne. Al menos en apariencia. Rafael es millonario. Ernesto no. Los padres de Rafael tienen un chalet increíble en La Moraleja donde celebran fiestas a las que sólo acude gente de estatus social elevado o jodidamente rica. Los padres de Ernesto no. Los padres de Ernesto no han sido ni son ni serán nada. Los de Rafael sí. Su familia tiene el presente y el futuro asegurados gracias al bufete de abogados que la sustenta desde hace casi cien años y que ha crecido sin parar generación tras generación. Un negocio en el que, si no eres de la familia, difícilmente puedes aspirar a un rango más alto que el de simple asalariado. En puridad, Ernesto no es de la familia, pero, gracias a su concienzudo y estratégico esfuerzo, superó la posición de simple asalariado. Cuando conoció a Rafael supo enseguida que, si quería ser alguien en la vida, más le valía ganarse la amistad de aquel caprichoso niño rico y el amor de su familia. Y vaya si lo hizo. Él y Rafael llegaron a ser tan inseparables que hace ya muchos años que Ernesto celebra *en familia* fiestas navideñas, cumpleaños, bodas, bautizos, comuniones, velatorios... Dentro de dos meses ejercerá de padrino en la boda de Rafael, si consigue que él y su novia hagan las paces, claro. Y después de eso, espera lograr su objetivo, prometido ya en un par de ocasiones por Rafael padre desde la pasada Nochevieja en Nueva York. "Cierra un buen año y tendrás una participación en la empresa. Serás uno más de la familia". *La familia*... Ernesto se ha esforzado tanto durante años, ha tragado tanto para conseguir su recompensa —

sacar de mil líos al odioso y caprichoso Rafael hijo, licenciarse con matrícula de honor, echar horas y horas en el bufete, echar horas y horas aguantando a la insoportable familia del niño rico, conquistando a su madre, a su padre, a sus tíos, primos, abuelos...—, siente tan cerca, tan al alcance de la mano eso que siempre ha querido, eso con lo que siempre ha soñado —ser alguien en la vida, alguien importante—, que si tiene que estar hasta las tantas de la madrugada soportando la llorera del calzonazos de Rafa y de la imbécil de su novia, lo hará y punto. De ahí su cercanía y comprensión. De ahí su aparente disposición incondicional a ayudar a su amigo del alma.

Sin embargo, si te fijas bien, la posición de su cuerpo y sus gestos han empezado a estar en completa disonancia con sus palabras, con el tono de su voz. ¿Ves cómo se mesa con insistencia la barba? ¿Cómo cambia constantemente de postura, ora con la espalda pegada al respaldo de la silla, ora con los codos apoyados en las rodillas? ¿Notas la vibración de su pierna? Lo siguiente será... ¡Ya! ¿Lo ves? El párpado de su ojo derecho se ha puesto a temblar, es un tic leve, casi inapreciable, signo inequívoco de que el héroe de nuestra historia está perdiendo la paciencia.

"¿Rafa? Tío, no te oigo. ¿Rafa?... Esto se corta, Rafa".

Pero no puede perder la paciencia. No con Rafael. Por eso improvisa una excusa y cuelga antes de traspasar el límite de sus nervios. Porque si traspasa ese límite no habrá marcha atrás. A continuación se levanta, esquivando el impulso de ir a verla —*Aún no*, se dice—, y gira la silla, de tal modo que deja a su espalda la puerta del baño. Luego da una serie de frenéticos saltitos, sacude las extremidades, se masajea el párpado para calmar el tic, respira hondo y se acomoda en la silla de nuevo. Vuelve a llamar cuando se siente preparado para prestar atención a las ridículas miserias de su amigo del alma.

"Lo siento, tío, la cobertura. Te decía que cómo se te ocurre decirle eso a Laura. Ya sabes lo sensible que es".

Pausa para escuchar. No nos interesa lo que Rafa dice al otro lado.

"Compréndelo, te echa de menos. Te pasas la vida trabajando y es normal que quiera que estéis un tiempo los dos solos. Hazme caso, hermano: vete a una agencia de viajes y contrata lo mejor que tengan en el catálogo. Yo me encargo de hablar con tu madre, seguro que después de un par de bromas, y de enviarle un regalo caro de tu parte, consigo que te perdone".

Ernesto escucha y sonríe.

Por fin. Por fin la cosa marcha como debe, así que nuestro protagonista se relaja y se da permiso para volver la cabeza hacia la puerta del baño.

"Sí, tranquilo, yo sí que iré. Ya sabes que tu madre me adora".

Ahora se levanta, aparta la silla y se encamina hacia el rincón que lo obsesiona.

Nota la erección con sólo apoyar la mano en la puerta.

"¿Cómo no va a adorarme si me he convertido en el hijo responsable que siempre quiso tener?".

Ernesto ríe y se lleva la mano a la entrepierna para recolocarse el pene, demasiado aprisionado bajo el bóxer y el vaquero.

“Tú hazme caso y recupera a Laura. Es la mujer de tu vida y tienes que empezar a cuidarla. Si quieres volver a ser el favorito de tu madre, más te vale darle nietos pronto“.

Al entrar en el baño, Ernesto vuelve a sentir el aluvión de emociones que despertó en él la primera vez que la vio en la playa.

“¿Mis vacaciones? Con algún que otro altibajo, pero totalmente liberadoras. Necesitaba pasar un tiempo a solas dejándome llevar, hermano. ¿El Jeep? Brutal. Ya te contaré por dónde me he metido con él…“.

Si estuvieras dentro de su cabeza, podrías visualizar lo ocurrido tras el episodio de la gasolinera. Los kilómetros campo a través buscando el lugar adecuado. Pistas marcadas con profundos surcos, terraplenes por los que sería complicado subir o bajar a pie, colecciones de rocas de mil formas y tamaños… ¡Todo parecía poco para su querido Jeep!

“¡Claro que he conocido a alguna chica! A varias, de hecho. Pero ya sabes, después de lo de Regina, no me apetece nada serio. Con una noche es suficiente. Dos como mucho“.

Ésta es la segunda luna que comparte con ella. Una noche extra con la que no contaba. Y por lo cerca que está el alba, y lo lejos que anda él de dar con una solución para su problema, sospecha que habrá una tercera.

“Sí, lo vemos si quieres cuando esté de vuelta“.

Ahora se siente un poco estúpido por haber pensado que le resultaría tan fácil. Un todoterreno como ése te permite llegar a casi cualquier parte, un detalle de lo más oportuno si necesitas deshacerte de algo en un lugar discreto. Lo malo es que la absoluta discreción exige no dejar el menor rastro, y Ernesto, tras conducir decenas de kilómetros por el monte hasta encontrarse en medio de ninguna parte, después de arrastrar y enterrar bajo tierra, con ayuda de una pala, el voluminoso y pesado saco de lona y reemprender el camino de regreso, acabó descubriendo que su todopoderoso Jeep conllevaba un pequeño inconveniente para el conjunto de sus acciones.

“No… No me pidas perdón. Rafa, eres mi mejor amigo. Mi hermano. Y eso significa que puedes acudir a mí siempre que me necesites“.

Cuando casi había alcanzado la carretera principal, un simple vistazo por el retrovisor le mostró la realidad: como si de miguitas de pan se tratara, las marcas de sus neumáticos y la tierra removida a su paso dejaban la pista perfecta para que cualquier curioso diera con su secreto.

¿Y qué hace la Guardia Civil cuando encuentra algo así en un lugar desierto?

Tratar de identificar, si es que las hay, las huellas de los neumáticos.

¿Y qué consigue identificando esas huellas?

Averiguar la marca y el modelo del vehículo.

¿Y qué más?

Acercarse peligrosamente a su dueño.

“Vale… Sin problema. Un abrazo. Yo también te quiero, tío“.

Ernesto cuelga el teléfono y lo deposita sobre el lavabo. Se desabrocha el botón

del vaquero y desliza la cremallera hasta aliviar la presión de su entrepierna. Se agacha junto a la bañera y, como si del más exquisito perfume se tratara, inhala el aroma del lacio y negro cabello mientras se agarra el pene con fuerza por debajo del bóxer. La tiene tan dura que sólo puede pensar en sacarla de ahí y follársela, aunque sea sobre el suelo del baño. A pesar de la rigidez de su cuerpo. A pesar de los arañazos, los cortes y los huesos dislocados tras haber tirado del saco de lona con la polea del Jeep para recuperarlo. Pero no es buena idea. Se prometió ser prudente. Y limpio. Y rápido. Y hasta el momento no ha cumplido ninguna de sus prerrogativas. Así que resopla a escasos centímetros del rostro más lindo que haya visto jamás y, recolocando un pedazo de piel que pende de su mejilla, susurra: “Mi pequeña Cleopatra“. Luego se levanta, sale del baño y cierra la puerta a su espalda. Se mete en la cama y se la machaca con violencia hasta correrse entre las sábanas mientras evoca cada imagen, cada gesto, cada llanto... Cada grito desesperado.

Se aproximó tanto a mí
que pude oler su aliento.

Las cuatro y media de la tarde y yo, por prescripción expresa de E, deambulaba por los pasillos del supermercado, empujando un chirriante carrito y reuniendo en tiempo récord lo anotado en la lista de la compra. Al llegar a la caja decidí pagar con el *contactless* del móvil para no tener que rebuscar el monedero dentro del bolso, para no acercarme más de lo necesario a *ella*.

No podía más.

No lo soportaba.

Tenía la sensación de que si no me libraba cuanto antes de la maldita mano, iba a acabar estallando el grito que se gestaba en mi pecho desde hacía horas.

—Ay, un segundo, no recordaba que tenía el móvil apagado —le dije a la cajera, que mascaba chicle con impaciencia, como si detrás de mí, la única clienta en toda la tienda, se estuviera formando una larga cola de gente ansiosa por pagar y marcharse pitando.

Encendí el móvil, lo desbloqueé con la huella dactilar, introduje el código pin y abrí la aplicación para pagar. Todo en apenas unos segundos que le parecieron interminables a la cajera amante de los chicles de frutas del bosque. Se había llevado tres pastillas más a la boca en ese lapso de tiempo. ¿Escupiría aquella plasta gomosa en algún momento o continuaría engulléndola hasta rellenar su tubo digestivo?

Respiré aliviada al salir a la calle y caminé con paso acelerado hacia mi siguiente parada. Al llegar al portal, dejé en el suelo las bolsas de tela en las que había depositado la compra para llamar al timbre.

—¿Quién? —se oyó a través del telefonillo.

—Eloísa, soy yo.

Me abrió enseguida. Al entrar en el edificio sentí una fugaz, y puede que estúpida, sensación de seguridad. E me vigilaba, pero ¿cómo lo hacía?

Subí las escaleras ebria de angustia, incapaz de encontrar el más mínimo sentido a lo que hacía, olvidando casi por completo que estaba a punto de meterme en la guarida de otro lobo.

—Pasa, niña. Te he dejado la puerta abierta —exclamó Eloísa desde el interior.

Empujé la puerta y me adentré en un espacioso piso repleto de antigüedades, objetos raros e incontables mierdas más. Conocía bien cada uno de sus rincones, mi madre me llevaba allí cuando sus frecuentes jaquecas y sus ataques de nervios le impedían hacerse cargo de su única hija, algo que ocurría con bastante frecuencia. De repente se ofuscaba, empezaba a respirar con dificultad, se sentaba en el sillón orejero abanicándose con la palma de la mano, volvía a levantarse, echaba un vistazo fugaz al mueble bar y, a continuación, soltaba un «Necesito un respiro» o un «No puedo más con esta niña» o un «El día menos pensado me matas de un disgusto», o cualquier comentario que depositara en mí toda la carga de su inquietud, su inestabilidad, su infelicidad..., y que ocultara su ansiedad por tragar sin control alcohol destilado. Luego me agarraba del brazo y me empujaba hacia la puerta y escaleras abajo, dos pisos escaleras abajo, para ser más exacta, llamaba al timbre de casa de mi tía —sí, mi tía— y decía: «Mi hija quiere pasar un rato con su prima». Pero yo jamás veía a mi prima, pues ella, un pajarito delicado y enfermizo, siempre andaba encerrada en su habitación —su jaula—, según Eloísa, «haciendo los deberes».

Así que me sentaba en un sillón apartado, con las manos sobre el regazo, y me afanaba por no hacer ruidos o movimientos que incomodaran a Eloísa —detestaba que la llamara tita—, más sensible aún que mi madre a las interrupciones. Ella jamás me hablaba, salvo para despellejar con palabras a alguna vecina, para sacarme información sobre mi madre o para recordarme que mi padre siempre la prefirió a ella pero se casó con mi madre por pena. «Tú podrías haber sido mi hija», solía decirme a menudo, y yo valoraba, más bien alarmada, si habría salido ganando o perdiendo con la alternativa. ¿Habría tenido que vivir encerrada en mi dormitorio? ¿Habría sido mi padre con ella tan ceniciento como su verdadero marido? Mi tío, un empresario que se pasaba el ochenta por ciento del año viajando, se convertía en un fantasma gris y solitario cuando los días libres o la preocupación por las constantes enfermedades de su hija lo obligaban a regresar a casa.

A veces me preguntaba con qué suerte de cortocircuito habían nacido mi madre y su hermana, por qué eran tan incapaces de ser felices teniendo lo que cualquier persona hubiera podido desear.

—¡Voy directa a la cocina! —exclamé.

Recorrí el largo y amplio pasillo del recibidor y entré en la cocina por la puerta de servicio. Odiaba estar allí. Odiaba tener que

reencontrarme cada semana con los episodios más oscuros de mi niñez y mi adolescencia. Odiaba a mi tía con toda mi alma. Pero no podía dejarla y punto. No podía por una ponzoñosa deuda con mi madre. Y porque aún desconocía lo que Eloísa había visto aquella noche. La noche.

Puse las bolsas sobre la mesa y empecé a sacar y ordenar la compra. Mientras abría y cerraba puertas y cajones, la mano regresó a mi mente. Necesitaba deshacerme de ella cuanto antes. Descubrí algunos recovecos en los muebles —no, en los muebles no, acabaría oliendo— y en el frigorífico —no, demasiado al alcance de Eloísa—. Probé por último en el congelador, cuyo contenido no se había tocado en mucho tiempo.

Mi tía entró en la cocina ayudándose torpemente con el bastón. Iba vestida como una de esas antiguas actrices de Hollywood: largo camisón de raso, bata a juego y babuchas con un ridículo pompón en la punta. Me acerqué a ella y la besé en la mejilla, casi sin apoyar los labios en su piel. Detestaba su olor, mezcla de perfume rancio y maldad, así que lo hice conteniendo la respiración.

Dije: Te he guardado las galletas y la leche en el estante de la derecha. Tienes también jamón de bellota y queso de cerdo, de ese que te gusta, en la primera balda del frigorífico, como siempre.

Mientras hablaba, pensaba en el congelador, en la posibilidad de...

—¿Y salchichón? ¿Me has comprado salchichón?

Cogí el bolso y vacié su contenido sobre la encimera tratando de no hacer demasiado ruido.

—No tenían del que te gusta. Si puedo, me paso mañana y te lo traigo.

Mi tía apoyó la mano izquierda en la mesa, dejó el bastón al lado y, con la mano derecha, se aseguró de que la silla estaba en la posición adecuada antes de sentarse. Yo seguía a lo mío. Abrí el congelador y saqué una bolsa de guisantes escarchados y una bandeja de pollo seco y quemado por el frío. *Será algo temporal, hasta que averigüe cómo deshacerme definitivamente de ella*, me dije. Y Eloísa jamás metería las narices ahí. Ni ella ni nadie. Hacía tiempo que yo me encargaba personalmente de que le trajeran el menú diario recién hecho.

—¿Ya se ha ido Jacinta? —pregunté, como quien no quiere la cosa, para ahogar en palabras el ruido que estaba haciendo.

—Hoy no ha venido.

Me detuve un segundo y la miré.

—¿Cómo que no ha venido?

Y de nuevo a la caja. Llegué a la conclusión de que si quería esconder la mano en el congelador iba a necesitar un recipiente más

pequeño.

—Pues que no me gusta y no quiero volver a verla.

Clavé la mirada en la cara de Eloísa y dije: Si sigues despidiendo a las personas que contrato para cuidarte, vamos a quedarnos sin opciones.

—Ya te tengo a ti, no necesito a nadie más.

Pensé: No voy a limpiarte el culo ni a bañarte ni a lavarte la ropa. Bastante tengo con gastar mi dinero en este piso inútil para que tú sigas conservando tu estatus.

Pero dije: Eloísa, ya sabes que yo no puedo venir todos los días. Además, me comentaste que Jacinta te gustaba.

—Pues ya no me gusta —respondió con aquel gesto infantil tan suyo, elevando la barbilla, torciendo la boca y frunciendo el ceño.

Mientras tanto, yo rebuscaba en los estantes. Hasta que di con el bote casi adecuado: de cristal con tapa de aluminio; tendría que envolverlo en una bolsa para que no se viera el contenido.

—¿Por qué armas tanto jaleo?

Eloísa se levantó y se acercó a la encimera, se aproximó tanto a mí que pude oler su aliento y hasta notar en mi piel el pegajoso perfume que usaba.

—Estoy aprovechando para quitar de en medio cosas que se han estropeado —contesté más nerviosa de lo que quería aparentar. Por un momento creí que mi explicación no la había dejado satisfecha.

—¿Cómo está la niña?

La niña era Tadea. Sabía que le tenía cariño, que se moría de ganas de que la llevara conmigo en alguna de mis visitas; aun así, no podía contaminar con su asquerosa influencia lo único sano que me quedaba en la vida.

—Bien, muy bien. Está preciosa. Pero, ya sabes, se ha convertido en una adolescente que piensa que puede hacer su vida sin contar con nadie.

Concluí que le había dado más información de la cuenta, y aguardé una réplica que sabía que no me iba a gustar mientras continuaba con la parte realmente difícil: cogí la caja, que descansaba a unos centímetros de Eloísa, y me alejé un poco antes de abrirla. Contuve una arcada al reencontrarme con lo que había en su interior.

—Esa niña necesita mano dura. Acuérdate de tu prima, era un angelito. Aunque no siempre fue así, tuve que hacer muchas veces de tripas corazón para meterla en vereda y...

Eloísa continuó hablando, pero yo dejé de escuchar. Primero porque me sabía de memoria lo que iba a decir. Segundo, porque estaba en medio de una maniobra más importante. Guardé silencio

varios segundos y, cuando iba a meter la mano en la caja, advertí que Eloísa arrugaba la nariz. Escudriñé su rostro. La tenía a menos de dos metros, prestando atención a mis movimientos. ¿Lo había olido? De pronto elevó el brazo y se rascó con el índice y el pulgar la nariz. Luego volvió la cara y se puso a palpar con ambas manos lo que había dejado en la encimera.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Yo me apresuré a sacar la mano de la caja e introducirla en el bote antes de que me diera un patatús. Su rigidez y su tacto se me quedaron impregnados en las yemas de los dedos.

—Un pintalabios. He tenido que volcar lo que llevaba en el bolso para encontrar el móvil —respondí, y me acerqué al congelador.

Noté la tensión en cada músculo de mi cuerpo. ¿De verdad iba a dejar una mano amputada en el congelador de una ciega? ¿Así de mezquina era? ¿Tan desesperada estaba? De pronto pensé que, si lo hacía, Eloísa sería depositaria, sin saberlo, de uno más de mis secretos.

—¿Has encargado el menú que te pedí?

Respondí con un sí al mismo tiempo que volcaba mi mirada en sus ojos velados y casi siempre entornados, como si una pereza crónica impidiera a aquellos párpados plegarse. Eloísa convivía con una ceguera dolorosa desde hacía más de diez años. Aquél debía de ser un buen día, pues lo normal era encontrar en su rostro la huella de su eterno padecimiento.

Las desgracias ocurrieron en cadena. Primero cayó su hija, desangrada mientras se daba un baño. Eloísa trató de hacer ver a todo el mundo que había sido un accidente, pero nadie desmonta una cuchilla y se secciona la arteria femoral por accidente. Tampoco es propio de una muerte accidental dejar una nota de despedida. El siguiente en caer fue su marido, que se desplomó en el suelo del salón a causa de una arritmia, llevándose por delante una armadura del siglo XV, instantes después de conocer el óbito de su hija. Eloísa gastó una fortuna en un estúpido velatorio y los enterró juntos en la cripta familiar. Días después le tocó a ella. Empezó a notar que algo no iba bien en sus ojos. Ante las circunstancias, mi madre enterró el hacha de guerra y se dedicó a acompañar en el duelo a su hermana. Puede que aquélla fuese la primera vez en su vida que cuidaba de ella. Insistió en que debía verla un médico, pero Eloísa se negó en redondo, convencida de que era la desdicha la que estaba privando de luz a sus ojos. Al final, en lugar de la desdicha, resultó ser el glaucoma.

Se quedó ciega y sin familia en menos de dos semanas. Mi madre y yo —sí, yo también— estuvimos con ella y la ayudamos al principio. Y la verdad es que los días que pasamos juntas nos sentaron bien a las

tres. Ellas reían a menudo recordando episodios de su infancia y yo, viéndolas tan compenetradas, empecé a pensar que quizá no fueran tan malas personas. Acomodamos el piso de Eloísa a su nueva situación: quitamos todos los obstáculos con los que pudiera hacerse daño, ordenamos la ropa de los armarios para que pudiera vestirse sola, sin riesgo de parecer un fantoche, y convinimos con ella dónde debían ir la comida y los utensilios en la cocina y sus cosas de aseo en el baño. Aún hoy siguen sorprendiéndome la fuerza de voluntad y la entereza de mi tía en aquellos momentos tan duros. En menos de dos meses se había acostumbrado a la ceguera y a la ausencia de su familia. Sustituyó los libros por la radio mientras aprendía a leer en braille, comenzó a deambular por su casa en un tiempo récord, empezó a asearse y a vestirse ella sola enseguida y, cuando se sintió lo suficientemente segura de sí misma, se decidió a salir a la calle.

Lo siguiente fue volver a considerar a mi madre su mayor enemiga. De la noche a la mañana, ambas renovaron su odio mutuo y empezaron a utilizarme a mí como arma arrojadiza.

—Elena, te noto agitada. ¿Estás bien, cielo? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, estoy bien, sólo un poco cansada.

Visto así, puede que no parezcan existir motivos suficientes para detestar tanto a Eloísa. Sin embargo, a pesar de su aparente candidez, mi tía siempre fue más peligrosa que mi propia madre. Quizá, si no la hubiera descubierto preparándole a su hija mejunjes que la mantenían en cama durante semanas, o si no hubiera tenido la mala suerte de presenciar algunas de las llamadas a urgencias porque mi prima perdía la consciencia o convulsionaba o deliraba en teoría sin motivo, o si no estuviera tan segura de que Eloísa envenenaba a su propia hija para poder cuidar de ella eternamente, de que convirtió a mi prima, a quien siempre recordaré como una niña enérgica y risueña, en un espectro ansioso por abandonar el mundo de los vivos, quizá, si ninguna de esas certezas pulularan por mi cabeza dejaría de desear ver muerta a mi tía.

Y es justo por eso por lo que no soporto estar a su merced. Pero me tiene bien pillada o, al menos, es lo que quiere hacerme creer.

Hará un par de años apareció en mi despacho y, como tenía cita, la atendí. Me contó que estaba arruinada, que llevaba meses yendo a buscar comida al Centro Lista y que acababan de cortarle la luz y el agua. Me pidió ayuda, a lo que yo respondí sugiriéndole que vendiera su lujoso piso y que se fuese a vivir a un lugar más económico y accesible. Mientras me relataba sus desgracias, lo único que pasaba por mi mente era: *Te lo mereces, te lo mereces, te lo mereces*... Tras un

buen rato aguantando sus miserias, me ofrecí a echarle una mano para vender su piso. Quizá me pasara un poco cuando insinué que también podía irse a una residencia. Está bien, reconozco que me despaché a gusto con ella, hasta sentir en el paladar la venganza por lo ocurrido con mi prima. Entonces, cuando la invité a marcharse con la excusa del siguiente cliente, ella sacó el as que guardaba bajo la manga.

—Sé que aquella noche estuviste allí —me dijo.

Y tenía razón. Estuve. Pero ¿dónde estaba ella?

Sacudí la cabeza y retomé el contacto con el presente, en ese momento mucho más importante y urgente que aquel pasado. Tragué saliva y dije:

—Para los almuerzos te he encargado tres platos de cuchara, dos arroces diferentes, la lasaña de verdura que te gustó la última vez, pescados al horno y ensaladas. Como siempre, te lo traerán en torno a las dos para el almuerzo, y alrededor de las ocho y media para la cena. En principio, la chica se irá cuando lo haya dejado todo recogido, pero si la necesitas, puede quedarse hasta más tarde.

Estaba a punto de meter el bote con la mano en el congelador cuando Eloísa dijo:

—Hace tiempo que no veo a tu madre. ¿Cómo está?

Pensé: Oh, no, joder. Otra vez.

Dije: Eloísa, mi madre murió hace varios años, ¿no lo recuerdas?

Su respuesta no me tranquilizó.

Dijo: Pues claro que lo recuerdo. ¿Con quién crees que estás hablando, con una tarada?

Me despedí de ella minutos después pensando en lo ocurrido. Rondaba los setenta y cinco, era carne de cañón para una demencia. No obstante, ¿eran reales sus olvidos o se los inventaba con la intención de inquietarme? La conocía lo suficiente para saber que aún disfrutaba viéndome sufrir.

¡Ya estoy de vuelta!

Siento mucho haberte dejado sola, pero tengo obligaciones que atender.

¿Hola? ¿Sigues ahí?

Sí, creo que ya te oigo. ¿Estabas… dormida?

¿O es que te he pillado intentando salir? Como comprenderás, no iba a largarme de aquí sin bloquear la puerta desde fuera. Eres demasiado valiosa para mí.

Bien, bien, bien, bien, bien, bien… ¿Dónde nos habíamos quedado? ¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Como narrador de la historia, uno de mis privilegios es que puedo manejar la línea temporal a mi antojo. Si quisiera podría llevarte ahora mismo al presente de Ernesto, poner en tus ojos lo que él contempla en este preciso instante o centrarme en los asuntos que lo han mantenido tan ocupado hoy. Pero eso sería adelantarme a los acontecimientos, así que, si te parece, vamos a trasladarnos de nuevo al pasado.

Apenas ha dormido. Su impaciencia por decirle adiós a la pequeña Cleopatra lo ha tenido en vela hasta el amanecer, y ha salido tan temprano del motel que, cuando ha llegado al pueblo más cercano, los comercios aún estaban cerrados. Mientras hacía tiempo desayunando chocolate con churros en un bar atestado de viejos, ha preguntado dónde podía encontrar una ferretería. Y ahí aguarda ahora a que lo atienda el tipo larguirucho y esmirriado que hay al otro lado del mostrador. Es el tercero en la cola. Un hombre tan bruto por dentro —acaba de pedir una azada vocalizando igual que si llevara ya una azada en la boca— como por fuera —achaparrado y grueso, se mueve como un elefante en miniatura— y una señora con la cara surcada de arrugas y vestida de riguroso luto lo preceden. Mientras el ferretero despacha al primero, nuestro protagonista centra su atención en la mujer. Tiene las manos recias —las manos son una de las debilidades de Ernesto—, marcadas, intuye él, por toda una vida de trabajo en el campo. Con la excusa de examinar unas sartenes que cuelgan de unos ganchos del techo, se acerca un poco a ella para poder olerla. Desprende un aroma entre picante y dulzón, mezcla de jabón, sudor acumulado en la ropa y puede que un traguito matinal de anís seco.

“Parece que hoy va a hacer más calor que ayer“, dice la señora. Habla con nadie y con todos a la vez, como queriendo llenar el silencio de la espera.

Ernesto se sorprende al oír el timbre de su voz, aguardentosa, quizá marcada por la huella del tabaco y por… Ah, sí, disculpa. A veces me pierdo en los detalles. ¿A quién puede interesar a qué huele la señora de la ferretería? Tampoco resultan cruciales su necesidad de hablar del tiempo ni el modo en que Ernesto la escruta, asqueado, mientras espera a que le llegue el turno. Lo cierto es que nada de lo que ocurra a continuación nos importa, salvo si el dependiente de la ferretería puede o no satisfacer las demandas de nuestro protagonista. Pero, entiéndeme, por favor:

además de manejar el tiempo, yo decido qué contar y qué omitir, y a veces se me olvida que lo que para mí es fascinante, a lo mejor a otros, a ti, os resulta aburrido. ¿Por qué quedarnos aquí presenciando la espera?, podrías preguntarte. ¿Por qué perder el tiempo —tiempo, precioso tiempo— cuando podemos viajar al preciso instante que explica este momento? Por supuesto, ello no va a librarte de conocer lo que está a punto de comprar Ernesto. Tampoco va a ahorrarte saber para qué lo usará. Sólo va a servir para postergar este conocimiento. Y para darte un cuándo, un cómo y, quién sabe, quizá un porqué.

Aguardé en silencio.
No parpadeé.
No respiré.

No podía creer lo que me estaba pasando. ¿Se trataba de otra de las bromas de E?

Entré en casa a toda velocidad y fui directa a por el portátil. Tardó poco en arrancar, pero la espera se me hizo eterna. Entré en mi e-mail y busqué uno de sus correos, cliqué en responder y escribí: «Acepto». Le di a enviar y contuve la respiración. Instantes después recibí una respuesta automática en la bandeja de entrada. «This is the mail system at host xxxxxx. I'm sorry to have to inform you that your message could not be delivered...».

Una vez más, mi mensaje no había llegado a su destino.

—¡Mierda! —grité—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Miré la hora: las nueve menos cinco.

Miré el móvil. A continuación, el portátil. No podía ser. Aquél era el quinto intento que hacía. El primero había sido antes de salir del hospital, justo tras mi visita a Micky Romera, cuando ya no me quedaba ninguna duda de que la propuesta de E iba totalmente en serio. Las palabras de mi cliente retumbaron en mi cabeza provocándome un intenso temblor. Cuando entré en su habitación, haría cosa de una hora, estaba aún algo sedado. Había conseguido que me dejaran verlo por ser su terapeuta, lo que resultaba un tanto irónico: la misma persona que debía salvaguardar su equilibrio mental había provocado que el chaval acabara en el hospital, gravemente herido y psíquicamente destrozado. Cuando abrió los ojos y me vio, se echó a llorar y, entre balbuceos, me confesó que no podía borrar aquella frase de su cabeza, la que su atacante le había susurrado al oído justo antes de amputarle la mano: «Se te acaba el tiempo». Micky no entendía el mensaje. ¿Por qué se le acababa el tiempo? ¿Es que iba a volver a por él? ¿Iba a matarlo? En cambio, yo lo entendí a la perfección.

Las nueve de la noche se acercaban.

Era yo quien se quedaba sin tiempo.

Mi plazo estaba a punto de expirar.

Lo primero que hice al abandonar el hospital fue abrir su último

correo y enviar mi respuesta: «No sé quién eres ni qué tienes en contra de mí. Estoy convencida de que podríamos resolver esto de otra forma, pero, mientras tanto, para evitar que más gente cercana a mí salga herida, acepto».

Recuerdo haber sentido una aberrante mezcla de alivio y pánico. Alivio por haber dejado atrás el primer escollo. Pánico por lo que pudiera llegar a continuación. Sin esperar que contestara, o más bien temiendo que lo hiciera, cerré el e-mail y llamé a Tadea para comprobar que se encontraba sana y salva. Tuve que dedicar unos instantes a calmarla, haciendo un esfuerzo dantesco para aparentar que todo marchaba bien. Luego hablé con su padre, que seguía tratándome como si yo fuera el enemigo —a efectos prácticos, lo era —, para cerciorarme de que iba a estar pendiente de Tadea. Me despedí de él cuando ya iba hacia casa en un taxi. Fue entonces, demasiados minutos después, cuando descubrí en mi correo la notificación de que el mensaje no había sido entregado.

E no había recibido mi mensaje, y las nueve de la noche estaban cerca. Lo intenté varias veces más con idéntico resultado. Las cuentas de correo al parecer ya no existían. ¿Cómo iba entonces a cumplir sus instrucciones?

Ya en casa, tras el nuevo intento fallido, me senté frente al ordenador y me dije que todo aquello no era sino una más de sus estratagemas para llevarme al límite, así que respiré hondo y decidí actuar de forma rápida pero metódica. Copié las cuentas desde las que E me había enviado mensajes y elaboré un listado con ellas. A continuación abrí una nueva ventana de correo e incluí todas las direcciones en el destinatario. En el asunto escribí: «Acepto». En el cuerpo del mensaje tecleé con fuerza: «Hijo de puta». Acto seguido lo borré y, después de pensarlo unos segundos, tecleé otro «Acepto». Luego pulsé el botón de enviar rogando por que alguna de las cuentas estuviera operativa.

Los *undelivered mail* empezaron a entrar en masa y yo traté de contener la angustia a medida que iba tachando en la lista las direcciones de los correos devueltos. Uno, dos, diez, dieciséis... E me había enviado veintisiete mensajes en total, cada uno de ellos desde una cuenta diferente. ¡Joder! Seguía tachando. Veinte, veintiuno, veintidós...

Entró uno más.

Y otro. Y otro.

Y otro más.

Veintiséis...

Aguardé en silencio.

No parpadeé.

No respiré.

—¡No! ¡Joder! —grité al ver un nuevo mensaje, el número veintisiete, en la bandeja.

Pero descubrí enseguida que no se trataba de una notificación de correo no entregado. Esa vez era distinto. Era una respuesta.

> Querida Elena:
>
> Acabas de convertirme en el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. Vamos a vivir una aventura inolvidable juntos,
>
> te lo prometo.
>
> Pronto recibirás instrucciones. Mientras tanto, disfruta de tu día a día.
>
> Tuyo,
>
> E

Mío...

¿Mío?

Un torrente de rabia ascendió imparable por mi pecho.

—¡Y una mierda mío! —grité—. ¡Deberías estar en un manicomio, hijo de la gran puta!

Pero la rabia se apagó de golpe y en mi interior prendieron con fuerza las llamas de la inquietud y el miedo cuando llegó a mis oídos el timbre de la puerta.

Tuyo,

E.

La música es importante.

Pasión. Delirio. Tormenta irresistible. Fuegos artificiales estallándote en el interior del cráneo. Eso es la música para Ernesto. Cualquier neurocientífico te contaría que la música es tan poderosa que secuestra literalmente regiones del cerebro diseñadas para otras tareas —lenguaje, movimiento, emoción...—, que la música desencadena el proceso químico cerebral que libera dopamina, y que esa dopamina activa los núcleos del placer. En el caso del héroe de nuestra historia, cuando confluyen en el mismo lapso temporal la canción y la persona adecuadas, esas sustancias químicas se disparan y fluyen por sus venas como un poderoso torrente que agita las profundidades del pozo de brea en el que suele descansar la bestia.

La noche que conoció a la pequeña Cleopatra, la música... Te pongo en contexto: una fiesta en una casa en la playa, con todos los invitados vestidos de blanco. Ernesto pasa por allí casualmente y le gusta lo que ve. Se cuela en la casa, sube unas escaleras y deambula por la primera planta. Hay gente en cada rincón, bebiendo, riendo, bailando...

"Eh, colega, ¿nadie te ha dicho que era una fiesta ibicenca?", pregunta un tipo con pinta de niño de papá y un traje blanco.

"Sí, claro, amigo. Acabo de llegar, aún tengo que cambiarme", responde Ernesto señalando una puerta —ojalá el tipo no sea el dueño de la casa— y avanzando hacia ella con seguridad.

Entra en la habitación, atraviesa varias puertas más —la casa es inmensa— y, sin saber cómo, acaba en lo que parece un vestidor. Un ochenta por ciento de ropa de mujer —su nariz se espanta al captar la mezcla imposible de perfumes que flota en la estancia— frente a un veinte por ciento de ropa de hombre. De hombre tirando a gordo, para ser más exactos, aunque tendrá que apañárselas. Agarra una camisa y unos pantalones de lino blanco y se cambia de ropa. La camisa le queda muy amplia, pero remangada da el pego. En cambio, el pantalón se le resbala. Busca en los cajones hasta que da con un cinturón. Comprueba el resultado frente a un espejo y concluye que ha quedado a medio camino entre elegante y espantajo. Lo siguiente es disfrutar de la fiesta.

Recorre la casa, sus risas, sus conversaciones y sus aromas, hasta llegar a la piscina y, entonces, la magia se desata.

Cuando siente la suavidad del césped bajo sus pies, alguien le pone una copa de vino en la mano. Eleva la mirada para dar las gracias y su corazón empieza a latir con tanta intensidad que siente que podría escapársele del pecho en cualquier momento. No sabe qué ha ocurrido antes, si la música inundando sus oídos o si ese hermoso rostro imprimiéndose en su retina.

My reflection, dirty mirror
There's no connection to myself
I'm your lover, I'm your zero
I'm the face in your dreams of glass.

Ella y la música son una sola cosa.

Riendo, bailando, flirteando con unos y otros como una abeja en busca del mejor polen. La observa toda la noche.

Sus miradas se cruzan un instante y Ernesto siente que se le congela el alma. Después, aturdido, incapaz de enfrentarse tan pronto a sus ojos, se retira a un lugar discreto para seguir observándola entre las sombras.

She's the one for me
She's all I really need, oh, yeah
She's the one for me.

Y cuando, quién sabe cuánto tiempo después, se apagan las luces y reina el silencio, la música no cesa. La música sigue sonando porque está en ella. En su silueta, en su piel nívea como la de Blancanieves, como si el sol no fuera con ella, como si su reino fueran la noche y su luna. En la gracia con que el cabello negro le enmarca el rostro. En su voz y en su risa.

La fiesta se acaba y ella se marcha. Ha estado toda la noche acompañada. De tipos babosos que intentaban hincarle el diente. De amigas íntimas bajo los efectos del alcohol que volverán a ser absolutas desconocidas al cabo de unas horas, cuando se haya evaporado la borrachera. Pero se va sola.

Emptiness is loneliness
And loneliness is cleanliness
And cleanliness is godliness
And God is empty just like me.
Intoxicated with the madness.

Deambula descalza por la orilla del mar con las sandalias en la mano. Se abraza el torso cuando el frío de la madrugada la atrapa. Da pequeñas carreras, graciosos saltitos para entrar en calor y, cuando la lengua de arena se agota, abandona la playa, sale a las solitarias calles y avanza bajo la tenue luz de las farolas.

Ernesto la sigue de cerca, sin salir del abrigo de las sombras. Encuentra un tablón de madera en un contenedor de obra y saborea con intensidad la música de este momento. Acelera el paso con sigilo, se acerca a ella, por fin la tiene a su alcance, y entonces siente muy dentro de sí cómo el pozo de brea empieza a bullir con fuerza liberando de su prisión al verdadero Ernesto.

Dos zancadas.

Ella se detiene y se vuelve asustada.

No llega a articular palabra porque el primer golpe la alcanza de lleno en la sien.

La muerte…
Y la ausencia.

—Ni se te ocurra darme con la puerta en las narices.

Antes de terminar la frase, Luca atravesó el umbral de mi casa y soltó sus cosas —abrigo, bufanda, bolso— en un extremo del sofá.

Me preguntó: ¿Dónde está Tadea? ¿Se encuentra bien?

Respondí: ¿Qué? Sí, claro que se encuentra bien. Está con su padre.

Mi amiga respiró aliviada y se perdió en el pasillo. Segundos después regresó con una caja de madera que había cogido de mi dormitorio y se sentó en el centro del enorme sofá. Yo, agotada y con necesidad de detener el embrollo de mi cabeza, acepté el plan. Fui a por una botella de vino y un par de copas, lo dejé todo sobre la mesa y me instalé en un cojín de suelo frente a ella.

—¿Qué coño te pasa? Es evidente que no estás bien. Hoy te has largado sin avisar y… —Su pausa fue demasiado larga, como si dudara entre contarme algo o no—. He hablado con Jaime —dijo al fin.

El aroma a cruasanes, las fotos, la angustia, las prisas, las carreras, la rabia, la impotencia… Y, mientras tanto, él allí, presenciándolo todo. Entendiendo nada.

—¿Lo has llamado?

—¡No! ¿Para qué iba yo a llamar a Jaime? —dijo, como si acabara de oír una barbaridad—. Me lo he encontrado en el gimnasio, porque resulta que vamos al mismo gimnasio, y le he preguntado por ti para cotillear un poco, ya sabes. —Me guiñó un ojo—. Pero la charla no me ha gustado demasiado. Estaba preocupado por ti, por algo que ha pasado esta mañana con Tadea. No me ha dado detalles. ¿Vas a dármelos tú? ¿Vas a contarme qué te pasa?

Pensé: ¿Qué te cuento? ¿Que me está acosando un psicópata? ¿Que he almorzado contigo con la mano de uno de mis clientes dentro del bolso? ¿Que he ido a visitar a mi cliente con esa mano aún palpitando en mi costado porque no me he atrevido a dejarla escondida en el congelador de mi tía? ¿Que esa mano está ahora a escasos metros de nosotras, en mi propio congelador, entre *nuggets* de pollo y pizzas de espinacas? ¿Que segundos antes de que llegaras le he mandado un e-mail a alguien que quiere matar a uno de mis pacientes en el que acepto participar en su juego?

Pero dije: Perdona, no he tenido un buen día. Tadea está saliendo con un chico que no me gusta ni un pelo y, encima, ha ocurrido lo de Micky. Esto está siendo muy duro para él y, por ahora, yo no puedo hacer mucho. Aún está en shock.

Luca me miró fijamente. Tenía aquel gesto tan característico en ella, mezcla de pasmo, desconcierto y venga-ya-no-me-jodas, del que deduje que no me había creído, que sabía que había algo más que yo no quería confesarle. Aun así, no insistió. Me respetó. Me dio tiempo. Siempre lo hacía.

Dijo: La próxima vez prometo llevarte a un restaurante de verdad.

Yo sonreí y agradecí en silencio la tregua. La observé mientras abría la caja y sacaba todo lo necesario para liar un canuto. Cogió dos cogollos pequeños de una bolsita, los observó y se los acercó a la nariz para captar el aroma.

Dijo: Compras mierda.

Dije: Pero me la traen a casa.

Pese a la queja, los metió en el *grinder* y los trituró sin prisa.

—¡Hombre! Ya decía yo que tardabas demasiado —saludó Luca a Vladi, que acababa de aparecer.

Supuse que el gato había olido la excitación inicial y había preferido esperar a que se calmaran las aguas.

Rondó meloso unos segundos alrededor de mi amiga y luego se tumbó sobre sus rodillas. No se movería de allí hasta que ella decidiera marcharse. La adoraba.

Una hora después, las dos estábamos desparramadas en el sofá, con la botella de vino a medias y compartiendo el segundo canuto. Luca los preparaba tan ligeros que yo iba a necesitar un tercero para fundirme con el asiento.

—Le gustas —me dijo.

No necesité más datos para saber que hablaba de Jaime.

—A mí también me gusta. Lamento que... —Callé en seco. Estuve a punto de convertir en palabras lo ocurrido aquella mañana, menos mal que tenía una historia alternativa preparada—. Hoy ha visto la peor versión de mí misma, me he puesto como una loca. Una de las madres del instituto me ha mandado un mensaje diciéndome que había visto a Tadea en El Retiro con ese chico, en horas de clase, y no se me ha ocurrido otra cosa que salir a buscarla como una energúmena. Tenía que haber esperado a hablar con ella en casa.

Luca volvió a clavarme la mirada, aunque en esta ocasión lo hacía de un modo distinto. Encontré en sus ojos una expresión confusa, entre la tristeza y la admiración.

—Ella tenía razón, te has convertido en una auténtica madre.

Al oírla, algo se me encogió por dentro, pero traté de disimular.

—No te pases. Hago lo que puedo, y no demasiado bien, me temo.

Silencio.

Luca no solía quedarse sin palabras, así que deduje que su mutismo se debía a que deambulaba por el pasado.

—Ya sólo quedamos tú y yo —dijo al cabo de un rato—. Las echo mucho de menos, Lena.

—Yo también. Yo también...

Luca y yo siempre acabábamos hablando de ellas en momentos como aquél. Hacía años éramos cuatro: Luca, Linda, Lola y yo, Lena. El club de las Locas, con «L» mayúscula. Amigas inseparables desde la infancia. Tan diferentes las unas de las otras como el agua, el aire, el fuego y la tierra. Tan compatibles unas con otras como el agua, el aire, el fuego y la tierra. Éramos compañeras, confidentes y compinches. Hermanas. Nos prometimos estar siempre juntas, más allá de la muerte. Pero la realidad fue bien distinta. Comprendimos demasiado pronto que la muerte era una barrera infranqueable.

—No pudo irse sin más, Lena. Ella jamás se habría marchado de esa forma. Yo sigo pensando que aquel día le ocurrió algo grave y que no nos enteramos.

La muerte... Y la ausencia. Linda desapareció sin dejar rastro más de veinte años atrás.

Yo, fiel a la esperanza, esquivé otra vez lo que el sentido común llevaba gritándome demasiado tiempo. Volví a repetirme que no podía estar muerta, que Linda quería volar, que hacía mucho que deseaba largarse, alejarse de su mundo, y que aquel día, cuando me propuso que nos marcháramos juntas y yo dudé, ella se sacudió todos los temores y se fue sin mirar atrás. Cuánto deseé en aquel momento, sentada junto a Luca, haberle dicho que sí. Si lo hubiera hecho, puede que ella siguiera en nuestras vidas. Habríamos vivido juntas una gran aventura, y cuando nos hubiéramos cansado habríamos regresado a casa para... ¿Para qué? ¿Para volver a ser esclavas de las existencias que nos habían empujado a marcharnos?

—Aquí hay demasiado silencio —se quejó Luca, que se levantó, obligando a Vladi a buscar acomodo en otro sitio, y se dirigió, algo lacia, al tocadiscos.

Takk..., de la banda islandesa Sigur Rós, empezó a sonar en los altavoces.

—A ella le encantaba —dije, consciente de pronto de que el momento nostálgico aún no había terminado.

—Lo sé —respondió Luca, que balanceó su cuerpo suavemente, al ritmo de la etérea melodía—. Era la más fuerte de todas. ¿Recuerdas

cómo nos controlaba? Tenía tanto carácter que nadie se atrevía a llevarle la contraria. Y qué guapa era, Lena. Era la más guapa de las cuatro.

La más guapa, la más fuerte, la más valiente de todas. Yo siempre quise ser como ella.

Por su parte, Lola era capaz de enfrentarse a lo que fuera sin pestañear, sin un atisbo de duda. Podría haber hecho con su vida lo que se le hubiera antojado, tenía cerebro y fuerza de voluntad de sobras. Sin embargo, por encima de cualquier otra cosa, Lola deseaba ser madre. Así que, en lugar de estudiar neurocirugía como su padre, como habría querido su madre, Lola estudió enfermería y se encerró a preparar las oposiciones hasta que aprobó con una de las notas más altas, para conseguir una buena plaza que le permitiera tener seguridad e independencia económica sin necesitar a su familia. Una vez conseguido eso, y dado que no aparecía el hombre adecuado, empezó a plantearse muy en serio la inseminación artificial. A punto estaba de dar el paso cuando conoció a Gonzalo. Incluso entonces, yo era incapaz de entender qué vio en él. Siempre fue un tipo inestable, con tendencia a huir de los problemas y una extraña concepción de la libertad. Estaba claro que iba a tardar muy poco en desaparecer, en eludir cualquier tipo de responsabilidad. Aunque, ahora que lo pienso, tal vez fue por eso por lo que Lola lo eligió. Quizá nuestra amiga se sorprendió cuando él intentó convertirse en marido y padre de familia. Puede que le rompiera todos los esquemas al permanecer a su lado durante todo el embarazo y después del parto. Es posible que a Lola incluso le resultara asombroso haber llegado a celebrar junto a él los tres primeros cumpleaños de Tadea. Pero por mucho que Gonzalo se empeñara en hacer lo correcto, en ser quien no era, su verdadera naturaleza acabó saliendo a la superficie. Se marchó de casa poco antes de Navidad. No supimos hasta unos meses más tarde que había aceptado un puesto de responsabilidad en una empresa en la otra punta del globo. Lola se recompuso enseguida, como si por fin empezara a funcionar la maternidad que siempre había tenido en mente. Devolvió todos y cada uno de los ingresos a nombre de Tadea que recibió en su cuenta corriente y silenció a Gonzalo por completo: tiró sus cartas y sus postales sin leerlas, eliminó sus e-mails e ignoró las escasas llamadas de teléfono, hasta que, poco a poco, nada de eso hizo falta porque Gonzalo, fiel a su idiosincrasia, dejó de dar señales de vida. La niña era tan pequeña que la huella de su padre se borró por completo de su cabeza.

La niña...

Mi niña.

Lola era tan fuerte. Tan valiente...

Cuando seis años después le diagnosticaron el cáncer de colon y supo que iba a morir, tampoco le tembló el pulso. Se enfrentó como pudo a una enfermedad que le había ganado la batalla antes incluso de haber dado la cara, y el día que fue consciente de que no había nada que hacer lo preparó todo para su marcha.

Traté de ignorar la niebla que el alcohol y la marihuana habían extendido en mi cabeza y dirigí la mirada hacia la única fotografía que tenía en el salón. ¿Cuántos años hacía de aquello? ¿Diez? ¿Once? En la instantánea, una niña regordeta y con cara de pilla, vestida de Peter Pan, me ofrecía, casi me obligaba a comerme, un enorme algodón de azúcar. Su madre —su madre, su verdadera madre, mi queridísima y añoradísima amiga Lola— reía a carcajadas a nuestro lado. Ella llevaba su propio algodón de azúcar en la mano. Recuerdo vívidamente nuestras risas, incluso la de Luca tras el objetivo. Fue un fin de semana mágico. Las cuatro en Disneylandia.

Di una calada más al porro y eché la cabeza sobre el hombro de Luca, que desde hacía un rato volvía a estar sentada a mi lado.

Antes de caer presa del sueño dije: Te quiero, amiga.

También fui consciente de un hecho importante: E no me conocía lo suficiente. No lo sabía todo sobre mí. De lo contrario no se habría referido a Tadea como mi hija.

Meses después de las risas de algodón de azúcar, Lola se debatía entre la vida y la muerte y yo, que jamás había querido ser madre, firmaba todo lo necesario para convertirme en la tutora legal de su hija.

“No. No es necesario que arreglen la habitación, gracias”.

“Chiquillo, pero ¿cómo te vamos a dejar el cuarto sin limpiar?”.

Irritado ante la insistencia de la mujer, señala el cartelito que ha colgado en el pomo de la puerta: “No molestar“.

“De verdad, lo prefiero”, responde, forzando una de sus sonrisas más cálidas.

“Bueno, pero luego no te me quejes de que te falta papel de váter o lo que sea”.

“Si se me acaba algo, yo me acerco a la recepción sin problema”.

Se despide de la señora de la limpieza y entra en la habitación. Ha llegado justo a tiempo. Unos minutos más y, quién sabe, puede que esa vieja asquerosa se hubiera colado a cotillear. Y todo habría terminado. Un error imperdonable. Y sin vuelta atrás.

Se dirige hacia la mesa que tiene a su izquierda y deja encima las bolsas con lo que ha comprado en la ferretería. Se acerca a la cama, estira las sábanas y, a continuación, la cubre con un plástico sobre el que deposita los utensilios que cree que va a necesitar: cuchillo carnicero, serrucho, tijeras de podar, papel absorbente, bolsas de basura —¿cuántas tendrá que utilizar?—, guantes... Deja los productos de limpieza guardados por ahora.

Lo siguiente es la indumentaria: mono de pintor y mascarilla.

Antes de meterse en faena, coge su iPod y busca su canción.

“Zero“, de Smashing Pumpkins, sonará en bucle, entre cortes, golpes y respiraciones agitadas hasta que caiga la noche.

TERCERO

DENTRO DEL LABERINTO

Nada en el e-mail.

Nada en el móvil.

¿A qué coño estaba esperando E?

Viernes.

Sin noticias de E.

Habían pasado pocas horas desde su último e-mail, pero yo acumulaba inquietud a cada minuto. Me preguntaba si la ausencia de *instrucciones* se debía a que estaba preparándome una nueva sorpresa inolvidable.

Pensé en Tadea, en lo mucho que me gustaría que tuviera algún familiar, no sé, a miles de kilómetros de Madrid, para poder mandarla lejos y ponerla a salvo. Aunque si lo que dijo E era cierto, mientras yo cumpliera al pie de la letra lo que me ordenara, Tadea estaría bien.

Por eso mismo estaba en el despacho, sentada frente a una de mis clientas, escuchando por qué creía ella que haber sido infiel a su marido estaba salvando su matrimonio. Debía respetar mis rutinas, de lo contrario... De lo contrario ¿qué? ¿Otra mano seccionada? ¿Un brazo entero? ¿Una pierna? Mientras yo buceaba en mis preocupaciones, mi clienta se preguntaba en voz alta —me preguntaba, más bien— si debía sincerarse con su pareja, si era conveniente que le relatara los seis días que había pasado encerrada con un completo desconocido en una habitación de hotel en lugar de marcharse de viaje por trabajo, como se suponía que había hecho. Miré el reloj: quedaban diez minutos de sesión. Sin ganas, la animé a explorar en voz alta los pros, los contras y las posibles consecuencias de contarle a su marido la infidelidad. Su perorata me permitió hacer un recorrido mental por las historias, las maldades y las bondades de mis clientes. ¿Merecía alguno morir?

Cuando se marchó, convencida de que iba a ser mucho mejor guardar silencio en lo referente a su aventura, recibí una llamada del departamento de prensa de la editorial. Me dijeron que acababan de mandarme un correo electrónico con la planificación para el próximo lunes. ¿El lunes? ¿Qué pasaba el lunes? Por un momento no supe de qué me hablaban, pero reaccioné a tiempo de no parecer una idiota. La promoción de mi nuevo libro arrancaba al día siguiente con una conferencia y me mantendría ocupada gran parte de la semana

entrante.

Sábado.

El silencio de E me inquietaba de un modo insoportable. Tanto que estoy casi segura de que durante mi charla sobre egoísmo saludable ante doscientas mujeres emprendedoras, todas y cada una de las asistentes notaron cómo vibraba en el ambiente mi nerviosismo.

Por la tarde fui a ver a Micky, y lo que encontré en su habitación del hospital me pegó una bofetada. Él y la chica de la que había estado intentando librarse los últimos meses, motivo por el que acudía a mi consulta, estaban emitiendo un vídeo en directo y respondían a todo tipo de preguntas morbosas. Parecía que el chaval y su novia, la arpía española más famosa de Instagram, habían encontrado en la mano amputada una gran oportunidad. Me marché sin hablar con él. Sin poder parar de pensar en que el trozo que le faltaba al muñón vendado que mostraba a la cámara con el rostro entre orgulloso y dolido estaba, dentro de un bote de conservas, en el congelador de mi casa.

Angustiada, decidí pasar por el gimnasio para liberar un poco de tensión. Salí del vestuario al cabo de dos horas, con la musculatura relajada y el pelo aún mojado tras la ducha, y me topé con Jaime. ¿Cómo no? Fue allí donde lo conocí.

Yo no supe qué decir.

Él me lo puso fácil.

Dijo: Te he echado de menos.

Yo tragué saliva. Él se me acercó, su boca en mi oído.

Dijo: Quiero besarte, pero me conformo con invitarte a una cerveza.

Empezamos por la cerveza, continuamos con los besos y cerramos el día en mi cama, con los cuerpos entrelazados y jadeando.

Domingo.

Nada en el e-mail. Nada en el móvil. ¿A qué coño estaba esperando E?

Si no fuese por la intranquilidad crónica en la que vivía inmersa desde hacía días, y salvo por un único detalle desagradable, aquel domingo podría haber acabado con la etiqueta de «fabuloso».

Mi día empezó a las nueve de la mañana. En aquella ocasión fui yo la que se levantó antes para salir a por el desayuno. No compré cruasanes, su aroma me generaba angustia. En su lugar escogí bollos de leche y brioches. También pan recién hecho y un taco de mantequilla casera. Cuando doblé la esquina de mi calle descubrí al

marido de Rita, la mujer de la limpieza, esperándome en la puerta. Me preguntó si tenía noticias suyas, si sabía adónde había ido. La sorpresa que despertaron en mí sus preguntas se tornó de inmediato en un torrente de lucidez. ¿Se había atrevido por fin a marcharse, a alejarse de él?

Dijo: Sé que no me la merezco, pero necesito que vuelva a casa.

Le apestaba el aliento. Miré su cara —espesa y recia mancha de barba incipiente, bolsas en los ojos, tez amarillenta— marcada por la preocupación, y recordé las veces que Rita me había insinuado que tenía que dejar a su marido, que no la trataba bien. Nunca me dio detalles, pero era fácil imaginar qué significaba para ella, una mujer rural educada en el más férreo de los machismos, que no la trataran bien.

Dije: No sé dónde está, lo siento.

Y cuando intenté entrar en el portal, aquel hombre me agarró con fuerza del brazo.

—¿Dónde carajo está mi mujer? ¡Ella jamás me dejaría! —exclamó enojado.

Yo lo miré, incrédula. Me hacía daño, pero traté por todos los medios que no lo notara. Me limité a apartar su garra —gruesa, áspera, peluda— mientras le decía: No vuelva a ponerme una mano encima o me veré obligada a contarle a la policía todo lo que Rita me ha explicado de usted.

Él reculó rabioso. Hizo ademán de decir algo, pero dio media vuelta y se marchó.

Pensé: Bastante me ha caído encima para tener que lidiar con un caso así.

Aunque me metí en el portal pensando en ella, en Rita. Me alegraba que, por fin, hubiera decidido buscar su libertad. Sin embargo, no pude evitar sentir un hilo de tristeza al recordar lo abrupto de su marcha. ¿Por qué no me lo dijo? Sabía que yo la protegería. No le habría dicho nada a nadie. Incluso la habría ayudado con un poco de dinero o con lo que le hubiera hecho falta.

Cuando entré en casa y me asomé a la habitación, Jaime aún dormía. Su respiración era profunda y tranquilizadora. Preparé el desayuno, y cuando casi lo tenía listo apareció en la cocina, desnudo y con una sonrisa.

Dijo: Huele demasiado bien.

Dije: Creo que sabe aún mejor.

Pasamos el resto del día en casa, dormitando a ratos, haciendo el amor, hablando... Adoraba el modo en que escarbaba con su cara en mi cuello. Oliéndome. Besándome. Susurrándome frases que a veces ni

siquiera llegaba a oír. Aquel domingo me sentí tan bien que estuve a punto de olvidar que aún se cernía sobre mí la sombra de un asesino.

Lunes.

Mañana de entrevistas. Para la radio. Para la televisión. Para periódicos y revistas. Para blogs y videoblogs. Eva Orúe, una periodista de la vieja escuela que compaginaba tertulias políticas y artículos de opinión en diversos medios con la dirección de la agencia de comunicación que se encargaba de hacer visible mi nuevo libro, me llevó de taxi en taxi, de estudio en estudio, de plató en plató, de mesa de cafetería en mesa de cafetería. Era la tercera vez que coincidíamos en ese tipo de actos. También nos habíamos cruzado en repetidas ocasiones grabando el programa en el que yo trabajaba. Si tuviera que destacar algo de ella, señalaría su sentido común y su prudencia. Eva se había dado cuenta enseguida de que yo no estaba como siempre, de que algo gordo me pasaba, y, en lugar de preguntar, se limitó a no importunarme y a compartir conmigo la información que yo necesitaba.

—Hay que estar allí a las diez para que te maquillen. Entras en directo a las diez y media. Te dedicarán unos diez minutos —me dijo mientras íbamos en un taxi—. Luego salimos pitando para el hotel Las Letras.

Yo asentí y clavé la mirada en el móvil. Desde el viernes, había encendido y desbloqueado la pantalla y abierto y refrescado el correo en busca de noticias de E tantas veces que aquello había acabado convirtiéndose en el estribillo de mi vida. Seguía repitiendo la operación cada dos o tres minutos pese a que, de hecho, ya no esperaba nada.

—¿Estás lista? —me preguntó Eva.

Al parecer habíamos llegado. Ella abonó la carrera y aguardó unos segundos en silencio a que me apeara del taxi. Al ver que yo no reaccionaba, tuvo que devolverme a la realidad.

—¿Vamos?

—Sí, perdona. Es que ando pendiente de un asunto importante y me despisto un poco.

La seguí de cerca sin recordar qué era lo que venía a continuación.

Más de tres horas después, y tras haber recorrido todo Madrid, me apeé del último taxi frente al portal de mi casa.

Eva dijo: Te recojo en hora y media.

Tendríamos que haber comido juntas, para hacérselo a ella más fácil, pero estaba exhausta y me dolía la cabeza, así que preferí ir a casa a descansar un poco.

Me eché en el sofá y, justo cuando Vladi intentaba tumbarse encima de mí, me levanté de golpe y fui al cajón de las pilas usadas. El ejemplar de *La importancia de llamarse Helena* continuaba allí. Me quedé dormida leyendo el libro y me desperté sobresaltada al oír el timbre del móvil hora y media después. Era Eva, que esperaba abajo, en el portal. Le puse de comer a mi gato y salí de nuevo de casa, en esa ocasión con el libro dentro del bolso.

Regresé de noche, agotada, con el libro en la mano, sin haber encontrado nada en sus páginas. Desde hijas de dioses hasta prostitutas, el relato estaba plagado de Elenas. La Elena de Esparta, o de Troya, nacida de un huevo y protagonista de decenas, puede que cientos, de mitos y fábulas. La Elena de Constantinopla, madre del emperador romano Constantino I el Grande, encargado de abrir las puertas a la expansión del cristianismo en Europa. Elena Lucrecia Cornaro Piscopia, primera mujer en recibir un doctorado en filosofía en una universidad, allá por el siglo XVII. Elena de Céspedes, que decidió convertirse en Eleno de Céspedes para poder ser cirujana en una época, el siglo XVI, en la que sólo los varones podían desempeñar ciertas profesiones. Actrices, escritoras, espías, sufragistas, pintoras, científicas, cantantes... Un sinfín de (H)elenas en cuyas historias no logré encontrar pista alguna sobre mi molesto... Mi molesto ¿qué? ¿Acosador? ¿Lunático? ¿Asesino?

Frustrada, me lie un canuto, lo aspiré hasta hacerlo desaparecer y perdí el sentido en el sofá hasta la mañana siguiente.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Dije: Tengo que salir de aquí ahora mismo.
La dejé atrás con la palabra en la boca.

Martes.

El día arrancó calcado al anterior. Eva me recogió en la puerta de casa e iniciamos la que prometía ser una mañana extenuante. En las ocasiones anteriores me habían encantado los días de promoción de un nuevo libro. Sin embargo, entonces, con la cabeza constantemente ocupada intentando averiguar el modo de salir del lío en el que estaba metida, los compromisos que tenía se me antojaron un insoportable suplicio. Soñaba con la llegada de la tarde, con la monótona rutina de mis sesiones, para poder limitarme a estar sentada y mientras, fingiendo que me importaba lo que mis clientes tenían que contarme, plantearme en serio si, llegado el momento, quemados ya todos mis cartuchos —si es que tenía algún cartucho que quemar—, iba a ser capaz de dar a E un nombre.

A las nueve entramos en los estudios de TeleMadrid —«Cuéntanos, Elena, ¿qué es eso del egoísmo saludable?»—; a las diez y media, en Onda Cero —«Explícanos cómo podemos ser más felices practicando el egoísmo»—, y a las doce me encontraba sentada en el cómodo sofá de uno de los estudios de A3 Media, para una entrevista en directo de la que estaba a punto de salir pitando.

El encuentro empezó con normalidad. La presentadora se sentó en un sillón a mi lado, con mi libro en una mano y varios folios en la otra. En los papeles intuí retazos de mi biografía, información sobre mi profesión como psicóloga, un listado con el resto de mis publicaciones y varias preguntas a continuación. Había hecho los deberes. O se los habían hecho. Era yo quien parecía no estar preparada.

Después de cuatro días de tensión, ya no esperaba noticias de E. Y, sin embargo, seguía llevando el móvil atornillado a la mano.

—¿Te importa dejar el teléfono sobre la mesa? Queda feo en la pantalla —me dijo el realizador.

Lo miré, consciente de mi comportamiento de novata, y asentí. Cuando fui a dejarlo donde me habían pedido recibí un mensaje.

De pronto me sentí incómoda. La ropa me apretaba. Los zapatos me estrangulaban los pies. La pegajosa capa de maquillaje que me

habían puesto me alteró las sensaciones. Notaba que me asfixiaba.

Dije: No me encuentro bien.

Acto seguido me levanté y salí del plató. Al fondo oí revuelo.

—¡Que se larga! —se quejaron a mi espalda.

—¡Estamos en el aire! —exclamó alguien.

—Pero... —dudó la presentadora.

—¡Tira, coño! —le soltaron en una especie de susurro que casi pareció un grito.

—Hola de nuevo. ¿Qué puedo decir? Estábamos a punto de ofrecerles una entrevista de lo más interesante sobre egoísmo saludable, pero nuestra invitada se ha indispuesto de repente y ha tenido que dejarnos. Elena, esperamos que te mejores pronto y que...

Las puertas del plató se cerraron a mi espalda y Eva apareció frente a mí.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? Estás muy pálida.

Dije: Tengo que salir de aquí ahora mismo.

La dejé atrás con la palabra en la boca. Mientras recorría pasillos y atravesaba puertas me asaltó un fugaz y lunático pensamiento: sólo me faltaban un reloj de bolsillo y unas enormes orejas. «Llego tarde. ¡Llego tarde!», habría dicho el Conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Las instrucciones de E rebotaron con violencia en mi cabeza. Debía darme prisa, de lo contrario no llegaría a tiempo. Así que me quité los tacones y eché a correr, sufriendo en los huesecillos de mis tobillos cada golpe contra el suelo. Una vez en la zona de seguridad, azorada, angustiada, pedí que llamaran a un taxi. A la una en punto debía estar en Manuel Becerra y me encontraba a merced del tráfico de Madrid.

Qué bonita estás esta mañana, Elena.
El miedo te sienta tan bien...

Me dije: Tranquilízate, Elena.
Pero la tranquilidad no llegó.

Bajé del taxi y me encaminé hacia la boca de metro de Manuel Becerra que daba a la calle Alcalá con la desagradable sensación de que E me observaba. Descendí las escaleras y me adentré en un pasillo flanqueado por paredes amarillas que desembocaba en la verdadera entrada a la estación.

Caminé tras una chica cargada con una mochila naranja que llevaba un bolsillo abierto. Nadie detrás tras de mí, por el momento. Un señor que caminaba balanceándose de lado a lado se me acercaba. Pasó de largo. Su fugaz presencia a mi espalda me generó una incómoda impresión, como si un dedo helado me recorriera la columna vertebral. Aceleré el paso y dejé atrás a la chica de la mochila. Empujé una de las pesadas puertas de entrada y, de nuevo, bajé otra colección de peldaños. Me detuve frente a una de las máquinas y compré un bono de diez viajes. ¿Por qué diez viajes? ¿Por qué no un billete sencillo? Hacía siglos que no entraba en el metro. Y, si podía evitarlo, no pensaba entrar nunca más.

Empecé a sentir calambres en los pies. A escasa distancia del torno volví a despojarme de los zapatos, demasiado altos, y disfruté de un fugaz alivio antes de que el aluvión de angustia borrara por completo el súbito placer.

Torno.

Escaleras mecánicas.

Un señor que llevaba una cartera de piel bajo el brazo se volvió para observarme. Miró mis tacones, mis pies descalzos sobre la superficie estriada de acero. ¿Sería E?

Me adelantó una mujer con un abrigo morado y una bolsa verde en la mano.

Música.

Un tipo tocaba el saxofón en el espacio que unía una escalera mecánica con la siguiente. Esta última emitió un repentino chirrido, que se asentó en mi cabeza generando aún más tensión.

Andén 1 a la derecha.

Último tramo de escaleras y, al fondo, a la izquierda, el andén.

El tren llegó enseguida. Miré el reloj. Después de todo, había

llegado antes de tiempo, así que esperé al siguiente. A la hora indicada.

Mientras aguardaba, se paró delante de mí un chaval —no tendría más de veinticinco años— que hablaba por teléfono, mezclando de un modo absurdo español e inglés —«Sí, tío, fue una *fucking* fiesta. Ahora *waiting number six to go home*. Impresionante, lo de esta tía...»—, y se movía sin parar en menos de un metro de diámetro, pisando constantemente la banda amarilla de advertencia, asomando una y otra vez la puntera de los zapatos a las vías, sacándome de quicio. ¿Acaso E sería alguien así?

Yo era una olla a presión y cualquier detalle contribuía a acercarme a mi propio abismo.

Desvié la atención del chaval y miré a mi alrededor. Se intuía la proximidad de la hora punta porque la gente empezaba a acumularse.

Respiré hondo.

Una.

Dos.

Tres veces.

Una pantalla a mi izquierda anunció la llegada del siguiente tren, pero yo no despegué la espalda de la pared hasta que todo el mundo avanzó y comenzó a colarse en los vagones. Entré la última, detrás de la marea de personas, ebria de angustia, y me instalé en el único sitio que encontré.

¿Es él?, me pregunté cuando mi mirada —no quise ni imaginar cómo era la expresión de mi cara— se cruzó con la de un hombre —alto, delgado, guapo, ¿cansado?— que me dedicó una leve sonrisa y regresó enseguida a la pantalla de su móvil. Gente que escuchaba música, que leía libros en papel o electrónicos, que hablaba entre sí o que simplemente se dejaba mecer por el avance de la máquina que acababa de convertirse en mi prisión por un tiempo indeterminado.

Me parecía que todas y cada una de las personas que me rodeaban podrían ser —o estar compinchadas con— E. Cualquier roce o el más mínimo contacto visual me erizaba la piel. Y la oscuridad entre estaciones aumentaba aún más mi estrés, a pesar de la intensa iluminación del vagón.

Una voz de hombre dijo: «Próxima estación...».

Una voz de mujer añadió: «Diego de León».

La misma voz de hombre dijo: «Correspondencia con...».

La misma voz de mujer añadió: «Líneas cuatro y cinco».

Aguanté allí, ensartada en el escaso espacio, en la minúscula columna de aire que ocupaba, una estación tras otra. Hasta que, entre subidas y bajadas de gente, encontré un hueco en el que apoyar la

espalda —retaguardia a salvo— y, finalmente, me senté. Fue justo en aquel momento cuando mi mente se disparó.

No quería estar allí.

«Próxima estación...».

«Manuel Becerra».

«Correspondencia con...».

«Línea dos».

Primera vuelta.

¿Cuánto tiempo iba a mantenerme E en aquel encierro?

Un señor de unos sesenta años se rascó el bigote de forma nerviosa y me sonrió.

¿Era él o sólo era una persona que intentaba ser cordial?

Una mujer rebuscaba en su bolso y, al levantar la vista, me miró con cara de pocos amigos.

¿Era ella o únicamente estaba fastidiada porque se había dejado algo importante?

Me dije: Tranquilízate, Elena.

Pero la tranquilidad no llegó. Hasta muchas paradas después. Hasta que mi cerebro reptiliano se cansó de pulsar el botón del pánico. Hasta que mi amígdala se aburrió y dejó de esculpir para mí oleadas de miedo y ansiedad. Hasta que mi organismo alcanzó el tope de saturación de adrenalina y lo único que le quedó por hacer fue regresar a la calma.

«Próxima estación...».

«Cuatro Caminos».

«Correspondencia con...».

«Líneas uno y dos».

Me centré en la puerta que tenía a la izquierda.

Se apearon cinco. Entraron tres.

Aceleramos, frenamos, paramos.

Disminuyeron el ritmo y la profundidad de mi respiración.

Aceleramos, frenamos, paramos.

Mi corazón, cansado de bombear a todo trapo, se relajó.

Aceleramos, frenamos, paramos.

Y mis músculos comenzaron a vibrar por el cansancio, resaca del agarrotamiento.

¿Cuánto tiempo había pasado?

¿Había dado ya la segunda vuelta?

Estaba tan cansada que apenas era capaz de mantenerme alerta.

«Próxima estación...».

«Sáinz de Baranda».

«Correspondencia con...».

«Línea nueve».

Miré el mapa. Luego vendría O'Donnell. Después, Manuel Becerra.

Intuí una tercera vuelta. Pero la intuición me falló.

Justo cuando anunciaban por megafonía la estación de Manuel Becerra, la luz roja de la alarma se encendió y un pitido intermitente inundó los vagones. El tren aminoró la velocidad y se detuvo en medio del túnel. La gente a mi alrededor se inquietó y yo me levanté como impulsada por un resorte y busqué un sitio donde apretar todo el cuerpo contra la pared.

Me dije: Ya viene.

Pero ¿quién? ¿Qué?

De nuevo respiración acelerada, corazón desbocado, boca seca, estómago contraído.

Un grito me sobresaltó.

¿O no fue el grito sino la súbita oscuridad?

Alguien dijo: Pero ¿qué pasa?

Un crío comenzó a llorar.

Un hombre exclamó: ¡¿Qué coño pasa?! ¡Que enciendan las luces!

Y entonces sentí su respiración.

Su olor.

Su voz, en un susurro escalofriante.

—Qué bien te sienta el miedo, querida Elena.

Grité. Lancé un golpe con el codo que se perdió en el aire. Y cuando la luz regresó y el tren se puso en marcha de nuevo, busqué en vano al dueño de la voz.

El alivio generalizado por la vuelta a la normalidad no me rozó siquiera. Aún con su aliento en el cuello, descubrí que E había dejado una gran bolsa de papel a mi lado. No me atreví a tocarla. No al principio. Dentro vislumbré un bulto envuelto en papel de regalo rojo.

Minutos después, cuando el equipo de seguridad del metro comprobó que todo marchaba bien y nos dejaron salir, me agaché entre temblores y agarré la bolsa por las asas.

Recorrí pasillos y subí escaleras. Alcancé la superficie, ya sin fuerzas, y paré un taxi.

—A Jorge Juan con Lope de Rueda, por favor —dije casi sin voz.

Fueron sólo unos minutos de trayecto. Tiempo suficiente para atreverme a sacar el bulto de la bolsa y desenvolverlo.

Observé unos segundos el aparatoso objeto antes de guardarlo de nuevo. Luego tragué saliva y contemplé, como desde fuera de mi cuerpo, mi desconcierto.

Un laberinto. Un laberinto para ratones.

¿Era una pista o una jodida metáfora?

Sigues oliendo igual de bien, Elena.

Dije: ¿Quién es?

Dijo: Eloísa, la señora ciega.

De nuevo, E había vuelto a ganarme la partida.

Me dispuse a entrar en el gabinete sin preocuparme por ponerme los zapatos, sin atusarme el pelo ni ajustarme la ropa. Nada me importaba salvo el hecho de que me sentía más perdida que cuando aquella locura empezó. ¿Por qué un laberinto para ratones? ¿Es que E guardaba relación con mi pasado en la universidad?

«Qué bien te sienta el miedo».

El recuerdo de su voz, de su aliento, me estremeció.

Empujé la puerta y, antes de que pudiera entrar, Silvio me abordó y me hizo regresar al descansillo.

Dijo: Lo siento, Elena, no sé qué ha podido pasar.

Dije: ¿Qué?

Eché un fugaz vistazo a la bolsa que pendía de mi mano. Sobre el laberinto descansaban desde hacía rato mis zapatos.

Dijo: Pues que algo ha debido de fallar... Puede que la base de datos o los mensajes... La verdad es que no tengo ni idea de qué ha pasado, pero...

Dije: Para. Explícame qué ocurre.

Silvio se quitó las gafas y me miró con gesto de derrota. Estaba segura de que lo que iba a contarme era cosa de E.

Dijo: Once de tus clientes se han presentado a la cita de las cinco.

Me asomé dentro y vi el barullo que había montado en la recepción. Caras de desconcierto. También de enfado. Pura, podría decirse que la mujer con más malas pulgas que había conocido jamás —iba a mi consulta para aprender a controlar sus prontos—, se quejaba en voz alta con los brazos cruzados.

Me puse los zapatos e indiqué a Silvio que me dejara pasar. Hubo quienes me recibieron de un modo cordial; otros, como Pura, ni se preocuparon por disimular su irritación.

—Siento mucho haberos hecho venir a todos a esta hora, seguramente ha habido algún error —dije.

—¿Cómo que un error? Pero si estuve hablando con Silvio por WhatsApp, si hasta le dije que no me venía bien, que tenía que cambiar una reunión para venir, y aun así él insistió —replicó

Bartolomé, un adicto al trabajo al borde del divorcio que hacía terapia para poder decirle a su mujer que estaba solucionando su problema.

—¿Alguien más ha recibido el cambio de cita por WhatsApp?

Respondieron casi todos a la vez: Yo.

Los rezagados: Yo también. Y yo.

Pensé: E.

Me acerqué al mostrador y cogí el móvil que solía utilizar Silvio para contactar con los clientes del gabinete, lo desbloqueé y abrí WhatsApp. Ni un solo mensaje enviado. De pronto caí en que ese móvil había estado perdido varios días. Silvio tuvo que cancelar el pedido del nuevo cuando volvió a aparecer de repente una mañana. Se esfumó y reapareció como si nada.

Me dije: E ha estado en mi gabinete. ¿Habrá clonado la tarjeta SIM?

Pero el pensamiento apenas me sorprendió, sólo me encogí un poco al recordar su voz en el metro, en medio de la oscuridad. Si es que era su voz. A aquellas alturas ya me esperaba de él cualquier cosa, una idea que, más que inquietarme, en aquel momento me dejó agotada. Cuánto deseaba poder salir de allí sin dar explicaciones, sin verme en la obligación de calmar a nadie. Cuánto deseaba despertarme y descubrir que todo aquello había sido una simple pesadilla. Sin embargo, el peso de la bolsa que pendía de mi mano izquierda —no pensaba soltarla hasta que me sintiera a salvo de miradas indiscretas — me hizo reaccionar de nuevo.

Dije: Siento mucho el malentendido. La verdad es que no sé cómo explicar lo ocurrido. Es evidente que no puedo atenderos a todos a la vez, así que, si os parece bien, retomamos las citas anteriores. Por supuesto, Silvio no os cobrará la siguiente consulta, por las molestias.

Miré el reloj: casi las cinco, hora de la primera cita de la tarde. Como era normal, no me apetecía en absoluto escuchar las miserias de otro. Aun así, me imaginé encerrándome sola en el despacho, o yéndome a casa, mirando de forma obsesiva el laberinto para ratones sin llegar a ninguna conclusión y... Y simplemente no pude.

Dije: Silvio, ¿quién tenía antes de esto cita a las cinco?

Mi asistente se acercó al mostrador y abrió su agenda. Me miró desconcertado.

Dijo: No está aquí. La cita de las cinco no ha venido.

Sentí que mi corazón empezaba a bombear con más fuerza.

Dije: ¿Quién es?

Dijo: Eloísa, la señora ciega.

De nuevo, E me había ganado la partida.

Tragué saliva.

Intenté disimular y dije: Está bien, voy a acercarme a su casa. Puede que no haya venido porque se encuentre mal.

Me disculpé de nuevo ante todos y, bolso al hombro, bolsa en mano, salí al descansillo simulando templanza. En cuanto cerré la puerta, eché a correr escaleras abajo y me lancé a la calle con el corazón en la boca, suplicando en silencio que Eloísa estuviera a salvo.

¿Y si de entre todos tus clientes la eligieras a ella, Elena?
¿Y si ella muriera?
Menudo problema te quitarías de encima si la matara para ti.

¿Era mía?

No. No era mía.

Pero estaba en mi ropa.

Y en mis rodillas.

Y en mis manos.

No había luz.

Tenía las manos húmedas, pegajosas, como si las hubiera bañado en alguna sustancia untuosa. Junto a la sensación de las manos, dos percepciones prevalecían: un aroma denso, metálico, y el sonido de mi respiración, como si mis pulmones no dieran para más.

Había hecho algo. Algo malo. Pero no lograba recordarlo.

¿Dónde estaba?

¿Cómo había llegado hasta aquel lugar?

—¿Hola?

Mi pregunta no obtuvo respuesta.

¿No había nadie o era lo que E pretendía que creyera?

Estaba sentada en el suelo, sobre lo que me pareció una alfombra. Restregué las manos por la áspera superficie y noté cómo desaparecía la humedad, que quedó relegada a las uñas y a los pliegues entre los dedos.

Pensé: ¿Qué coño es esto?

Me levanté con cuidado y, cuando di el primer paso, tropecé con algo y me caí. Oí un gemido a mi espalda, un sonido suave, crepitante, como si saliese acompañado de un burbujeo. El sonido cesó segundos después.

A punto estuve de volver a decir algo, pero me contuve. No sabía quién estaba conmigo. ¿Y si esperaba localizarme en medio de la densa oscuridad usando como rastro los sonidos que emitía?

Permanecí tendida en el suelo y me deslicé como pude, en sentido opuesto al bulto con el que había tropezado, tratando de no hacer ruido, conteniendo al máximo la respiración. Hasta que di con algo. Parecía una mesita. Sobre ella, ¿un teléfono? ¡Sí, un teléfono! Un teléfono inalámbrico. Lo cogí y, con el 091 palpitando con urgencia en mi mente, empecé a pulsar teclas para encenderlo, pero parecía no tener batería. Seguí palpando, aún con la vibrante necesidad de pedir

ayuda. Quizá la base de carga estuviera cerca. Al lado intuí una lámpara. Tanteé con ambas manos en busca del cable y, por el camino, me topé con algo frío y pegajoso. Y afilado. Parecía... Era un cuchillo.

Aferré el mango con la mano derecha y con la izquierda localicé el cable de la lámpara. Lo recorrí hasta llegar al interruptor. Sin soltarlo, me di la vuelta y me puse de espaldas a la mesita con las piernas flexionadas y el cuchillo en alto.

Giré bruscamente el cuello al notar algo cálido, como una respiración, y entonces, sin poder evitarlo, un llanto nervioso brotó de mi garganta. Intenté encender la luz, pero mi mano no reaccionaba.

«Qué bien te sienta el miedo, querida Elena».

—¡Déjame en paz! —grité.

Y respiré hondo.

Y pulsé el interruptor.

Y cuando la nada más absoluta se tornó en una penumbra llena de formas y objetos, rasgué el aire con el cuchillo. Con violencia. Con rabia. Con impotencia. Miré, agitada y con los ojos arrasados de lágrimas, a mi alrededor, pero no hallé rastro alguno de E. Estaba... Estábamos solas. Yo, agazapada en una esquina del salón. La tía Eloísa, en el otro extremo, sentada en su sillón orejero con la cabeza colgando hacia un lado. Y como un aberrante cordón umbilical que nos unía a las dos, un reguero de sangre entre ambas.

¿Era mía?

No. No era mía.

Pero estaba en mi ropa. Y en mis rodillas. Y en mis manos. Y en el cuchillo.

Yo la llevaba encima, pero brotaba de Eloísa. De su vientre. De su pecho. De sus brazos. De su cuello. De... De su ojo derecho.

¿Qué había hecho?

¿Qué coño había hecho?

Intenté moverme, pero no pude. Mis piernas se habían soldado al suelo.

Intenté gritar, pero sólo emití silencio.

Traté de recordar qué había pasado, por qué estaba allí, bañada en sangre. Por qué...

Y de pronto oí una voz. Alguien pronunciaba a lo lejos mi nombre.

«Lena».

La voz se acercaba. Y cuanto más se llenaban de ella mis oídos —«Lena»—, más se desdibujaba lo que me rodeaba. La sangre que me cubría comenzó a retirarse y regresó a las heridas por las que había escapado.

«Lena».

La mesita a mi espalda desapareció. También el cuchillo de mi mano.

—«Lena».

—Sigue llamándome, por favor. Sácame de aquí —supliqué—. ¡Sácame de aquí!

Y, esa vez sí, un grito salió de mi garganta, con tanta energía que Eloísa y su sangriento escenario se esfumaron. Con tanta fuerza que, al abrir los ojos —¿los tenía cerrados?—, me encontré en el salón de mi casa, tendida en el sofá, con Tadea a mi lado. Pánico en su rostro.

—¡Joder, qué susto me has dado! —se quejó.

Luego se levantó y desapareció de mi vista, dejándome allí sola, hundida en mi desamparo.

Tardé unos segundos en asimilar que había sido presa de una pesadilla. Un mal sueño que, de algún modo, estaba anclado a la realidad. No porque Eloísa estuviera muerta, no porque E hubiera decidido aprovechar la confusión en mi gabinete para hacerle daño, sino porque yo misma había querido matarla aquella tarde, en un ligero sentido figurado.

Cuando llegué a su piso me recibió con el más absoluto de los mutismos. Por más que lo intenté, no logré que me dirigiera la palabra. Supe la razón enseguida, no necesité escucharla de su boca: E la había estado visitando los últimos días. Puede que fingiera ser un amigo o un colega o un novio mío para que lo dejara entrar, para conseguir hablar con ella. Quizá, sin yo saberlo, se había ganado su confianza. Quizá... Quizá hubiera acabado conociendo por mi tía lo que yo llevaba años tratando de averiguar. ¿Que cómo lo sé? Porque había una nota para mí sobre la mesa de la cocina.

«Un encanto, tu tía. Tuyo, E».

—No, ya bajo —oí decir a Tadea a lo lejos—. ¡Espérame, joder, que ya bajo!

Me levanté del sofá, desorientada aún, y recorrí el pasillo hasta su habitación.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Coger unas cosas. ¿O es que no puedo venir a mi casa? —Estaba de un humor de perros.

—Te pedí que te quedaras con tu padre.

—Pero no quisiste explicarme el motivo, así que o me lo cuentas, o no veo por qué no voy a poder pasar por mi propia casa si me hace falta recoger algo —me soltó.

—Tadea.

—Estar con papá es...

No acabó la frase. Siguió metiendo cosas al azar en una gran bolsa de tela.

—¿Es qué? —insistí.

—Un coñazo —respondió. Luego se detuvo y me miró a la cara—. Estar con papá es un auténtico coñazo.

A punto estuve de iniciar la típica conversación de madre a hija sobre lo importante que era que dejase pasar el tiempo, que su padre y ella llevaban mucho sin estar juntos, que al principio sería difícil para ambos... Sin embargo, me concentré en el verdadero problema: E.

—¿Cuántas cosas te he pedido últimamente?

—Venga ya, Lena.

—Responde. ¿Cuántas cosas te he pedido en los últimos años? Porque, corrígeme si me equivoco, siempre he dejado que hagas lo que quieras. Incluso cuando tu rebeldía o tu extraño sentido de la justicia te han llevado a cometer auténticas estupideces.

Mirada enervada. Brazos cruzados. Silencio.

—¿Es cierto o no?

Leve asentimiento y cara de malas pulgas, interrumpida por un leve puchero.

—Por favor, hasta que yo te lo diga, quédate en casa de tu padre.

—No piensas decirme qué está pasando.

No era una pregunta, era una afirmación. A lo que yo respondí:

—Si pudiera lo haría. Lo único importante es que debes estar lejos de mí hasta que yo te lo diga.

El móvil de Tadea empezó a sonar y ella salió a toda prisa del dormitorio con la bolsa en la mano.

—Estoy bajando, joder —respondió a quienquiera que la hubiera llamado mientras abría la puerta de la calle.

—¿Adónde vas?

Antes de poder preguntar *¿Con quién?*, ella me respondió muy seria:

—Lejos de ti, ¿no es lo que quieres?

Acto seguido salió y cerró la puerta a su espalda, dejándome con la palabra en la boca. Agotada, me senté en el sofá maldiciendo el día en que decidí no activar el localizador de su móvil. Lo que no sabía aún era que, muy pronto, iba a lamentarlo de verdad.

Disculpa la tardanza, a veces el presente requiere toda mi atención.

Bien... ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Estábamos en los preliminares de una despedida. Preparando el adiós a la pequeña Cleopatra.

Y llegados a este punto, ¿qué te parece si imprimimos más ritmo a la narración? Si te soy sincero, lo que me pide el cuerpo es masticar cada detalle de lo que viene a continuación, saborear junto a Ernesto lo vivido desde que prepara sus herramientas hasta que el trabajo está hecho. Pero así tardaría demasiado en llevarte hasta los aciagos acontecimientos que cambiaron la vida de nuestro protagonista para siempre.

Teniendo esto último muy presente, procedo a cerrar el episodio en el que nos encontrábamos emulando a uno de los grandes de la literatura. Es lo que hacen los escritores, ¿no? Identifican, replican y trasladan a su propio estilo los recursos de otros. Yo no soy escritor, de modo que me disculpo de nuevo, esta vez por si mi ejecución no está a la altura de tus expectativas.

Supongo que has leído a Paul Auster. ¡El gran Paul Auster! ¡El irrepetible Paul Auster! Para mí, un escritor con nombre de muerto. No me preguntes por qué, caprichos de la mente quizá. Cuando leí por primera vez, a finales de los noventa, a este eterno aspirante al Premio Nobel, di por sentado que estaba leyendo la obra de un difunto. Y pese a saber desde hace tiempo que goza de buena salud, cada vez que cojo uno de sus libros tengo la sensación de estar ante el legado de un cadáver que lleva décadas alimentando a los gusanos.

Digresiones aparte, Auster va a ser mi apoyo en lo que voy a contarte a continuación. Si has leído *La trilogía de Nueva York*, puede que, como a mí, el arranque de *Fantasmas* te dejara huella:

“En primer lugar está Azul. Más tarde viene Blanco, y luego Negro, y antes del principio está Castaño. Castaño le inició, Castaño le enseñó el oficio, y cuando Castaño envejeció, Azul le sustituyó. Así es como empieza. El escenario es Nueva York, la época es el presente, y ninguno de los dos cambiará nunca“.

Un inicio rompedor, ¿no crees?

Voy a intentar hacer lo mismo con la historia que nos ocupa. La época es el pasado, pero usaremos el presente atemporal. El escenario, si no te importa, por salvaguardar a nuestro protagonista, quedará desdibujado.

En primer lugar está Ernesto. Más tarde viene la pequeña Cleopatra, y luego la Mujer Viento, y antes del principio está el Ansia. El Ansia le tienta durante años, el Ansia contamina su sangre hasta envenenarlo, y cuando considera que ha hecho bien su trabajo, el Ansia se queda dormida en el pozo de brea aguardando la llamada de Ernesto. Al principio la espera se hace eterna. Días y días y días aguardando a que ocurra algo. Pero luego, el veneno en la sangre de Ernesto

comienza a surtir efecto, y el Ansia se hace en él tan presente, tan incontrolable que Ernesto tiene que poner remedio. Solicita en el trabajo unas largas vacaciones, se compra un buen coche y se lanza a la aventura con la idea de alimentar al Ansia lo máximo posible antes de tener que regresar a la rutina y obligarla a dormir hasta el año siguiente.

La aventura lo lleva a la melodía de la pequeña Cleopatra, una historia que debía durar una noche como mucho. Pero la historia se prolonga dos noches más. Una, para pensar. Otra, para actuar. Y así es como la pequeña Cleopatra acaba distribuida en siete pesadas bolsas. Y así es como esas bolsas acaban en el Jeep. Y así es como, GPS de montaña en mano y vestido con ropa de senderista aficionado, Ernesto sube al coche y se lanza al monte.

Siete paseos por lugares remotos.

Es una jornada dura para nuestro protagonista. Al despuntar el alba del que habría sido el cuarto día de amor con la pequeña Cleopatra, su cabeza descansa a un metro bajo tierra en un sitio donde se disfruta de uno de los mejores amaneceres que Ernesto haya visto jamás.

Al fin, el asunto queda resuelto. Ernesto dice adiós y gracias a la pequeña Cleopatra y devora cientos de kilómetros hasta llegar a la ciudad del viento. Allí, tras dos jornadas de senderismo, tras haber anotado con exactitud y mimo las coordenadas para la siguiente despedida, conoce a la Mujer Viento. Con la Mujer Viento experimenta la melodía de un nuevo amor. Y después llega la hecatombe.

CUARTO

¿QUÉ ERES TÚ PARA ÉL?

Ni siquiera sé por qué estoy aquí.
Le juro que apenas la conocía.

Dijo: ¿De qué se conocían?

Dije: Ya se lo he dicho a su compañero esta mañana. No había visto a esa mujer hasta hace una semana.

Dijo: ¿Cómo se conocieron?

Dije: Apareció en una de las firmas de mi último libro.

Dijo: ¿Dónde?

Dije: En Fnac Callao. En principio, sólo quería que le dedicara el libro para un amigo.

Dijo: ¿Qué amigo?

Dije: No lo recuerdo. La de aquel día fue una sesión larga.

Tienes que mantener la calma, Elena, me advertí. *Repite exactamente lo mismo que le has contado al otro policía y sal de aquí cuanto antes*.

Dije: Pero días después, creo que el lunes... Tendría que preguntárselo a mi asistente para estar segura. Días después se presentó en mi consulta. Quería que la atendiera sin cita.

Dijo: Y la atendió.

No era una pregunta. Era una afirmación.

Dije: Sí.

Dijo: ¿Y de qué hablaron?

Dije: No llegamos a concretar nada. Me dio la impresión de que necesitaba ayuda psiquiátrica y...

Dijo: Con ayuda psiquiátrica, ¿se refiere a medicación?

Dije: Sí. Estaba muy nerviosa y su discurso era desordenado... Ansioso. Me pareció...

Dijo: ¿Asustada?

Ya lo creo que estaba asustada, pero no pensaba contárselo.

Mentí: No, asustada no. Su discurso era incoherente. Iniciaba frases que no llegaban a ninguna parte... Creo que alucinaba.

Muy bien, Elena, te has puesto a improvisar y has añadido datos nuevos, me dije. Tan nuevos como falsos. Sin darme cuenta volqué en Sonia el incómodo y desconcertante comportamiento de Rodrigo, mi único paciente psicótico. Mirada perdida, discurso inconexo, cambios bruscos de humor... Me oía decir todas esas cosas mientras me preguntaba si estaba o no echándome mierda encima.

Concluí: Aquélla fue la última vez que la vi. Cuando le recomendé una sesión con Fernández... Fernández es el psiquiatra con el que colaboro desde hace años. Ejem... Cuando le recomendé que la valorara el psiquiatra, se molestó y se fue de mi consulta dando un portazo.

Dijo: ¿Y no volvió a verla?

Mentí: No. No volví a verla. Me había olvidado de ella, hasta que me han llamado ustedes. Siento mucho lo ocurrido, pero no veo en qué puedo serles de utilidad.

Dijo: Nos consta que Sonia la llamó y le envió varios mensajes de texto ayer mismo, poco antes de ser asesinada en su apartamento.

Pensé: Esto es nuevo. Esto es delicado. ¿Qué coño me escribió? ¿Sabrán también que habíamos quedado? ¿Habrá en esos SMS algo sobre E?

Noté un pellizco en el pecho que me dificultó la respiración.

Dije: La bloqueé hace días. No sé cómo consiguió mi teléfono personal, el caso es que me llamó para intentar convencerme de que la atendiera. Yo me ofrecí a ayudarla, con la condición de que primero se dejara valorar por el psiquiatra.

Bajé la voz para añadir: Esta chica me generaba inquietud. Necesitaba asegurarme de que no era peligrosa para sí misma o para los demás.

Y mientras seguía metiendo la pata con mentiras que no sabía si luego podría recordar, la angustia creció aún más, si cabe, en mi interior. ¿Qué coño había escrito Sonia en esos SMS? ¿Eran suyos o de...?

Dijo: ¿Y aceptó su condición?

Dije: ¿Perdón?

Inmediatamente retomé el hilo de la conversación y negué con la cabeza. Mi mirada vagó unos segundos por los profundos surcos que recorrían de lado a lado la frente del policía que me interrogaba. ¿Cómo me había dicho que se llamaba?

Dije: Ni siquiera sé por qué estoy aquí. Le juro que apenas la conocía.

Seguro que el inspector notaba que estaba mintiendo. Seguro que olía mi miedo. Seguro que intuía que mi relación con Sonia había sido más intensa, y podrida, de lo que pretendía hacerle creer.

Dije: He tenido más casos como el suyo. Supongo que esta chica me vio en televisión y pensó que yo podía ayudarla de algún modo. Es fácil encontrarme, sobre todo cuando publico un libro nuevo: tengo muchos encuentros con lectores. La verdad es que procuro tomármelo con cierta naturalidad. Intenté ayudarla, ella no aceptó mi opinión

profesional y trató de llamar la atención de otra forma. Así que decidí bloquearla.

Pensé: ¿Le pregunto por los SMS?

Pero la idea sonó a barbaridad en mi cabeza, de modo que la respuesta fue un rotundo no. Sería mejor esperar a cuando estuviera a solas para desbloquear el número de Sonia y comprobar por mí misma qué me había dicho. Si es que aún era posible recuperarlos.

El inspector —Gabriel Lozano, se llamaba Gabriel Lozano— me miró con atención. Tenía los ojos marrones, o verdes, no lo recuerdo bien. ¿Me creía? ¿No me creía? ¿Dejaría que me marchara algún día?

Abandoné la comisaría casi una hora después y, mientras avanzaba por la acera esperando un taxi, desbloqueé el número de Sonia y vi que tenía dos mensajes de texto suyos.

Mensaje número uno, enviado el día anterior a las 17.13.

«Elena, ya estoy harta de protegerte».

Mensaje número dos, enviado dos minutos después del primero.

«Si sigues adelante, le contaré la verdad a todo el mundo. La gente sabrá qué clase de mujer eres».

Pero ¿qué coño...? ¿Qué se suponía que significaba aquello?

Un instante después llegué a la única conclusión posible: estaba metida en un buen lío.

En un jodido buen lío.

De camino a casa reproduje en mi memoria los tres encuentros que había tenido con Sonia.

Márchate.

No deberíamos estar juntas.

Él no puede vernos juntas.

Primer encuentro.

Se llamaba Sonia Sola Cuevas, aunque la primera vez que nos vimos yo desconocía ese detalle. Tampoco tenía ni idea de que cuatro días después su cadáver iba a pesarme en la conciencia. En aquel momento lo único que intuí fue que aquella mujer tenía un contacto íntimo con E.

—Para Irene —me indicó un señor desde el otro lado de la mesa—. Es psicóloga, como usted, y tiene todos sus libros. La admira muchísimo.

Como siempre hacía, intercambié un par de frases más con aquel señor para escribirle una dedicatoria lo más personalizada posible a la desconocida Irene y, concluida la rúbrica, me despedí con una sonrisa. Después atendí a otros lectores. La buena acogida del libro, el éxito de la primera presentación y el entusiasmo de las personas que se acercaban para llevarse una dedicatoria en alguna de mis publicaciones casi habían logrado que me olvidara de la mierda en la que llevaba varios días ahogándome.

—Lo cuentas todo con tanta facilidad que da gusto leerte —me dijo una lectora.

No lo recuerdo como un baño de masas, pero sí de cariño.

—Gracias. Gracias, de corazón. Espero que salgas pronto de este bache.

Creo que aquella señora acababa de perder a su marido. Mientras hablaba con ella sobre su pérdida y sobre lo bien que le había sentado el libro para empezar a cuidarse un poco más, vi a *la mujer* en la cola. Era imposible no verla. Alta y delgada, enfundada en un abrigo rojo que dejaba al descubierto unas esbeltas piernas envueltas en medias negras y unos zapatos de charol. Su cara se me antojó entre dulce y felina. Sus ojos eran como dos brillantes ventanas que miraban con curiosidad a su alrededor y que de vez en cuando se centraban en mí. Llevaba un ejemplar de mi nuevo libro bajo el brazo y un bolso grande, negro, colgando del hombro izquierdo.

—¿A nombre de quién? —pregunté en cuanto la tuve delante.

Ella se limitó a observarme en silencio.

—¿Para quién es la dedicatoria? —lo intenté de nuevo.

—Para Andrés —respondió al fin con la voz un poco temblorosa. Y no añadió nada más.

La noté inquieta, pero no le di demasiada importancia. Aunque sí llegué a sentirme incómoda al notar en mí el peso de su mirada castaña mientras le firmaba el libro: «Con cariño, para Andrés. Espero que esta lectura te haga un poco más egoísta. Elena Maldonado».

Cuando terminé, cerré el ejemplar de *Únete al club de la desCulpa y sé feliz*, lo agarré con ambas manos y se lo tendí para que lo cogiera. Ella no reaccionó. Se mantuvo en su sitio, seria, con la cara llena de duda, como si no lograra entender algo importante.

—¿Qué eres tú para él? —preguntó de pronto.

—¿Perdona? Creo que...

Me pilló desprevenida. Tanto que estuve a punto de decirle que no la entendía, que me explicara a qué se refería, que a lo mejor me estaba confundiendo con otra persona. Caí en la cuenta de que hablaba de E apenas un segundo después, pero ya había perdido la oportunidad de responder. Sin previo aviso, la mujer cogió el libro, dio media vuelta y desapareció de mi vista entre la gente que aguardaba en la cola.

—¡Espera! —atiné a decir.

Me levanté, dispuesta a ir tras ella, y entonces...

—Elena, disculpa, tu teléfono lleva sonando un buen rato. Puede ser importante —me interrumpió Eva, a quien había pedido que me guardara el aparato para no estar pendiente de él.

—¿Eh? Ah, sí. Pásamelo, por favor.

Contesté enseguida y, al otro lado, escuché la voz asustada de Tadea.

—Mamá, ¿puedes venir a por mí?

Sólo me llamaba «mamá» cuando se había metido en algo muy gordo.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila, pero...

—¿Qué has hecho? ¿Dónde estás?

—Nada demasiado malo.

—¿Cómo que nada *demasiado* malo?

Silencio.

—Tadea...

—A un amigo y a mí nos han pillado cogiendo unas cosas en el súper de El Corte Inglés.

—¿Cogiendo unas cosas? ¿Estabais robando? —pregunté alterada

—. ¿Qué cosas?

—Una bandeja de saladitos, una empanada, una bolsa de gominolas y... una botella de Glenfiddich.

—Joder, Tadea, ¿en qué estabas pensando?

—Lo siento. Rafa ya se ha ido con su padre y me he quedado aquí sola. No he querido llamar a papá... ¿Puedes venir, por favor? Dicen que si no viene mi madre avisarán a la policía.

—¿Rafa? ¿Quién es Rafa? ¿Es el chaval de las fotos?

—Ay, Lena, luego te lo cuento —me dijo al borde del llanto—. ¿Vas a venir?

—Sí, voy a ir, pero pásame primero a la persona que está a tu cargo.

Pedí disculpas por tener una hija a la que se le ocurrían cosas como entrar a robar en un supermercado y coger una botella de casi cincuenta euros en lugar de una de seis. Pedí disculpas por las molestias ocasionadas y porque iba a tardar un rato en llegar. Y, en silencio, tras colgar el teléfono, di las gracias por que Tadea estuviera encerrada en un despacho en el sótano de un centro comercial. Mucho mejor eso que al alcance de E.

Segundo encuentro.

Sin banda sonora de fondo y sin un adecuado montaje de planos y contraplanos, una persecución puede llegar a ser tan agotadora como ridícula. Sobre todo si persecutora y perseguida corren con ropa y calzado incómodos y cargan, ambas, con pesados y voluminosos bolsos.

—¿Te apetece ir al cine?

La segunda vez que vi a la mujer, yo paseaba por la calle Fuencarral sujeta del brazo de Jaime y tomando un helado. Desde que todo aquello empezó, Jaime se había convertido para mí en una balsa de tranquilidad. A su lado sentía un agradable cosquilleo en la barriga, sonreía más y me olvidaba con asombrosa facilidad de la angustia y la ansiedad.

—¿A ver qué? —pregunté.

—Pues no sé. ¿Qué tal si nos ponemos frente a la cartelera y escogemos la primera película que nos llame la atención?

Acepté de buena gana y, cuando apoyé la cabeza en su hombro con un gesto de cariño, me pareció notar que a nuestra espalda alguien hacía un movimiento extraño. Me puse alerta y, con el mayor sigilo posible, empecé a controlar mi retaguardia.

—Al cine se va por allí —me dijo Jaime cuando volví la esquina en lugar de cruzar la calle.

—Ah, sí, disculpa.

Tras la infructuosa maniobra —no había conseguido ver nada—, retomamos el camino correcto.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué? —Mi voz sonó más aguda de lo normal.

—Te noto un poco nerviosa —respondió Jaime, que me atrajo hacia sí y me envolvió con su brazo derecho.

—Tranquilo, estoy bien. Es que no recuerdo si he guardado o no el móvil.

Le di un beso y me liberé de su abrazo con la excusa de buscar el teléfono en el bolso. Entretanto aprovechaba para mirar atrás con disimulo. La localicé por fin cuando apenas nos separaban doscientos metros de los multicines y, al verla, no sé por qué, sin ni siquiera plantearme que podía estar ante una de las tretas de E, me armé de valor y me propuse ir a su encuentro.

—Creo que me he dejado el móvil en el bar —dije a Jaime como excusa para retroceder.

—Vayamos a por él, pues.

—¡No! Ejem... No hace falta que me acompañes. Ve tú para el cine y haz lo que me has dicho: ponte frente a la cartelera y saca entradas para la peli que más te llame la atención, la que quieras. Yo estaré de vuelta para comprar palomitas.

No le convenció demasiado mi propuesta, pero aceptó y siguió adelante.

Yo caminé unos metros hasta la esquina. El encuentro rayó lo absurdo. Como dos crías pequeñas jugando al escondite. Yo, pegada a la pared, con la cara a escasos centímetros del borde, aguardando a que apareciera. Ella, en una postura similar, asomando la cabeza, supongo que para comprobar si podía continuar avanzando. Nuestras caras llegaron a estar tan cerca que ambas dimos un respingo. Justo después empezaron las carreras.

—¡Espera! Sólo quiero saber por qué me sigues. ¿Te ha mandado E? —exclamé cuando ella echó a correr por donde había venido.

La perseguí varios cientos de metros, esquivando viandantes y cruzando calles atestadas de coches, acaparando miradas allá por donde pasábamos. Yo, casi sin aliento desde el principio y con el bolso empeñado en resbalar de mi hombro, trataba de convencerla, sin éxito, de que parara. No tengo ni idea de cuánto tiempo fui tras ella, lo único que recuerdo es el azote del pelo en la nuca con cada zancada, los impactos dolorosos en las plantas de los pies al correr con los zapatos menos indicados y mis pulmones ardiendo al borde del colapso.

La alcancé por un golpe de suerte. O más bien por un golpe a secas. Nos separaban varios metros, una distancia insalvable para mi menguante energía, cuando, al ir a cruzar una calle, la mujer tuvo que frenar en seco para evitar que la atropellara un autobús. Cayó hacia atrás, de espaldas, en medio de una lluvia de objetos procedente de su bolso, y yo, incapaz de frenar a tiempo, tropecé con su cuerpo y me caí de bruces al suelo. Sentí un desagradable clac en el antebrazo izquierdo al que apenas hice caso y, tras unos instantes de confusión, me arrodillé junto a ella e insistí en que no pretendía hacerle daño, sólo hablar.

—Espera un momento, por favor. ¿Por qué me sigues? ¿Te ha mandado E? ¿Por qué me está haciendo esto?

Al principio se mantuvo impermeable a mis palabras, pero ante mi última pregunta se giró un momento y me miró a la cara, como si no entendiera a qué me refería. Luego, nerviosa, siguió recogiendo sus cosas.

—Para, por favor —dije sujetándola del brazo.

—¡Déjame! —gritó. Entonces continuó hablando en voz baja—. Esto no ha sido buena idea. ¡Mierda! Cómo he podido pensar que...

Estaba... ¿asustada?

¿De mí?

¿De E?

Aproveché que volvía la vista hacia otro lado para apoyar el peso de mi cuerpo en lo que intuí que era su cartera.

—¿Qué hacías ayer en la sesión de firmas? ¿Sabes algo que yo no sé?

De nuevo aquella mirada de desconcierto.

—Déjame en paz. Márchate. No deberíamos estar juntas. *Él* no puede vernos juntas.

—¿Él? ¿Te refieres a E?

Y de nuevo la agarré del brazo, esta vez con más fuerza, con más ansiedad por arrancarle una respuesta.

—¡Que me dejes! —gritó a pleno pulmón y a punto de llorar.

—¿Va todo bien?

Ambas buscamos a la vez de dónde salía la voz. Una pareja de policías se había parado a nuestro lado y noté enseguida que era a mí a quien miraban con recelo.

—Sí, va todo bien —respondí.

La mujer no dijo nada. Continuó metiendo sus cosas en el bolso y yo, para disimular, me puse a ayudarla. Pintalabios, espejo roto, paquete de pañuelos, bolígrafo, toallitas húmedas... Cuando casi lo había recuperado todo, me levanté del suelo, cerciorándome de que

los policías no veían que me guardaba su cartera en el bolsillo del abrigo.

Segundos después, los agentes volvieron a lo suyo y la mujer me dio la espalda y se alejó caminando sobre sus tacones, mirando de vez en cuando hacia atrás para comprobar que no la seguía. Me fijé en que llevaba las medias rotas como consecuencia de la caída y que cojeaba ligeramente. Yo tampoco había salido ilesa. De regreso hacia el cine comencé a notar un fuerte dolor en el brazo izquierdo.

—Pero ¿qué te ha pasado? —me preguntó Jaime, alarmado, al verme llegar.

—He tropezado y me he caído. Creo que debería ir a un hospital.

Resultado de aquella torpe persecución: una cartera con los datos personales de la mujer y una fractura múltiple en el antebrazo izquierdo que no necesitó cirugía reconstructiva de milagro pero que, después de varios días, no había dejado de doler.

Tercer encuentro.

Lo primero que me viene a la mente es la voz de Silvio al otro lado de la puerta.

—Disculpe, no puede entrar ahí.

Luego se abrió la puerta y apareció ella.

—Perdona, Elena, no he podido evitarlo —se excusó mi asistente, visiblemente sofocado.

—Devuélvemela —me soltó ella, plantada en jarras a un par de metros de Silvio.

Al escucharla, sentí una extraña excitación. Esperaba volver a verla; de hecho, no dudé de que acudiría a mí para recuperar su cartera, pero no había imaginado algo así.

—No importa, déjala pasar —dije.

Y antes de que me recordara que en la sala de espera había un cliente aguardando su turno, le pedí a mi asistente que suspendiera la siguiente sesión.

—¿Estás segura? —preguntó él, mirando a la intrusa de reojo.

—Sí, hazlo, por favor.

Al cerrarse la puerta, unos segundos de silencio flotaron entre ambas. Aproveché para observarla con atención. Era realmente guapa. Y alta. Y esbelta. Aunque en aquella ocasión llevaba zapatos planos, calculé que me sacaba media cabeza. Su indumentaria era también menos sofisticada que en los dos encuentros anteriores: chupa de cuero, vaqueros y zapatillas. Sujetaba el bolso fuertemente con ambas manos, como si temiera que saliera volando de nuevo.

—Devuélvemela —repitió sin moverse del sitio.

—No hasta que me cuentes qué está ocurriendo..., Sonia.

Al oír mi respuesta, su nombre en mi boca, pataleó como una cría pequeña y, a continuación, se lanzó hacia mí con tal ímpetu que por un momento pensé que iba a atacarme. Yo empujé mi silla hacia atrás en un acto reflejo y sentí el rubor en las mejillas cuando, al alcanzar el escritorio, se sentó sin más frente a mí en uno de los sillones y soltó el bolso en el otro.

—El sábado me reventé la rodilla. Tengo un morado del tamaño de un puño.

—Créeme, yo salí peor parada que tú —dije mostrándole la aparatosa escayola. Un doloroso calambre me sacudió desde la base del dedo anular hasta la axila.

Por un instante pensé que iba a decir que lo lamentaba, pero regresó a su cartera.

—Devuélvemela y no me verás más.

—No puedo. No hasta que me des algo a cambio.

—¿Algo a cambio? Pues esto es un problema, porque no tengo nada para ti. —Se cruzó de brazos.

—Dime quién es él.

Si el silencio pudiera calificarse de desafiante, diría que aquél fue el silencio más desafiante de la historia de la humanidad. Acabé cediendo yo.

—Necesito saber quién es. ¿Por qué me está haciendo esto?

—No sé de qué me hablas.

—¡Venga ya! ¿Cómo que no sabes de qué te hablo? ¡E ha paralizado mi vida! —dije exaltada. Luego bajé la voz, temiendo que nos oyeran fuera—. Ha puesto en peligro a... mi hija. ¡Ha atacado a uno de mis clientes! Y pretende que...

—Basta. No quiero saberlo —replicó, poniendo una mano en alto.

—¿Cómo? Y si no quieres saberlo, ¿para qué...? ¿Por qué fuiste a buscarme? ¿Por qué me seguías?

Noté que con cada nueva frase que salía de mi boca, ella se ponía más y más a la defensiva. Debía cambiar de estrategia.

—He visto fotos de un niño pequeño en tu cartera. ¿Es tu hijo?

No respondió.

—Imagina que alguien te pide que hagas algo horrible y te amenaza con matar a tu hijo si te niegas. Es justo lo que me está pasando a mí y... Y... —No sé si lo que me tragué fue un brote de llanto o un alarido—. Necesito tu ayuda. Necesito saber quién es y por qué está haciéndome todo esto.

Sonia se levantó y empezó a dar vueltas por mi despacho. En aquel momento pensé que iba a marcharse. En lugar de eso, se acercó al

rincón de las infusiones y encendió el calentador de agua. Cogió una taza, sacó una bolsita de tila y la metió dentro. Empezó a hablar sin volverse, tan bajito que tuve que esforzarme para oír lo que decía.

—Tiene el móvil lleno de fotos tuyas. Algunas son las mismas que localicé en internet cuando busqué tu nombre. Otras parece haberlas hecho él. Tú al otro lado de una calle, tú en una cafetería con una amiga, tú tirando una caja negra a un contenedor, tú en televisión... También había fotos de una chica joven y morena.

—Tadea, mi hija —aclaré.

De entre todas las fotos que me hizo, me quedé pensando en una: E se encontraba cerca cuando tiré la caja en la que había recibido la mano de Micky Romera, justo después de la visita a Eloísa. ¿Fue así como descubrió mi relación con ella? Por un instante me alegré de no haber dejado la mano en el congelador de mi tía y habérmela llevado a casa en un bote de conservas.

—Nuestra relación era tan perfecta que... que casi había empezado a pensar que éramos una familia de verdad.

—No lo entiendo.

—Tengo un bar. Apareció por allí una noche, cuando yo estaba a punto de cerrar —me explicó mientras vertía el agua en la taza. Cuando hubo terminado regresó a su asiento. Parecía algo menos combativa—. El camarero que suele cerrar había tenido que marcharse antes aquel día, así que me tocaba hacerlo a mí. Estaba agotada, pero lo que me partía el alma era que mi hijo Saúl se había quedado dormido con la carita apoyada en su trona... No tengo con quién dejarlo, así que pasa muchas horas conmigo en el bar —aclaró —. La cosa es que aquella noche, serían las doce o la una, él entró preguntando si tenía cambio para pagar una multa del parquímetro. Yo no pensaba abrir la caja a aquellas horas estando sola con un desconocido, así que le dije que no, pero me ofrecí a mirar en mi monedero. Acabamos hablando sobre nuestras vidas, uno a cada lado de la barra, y cuando quise darme cuenta habían pasado casi dos horas. Le dije que tenía que marcharme porque a la mañana siguiente abría temprano, y él quiso acompañarme al coche. Fue tan dulce..., y tan extraño caminar por la calle de madrugada sin miedo, con mi hijo en brazos, mientras él cargaba con la mochila del colegio, mi bolso y el resto de mis cosas.

De repente, el gesto de dulzura que se había ido dibujando en su rostro se transformó en una mezcla de incredulidad y miedo.

—Llevamos juntos un año y medio. Vivo con él. Y hasta hace muy poco creía que al fin había encontrado al padre ideal para Saúl —continuó—. Reconozco que no todo era perfecto. Había tenido que

acostumbrarme a que de vez en cuando desapareciera unos días. Incluso había aprendido a anticipar sus ausencias. Acumulaba nerviosismo y ansiedad durante semanas, luego se marchaba y cuando regresaba a casa, volvía exhausto pero mucho más cariñoso. Así que como aquellas, digamos, pausas le sentaban tan bien, decidí aceptarlas. —Detuvo su discurso y dio un trago a su infusión antes de continuar—. Pero de la noche a la mañana le cambió el carácter. Estaba más tiempo fuera que en casa, pasó de mimar a Saúl y jugar con él a evitarlo. Y a mí dejó de tocarme. Hasta de mirarme. Una noche me desperté de madrugada, inquieta, y cuando entré en el salón dispuesta a hablar con él me di cuenta de que había ido al baño y se había dejado el móvil sin bloquear. Había una foto tuya en la pantalla. Luego vi el resto.

—¿Cómo averiguaste mi nombre?

—Tus libros estaban sobre la mesa, junto al teléfono. En todos sale tu foto. Fue fácil encontrarte.

—¿Cómo...? ¿Cómo se llama?

—No lo sé —admitió—. Para mí siempre ha sido Andrés, pero jamás he visto un documento que lo identifique. Tampoco sé nada de su pasado, ni siquiera el más reciente. Como mucho me ha contado cómo se hizo tal o cual cicatriz o por qué detesta las alcachofas.

—¿En qué trabaja?

Me miró negando con la cabeza.

—Es abogado, pero no sé en qué ni para quién trabaja. —Sonrió y soltó un breve bufido—. Yo pensé que simplemente era reservado, pero ahora sé que no habla de sí mismo ni de su vida porque esconde demasiadas cosas.

Silencio y un mar de incertidumbre y dudas entre ambas. Nada de lo que me había contado hasta entonces iba a servirme para averiguar quién era E. Y si se guardaba un as en la manga, si tenía información realmente útil para mí, por el modo en que deslizaba la mirada entre su bolso y la puerta cerrada a su espalda, no parecía demasiado dispuesta a compartirla conmigo.

—Creo que es un hombre muy peligroso —dijo al fin, dejando la taza sobre la mesa—. Encontré una caja en el trastero... Dentro había cosas que estaba claro que no eran suyas: juegos de llaves, ropa interior, fotos de mujeres amarilleadas por el paso del tiempo...

Fotos, pensé.

—Si viera alguna foto suya, a lo mejor podría averiguar si lo conozco.

Ella negó por enésima vez con la cabeza.

—No tengo ni una sola. Odia que le hagan fotos.

Cómo no, me dije.

—¿Puedes describírmelo, al menos?

—Pues no sé... A ver, es alto, algo más que yo. Moreno, con el pelo ondulado, y sus ojos...

Justo en ese momento, Sonia se levantó de golpe. Su bolso estaba vibrando. Sacó el móvil y me miró con la cara desencajada.

—Es él... Tengo que irme.

—No, espera, no me has contado nada que...

Levantó la mano para silenciarme mientras el teléfono seguía vibrando sin parar. Dejó el aparato sobre mi mesa, y cuando la vibración me alcanzó la yema de los dedos a través de la superficie de madera fue como si el mismísimo E me estuviera tocando. Me alejé para protegerme en el instante en que Sonia recuperaba su móvil. Había estado buscando algo dentro del bolso.

—Devuélveme mi cartera —dijo una vez más.

Cegada por la impresión, abrí el primer cajón del escritorio, saqué su cartera y se la entregué. Ella dejó a cambio algo sobre la mesa.

—En las últimas páginas de esta libreta aparece tu nombre. No sé qué es, pero él siempre la lleva encima. Se la he cogido esta mañana de la mesita de noche, así que no va a tardar en darse cuenta de que ha desaparecido.

Contuve la respiración. Ni siquiera me atreví a tocarla. Lo que hice, en cambio, fue coger un pósit y anotar mi número de teléfono personal. Se lo tendí sin decir nada. Luego pregunté:

—¿Qué vas a hacer? ¿No pensarás volver con él?

—Ni loca. Antes de venir aquí he dejado a mi hijo con una amiga. Él no suele estar en casa por las mañanas, así que pasaré por allí para coger ropa y las cosas de Saúl. Después nos marcharemos al pueblo, con mi madre —me explicó—. Puede que todo esto sean paranoias mías, pero no tengo ninguna intención de quedarme a averiguarlo.

¿Paranoias?, repetí con incredulidad en mi cabeza mientras ella se encaminaba hacia la puerta.

Justo antes de abandonar mi despacho, se volvió y me dijo: Creo que tú y tu hija también deberíais poneros a salvo.

Mal, Elena.
Muy mal.

Una hora antes de nuestro último encuentro, Sonia aún seguía con vida. Lo sé porque ella misma me llamó pidiéndome que acudiese a su casa un par de horas después de abandonar mi despacho. Decía haber encontrado algo importante entre las cosas de Andrés, y yo, como una imbécil, fui a verla, aun sabiendo que podía tratarse de una trampa.

Un taxi me dejó en la entrada del bloque, y cuando llamé al portero automático respondió ella.

Dijo: ¿Elena?

Dije: Sí. ¿Estás sola?

No obtuve respuesta, la puerta se abrió enseguida, así que mi nombre fue lo último que escuché de su boca. Subí al quinto piso por las escaleras. La puerta del C estaba entreabierta, y pese a que sentí el impulso de largarme, el llanto de un crío dentro del piso me impidió darme la vuelta.

—¿Sonia? —dije al empujar la puerta—. ¿Estás ahí? ¿Va todo bien?

Pregunta estúpida. Estaba claro que nada iba bien. Sonia no respondió. No podía. En su lugar, un crío de unos tres o cuatro años caminaba hacia mí desde el fondo del pasillo, tendiéndome la manita y dejando tras de sí un sendero de pisadas ensangrentadas. ¿El hijo de Sonia? ¿Qué hacía allí? ¿No había dicho ella que estaba en casa de una amiga?

—Mami —me dijo, mirando hacia el sitio del que había venido.

Se agarró con fuerza a los dedos de mi mano izquierda, apenas libres de la escayola, y tiró de mí. Yo me dejé guiar, apartando a un lado el miedo a E, intuyendo lo que iba a encontrar allí dentro. Pero la realidad superaría con creces la fantasía de mi cabeza.

Avancé despacio junto al niño, esquivando sus huellas y rompiéndome por dentro poco a poco ante el tierno desamparo de aquel crío que se aferraba a mí con su manita derecha, mientras con la izquierda se enjugaba las lágrimas. No le dije nada. No encontré dentro de mí ni una sola palabra que pudiera acallar su pena, hacer menos dolorosa su pérdida, y en vez de hablarle, imaginé lo solo que iba a estar en adelante y deseé en silencio que su pequeño cerebro, aún en pleno desarrollo, fuese lo suficientemente bondadoso con él

para borrar de su memoria lo vivido en ese piso aquella tarde.

Al fondo del pasillo giramos siguiendo las huellas hacia la derecha y, al traspasar el umbral... Al traspasar el umbral tiré del niño con fuerza y lo cogí en brazos en un acto reflejo, pegué su cuerpecito al mío, su cabecita a mi cuello, para intentar protegerlo, para evitar que volviese a ver a su mamá en aquel estado.

—Perdóname-perdóname-perdóname-perdóname-perdóname... —le susurré al oído sin parar, mientras me adentraba en el salón de la casa, esquivando el rastro de aquella violencia brutal.

El pequeño Saúl, delgadito y menudo, sollozaba en mis brazos y me machacaba el alma con sus constantes «Mamá. Quiero con mi mamá». Pero su mamá no volvería. Sonia estaba tendida boca arriba en el suelo. Su cara era un amasijo de piel, carne y sangre coagulada. Su cráneo... Oh, joder, era como una sandía aplastada. Sangre y sesos. Cierro los ojos y eso es lo que veo, la masa informe de su rostro sobre un charco de sangre y sesos.

Cuando regresé a la realidad y fui consciente de dónde me había metido ya era demasiado tarde. Salí corriendo de aquel salón con el hijo de Sonia en brazos, sujetando con fuerza su cabeza, sintiendo la presencia de E en cada rincón de la casa. Bajé con Saúl las escaleras y, cuando estaba punto de abrir el portal de la calle para escapar de allí, fui consciente de golpe del sinsentido de mi reacción.

E me había dado una reprimenda.

Y esa reprimenda me ponía en peligro.

Fueron muchos quienes vieron a Sonia acercarse a mí en la sesión de firmas. Dos policías nos encontraron a las dos juntas, discutiendo, en medio de la calle el sábado por la tarde. Silvio y varios clientes del gabinete presenciaron cómo entraba en mi despacho de malas formas. No podía salir a la calle con su hijo en brazos y llamar a la policía sin más. Así que hice algo de lo que no me siento orgullosa: dejé al crío, con los piececitos manchados de sangre y envuelto en llanto, frente a una de las puertas de la primera planta, toqué el timbre y me marché.

Cuando me llamaron por primera vez de la comisaría, no me extrañó. Me preparé a conciencia para mantener la calma, para no contar detalles que pudieran incriminarme. Mi única posibilidad, o al menos eso me pareció en aquellos momentos, radicaba en hacer creer al inspector que me interrogaba que Sonia y yo éramos dos completas desconocidas. La segunda vez fue distinto. Supe que si habían vuelto a llamarme era porque habían encontrado algo, porque habían averiguado que a mi testimonio le faltaban altas dosis de veracidad. Tras abandonar la comisaría, ya de camino a casa, me pregunté dónde estaba E mientras yo encontraba el cadáver de Sonia y me llevaba del

piso a su hijo.

Fue ella quien me respondió cuando llamé al portero automático. A menos que se tratara de una grabación, Sonia estaba viva minutos antes de traspasar el umbral de su casa. ¿Estaba viva? No, no lo creo. Tuvo que ser una grabación. Imaginé a E yendo a contestar, colocando el móvil en el micro y pulsando el play mientras el crío lloraba en el otro extremo de la vivienda junto al cadáver de su madre y... Sí, tuvo que ser una grabación porque ¿es posible matar a una persona de un modo tan brutal y largarse del lugar en lo que se tarda en subir cinco pisos de escaleras? Aunque... ¿y si no se marchó? ¿Y si estuvo allí todo el tiempo, observándome, saboreando el efecto que su depravación había causado en mí, disfrutando del modo en que yo, su verdadera presa, me enfangaba hasta arriba en aquel sangriento lodazal?

Es cierto que bloqueé el móvil de Sonia, pero mucho después de lo que le conté a la policía. Fue tras la visita a su piso. Tras abandonar a su hijito en el rellano de la primera planta. Justo tras recibir una llamada desde su móvil mientras caminaba, desorientada, por aquel barrio de la periferia.

Tras oír, por segunda vez, *su* voz.

—Mal, Elena. Muy mal. ¿Has visto lo que me has obligado a hacer? Más te vale devolverme lo que es mío, de lo contrario tendré que ir a buscarlo.

—¡Déjame en paz! —grité.

Temblaba y lloraba en medio de la calle cuando colgué el teléfono y bloqueé el número. Antes de eso, Sonia jamás me había escrito. ¿Es que la policía no sabía que esos SMS fueron enviados tras la muerte de Sonia? ¿Cuánto tardaron en encontrarla? ¿Es que nadie abrió la puerta frente a la que dejé al crío? Aún se me hiela la sangre imaginándolo allí solo, regresando, tan pequeño y tan roto, escaleras arriba, junto a su madre.

Sacudí la cabeza y me obligué a apartar esa imagen de mi mente. Qué más daba ya lo que había pasado. Lo único importante era que, por culpa de aquella llamada, yo había armado tal alboroto en medio de la calle que sin duda algún testigo podría situarme en las inmediaciones del piso de Sonia, hecha un manojo de nervios y con la ropa manchada de sangre. Y los SMS... Esos mensajes no auguraban nada bueno.

Aunque había algo que me consolaba.

Tras hablar con E, un brote de esperanza se abrió paso por la compacta y yerma tierra en que se había convertido mi existencia.

Su voz...

Yo conocía esa voz.

Lo que no sabía aún era dónde ni cuándo la había oído antes.

QUINTO

LA DESAPARICIÓN

No se parece a nada de lo que hayas experimentado jamás. Bueno, quizá sí. A lo mejor lo que te está ocurriendo ahora se acerca un poco a lo que... Claro que tú sientes algo más parecido a lo que sintieron ellas al darse cuenta de que... Pero mucho más sostenido en el tiempo. Algo así como... ¡Bah! No importa. ¿Para qué esforzarme? Es evidente que tenemos graves problemas de comunicación, tú y yo. Hablar contigo es como intentar explicarle a una hormiga qué se siente al ser Dios.

¿Sigues ahí?

Sí, sigues ahí. Te noto cerca.

Casi puedo oírte respirar.

Casi... Mmm... Casi puedo olerte.

En fin, ¿por dónde íbamos?

Ah, sí, ya. La Mujer Viento. No fue nada fácil encontrarla, pero...

¿Cómo? ¿Qué dices?

¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar que...?

No, aquí no huele mal. En fin, puede que un poco sí, si acaso a orina. ¿Te has meado encima? Había también comida en la cocina y platos sin fregar.

¿Qué?

Venga, por favor. No empieces otra vez.

No le he hecho nada, te lo juro.

¿Qué tal si...? ¿Qué tal si regresamos a la historia de Ernesto? Están a punto de producirse acontecimientos importantes y...

¡Joder! ¡Mierda! ¡Joder!

Vas a acabar con mi paciencia, ¿lo sabes?

¡¿Lo sabes?!

Está bien. ¡Está bien!

Relajémonos un poco.

Ya sé, saldré media hora, a dar un paseo. Creo que es tiempo más que suficiente para que nos calmemos. Estamos viviendo una situación completamente nueva para ambos y es normal que de vez en cuando perdamos un pelín los nervios.

Puedes comer un poco mientras estoy fuera. Aún tienes aquí la cena de ayer. Y el desayuno de hoy. Y, ¿sabes?, te he traído comida india para almorzar, sospecho que te gusta. ¡Claro! Quizá te refirieras a eso con lo del olor. Lleva un montón de especias.

Ya verás como este descanso va a sentarte bien.

Y la comida. La comida también. ¡Hay todo un bufet aquí afuera!

Come, por favor. No quiero que enfermes.

Tampoco me gustaría llegar y encontrarte en ese estado tan... Tan poco tolerable.

Si eso ocurriera...

Si eso ocurriera, ¡tendría que destrozar esta jodida puerta con una motosierra y reventarte el cráneo contra la pared!

¡Oh!

¿Lo ves?

¡Qué bien! Has dejado de gritar.

Empieza a sentarnos de maravilla el descanso, y eso que aún no me he ido.

Regresaré en media hora, no me eches demasiado de menos.

Y, ya sabes, que no se te ocurra asomarte al balcón. Si lo haces, habrá consecuencias. Y tú —sí, *tú*— serás la única responsable de lo que pase.

Lo sentía tanto…

Miré el reloj: las siete y media de la tarde.

Dije: Hola. Voy a necesitar lo mismo de siempre.

Dije: Sí, en esa dirección.

Dije: ¿Una hora? Sí, perfecto. Gracias.

Colgué el teléfono y me perdí en el tráfico de Madrid. Estaba tan cansada que podría haber dormido un año entero. Pensé en la angustia, y ya apenas la sentía. Pensé en el miedo y… ¿Nada? ¿Qué me estaba pasando? ¿Se estaba acostumbrando mi cuerpo a vivir bajo una tensión constante? ¿O es que ya no me quedaban fuerzas para percibir nada más allá del agotamiento y la ansiedad?

Respiré hondo y abrí el bolso, que descansaba en mi regazo. Saqué la libreta que Sonia me entregó. Era una Moleskine de reportero, con las hojas rayadas. Conté una, dos, tres… Sólo veinte páginas escritas. Trazos firmes, pequeños y apelmazados, sin la más leve inclinación. Sonia me había dicho que llevaba siempre encima la libreta y que a menudo la observaba, como quien saborea un álbum de fotos. No la tenía escondida, pero tampoco se separaba demasiado de ella. Lo que no me dijo fue si llegó a preguntarle en alguna ocasión por su contenido. Me quedaba claro, sin embargo, que, fuera lo que fuese lo que enmascaraban aquellas páginas, era lo suficientemente importante para escribirlo en clave. En el anverso, cada hoja estaba encabezada por una o varias palabras, aparentemente sin sentido. Leí «Zero» en la primera. «Heroes» en la segunda, sin acento, lo que me llevó a pensar que podía estar escrito en inglés. En la tercera página leí «With or Without You», sólo eso. Salvo por el encabezamiento, la hoja estaba en blanco. En las demás, el resto de las líneas de ambas caras estaban ocupadas casi en su totalidad por colecciones de letras y números, separados por brevísimos espacios y sin ningún signo de puntuación. Me pregunté cuántas cifras y letras habría en cada página y si la cantidad coincidiría en todas. Intenté contar las de la primera, pero descubrí enseguida que la cabeza no me daba para una tarea tan sencilla como aquélla. Los vaivenes del taxi en el que viajaba hacia casa y el cansancio me llevaban a perder una y otra vez la cuenta. Respiré hondo, tratando de aplacar el mareo que acababa de provocarme fijando la vista durante tanto tiempo en las líneas, y antes

de expulsar el aire noté cómo mis músculos parecían querer desparramarse por el asiento y resbalar hasta la alfombrilla sobre la que descansaban mis pies.

Era consciente de que debía seguir dándole vueltas a la libreta. Quizá si me esforzaba un poco, sólo un poco más, lograría encontrar una pista, algo que me llevara hasta E.

Aunque por mucho que quisiera, simplemente, no podía.

Intenté localizar dentro de mí un resto de fortaleza física y mental, pero no logré encontrarla. Cerré los ojos un instante y, en medio de mi oscuridad, lo único que conseguí ver fue a Sonia. Su cadáver. Abrí los ojos de nuevo y no sentí nada más que la jaula de barrotes invisibles en la que llevaba semanas encerrada. Pensé en el tercer regalo de E, y lo entendí por fin. Llevaba tantos días confinada en su laberinto, fracasando una y otra vez en la búsqueda de una salida, que había empezado a pensar que aquella salida no existía, que no tenía otra opción que seguir el camino que E delineaba para mí a su antojo. También me percaté de algo que, con toda seguridad, él había sabido mucho antes que yo, puede que incluso antes de meterme en la pesadilla de la que aún, tanto tiempo después, no he podido despertar. Ocurriera lo que ocurriese a partir de aquel momento, mi macabro acosador ya me había ganado la partida. Desde su entrada en escena, yo había perdido la templanza, la tranquilidad de espíritu, la libertad, la sensación de seguridad... Mi férreo equilibrio mental. Cuando noté el acceso de llanto y el temblor que se iba apoderando de mi cuerpo, me obligué a dar un giro a mis pensamientos.

El rostro de Tadea se dibujó en mi mente de inmediato. Todavía me quedaba mucho, muchísimo que perder, lo que significaba que no podía darme por vencida. Bajo ningún concepto debía tirar la toalla. Sólo debía tener paciencia. Aguantar, estoica, cada nuevo envite. Hasta que E cometiera un error. O hasta que ocurriera algo, aunque fuera fortuito, que me diera la oportunidad de mover ficha.

Si lograra ubicar esa voz...

Pero, por más que lo intenté, por más que me devané los sesos tratando de asociar aquel timbre de voz a una cara o a una experiencia, se me seguía escapando.

De pronto fui consciente de que estábamos llegando. Guardé la libreta en el bolso y respiré hondo.

Dije: Puede parar aquí.

Aboné la carrera, me apeé del taxi y abrí el portal. Siempre subía por las escaleras, pero aquel día me pesaba tanto el alma que preferí que fuera el ascensor el que la llevara hasta el último piso.

Una vez dentro de aquel inmenso cajón de metal me miré al espejo

y no me reconocí. ¿Aquélla era yo? El cabello pajizo y desgreñado, los labios resecos, la tez pálida y..., a pesar de mi esfuerzo por elevarme el estado de ánimo, el rostro surcado por las huellas de la derrota. Y eso que lo peor... Lo peor estaba dentro de mi cabeza.

Mamá. Quiero con mi mamá.

Me envolví el torso con el brazo derecho en un vano intento de contener el dolor. El llanto del niño, sus ruegos y la calidez de su cuerpecito se me habían clavado como espinas en un lugar tan profundo que dudé mucho que pudiera deshacerme de ellas algún día. Aún hoy me arañan, me destrozan por dentro cuando me veo forzada a regresar a esos recuerdos.

Lo sentía tanto...

Miré el reloj, que tras la caída había acabado en mi muñeca derecha: las siete y media de la tarde.

Mi obligación era estar en el gabinete, atendiendo a mis clientes, respetando a rajatabla mi rutina, pero, una vez más, mi rutina se había ido al garete. Había vuelto a saltarme las instrucciones de E, en aquella ocasión de la peor de las formas. «Nada de policía», había especificado, y yo acababa de pasar gran parte de la tarde en una comisaría. No obstante, lejos de preguntarme si E lo sabía y qué consecuencias iba a acarrearme aquella nueva desobediencia, lo único en lo que podía pensar era en llegar a casa, tirarme en el sofá con Vladi, fumarme un canuto y perder la consciencia hasta el día siguiente.

Antes de salir del ascensor escuché varios mensajes de voz de Luca:

Audio uno: «Hola, amiga. ¿Cómo estás? Yo, enfadada. ¿Recuerdas que te dije que había conocido a alguien? Pues olvídalo. El príncipe salió rana. Aunque me da a mí que la que siempre sale rana soy yo. Me falta paciencia. Y fidelidad».

Audio dos: «¿Y por qué te lo cuento cuando en realidad éste es el pan mío de cada día? Pues porque como tú ya no me escribes ni me llamas, y encima tengo la sensación de que me evitas para no contarme eso que tanto te preocupa, me veo obligada a inventarme excusas para mantenerme en tu vida».

Audio tres: «Jooo... Te echo mucho de menos, Lena. Así que, como estoy muy triste porque me han roto el corazón, estoy yendo hacia tu casa en busca de consuelo. Espero que el consuelo, aparte de un abrazo, incluya alcohol y drogas».

Audio cuatro: «Cuando llame, déjame pasar. Prometo no preguntarte nada. Te conozco y sé que me lo contarás todo cuando estés preparada».

Dije: Mierda.

Como no podía llamar por teléfono y abrir la puerta a la vez —maldita escayola—, hice primero lo segundo. Giré la llave, empujé la puerta y Luca desapareció de mi mente en cuanto percibí que algo no iba bien.

En primer lugar, porque Vladi no había salido a recibirme.

En segundo lugar...

Más te vale devolverme lo que es mío, de lo contrario tendré que ir a buscarlo.

Las palabras de E regresaron a mi cabeza cargadas de significado. Aún tenía en mi poder la libreta que Sonia me dio, la llevaba en el bolso. No había hecho nada para devolvérsela.

Así que...

Había alguien en mi casa.

El sol asoma con pereza en el horizonte. Es tan temprano que en la ciudad del viento todo el mundo duerme aún. Incluso el viento descansa, repone energía para soplar con fuerza una vez más, como cada día, junto a las alborotadas aguas del Estrecho, durante la jornada de surf y playa.

Como decía, todo el mundo duerme aún. Salvo Ernesto, a quien la excitación y la impaciencia le han impedido conciliar el sueño. Todavía yace en la cama, desnudo, pletórico. Un insistente hormigueo en las piernas le recuerda las largas caminatas de los días previos, pero esta suerte de fatiga forma parte del juego, alimenta más, si cabe, la emoción de lo que está por llegar.

Piensa en su libreta, abandonada la noche anterior sobre la mesa de la cocina del diminuto apartamento que alquiló al llegar. “Ha tenido suerte“, le dijo la señora que lo acompañó hasta el inmueble para mostrarle lo que acababa de arrendar. La ciudad del viento es puro desborde en esta época del año y resulta casi imposible encontrar alojamiento para pasar unos días. El apartamento, reformado hace mil años, no está mal del todo. Huele un poco a cañería y algunas de las baldosas del suelo se quejan al pisarlas, pero servirá.

Y de nuevo, como uno de esos escurridizos pero recurrentes pensamientos, tan típicos de las horas amigas del sueño, regresa a su mente la libreta. Su presencia allí, en la mesa, ejerce en el protagonista de nuestra historia una atracción irresistible. Como el más potente de los imanes, atrapa su atención y su voluntad y lo lleva a abandonar la cama para ir en su busca.

Una vez levantado y arrancando ya con las plantas de los pies el escaso frescor de las baldosas, decide resistirse a la llamada un par de minutos más. Se sirve un café, le da un golpe de calor en el microondas y, entonces sí, coge la libreta y se dirige con ella, y con su dosis de cafeína, a la terraza. Antes de sentarse comprueba que la silla que ha escogido se ha librado de las cagadas de los pájaros. El hierro forjado le enfría unos segundos el trasero y le encoge los testículos.

Da unos sorbos al café y, a continuación, suelta la taza y abre la libreta. Hojea satisfecho las dos páginas que hay escritas. Al leer la primera, la única completa, se apodera de él la sensación de estar oliendo, sintiendo, a la pequeña Cleopatra. Al pasar a la segunda lo embriaga la promesa de un nuevo amor, tan verdadero e intenso como efímero. ¿Cómo será su rostro? ¿A qué sonará su voz? ¿Se atreverá esta vez a mirar sus ojos? Ah..., sus ojos. Los imagina hermosos. Vibrantes de vida primero, velados por la implacable intensidad del amor después.

Ernesto tiene un pálpito. Algo le dice que hoy será el gran día. Llegó a la ciudad del viento hace tres lunas y hasta este momento no se ha permitido ni un segundo de ilusión. “Lo primero es lo primero“, se dijo al llegar. La organización y la cautela se han convertido en sus grandes máximas.

“Primero lo primero“, dice esta vez en voz alta, y rememora fugazmente las dos jornadas anteriores: las horas de senderismo localizando los lugares adecuados; los paseos por la ciudad del viento reconociendo calles y plazas, bares y playas; las compras del material necesario, casi cada artículo en una tienda distinta y pagando en efectivo para no dejar rastro.

Da un nuevo sorbo al café y comprueba entusiasmado que la excitación ha acabado conquistando su entrepierna. Su pene asoma erecto, apuntando al cielo, impaciente también por lo que está por llegar. Nuestro protagonista se muestra realmente optimista. Ha explorado bien la ciudad. Conoce ya los que ha llamado *puntos de interés*. También las calles y las callejuelas que sería mejor evitar en caso de que las cosas se pusieran complicadas.

Si sigue sus propias normas al pie de la letra, ningún inconveniente debería perturbar el ejercicio de su libertad.

Desnudo y con el pene a punto de estallar por la emoción, Ernesto se dedica a disfrutar unos minutos más del momento. La magia del amanecer. El azul sonoro que es el mar. El travieso vuelo de las gaviotas. La brisa que pronto será viento. Y cuando escucha la tierna risa de una muchacha en algún lugar no muy lejano, decide que ha llegado la hora de abandonar su refugio para salir en busca de una nueva e inolvidable historia de amor.

Luca se llevó una mano a la boca.
Dijo: Pues sí que te has pasado.

La sangre aún rugía en mis oídos. No sabía qué hacer, salvo hundirme en la espiral de desesperación y derrota que llevaba días gestándose dentro de mí.

Sonó el portero automático.

Pensé: ¡Tadea!

Respondí ansiosa al telefonillo, pero no era ella.

—Su pedido —dijeron.

Yo me obligué a respirar, y cuando encontré mi voz decir:

—Sube.

Noté quemazón al hablar. Hacía unos minutos había estallado en un grito que me había desgarrado la garganta. Y por primera vez no era culpa de E. Había metido la gamba yo solita.

Llamaron al timbre de la puerta y acudí a abrir. Un chaval de unos veinte años aguardaba al otro lado del umbral. Llevaba puesta una voluminosa chaqueta de moto, el casco encajado en el codo izquierdo y mi pedido en la mano derecha.

—Son cincuenta euros —me dijo.

—Espera, voy a por el monedero.

No había llegado a darme la vuelta cuando se abrieron las puertas del ascensor. Era Luca.

Mierda.

—Vaya, vaya... Hoy en día puedes pedir a domicilio cualquier cosa —dijo señalando al chico—. ¿Qué tal, chaval? ¿Cómo andas?

—No me quejo, la verdad. No sabía que os conocíais —respondió él.

—Pues sí, es mi mejor amiga, ni más ni menos, así que más te vale tratarla bien —continuó Luca, que, al mirarme para incluirme en la conversación, cambió completamente el gesto—. Ay, madre, ¿estás bien?

—Bueno... He tenido días mejores —respondí a duras penas—. Anda, págale tú, que no sé ni dónde tengo la cabeza.

Los dejé hablando en la entrada y regresé al salón en busca del móvil. Desbloqueé la pantalla e intenté contactar de nuevo con Tadea. Fue justo en ese momento cuando empecé a lamentar no haber

activado la localización de su teléfono. Y el sentimiento iría a más conforme pasaran las horas. Aún me corroe pensarlo. Habría sido todo tan distinto...

Oí cerrarse la puerta e instantes después tuve a Luca frente a mí.

Dijo: Vale, ya sé que te he dicho que no iba a hacerte preguntas, pero mírate, estás hecha una mierda. ¿Cómo coño te has...? ¿Está roto? Lena, ¿te has roto el brazo?

Dije: Sí.

Dijo: ¿Por qué no viniste al hospital a que te atendiera yo? ¿Tratabas de ocultármelo?

Luca era... Luca es —lo sigue siendo, la única que ya no tiene vida soy yo— médica de urgencias.

Dijo: ¿Dónde está...?

Dije: La he cagado, Luca. La he cagado bien con Tadea. No tengo ni idea de dónde está y voy a volverme loca si no la encuentro enseguida.

Y entonces comencé a recibir flashes de lo ocurrido. Mi llegada al piso, la ausencia del gato y el miedo a que E me estuviera esperando. Mi avance silencioso y a oscuras a través del salón, a lo largo del pasillo. La luz filtrándose bajo la puerta de la habitación de Tadea. Y su voz, inquieta, nerviosa, dentro: *No, para, me haces daño. No, así no. ¡No! ¡Que pares! ¡Déjame!*

Dije: He pillado a Tadea en la cama con un chico.

Omití mi visita previa a la cocina, al cajón de los cubiertos, y el instante en que había abierto la puerta de su habitación con un cuchillo en la mano, aterrada, pensando que era el maldito E quien le estaba haciendo daño a mi pequeña.

Dije: Estaban...

Luca puso cara de no-me-puedo-creer-lo-que-me-estás-contando.

Dijo: ¿Has pillado a tu hija...?

Dije: Sí.

Dijo: ¿Y qué has hecho?

Dije: He echado al chaval de casa. Y he discutido con Tadea. La cosa se me ha ido de las manos.

Aún hoy recuerdo la cara de ambos al verme entrar en el dormitorio armada con el cuchillo. Tadea, ocultando su desnudez bajo el edredón. El chico, sin saber dónde meterse, con la almohada en la entrepierna y la mano en alto, tratando de calmarme —*No hemos hecho nada, se lo juro*—. La queja de mi hija —*Mamá, ¿qué haces aquí? ¡¿Te has vuelto loca?!*—, mi respuesta —*Parece que sí. Tú, vístete y lárgate de mi casa. Y tú, ponte algo y espérame en el salón*—. Sí, me viene a la memoria como si hubiera ocurrido hace un par de horas. Tadea,

humillada y rabiosa, intentando contener las lágrimas, disculpándose con el chico y evitando mirarme.

Dije: Le he pegado.

Y mi frase, un conjunto de palabras que jamás creí que llegaría a pronunciar juntas y en ese orden, me trasladó de nuevo a lo ocurrido. Las dos gritábamos como posesas. Yo le exigía que me obedeciera, que se fuera a casa de su padre, que se alejara de mí. Ella me echaba en cara mi falta de confianza, el no querer contarle lo que pasaba. *No me engañas. Sé por qué no quieres que esté aquí contigo. Es porque te estás tirando a un tío y ya no me quieres cerca. ¡Te has cansado de mí!* Yo quise calmarla, pero fue imposible. Lloraba, gritaba, y cuando empezó a tirar y romper cosas la paré en seco. Con una bofetada que, después de tantos meses, todavía me arde en la mano y me chamusca el alma. *¡No vas a volver a verme en tu puta vida!*, me gritó con la mano en la mejilla. Después de eso cogió sus cosas y se largó.

Luca se llevó una mano a la boca.

Dijo: Pues sí que te has pasado.

Yo permanecí en silencio, notando de nuevo el escozor en los ojos. Y junto al escozor, la vergüenza. Y junto a la vergüenza, el miedo atroz a perderla.

Dijo: ¿Con cuántos años dejaste de ser virgen?

Dije: Ése no es el tema.

Mi frase no caló en mi amiga porque ella desconocía por completo cuál era la verdadera cuestión.

Dijo: ¿A qué edad, Lena?

Dije: A los dieciséis.

Dijo: ¿Y qué edad tiene ella?

Dije: Diecisiete, pero...

Dijo: Pues ahí lo tienes.

Y yo grité: ¡Que no, Luca! ¡Que no lo entiendes! ¡Que le había prohibido venir a casa! ¡Que es muy peligroso para ella estar cerca de mí!

Hice una pausa y, consciente de que estaba a punto de hacer partícipe a mi amiga del verdadero peligro, desesperada, concluí:

—Necesito ponerla a salvo, Luca, y el problema es que no sé dónde está.

No supe dónde estaba hasta que fue demasiado tarde para ponerla a salvo.

No es un simple acosador.
Es un maldito asesino.

Luca y yo pasamos gran parte de la noche en vela, alternando copas de vino y café. Ella, acariciando a Vladi, hecho una bola en su regazo. Yo, desmenuzando la marihuana que me habían traído a casa, añadiéndole un poco de tabaco y liando con mucha paciencia —mierda de escayola— un porro tras otro.

—Entonces, la mujer que apareció muerta, esa de la que habla la prensa... ¿Estuviste en su casa? ¿La viste?

—Sí. Saqué del piso a su hijo y... y lo dejé en el rellano de la escalera. Solo —respondí—. Luca, necesito averiguar quién coño es ese tío y por qué me está acosando así. Y necesito hacerlo cuanto antes, es sólo cuestión de tiempo que la policía descubra que estuve allí. Que les mentí cuando dije que apenas conocía a esa mujer.

Se lo conté todo, desde la llegada de los primeros mensajes hasta la muerte de Sonia, pasando por los *regalos*, la mano de Micky Romera —aún en mi congelador—, el caos de cuando todos mis clientes se presentaron a la misma hora en el gabinete y la visita —o visitas— de E a Eloísa. Mientras tanto, todo estaba sobre la mesa: el libro, el laberinto, las notas que habían llegado a mi despacho —«¡Sorpresa!»—, el crisantemo marchito y, finalmente, también la Moleskine, que Luca acababa de lanzar con desgana junto al resto de los objetos, harta de intentar encontrar un sentido a lo que ponía en sus páginas.

Lo único que pudimos deducir fue que las palabras o frases que abrían cada una de las páginas eran títulos de canciones. «Zero», de Smashing Pumpkins; «Heroes», de David Bowie; «Al alba», de Luis Eduardo Aute; «With or Without You», de U2... Lo demás, las colecciones de números y letras que se sucedían a continuación de esos títulos, era un galimatías indescifrable, al menos para nosotras.

Sentía un tictac en la cabeza que no cesaba. Lo seguía escuchando a pesar del THC y el alcohol que invadían desde hacía rato mis venas. Era como si una cuenta atrás, cuyo origen desconocía, cuyo fin era un misterio para mí, se hubiera instalado en mi mente. Una perpetua sensación de prisa, alimentada por la ansiedad que me instaba a moverme, a hacer algo, no importaba el qué. Sin embargo, en aquel

preciso instante yo era incapaz de hacer otra cosa que no fuera clavar la mirada en la mesa. Concentré mi disociado estado de atención en los dos únicos objetos claramente relacionados. Sonia me había dicho que mi nombre aparecía en la libreta, sin embargo no era exactamente mi nombre lo que había escrito en la última página, sino el título del libro que descansaba a escasos centímetros de ella, un título que repetí para mí por enésima vez: *La importancia de llamarse Helena*. Y me pregunté por qué. ¿Por qué era importante mi nombre? ¿Por qué ese libro? ¿Llegó E hasta mí a través de ese libro o fue mi nombre lo que lo llevó a hacerse con él y enviármelo? ¿Ocupaba yo algún lugar en la vida de E? ¿Y él en la mía? ¿En qué periodo exactamente? Estaba claro que en todo mi presente, pero ¿formaba E parte de mi pasado? ¿Era...? Y de pronto me asaltó una idea que hasta ese momento no se me había ocurrido pese a resultar de lo más evidente.

Pensé: *La importancia de llamarse Ernesto*.

¿En serio? ¿E por Ernesto? ¿E por la obra de Oscar Wilde? ¿Conocía yo a algún Ernesto, un Ernesto al que hubiera podido ofender de algún modo, un Ernesto que hubiera podido sentarse frente a mí en la consulta, cruzarse conmigo por los pasillos de la televisión, acudir a una de mis presentaciones, participar en algún episodio de mi vida lo suficientemente importante o grave para querer hacerme esto?

Luca resopló, arrancándome del vaivén de mis angustiosos pensamientos.

Dijo: Sabemos de lo que es capaz, así que no me extrañaría que esa libreta, con todos esos números y letras, sea algo parecido a un trofeo.

La palabra *psicópata* se dibujó en mi mente y se diluyó en ella, se integró en mis neuronas, en mi torrente sanguíneo... Recaló en todo mi ser. La mano de Micky. El cráneo de Sonia. Si E había podido perpetrar ambas atrocidades como quien sale de buena mañana a comprar el pan, lo más probable era que la violencia y la muerte formaran parte de su día a día. De su naturaleza.

Un incómodo hormigueo me recorrió desde la nuca hasta los dedos de los pies.

Antes de darme la libreta, Sonia me dijo que creía que E —Andrés para ella, ¿Ernesto para mí?— era un hombre peligroso.

Dije: Su novia me habló de una caja con cosas sospechosas. Llaves, ropa interior, fotos... Nada de aquello parecía ser suyo.

Veinte páginas marcadas. Una de ellas únicamente encabezada con el título de una canción: «With or Without You». ¿Representaba cada página una víctima? ¿Estaba la tercera vacía porque me reservaba la canción de U2 y las líneas en blanco a mí? ¿Y si fuera así? ¿Por qué mi canción estaba en la tercera página? ¿Es que, sin saberlo, me escapé?

¿Cuándo? ¿Cómo?

El hormigueo se tornó en un inquietante escalofrío que me obligó a apartar la mirada y a dejar lo que estaba haciendo para levantarme. Caminé despacio, con reflejos torpes y lentos, mientras todo lo que me rodeaba —el suelo, las paredes y sus cuadros, los marcos de las puertas, los techos...— se me antojaba rápido y violento.

Dije: Tienes razón, Luca. No es un simple acosador. Es un maldito asesino.

Mi amiga esa vez guardó silencio, no supe si por el efecto de lo que habíamos consumido o porque no sabía qué decir. La certeza de mis propias palabras me abrumó. Me intoxicó más bien.

Fui tambaleante al baño, me senté en el váter a orinar y, al cabo de un rato, recuperé un poco la conciencia, lo suficiente para darme cuenta de que estaba demasiado cansada, demasiado acabada para seguir dándole vueltas al coco.

De pronto me encontré de nuevo caminando hacia el salón, incapaz de recordar cuánto tiempo había estado en el baño ni si me había limpiado antes de subirme las bragas y recolocarme la ropa. Luca estaba con la nuca apoyada en el respaldo del sofá, mirando al techo. Su frondosa melena de fuego caía hacia el suelo en serpenteantes mechones.

—¿Lo sabe? —preguntó con la voz pastosa sin desviar la mirada hacia mí.

—¿Qué? —pregunté yo. No entendía a qué se refería.

—¿Sabe Eloísa lo que pasó aquella noche? ¿Crees que ha podido contárselo a ese jodido depravado? —Se le trabó la lengua al pronunciar «jodido depravado».

Entonces, algo hizo *clic* en mi interior y un soplo de relajación y gratitud me envolvió unos segundos. La palabra que mejor describe aquel instante es *lealtad*. Luca era mi mejor amiga, no por los años que hacía que nos conocíamos ni por las noches de alcohol y marihuana. Luca era mi mejor amiga porque estaba dispuesta a acompañarme al mismísimo infierno. Ya lo hizo en una ocasión y en aquel momento tuve la seguridad de que estaba dispuesta a hacerlo de nuevo. Yo también habría hecho cualquier cosa por ella. Hasta las últimas consecuencias.

Me senté a su lado y apoyé la cabeza en su hombro.

Dije: No lo sé. No sé qué oyó Eloísa aquella noche, así que no tengo ni idea de si E puede haberse enterado de algo.

Me erguí de nuevo, lie el último canuto y lo metí en la pitillera. Sacudí un poco el brazo izquierdo, como si así pudiera librarme del dolor, y cogí el teléfono una vez más. Llamé a Tadea y, como en las

decenas de intentos anteriores, lo único que obtuve fue la respuesta del contestador automático.

Noté que se me quebraba la voz cuando dije: Luca, necesito encontrarla antes de que...

Mi amiga alargó la mano y apretó con fuerza la mía, que aún aprisionaba el móvil.

Dijo: Vamos a solucionar esto, Lena. Juntas. Como siempre.

Se volcó contra mí, me rodeó torpemente con los brazos, cubriéndome a la vez con su rizada melena, y añadió: Todo irá bien, te lo prometo.

Y yo, que sabía que acababa de hacerme un juramento que sería incapaz de cumplir, me guarecí en su torpe y desmadejado abrazo y dejé que el sueño me venciera.

Pasé el resto de la noche deambulando entre mis propias sombras.

“Joder“, murmura nuestro protagonista.

Ernesto ya no lo soporta. Se agacha para recolocarse la sandalia derecha y comprueba que el roce en el talón, al principio sólo incómodo, ha acabado provocando una carnicería. Está cansado de dar vueltas, de caminar sin rumbo, de buscar a ciegas un amor que se resiste a aparecer. Harto de escuchar música y que, tema tras tema, toda posibilidad de conexión melódico-romántica desaparezca.

“Fría como el viento”, “Molinos de viento”, “Le vent nous portera”, “La ciudad del viento”, “Blowin’ in the Wind”, “Somos viento”, “Dust in the Wind”... ¡Viento, *wind*, *vent*, *vento*...! De nada le ha servido la lista de canciones que preparó tan a conciencia, como si de un ritual se tratara, antes de lanzarse, con el corazón palpitante, a las calles, plazas y playas de la ciudad del viento. ¡Por el amor de Dios! ¡Si hoy ni siquiera hace viento!

A estas alturas hasta ha perdido la cuenta de los temas que ha escuchado. Algunos, fantásticos; otros, debe reconocerlo, absolutamente insufribles, no servirían de banda sonora ni para una chatarrería, mucho menos para una historia de amor memorable.

Viento tras viento, Ernesto camina y camina y camina. Con la camiseta soldada al torso por el sudor. Con los pantalones cortos enganchados entre los muslos, irritándole la piel. Con las gafas de sol, suicidas obstinadas, resbalando una y otra vez hacia el abismo de la nariz. Lo peor, las sandalias, evidentemente diseñadas para menesteres ajenos al coleccionismo de pasos, clavándose en sus talones hasta rajarlos.

Hastiado de cansancio y desinflada ya la ilusión de dar con la próxima —y fugaz — dueña de su corazón, apaga el iPod, lo guarda junto con los auriculares en el bolsillo derecho de las bermudas y se dirige a una tienda surfera que divisa a unos metros de donde se encuentra. No habla con el dependiente: no le interesa nada de lo que pueda contarle esa espiga de piel y cabello dorados por el sol y dientes blancos y perfectos. Se limita a elegir unas chanclas confortables y a dejar un billete sobre el mostrador. Cuando obtiene el cambio, se descalza y se pone las estrambóticas planchas de goma que acaba de comprar. El alivio es inmediato.

De camino a la salida se topa con un cartel que cuelga de la puerta: “Clases de surf para principiantes“. *¿Por qué no?*, se dice. Anota la dirección y el teléfono indicados en la parte inferior y sale de nuevo a la brisa —sí, parece que se ha levantado algo de brisa— y al sol.

De pronto, un horizonte de posibilidades vuelve a abrirse ante él.

Pensé: ¿Lo llevo todo?
Sí, lo llevaba todo.

Me picaba la piel bajo la escayola. Apenas me dolía tras el chute de analgésicos que me había metido por la mañana, pero el picor, un agudo e irritante bisbiseo, me resultaba insoportable. Sacudí el brazo, desesperada por acallar la incómoda sensación, y un trallazo de dolor me recordó que la analgesia tampoco hacía milagros. Si tuviera algo fino y alargado, un alambre o un cable o lo que fuera, para colarlo entre el brazo y el maldito yeso...

Un tipo de uniforme con cara de anuncio de cereales —tez pecosa, boca grande, nariz respingona, orejas enormes y tan finas que la luz se filtraba a su través— me dio el alto en la entrada. No gastó saliva en un saludo.

Dijo: ¿Adónde va?

Le comuniqué cuál era mi destino y quién me esperaba.

Dijo: Pase por el mostrador.

Y eso hice. En el mostrador me pidieron que me identificara, me dieron una tarjeta de visitante enganchada a un cordón, que me colgué del cuello, y me indicaron el camino.

Nadie me acompañó. Yo caminaba aturdida por el cansancio, inquieta y asustada por lo que estaba a punto de hacer.

Mi móvil vibró. Desbloqueé la pantalla y comprobé que era Luca. Un mensaje de WhatsApp: «¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?».

Le había pedido que esperara fuera.

Respondí: «Sí, segura. Prefiero hacer esto sola?».

Sin querer, añadí un signo de interrogación al final de la frase. Lo borré antes de enviar el mensaje, pero la interrogación permaneció ahí, flotando en mi corteza cerebral, sirviendo de altavoz a las dudas que me angustiaban. ¿Prefería hacerlo sola? ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Y si estaba cometiendo un error?

Mis tacones resonaban por los angostos y oscuros pasillos atrapando la atención de quienes se encontraban en mi camino.

Pensé: ¿Lo llevo todo?

Revolví en la bolsa de tela que pendía de mi codo por enésima vez. Sí, lo llevaba todo.

A cada paso que daba, mi angustia crecía más y más. Avanzaba al ritmo de una estresante banda sonora: el golpeteo de mis zapatos, los móviles y los teléfonos que sonaban sin parar en los despachos que iba dejando atrás y, a lo lejos, murmullos, golpes secos, unas aspas que trituraban granos de café, aire a presión en un líquido, quizá leche, quizá agua. El aroma a café y el ruido se intensificaban conforme avanzaba. Si aquel departamento funcionaba como nos mostraban las películas, lo más probable era que a los de la brigada de homicidios y secuestros les viniera de perlas trabajar cerca de la cafetería.

Una vez más, comprobé que en la bolsa no faltara nada.

No. No faltaba nada.

—Señora Maldonado.

La voz del inspector me sobresaltó.

Sí, el inspector Gabriel Lozano. El mismo que me había llamado a declarar cuando encontraron el cadáver de Sonia. El mismo que poco después había vuelto a citarme para someterme a un interrogatorio más serio y peligroso. Sí, el mismo inspector que horas más tarde acabaría acusándome de asesinato. Yo aún no sospechaba esto último, sin embargo, al verlo, al tenerlo tan cerca, sentí la sombra del arrepentimiento.

Me dije: No debería estar aquí.

Y sin embargo estaba allí. Por voluntad propia, además. Dispuesta, a pesar del miedo y las dudas, a contarle todo lo que sabía sobre E.

Al despertarme aquella mañana, resacosa y compungida, Tadea aún no había dado señales de vida. Gonzalo, su padre, tampoco sabía nada de ella desde que salió a primera hora hacia el instituto el día anterior. Cuando lo llamé y se enteró de que no había dormido conmigo, descubrí en su voz, en su respiración, algo que me había negado a creer hasta aquel preciso instante: se preocupaba por Tadea, puede que tanto como yo. Algo que se me antojó tan extraño, tan lejano... ¿Cómo no me había parado antes a pensar que ya no era la única persona que perdía el sueño por mi —también *su*— niña?

Apenas hablamos dos minutos. Evidentemente quiso saber lo que había ocurrido entre nosotras. Decidí contarle la que Luca y yo convinimos que sería la versión oficial.

Dije: La pillé con un chico en la cama.

Él guardó un largo silencio. ¿Para tragar saliva? ¿Para intentar asimilar que, después de tantos años de ausencia, había regresado para encontrarse no con la niña a la que abandonó, sino con una mujercita a la que apenas entendía?

Al cabo de un rato dijo: ¿Y qué pasó?

Dije: Eché al chico. Tadea y yo discutimos y...

Omití lo del guantazo.

Dije: Y se marchó.

Dijo: Bien hecho.

Y su reconocimiento me dio de lleno en la cara. Como una hostia con la mano abierta, de esas que escuecen, que arden en la piel y en el orgullo durante horas.

Luego añadió: ¿Qué hacemos?

¿Qué hacemos?, dijo, en plural. De repente éramos un *nosotros*. Imaginé a mi amiga Lola en su tumba, o como quiera que se llamen esos sitios en los que se depositan las cenizas de alguien querido junto a las de cientos, puede que miles, de personas que ni conoces ni te importan. La imaginé riéndose de la situación. Yo, que heredé una maternidad, de la que siempre había huido, por puro amor y lealtad hacia la verdadera madre de esta historia, y Gonzalo, el peor padre biológico del mundo, que abandonó a su hija cuando más lo necesitaba, para regresar al cabo del tiempo, agotadas ya la efervescencia de la juventud y las ganas de comerse el mundo, cuando la niña llevaba años sin preguntar por él. Dos antipadres que nunca se habían soportado decidiendo algo en equipo por el bien de su —sí, *su*, de los dos, en plural— hija.

Dije: Supongo que aparecerá cuando se le bajen los humos.

Noté al instante la falta de seguridad en mi voz. Él se había quedado de nuevo en silencio. A continuación me preguntó si no sería conveniente acudir a la policía.

Dijo: Ya han pasado casi ocho horas... ¿No dicen que hay que denunciar las desapariciones cuanto antes?

Pensé: «Cuanto antes» habría sido en el preciso instante en que recibí el primer mensaje de E.

Pero dije: Tienes razón. Deberíamos llamar para informar, por si esto se alarga y al final nos alarmamos.

¿Al final nos alarmamos? Yo ya estaba de lo más alarmada. Deseaba con todas mis fuerzas que alguien con más medios y capacidad que yo —la policía, para ser exacta— se ocupara del asunto, pero en ese momento aún pensaba que no me correspondía a mí alertar a las autoridades.

Dije: ¿Te encargas tú? Yo voy a hacer unas llamadas, por si está durmiendo a pierna suelta en casa de alguien.

Así que él asumió la tarea. Una hora más tarde me informó de que estaba saliendo de la comisaría de su barrio. Le habían pedido todo tipo de información y me llamaba porque también le habían dicho que debíamos preparar una lista lo más detallada que pudiéramos de los contactos frecuentes de Tadea y, en la medida de lo posible, de sus

movimientos de los últimos días. Yo pasé buena parte del día haciendo llamadas y elaborando esa lista sabiendo, en el fondo, que no iba a servir de nada.

A través de la madre de una amiga de otra amiga de Tadea logré averiguar el nombre de su novio. ¡Su novio! ¿Es que mi hija ya no confiaba en mí ni para decirme que tenía novio? Estuve en la casa del chico. Tras ponerlo contra las cuerdas, conseguí que me contara que llevaban juntos un mes y medio. También me dijo, me juró por su vida más bien, que no habían llegado a hacer nada, y que no sabía nada de ella desde que lo eché de mi casa. Ante sus padres, yo omití la escena en la que su querido, y descontrolado, hijo se cubría la entrepierna tratando de ocultar sus vergüenzas. Él hizo lo propio para agradecérmelo, y evitó nombrar el cuchillo con el que irrumpí en el dormitorio de Tadea.

Dediqué el resto del día a ir de un lado para otro intentando dar con ella. El instituto, casas de amigas y conocidas, lugares preferidos... Hasta que un nuevo mensaje de E me confirmó que todos mis esfuerzos eran en vano.

«Tu hija salió llorando anoche a la calle. ¿Ha pasado algo entre vosotras? Me preocupas, Elena».

Un correo electrónico, de nuevo desde una cuenta desconocida.

Por eso me presenté en la comisaría, porque si estaba en lo cierto y era E quien se había llevado a Tadea, ya no tenía nada que perder. Sobre la mesa descansaba la bolsa con todo lo que había recibido hasta la fecha de E: el libro, la libreta con sus veinte páginas de galimatías, el laberinto, el crisantemo marchito, las notas.

«¡Sorpresa!». «Sinceramente, lo esperaba».

Mi corazón pareció saltarse un latido.
O dos.

—Disculpe, la cafetería estaba a rebosar —dijo el inspector Lozano cuando regresó a la pequeña sala. El espacio era diminuto y claustrofóbico, y en nada ayudaba que casi todo estuviera ocupado por un buen puñado de sillas aparatosas y duras como piedras y la inmensa mesa a la que yo esperaba sentada—. Café para usted... —Se interrumpió—. ¿Está segura de que es lo que quiere? Parece inquieta. Si lo prefiere, puedo traerle uno descafeinado.

—No, me vendrá bien, gracias —respondí yo.

Omití que llevaba dos noches sin descansar. Que, al margen de lo ocurrido los días anteriores, la desaparición de Tadea me tenía el alma en vilo.

Miré de nuevo hacia la bolsa. ¿Estaba todo? Sí, estaba todo. Lo único que faltaba eran los e-mails.

¡Los e-mails!

El pensamiento me estalló en la cabeza. ¿Debería haberlos llevado impresos?

Cogí el bolso del respaldo, lo abrí y comencé a buscar el móvil intentando no parecer demasiado alterada.

—Así pues, ¿qué era eso tan importante que quería contarme?

Pensé: Ha llegado la hora.

Y dije, con la garganta anudada por la tensión: Verá, inspector, hace semanas que...

Unos pasos se acercaron y él desvió la mirada hacia la puerta, que se abrió un instante después. Una mujer alta y morena asomó medio cuerpo al interior.

Dijo: Perdonen la interrupción.

Quedó patente que la disculpa era más por mí que por el inspector.

Dijo: Gabriel, ¿puedes salir?

El inspector me miró, como dudando de la conveniencia de salir del despacho en ese momento. La mujer disipó sus dudas de un modo seco y directo.

Dijo: Tenemos un cadáver, de los que apestan.

Yo me pregunté si la expresión era literal y el cuerpo olía que echaba para atrás o si lo había dicho porque la muerte resultaba

sospechosa. Hallé la respuesta enseguida, cuando la mujer completó la información.

Dijo: La han encontrado en un congelador desenchufado. El olor...

El inspector levantó una mano indicando que ya era suficiente y me miró con gesto de disculpa. Yo apreté con fuerza el móvil dentro del bolso y le dije que no me importaba esperar. En cuanto abandonó la sala saqué el móvil, lo desbloqueé y abrí el correo electrónico. Intenté localizar los mensajes de E. Y digo *intenté* porque no logré encontrarlos. No había ni rastro de ellos. Comencé buscando en la carpeta en la que los había archivado para tenerlos a buen recaudo. Luego recorrí varias veces la bandeja de entrada, la papelera y, finalmente, la de elementos enviados, esta última movida por la vana esperanza de dar con los correos que yo misma había mandado.

Mi corazón pareció saltarse un latido.

O dos.

Nada.

No había nada.

Noté cómo mis pulmones se contraían y un sudor frío me cubría la espina dorsal. Miré la bolsa —que, sin esos correos como respaldo, se me antojó tan poca cosa...— y me sentí de pronto indefensa.

En la boca del lobo.

Traté de disimular y parecer calmada cuando el inspector se asomó por la puerta. Respiré aliviada en cuanto volvió a apartarse del umbral. ¿Qué iba a pensar cuando le contara que un asesino me acosaba y que había sido ese mismo asesino el que le cortó la mano a Micky y le reventó la cabeza a Sonia? ¿Qué iba a pensar cuando abriera la bolsa y empezara a sacar mi extraña colección de objetos? Aún tenía las notas —«¡Sorpresa!»—, quizá hubiera algo en ellas que nos ayudara a averiguar la identidad de E, pero también era muy probable que, al mostrárselas, pensara que mi historia no era más que una maniobra de distracción.

El inspector no había vuelto a preguntarme por los mensajes de texto que E me envió después de matar a Sonia. ¿Por qué? Me pregunté cuánto tardarían en descubrir que la conocía, que estuve en su piso el día —casi en el preciso momento— que fue asesinada, que me llevé a su hijo de allí para salvarlo de la horrenda imagen de su mamá muerta. Estaba segura de que cuando se supiera todo eso pasaría a encabezar la lista de sospechosos. Una vez me tuvieran en el punto de mira y orientaran con más acierto sus pesquisas, tardarían muy poco en averiguar que su víctima estuvo en una de mis sesiones de firmas, que ambas protagonizamos una ridícula persecución callejera que acabó con una aparatosa caída y que, días después, Sonia

irrumpió en mi despacho ante la atónita mirada de mi asistente.

Sin los correos de E, sin pruebas que respaldaran lo que había ido a contar, era carne de cañón. Con suerte, el inspector me consideraría una tarada histérica incapaz de controlar a su hija. Sin suerte —y tenía muchas posibilidades de que me abandonara—, me leería mis derechos y me pediría que lo acompañara al calabozo.

Pensé: Estoy perdida.

Y me pregunté si todo aquello que acababa de vislumbrar no estaría también en los planes de E. *Querida Elena: Que no se te ocurra acudir a la policía. Si lo haces, habrá consecuencias*. Al principio pensé que esas posibles consecuencias sólo afectaban a la seguridad de Tadea, pero en aquel momento casi saboreé la desagradable certeza de que acudir a la policía significaba para él ponerme a mí misma en peligro. Como en uno de esos malditos libros multiaventura. ¿Qué eliges, obediencia o desobediencia? Según la decisión tomada en cada encrucijada, inauguraba una u otra línea argumental en la historia macabra que me había tocado protagonizar.

Oí al inspector y a su compañera hablar en el pasillo, tan bajo que apenas pude captar unos cuchicheos indescifrables. ¿Estarían hablando de mí? ¿Se disponían a entrar para comunicarme que sabían que...?

Unos pasos atajaron mis pensamientos y, un segundo después, el inspector Lozano volvió a aparecer en el umbral.

Dijo: Lo siento, tengo que marcharme. Si no le importa, voy a dejarla con la subinspectora Valeria.

Sin embargo, la subinspectora Valeria, la misma que había interrumpido nuestra reunión, no entró enseguida. La observé acompañar al inspector a alguna parte tras indicarme que estaría conmigo en un minuto. Yo necesité mucho menos para decidir que no iba a permanecer en aquella claustrofóbica sala ni un segundo más.

Me levanté tratando de no hacer ruido, me colgué el bolso al hombro, apreté la bolsa de tela con las cosas de E contra mi pecho y me acerqué a la puerta. Antes de salir, me asomé para comprobar que el pasillo estaba despejado. Desierto, concluí. Y escapé de allí como quien huye del más temible de los depredadores, sin saber que el peligro que corría era mayor de lo que imaginaba. Sin sospechar que, al igual que ocurrió con Sonia, aquel cadáver del congelador era un poco mío también. Sin tener la más mínima idea de que el horror que me rodeaba, eso que parecía impensable que pudiera llegar a ser peor, estaba a punto de estallar en la más aterradora de las pesadillas.

Avancé furtivamente por los pasillos, mirando con nerviosismo a todas partes por si alguien me seguía. Y cuando tomé la escalera que

conducía a la planta baja y de ahí a la libertad, un inquietante sonido se coló en mi cerebro. Era como si una canica rodara por el suelo y segundos después se precipitara escaleras abajo, rebotando, imparable, en cada peldaño. Me detuve un instante a escuchar, intentando descubrir de dónde provenía el ruido. Pero no había nada a mi alrededor. Fue entonces cuando caí en la cuenta. Aquello que acababa de oír y que de pronto había quedado ahogado por la agitación de mis pulmones y el retumbar de mi corazón no era real, sino una reverberación del pasado. Un recuerdo que no lograba situar y que, al igual que la voz de E, se me escapó del pensamiento consciente y se hundió en la oscuridad de mi memoria cuando hice el esfuerzo de agarrarlo y tirar de él.

Dijo: Lena.

Dijo: Detente, Lena.

—¿Me puedes explicar qué es lo que acaba de pasar ahí atrás?

Oí los pasos de Luca a mi espalda. No quise volverme. No mientras él aún estuviese en la puerta de la comisaría. Lo imaginé allí plantado, mirando cómo nos alejábamos. Y cuando un acceso de remordimiento y duda comenzó a emerger de mi pecho, lo frené. Cabía la posibilidad de que estuviera equivocada, pero, sinceramente, no tenía ni ánimo ni tiempo para intentar verificarlo.

Al salir y verlo allí, junto a Luca, hice justo lo contrario de lo que pensé que haría llegado el momento. El cuerpo me pedía estamparlo contra la pared de ladrillo de la comisaría y exigirle que me devolviera a mi hija, golpearlo con todas mis fuerzas con la escayola hasta aplastarle la cabeza, del mismo modo que E había hecho con Sonia. En cambio, no hice nada de eso. Ni siquiera me dio por gritar llamando a la policía. Me limité a apretar el paso, a esquivar una caricia, puede que incluso el beso que acaso pretendía darme, y a tirar del brazo de mi amiga para alejarnos de allí cuanto antes. ¿Por qué reaccioné así?, me pregunto ahora, y todavía no sé si fue por ese resquicio de duda que iba pesando más a cada paso que daba o si fue por miedo, por simple miedo, a que realmente fuera él. A haber acertado.

—Lena, ¿qué pasa? —insistió Luca.

—Camina y no digas ni una sola palabra —ordené yo por respuesta.

La imaginé a mi espalda, sujetando con fuerza el bolso, con su rizado cabello de fuego agitándose al son del frenesí de nuestros pasos.

Dijo: Lena.

Dijo: Detente, Lena.

No le hice caso. Fui directa al aparcamiento donde me dijo que había dejado el coche mientras mi mente se empeñaba en regresar a lo que acababa de pasar.

Había sido... Lo vi tan claro de repente...

Cuando salí de la comisaría, huyendo de la sombra del inspector, lo encontré en la puerta, esperándome junto a Luca. ¿Qué coño hacía él

allí? Las piezas encajaron en mi cabeza de pronto y una aberrante amalgama de sentimientos —de la necesidad al rechazo, de la seguridad al pánico, de la sensación de refugio a la percepción de la más peligrosa de las amenazas— me golpeó con fuerza. ¿Era lo que mi mente quería pensar? Quizá, pero por muy exageradas que me resultaran en ese momento las conclusiones a las que había llegado, algo dentro de mí —puede que la imperiosa urgencia de soltar tensión, de desaguar, aunque fuera un poquito, la balsa de incertidumbre en que se había convertido mi existencia— seguía diciéndome que mis sospechas no eran tan descabelladas.

Jaime había llegado a mi vida poco antes de que E hiciera acto de presencia. Había estado allí desde el principio, agazapado en los prados de mi confianza, ¿acechándome?, ¿actuando a escondidas mientras me hacía creer que él era la única persona en el mundo con quien podía sentirme segura? Pensé en las fotos de Tadea en el parque, en mi angustiosa carrera tratando de llegar a tiempo para ponerla a salvo y... Y recordé con rechazo, con culpa, que unos días antes yo misma le había hablado de mi hija y de los líos en que había decidido meterse en el instituto. Y hablé de ella en esos términos: «mi hija», porque me resultó extraño contarle a un hombre al que apenas conocía que en realidad Tadea había llegado a mi vida de rebote. Pensé en Micky Romera, en su mano, y concluí que no podía afirmar que Jaime hubiera estado a mi lado mientras mi paciente era cruelmente agredido en la seguridad de su propia casa. Lo único que sabía era que aquella noche me quedé dormida junto a él y que al despertarme por la mañana estaba sola en la cama. ¿Y si se había marchado poco después de que me venciera el sueño? ¿Y si había aprovechado aquellas horas hasta el amanecer para entrar en casa de Micky y convertir en un acto público su cruel ataque, y aparecer más tarde, silenciosamente satisfecho de su *aventura*, con el desayuno, aún caliente, en la mano?

¿Y Sonia?

Sonia...

Jaime también estaba conmigo el día que Sonia me siguió. Poco después ella estaba muerta. El llanto de su hijo se había convertido en la mayor de mis condenas.

¿De verdad había sido tan tonta? ¿Había tenido a E a mi lado todo el tiempo? ¿Le había abierto las puertas de mi casa? ¿De mi sexo? ¿De mi corazón?

No puedo más, me dije.

¡NO PUEDO MÁS!

Fue el destino. El destino llevó a Ernesto a la tienda donde compró las chanclas y encontró el cartel de las clases de surf. Y fue también el destino el que atrajo hasta él a la Mujer Viento, cabalgando entre las olas, y el que puso banda sonora a aquel mágico momento. ¡Y con qué canción!

¿Has escuchado alguna vez a Bowie? No, qué vas a escuchar tú a Bowie. Los adolescentes de hoy en día no tenéis cultura musical. Por eso mismo pasaba yo tanto tiempo escuchando buena música con mi pequeño. ¿Sabes...? ¿Sabes que hasta hace muy poco yo era padre? El chico no era mío, claro, pero, como se suele decir, lo quise igual que si lo fuera. Aunque supongo que ahora que su madre no está, no volveré a verlo. En fin... *C'est la vie*, ¿no crees?

¿Por dónde iba? Ah, sí. Te decía que fue el destino. Al final, quizá todavía empujado por el destino, Ernesto no llegó a apuntarse a las clases de surf. Prefirió observar de lejos, desde un lugar seguro, y así fue como acabó dejándose mecer por las olas... ¡Vaya! ¿Te has dado cuenta? Me he olvidado de la narración en presente atemporal, pero ¿qué clase de cuenta-historias soy? Será porque tengo la mente en otro sitio.

Tu madre se ha desviado del camino, ¿sabes? Y, para colmo, empiezo a estar un poco harto de que me hagas hablar contigo con una puerta de por medio.

¿Cuándo...?

Quiero decir... Ejem... Uf, perdona, me estoy poniendo nervioso. Y los nervios no son buenos.

Intentaré guardar la calma. No quiero asustarte.

¿Cuándo crees que estarás preparada para abrir la puerta?

Te lo pregunto porque el tiempo pasa y "la tita" huele mal.

Además, tenerte ahí me desconcentra. Hay asuntos importantes que debo atender y contigo no puedo. Pero, al igual que me ocurrió con tu madre, resulta que sin ti...

Sin ti tampoco puedo seguir adelante.

¿Qué te parece si establecemos un plazo? Son las cinco de la tarde. ¿Qué tal las doce del mediodía de mañana?

Si expirado ese plazo aún no has salido de ahí, entraré a buscarte.

SEXTO

«WITH OR WITHOUT YOU»

¿Estaba preparada para perderla?

No, no lo estaba.

Mi amiga acababa de salir por la puerta. Podía oír sus pasos en el descansillo y el ascensor subiendo desde las plantas bajas.

Habíamos llegado a casa hacía apenas cinco minutos.

Discutiendo.

Discutíamos porque Luca se negaba a aceptar que hubiera abandonado la comisaría sin decir nada. También porque cuando le conté en el coche que creía que Jaime podía ser E, por un instante, por un brevísimo lapso de tiempo, apartó los ojos del parabrisas y me miró como... Como si yo delirara. Como si me hubiera vuelto loca. Y lo que más me enervaba era que en el fondo sabía que la paranoia había empezado a devorarme.

El sonido de los tacones de Luca cesó y la cabina del ascensor volvió a descender. Me había dicho que iba a por algo para cenar, pero yo intuía que en realidad necesitaba un respiro. Un rato a solas para reflexionar o, por qué no, simplemente para alejarse de mí y mi descontrol.

De pronto noté el peso de la bolsa de tela, que aún pendía de mi antebrazo derecho. La arrojé al suelo con rabia y ni la dichosa bolsa ni lo que guardaba en su interior parecieron inmutarse. Continente y contenido aterrizaron con dignidad junto a la puerta. Unos segundos después, la tela se deslizó un par de centímetros y una de las esquinas del laberinto para ratones asomó por el borde.

Me sentía tan... Ya ni siquiera sabía cómo me sentía. Miré a mi alrededor, el caos reinaba en el amplio espacio que conformaban el salón y la cocina, incluso la isleta que marcaba la línea divisoria entre ambos territorios estaba hecha un asco. Había desorden por todas partes. Y basura. Prendas de ropa por los sofás y en el suelo, recipientes vacíos y bolsas de papel de los pedidos de comida a domicilio, colillas de canutos en platos y copas...

Me quité los zapatos y, al darme cuenta de que estaba a punto de dejarlos tirados allí también, me agaché, los cogí y me dirigí con ellos al mueble de la entrada, donde los dejé en uno de los huecos del zapatero. A continuación fui despojándome de todo lo que me sobraba —bolso, abrigo, bufanda— como a cámara lenta, y colocándolo en su

sitio. Rebusqué en el bolso hasta encontrar un coletero y lo agarré con los labios, dispuesta a recogerme el pelo. Me percaté enseguida de lo absurdo de mi intención: con el brazo izquierdo escayolado, aquella tarea me resultaba imposible. Y no poder recogerme el pelo, saberme inútil para realizar semejante acción, provocó que aún me molestara más su contacto en la nuca, su caída sobre los hombros.

Sacudí la cabeza para desterrar la incómoda sensación y, antes de alejarme de la entrada, encendí la calefacción. Ya ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que la había puesto; el piso debía de tener la temperatura adecuada para un pingüino. Necesitaba abrigarme, pero fui incapaz de adentrarme en el pasillo que conducía a las habitaciones. Permanecí un buen puñado de segundos mirando hacia la penumbra del amplio corredor y me esforcé por imaginar que nada de aquello estaba pasando. Que en realidad E no existía. Que la casa estaba así como resultado de un par de noches locas con mi amiga de la infancia. Que mi díscola adolescente se encontraba sana y salva en su dormitorio, escuchando música quizá, con sus inmensos auriculares, reivindicando, como siempre, su espacio, su intimidad.

Me dirigí a la cocina descalza y cogí las bolsas de basura. Tras pelearme con el rollo, al fin tuve una gran bolsa negra lista para devorar cualquier cosa que estorbara. La sujeté con la mano de la escayola y empecé a deambular por el salón echando dentro lo que iba encontrando. Con la ropa fui haciendo un montón junto al sofá.

Dediqué apenas diez minutos a dejarlo todo mínimamente recogido. La bolsa, junto a los cubos de basura, llenos hasta arriba después de tantos días. El montón de ropa dentro de la lavadora.

Poner orden me aportó calma, sin embargo seguía sin atreverme a recorrer el pasillo. Demasiadas horas, me dije. Habían pasado demasiadas horas desde la última vez que vi a Tadea, y una sombra se había ido haciendo cada vez más fuerte en mi interior. Regresé a la cocina a por un trapo y un pulverizador con amoniaco para limpiar la mesa del salón.

¿Y si no volvía a verla?

¿Y si aquella habitación permanecía vacía para siempre?

¿Estaba preparada para perderla?

No, no lo estaba.

¿Qué más daba que Tadea no hubiera salido de mis entrañas? ¿Qué más daba? Nada tiene que ver el corazón con los genes. Y entonces recordé una de nuestras vivencias clave.

La sala era grande y estaba decorada de forma sobria, acorde con la situación. El mobiliario: decenas de sillones y sofás y múltiples mesitas de té salpicadas aquí y allá. Recuerdo que había un servicio de

catering preparado y pensé que era un tanto extraño lo de servir un ágape en un escenario semejante. También recuerdo la sala de paredes de vidrio en la que se encontraba ella, tumbada. Su rostro, libre por fin del sufrimiento de la enfermedad. Su cabello ralo, oculto bajo una frondosa melena artificial. Parecía Blancanieves en su urna de cristal. Una Blancanieves a la que le faltaban el príncipe —ella nunca creyó en los príncipes de los cuentos de hadas— y más de la mitad de los enanitos. Luca podría haber sido la enanita Feliz de no ser porque, en ese momento, se deshacía en un mar de lágrimas que jamás creí que pudiera llegar a brotar, ni en un millón de años, de los ojos de la más atolondrada y risueña de mis amigas. Yo, Mudita, pues en los últimos meses se me habían secado las palabras. Lo vivido junto a Lola... Lo que me aguardaba a partir de su ausencia... Y la tercera y última enanita, Gruñona, que acababa de entrar por la puerta en compañía de sus abuelos, padres de la difunta, duques de no sé qué después de haber comprado por una fortuna un título nobiliario. Tadea llevaba un vestido de muñeca tétrica —¿quién coño viste de luto a una cría de siete años?—, negro, de raso, con unas pomposas mangas de farol, ceñido en el torso, con la cintura anudada con un gran lazo de color gris perla y una falda con tanto vuelo que por un segundo creí que llevaba debajo un cancán. En el pelo, otro inmenso lazo a juego con el del vestido. Parecía envuelta en un lúgubre papel de regalo. Su llegada vino seguida de dos miradas que no olvidaré jamás. La primera, la suya. En ella creí atisbar que la ira, que la había estado dominando desde que se enteró de que su madre iba a morir, había flaqueado un instante al poner el foco en mí. Cuando me vio, el rostro de la que pronto sería mi niña se tornó en una fugaz sonrisa que enseguida mutó en puchero y que, apenas un instante después, volvió a ser tensión y severidad. La segunda mirada, la de su abuela, venía cargada de un odio indescriptible, un rencor que nunca desapareció. Deduje que ya sabía que Lola me había elegido a mí y no a su madre para criar a su hija.

A partir de la llegada de Tadea, o más bien de la de los abuelos, el velatorio se convirtió en un circo deleznable. El servicio de catering se encargó de que a nadie le faltara una copa en la mano. De algún lugar comenzaron a salir bandejas con comida y empezaron también a escucharse risitas y charlas distendidas en corros aquí y allá. Pensé: Han organizado para su hija la boda —sí, la *boda*— que ella nunca quiso celebrar. Decenas de personas de *alta alcurnia* hacían cola para dar el pésame a la afectada familia, y mientras los abuelos ponían cara de circunstancias —no niego que estuvieran pasándolo mal, sólo digo, afirmo, que parecían estar disfrutando a lo grande de ser el centro de

atención—, Tadea permanecía a su lado, con los ojos cada vez más vacíos y el cuerpo cada vez más lacio.

La mantenían a un metro escaso de su madre muerta y, en lugar de dejarla despedirse a solas, en lugar de animarla a plantarse frente al cuerpo de Lola y gritarle hasta quedarse sin voz que no le perdonaría jamás que la hubiera dejado sola, la obligaron a convertirse en una fachada, en lo que, según un protocolo que no podría haber ideado alguien que no fuera insensible, se esperaba de ella.

La verdad es que no sé qué me impulsó a hacer lo que hice. Puede que fuera la certeza de que la madre de Lola, la estirada y postiza duquesa, ya sabía que en adelante Tadea sería mía. O puede que simplemente me apeteciera reivindicar en público el carácter combativo de mi amiga, como si quisiera rendirle un último homenaje a su arrollador carácter y a su espíritu libre. La cosa es que, sin haberlo pensado siquiera, avancé entre la gente que aguardaba para dar el pésame, sin que me importara molestar o incluso empujar a alguien, me planté frente a Tadea, le tendí la mano y dije: Nos vamos.

Al verme, la niña se arrancó el lazo del pelo y me agarró con fuerza, y, juntas, abandonamos aquel mundo de mentira para correr y gritar y llorar y hablar, las dos solas, durante horas, en el parque del Retiro.

Cuando regresamos, ya entrada la noche, sólo Luca nos estaba esperando. Me senté a su lado en uno de los sofás más apartados y dejé que Tadea se despidiera de su madre. Conociéndola como la conocía, imaginaba que iba a gritar y a llorar frente al vidrio hasta caer rendida en el suelo, pero la niña se limitó a apoyar la manita en la fría superficie y a decir: Te voy a echar mucho de menos, mamá.

Ella nada sabía aún de su inminente futuro conmigo. Días más tarde, cuando se leyó el testamento de Lola en presencia de toda la familia y Tadea se enteró de que en adelante pasaría a depender de mí, el brillo de su mirada cambió. Salimos de aquel carísimo despacho de abogados juntas. Yo iba muerta de miedo. Ella seguía enfadada y perdida. Sin embargo, tuve la sensación de que las dos avanzábamos envueltas en una extraña calma. Como si, unidas, pudiéramos vencer cualquier cosa que nos atormentara. Como si, unidas, la tristeza y el desamparo ante la ausencia de Lola fueran más llevaderos.

No. Definitivamente no estaba preparada para perderla. No lo estaba entonces y, pese a todo lo ocurrido, tampoco lo estoy ahora.

Recuerdo que cuando sonó el timbre me dirigía hacia la mesa del salón con el trapo y el pulverizador en la mano. Al principio di por sentado que era Luca, pero me extrañó el silencio del descansillo. Busqué el golpeteo de sus tacones y no lo encontré.

Caminé lentamente hacia la puerta y agucé el oído.

Susurros y movimiento. Nada inteligible al principio.

Hasta que una voz de mujer dijo: No está.

Me resultó familiar, pero no logré identificarla.

Luego, una voz masculina replicó: Esperaremos.

Y ésa sí que la reconocí al instante.

Cuando abrí la puerta me pareció que una soga me rodeaba el cuello para estrangularme.

Dijo: ¿Un paciente?

Dije: Un paciente, ¿qué iba a ser si no?

«Encuéntrela y podré contárselo todo».

Me pregunto si me equivoqué o no despidiéndome —echándolo, más bien— de esa forma. Me refiero al inspector Lozano. Estaba claro que la cosa pintaba bastante mal para mí. De hecho, aún hoy sigo sin entender el motivo de que no me arrestara aquella noche. ¿Intuición? ¿Pereza? ¿Confusión?

—¿Por qué se ha marchado de la comisaría sin avisar?

Formuló la pregunta antes siquiera de que lo hubiera invitado a acomodarse. Su tono dejó patente en el acto que la visita no traería nada bueno. Aunque el primer aviso había llegado antes, cuando abrí la puerta y los encontré, a él y a la subinspectora con la que se suponía que iba a dejarme en aquel diminuto despacho de la comisaría, aguardando en el descansillo. Sólo él parecía dispuesto a entrar. La mujer permaneció inmóvil allí fuera, mirando el teléfono. «¿Va a pasar?», le pregunté por cortesía. «No, gracias», respondió sin molestarse en levantar los ojos de la pantalla. Luego me preguntó si los pisos del bloque eran viviendas o apartamentos turísticos. Tardé más de lo que me habría gustado en responder. ¿Para qué necesitaba saberlo? «Viviendas», dije al cabo de unos segundos. Y pareció como si la palabra se me hubiera atragantado al salir. Añadí que apenas veía a los vecinos. Y luego pregunté —podría haberme mordido la lengua— por qué le interesaba aquello. La subinspectora, en lugar de responder, miró de soslayo a su superior y se encaminó hacia las escaleras. «Te aviso cuando termine», le dijo antes de perderse de nuestra vista.

Segundos después, ya dentro de casa, tampoco supe contestar de un modo convincente al inspector. ¿Que por qué me marché de la comisaría? El motivo era el mismo que en aquel momento me impedía dar una explicación sincera: evitar ponerme aún más en peligro. ¿Y si lo que estaba pasando, incluida la desaparición de Tadea, no era sino la consecuencia de haberme saltado las normas de E? ¿Y si callar y regresar a sus preceptos era la única manera de recuperar a mi hija? Ya no sabía qué pensar.

Dije: Recibí una llamada importante.

El inspector permaneció en silencio unos segundos.

Miró a su alrededor. A las bolsas de basura. A los restregones de suciedad del suelo. A mis manos, aún con el trapo y el pulverizador. A mi cara...

Incómoda, me alejé de él con la excusa de dejar los productos de limpieza en su sitio. Rodeé la isla de la cocina, guardé el trapo y el bote en un estante al azar, me lavé las manos y serví un par de vasos de agua del grifo.

Dije: Siento no poder ofrecerle nada más que agua, no he podido hacer la compra.

Cuando me volví para regresar al salón, me sobresalté al verlo al otro lado de la isla de la cocina. Era alto. Y delgado, quizá más de lo normal. Tenía los pómulos marcados y las mejillas algo hundidas. Los ojos pequeños. Y sin embargo no habría dicho que era feo. Pero ¿qué estoy haciendo? Me pierdo en detalles que poco tienen que ver con lo que realmente importa.

Me di cuenta enseguida de que pretendía intimidarme. No sólo por el modo en que había entrado en casa, husmeando, examinando cualquier cosa que hubiera al alcance de su vista, ni por el hecho de haberse tomado la libertad de seguirme sin haber sido invitado a hacerlo. Se había quitado la americana que llevaba puesta al llegar y la había dejado sobre el respaldo de una de las butacas, como si pretendiera dejar claro que no pensaba moverse de allí hasta tener lo que había ido a buscar.

Dijo: Parece cansada.

Dije: Lo estoy. Trabajo demasiado últimamente.

Y de nuevo miró a su alrededor.

Dijo: ¿No tiene a nadie que la ayude en las tareas de la casa? Una mujer de su posición...

Dije: ¿Una mujer de mi posición?

Dijo: Quiero decir que parece una mujer muy ocupada y exitosa.

Pronunció la palabra «exitosa» como si fuera la primera vez, como si hubiera descubierto aquel día su existencia. O como si le diera vergüenza utilizarla.

Luego añadió: También da la sensación de que puede permitirse pagar a alguien para que se encargue de las tareas de la casa.

Dije: Sí, tiene razón, puedo permitírmelo. De hecho, lo hacía, hasta hace poco tenía a Rita, pero dejó de venir sin avisar y no he tenido tiempo de buscar quien la reemplace.

Sentí un pinchazo en el estómago al recordar los verdaderos motivos que me habían impedido buscar sustituta para Rita. Y el pinchazo siguió martirizándome mientras pronunciaba las siguientes palabras.

Dije: Tampoco ayuda tener una hija adolescente.

Me pregunté si el inspector sabría ya lo de Tadea. ¿Existiría algún tipo de alerta centralizada que recogiera las denuncias de desaparición? Deduje al instante que no, o que, como mínimo, a él no le había llegado la noticia.

Dijo: No, no ayuda.

También noté que aquellas palabras habían brotado de su boca en un impulso ajeno a su voluntad.

Dije: ¿Tiene hijos?

Dijo: Uno. Quince años. Le ha dado por salir de noche sin avisar.

Dije: Pero ¿vuelve a casa?

¿Qué me importaba a mí si su chaval regresaba o no a casa? Lo único que me preocupaba era que Tadea llevaba demasiadas horas sin dar señales de vida. ¿Ganaría algo si se lo decía?

Dijo: Sí. Vuelve a casa cuando quiere y a la hora que le da la gana.

El inspector alargó el brazo para aceptar el vaso de agua que le había ofrecido. Le dio un par de sorbos y lo sostuvo entre las manos, como quien disfruta de la experiencia de beber un buen whisky. Dar un trago, sostener el vaso en la mano, balancearlo para ver cómo el líquido dorado lame las paredes de vidrio y se resiste a abandonarlas. Luego, otro trago. No parecía que fuera a hablar enseguida, así que lo hice yo.

Dije: Inspector...

Dijo: Gabriel, llámeme Gabriel.

Me resultó ridículo aquel intento de transmitirme cercanía. Todo lo que existía entre aquel hombre y yo era pura distancia. Lo probaba el extremo cuidado con el que nos comunicábamos, pues nuestras palabras parecían obligadas a deambular por un campo de minas desde que salían de la boca del uno hasta que se integraban en el circuito neuronal del otro, o el empeño en tratarnos de usted cuando a nuestras edades y en pleno siglo XXI resultaba casi irrisorio un trato semejante. Sin embargo, decidí seguirle el juego.

Dije: Gabriel, ha sido un día muy largo en el trabajo y estoy cansada. ¿Le importaría contarme qué le ha traído hasta mi casa? Si es por haberme marchado de la comisaría, le pido disculpas. Me surgió algo importante.

Dijo: ¿Le surgió algo importante o recibió una llamada importante?

Dije: ¿No son compatibles?

Dijo: ¿Un paciente?

Dije: Un paciente, ¿qué iba a ser si no?

Y entonces soltó el vaso sobre el mármol de la cocina. Se había producido un ligero cambio en su semblante, en su lenguaje corporal.

Dijo: Empiezo a creer que esconde usted algo.

Sentí una palpitación en el cuello provocada por el vuelco que acababa de darme el corazón.

Dije: Explíquese.

Mi voz sonó... ¿inquieta?

Dijo: Varios agentes me han confirmado que abandonó la comisaría agitada, casi a la carrera. ¿Va todo bien, Elena?

En momentos como ése te preguntas hasta qué punto la persona que tienes delante intenta realmente conectar contigo, o sólo pretende manipularte para que caigas en su red. El inspector parecía preocupado. ¿Era una estrategia? Sí, lo era, pero no para acercarse a mí, sino para incomodarme.

Dije: Ya le he dicho que me surgió un asunto importante y tuve que irme con urgencia.

Dijo: Llevaba consigo una bolsa bastante grande. ¿Quería enseñarme algo?

No pude evitar mirar con cierto nerviosismo a mi alrededor. La bolsa de tela aún descansaba en la entrada, en el mismo sitio donde la había arrojado cuando llegué a casa. Al volverme de nuevo hacia él me sobresalté. También había estado escudriñando en aquella dirección. Puede que la hubiera localizado al llegar.

Tragué saliva y dije: Nada en especial. ¿Por qué?

¿En serio iba a limitarme a contestar con una evasiva? ¿Qué habría perdido mostrándosela? Estaba ya tan en la cuerda floja que quizá dejarle asomarse al interior de la bolsa llena de trastos no habría hecho mucho más daño. Quizá incluso me habría ayudado un poco a... ¿A qué? ¿A ponerlo de mi parte? Evidentemente, mi respuesta resultó ser, a todas luces, la más inadecuada. Y él debió de pensar lo mismo. Debió de pensar que una mujer como yo, en mi coyuntura, jamás habría respondido de aquel modo tras recibir la visita en casa de la policía. Menos aún si horas antes se había marchado de forma precipitada de la comisaría a la que había acudido por propia voluntad, según ella, porque necesitaba contar algo importante. Una de dos: o creyó que estaba asustada o juzgó que, por alguna extraña e hilarante razón, pretendía sacarlo de quicio.

El inspector cerró los ojos y se pellizcó con el índice y el pulgar la zona del entrecejo. De nuevo, una de dos: o quería hacerme ver que estaba perdiendo la paciencia o, simplemente, la estaba perdiendo.

Dijo: Elena, no sabe hasta qué punto su situación se está volviendo delicada. Todo pinta mal para usted, ¿lo sabe?

Dije: ¿Que si sé qué?

Juro que no me estaba haciendo la tonta. Juro que la cabeza ya no

me daba para más. El inspector volvió a coger el vaso, se bebió el resto del agua de un trago y lo empujó hacia mí deslizándolo sobre la superficie de mármol.

El sonido del vidrio contra la piedra volvió a despertar dentro de mi cabeza aquel golpeteo, como de una canica rodando por el suelo y precipitándose al vacío, rebotando escalón tras escalón.

Dijo: Elena, he venido con la esperanza de mantener con usted una conversación, digamos, coherente. No voy a mentirle, me tiene desconcertado. Algo me dice que debo ayudarla, que debo... En fin, qué más da.

Gabriel cogió su americana del respaldo de la butaca y se la echó al hombro. A continuación se volvió y comenzó a andar hacia la puerta. Yo le seguí de cerca, con la cabeza llena a rebosar de ruegos y advertencias, de voces, como si acabara de sumirme en una suerte de brote esquizoide.

Cuéntaselo.

¿Estás loca? Ni se te ocurra.

¿Qué más puede pasar?

Pero Tadea...

¿Qué pasa con Tadea?

Cuéntaselo, él te ayudará.

¡No! Ni hablar.

Al llegar al recibidor me adelanté para abrir. Giré el pomo, pero él apoyó su enorme mano sobre la hoja de madera para impedirme tirar de la puerta. Lo miré a la cara, alarmada. Su expresión era grave.

Dijo: Elena, le informo de que voy a solicitar una orden de registro para su vivienda y para el gabinete que dirige en esta misma calle. Varios vecinos la sitúan en el escenario donde fue encontrado el cadáver de Sonia Sola Cuevas.

Dije: Inspector...

Dijo: Déjeme terminar, por favor.

Yo asentí y guardé silencio.

Dijo: Hace unos días, Sonia y usted fueron vistas forcejeando en plena calle, en el centro. Deduzco que fue en ese altercado cuando se lesionó el brazo.

Apreté la escayola con la mano derecha en un acto reflejo.

Dijo: Tenemos imágenes obtenidas en un cajero cercano al lugar del incidente. Usted se llevó algo que pertenecía a la víctima, ¿verdad?

La frágil coraza de entereza con la que me había recubierto empezó a resquebrajarse, dejándome desnuda, indefensa, ante aquel hombre.

Asentí.

Dijo: ¿Qué fue lo que se llevó?

Tardé en responder. Tanto que el inspector se vio obligado a hacer la pregunta de nuevo.

Repitió: ¿Qué fue lo que se llevó?

Dije: Su cartera. Necesitaba saber quién era.

Dijo: ¿Por qué?

Dije: No puedo contárselo.

Dijo: No puede contármelo... Elena, ¿qué está ocurriendo?

¡Suéltalo! ¡Cuéntaselo todo, por favor!

No digas ni pío, o habrá consecuencias.

Dije: No puedo hablar de esto.

El inspector soltó un bufido y golpeó con fuerza la puerta. Yo noté el brote de llanto acordonándome la garganta, secuestrándome los ojos. Mientras me quedaba paralizada junto a la salida de mi propia casa, Gabriel se internaba otra vez en el salón y recorría el espacio, esquivando los sofás y la mesita, como un león enjaulado. Él también estaba perdiendo los nervios, y ambos éramos conscientes de ello.

De repente, paró en seco y dijo: Mierda, Elena, esto no es ninguna broma.

Y en un susurro apenas ininteligible, yo dije: Lo sé.

Sospechosa.

Su reacción me confirmaba que yo era la principal sospechosa de la muerte de Sonia.

No me sorprendió. Estaba claro que era lo que merecía —siempre según la desquiciada perspectiva de E— por haber transgredido las normas del aberrante juego al que me había visto obligada a jugar. Aquella escena que protagonizamos el policía y yo, la recuerdo como si la estuviera presenciando desde fuera, como si me hubiera desprendido de mí misma y observara lo que acontecía desde algún rincón del techo de la cocina. El inspector seguía a lo suyo. Sus palabras sonaban igual que un eco. «La científica ha localizado huellas dactilares, posiblemente de una mujer, en la puerta de entrada del piso de la víctima. Y pisadas, del mismo tipo de calzado que suele llevar usted...».

—Y los mensajes de texto —dije, interrumpiéndolo.

Fue al oír mi voz cuando regresé en mí. Al escucharme, al nombrar los SMS que E me había enviado desde el móvil de Sonia, fui consciente de que acababa de decir en voz alta algo que debía haber quedado en el reino de mis pensamientos. Miré al inspector y tuve la sensación, casi la certeza, de que él había leído en mí la sorpresa.

Dijo: ¿Qué contenían esos mensajes?

Recibí la pregunta como prueba inequívoca de que no obraban en

su poder, algo que me hizo recuperar cierta fortaleza. Sin embargo, necesitaba oírlo de su boca, así que decidí tantearlo.

Dije: ¿Por qué me lo pregunta? Seguro que ya lo sabe.

Al principio dudó.

Luego dijo: El móvil de Sonia no estaba en el escenario y no hay señal alguna que nos permita localizarlo, por lo que creemos que ha sido destruido.

El inspector relajó el semblante y dio unos pasos hacia mí.

Dije: ¿Y cómo sabe que Sonia me envió esos SMS?

Dijo: ¿De verdad necesita que le explique cómo lo hemos averiguado?

Dije: Evidentemente no. Doy por supuesto que habrán conseguido el registro de llamadas y SMS de la compañía. Dígame, ¿solía enviar Sonia mensajes de texto?

Le molestó mi pregunta. Frunció el ceño y maldijo en voz baja. ¿Estaba enojado conmigo o acababa de entender hacia dónde pretendía dirigirlo?

Dijo: No.

E insistió: ¿Qué decían esos mensajes?

Dije: No me está haciendo las preguntas adecuadas.

Gabriel se acercó aún más a mí. La puerta a mi espalda. Yo, el único obstáculo frente a la salida. ¿Era la salida lo que buscaba o simplemente trataba de intimidarme? Qué más me daba a mí. Llegados a ese punto, no pensaba moverme de allí hasta haberlo forzado a hacerme las únicas preguntas que estaba dispuesta a responder.

Dijo: No tardaré en tener esa orden. Para los técnicos de la científica será muy fácil dar con ellos en caso de que los haya borrado.

Dije: Le repito que no me está haciendo las preguntas adecuadas.

Y se arrimó mucho a mí. Más de lo necesario. La impaciencia prendida en la cara. Y la frustración. Y... ¿Y la duda? Sí, la duda. Por algún motivo, darme cuenta de su inseguridad me tranquilizó. Llegué a la extraña convicción de que ambos estábamos compartiendo mucho más de lo que en un principio habíamos planeado. Estábamos traspasando nuestros propios límites.

Finalmente, cedió.

Dijo: ¿Sonia estaba muerta cuando entró en su piso?

Yo asentí.

Dijo: ¿Eso fue antes o después de recibir los dos SMS desde el teléfono de la víctima?

Me aparté de la puerta con la respuesta en la punta de la lengua. Él pareció de pronto ser consciente de que me había tenido acorralada.

Entonces dije: Antes.

Y dije: Quien mató a Sonia me obligó a entrar en aquel piso.

Dijo: Pero entonces...

Dije: Cállese.

Y dije: Quien mató a Sonia se aseguró de que recibiera esos mensajes vía SMS para que quedara constancia en la red móvil.

El inspector ni siquiera se esforzó por disimular el impacto que mis palabras habían tenido en él. Sus globos oculares se movieron dentro de las cuencas con rapidez, su cerebro intentaba atar unos cabos que aún no sujetaba. Pero su impaciencia no tardó en estallar.

Dijo: Elena, si no me cuentas qué coño está pasando no podré ayudarte.

Y ahí se acabó todo. Su obstinado empeño en hablarme de usted. Y también nuestra conversación. El timbre sonó repetidas veces y ambos nos sobresaltamos.

Din-don, din-don, din-don.

Me apresuré a abrir, impulsada por la espontánea y estúpida esperanza de que fuera Tadea quien aguardaba al otro lado. Pero no era ella sino Luca, que entró como un torbellino en casa.

—¡Enciende la tele! ¡Tienes que ver algo! —Se arrojó al sofá para agarrar el mando—. Esto es muy fuerte, Elena. Esto es...

La prisa y la exaltación se esfumaron cuando Luca volvió la cabeza y descubrió al inspector junto a mí.

—Perdón, no sabía que estabas acompañada —dijo—. ¿Va...? ¿Va todo bien?

Por un momento creí que Luca se estaba preguntando si aquel hombre era E.

—Sí, todo bien —respondí yo, un poco agitada todavía—. El inspector ya se iba.

Gabriel, desinflada también de golpe su determinación, asintió y se dirigió en silencio a la salida.

—Sí, ya me iba —dijo.

Lo acompañé a la puerta y traspasé el umbral junto a él sin pensarlo. Sin saber, sin sospechar siquiera que con mis últimas palabras iba a poner punto final a nuestra conversación. Meses después, aquellas palabras se acabarían convirtiendo en la única vía para recuperar esa parte de mi vida a la que no pienso renunciar.

Dije: Mi hija Tadea ha desaparecido. Está en peligro. Encuéntrela y podré contárselo todo.

Dije: Puedes irte, amiga.
Estuvo a punto de rechistar, pero insistí.

Aquella noche, tras la visita del inspector, aún me aguardaban dos desagradables sorpresas. La primera, un as que E se guardaba bajo la manga para lanzarlo sobre el tapete en el momento más idóneo para él, el más inconveniente para mí.

La noticia estaba en todas partes. En telediarios, magazines informativos y demás programas morbosos de televisión. En la prensa digital y en tantas publicaciones de redes sociales que casi resultaba increíble que quien acaparaba tanta atención no fuera, como Micky Romera, una influencer. ¿El motivo de tal impacto? Una foto. Una más que desagradable instantánea que se había filtrado y hecho pública antes incluso de la llegada de las autoridades.

Al principio la llamaron «la mujer del congelador». Más tarde, «la mujer del congelador» pasó a ser una simple coletilla usada para acompañar al nombre de la víctima, hallada desnuda y encogida, con la garganta seccionada y la cabeza machacada a golpes, con la piel teñida de carmesí y los pies y las nalgas sumergidos en un charco de sangre y agua, en tan singular ubicación.

Rita Carrasco, la mujer del congelador.

Rita Carrasco. *Mi* Rita.

Luca se había topado con la mala nueva mientras esperaba en un restaurante a que le prepararan la cena que había encargado para llevar.

Sí, era ella. Era Rita. Asesinada de la más cruel de las formas. Oculta desde quién sabía cuándo dentro de un arcón congelador que alguien —*alguien*— había abandonado cerca de un área recreativa en Paracuellos de Jarama.

¿Por qué no me había contado nada de eso el inspector? ¿Por qué no me había dicho que el cadáver del congelador —supuse que se trataba del mismo cadáver que le mencionaron en la comisaría minutos antes de que yo saliera pitando de allí— era Rita? ¿Había sido por ella por lo que la mujer policía se había quedado en la escalera, hablando con los vecinos del bloque? ¿Casaba mi perfil con el de una asesina capaz de matar a su asistenta del hogar y abandonarla en un congelador en medio del campo?

Ya van dos, me dije. Dos muertes con las que era demasiado fácil relacionarme. Y mientras lo que iba aconteciendo parecía indicar que Elena Maldonado Usier, la famosa psicóloga, una de las mujeres más influyentes del país según la revista *Forbes*, era una asesina, yo permanecía paralizada. Tadea seguía desaparecida, así que, ¿qué me importaba a mí lo demás? Yo ya ni siquiera era aquella mujer que estaba a punto de caer en desgracia. La desgracia se había apoderado de mí por completo hacía rato.

Perdí la noción del tiempo. Recuerdo que Luca encendió el televisor una vez se hubo asegurado de que el inspector se había marchado. La casualidad quiso que quien apareciese en la pantalla fuera el marido de Rita, el mismo que se había presentado en casa preguntando por ella. Lloraba como un crío pequeño y repetía sin parar que ya sabía él que a su mujer le había pasado algo, que ella jamás lo habría abandonado.

Me avergüenza reconocer que no sentí nada. Ni al verlo a él, ni al ver la foto de la pobre Rita, muerta dentro de aquel congelador. Viví la experiencia como si no me quedara nada dentro. Ni miedo, ni culpa, ni rabia. Nada. Sólo era capaz de pensar en una cosa: descansar.

—Venga, vete a la cama —dijo en algún momento Luca, que parecía haber notado que necesitaba olvidarme de lo que ocurría en mi mundo, aunque fuera por unas horas.

Me acompañó al dormitorio y, mientras me ayudaba a quitarme la ropa —así estaba de anulada—, me contó que tenía guardia, lo que significaba que, a menos que llamara a un compañero para que la cubriera, tendría que marcharse en cuestión de una hora. Insistió varias veces en la posibilidad de quedarse.

Dijo: No quiero dejarte sola en este estado.

Su voz reflejaba genuina preocupación.

Me ayudó a recogerme el pelo en un moño y yo me encaminé, descalza y desnuda, hacia el baño. Esquivé mi reflejo en el espejo y fui directa a darme una ducha. Abrí el grifo y aguardé a que el agua se calentara.

Pensé: ¿Quieres quedarte sola?

Y me di cuenta al instante de que en aquel momento era un saco de contradicciones. Detestaba la idea de no tener a Luca cerca. Sentía que la necesitaba, sólo con ella podía permitirme el lujo de ser sincera. Sólo a ella podía mostrarle mi verdadero yo, vomitarle todo lo que me pasaba por la cabeza.

Me metí de pie en la bañera y alineé la hoja de vidrio templado de la mampara con el borde para evitar que se saliera el agua. Recuerdo que estuve un rato notando el agua caliente en los pies, apuntando

con la alcachofa al cristal, mirando a su través la imagen del baño, desdibujada a causa de las lágrimas del líquido transparente y el vaho. Luego, no sé cuánto tiempo después, colgué la alcachofa en su soporte y enterré la cara en la cálida corriente.

Si Luca se iba, si me dejaba sola, temía acabar explotando. O, peor aún, perdiendo el escaso resto de cordura que me quedaba. Sólo en una ocasión me había sentido de un modo parecido, y la cosa no acabó demasiado bien.

Sin embargo, necesitaba obligarme a pensar. Necesitaba concentrarme en aquella voz que me había susurrado al oído en el metro y que, días después, volví a escuchar por teléfono. Y me era imprescindible también identificar aquel sonido que había emergido de mi memoria, y que, estaba segura, guardaba relación con E. Y había algo más. Debía encontrarme a mí misma en medio del caos en el que llevaba semanas ahogándome. La Elena que tantos años y esfuerzo me había costado construir había desaparecido.

Cerré el grifo sin haber llegado a enjabonarme. Cuando me volví, me di cuenta de que había dejado el albornoz en la percha, junto a la puerta. Salí descalza y chorreando, con la piel de gallina a causa del frío, y me envolví en él sintiendo un alivio inesperado. El frío se fue aplacando poco a poco y la sensación de confort acabó de hundirme en el cansancio.

Al salir del baño encontré a Luca sentada sobre mi cama, hojeando la libreta que Sonia me había entregado. No nos dijimos nada, pero tuve la convicción de que ambas opinábamos lo mismo: fuera lo que fuese lo que había hecho, dondequiera que hubiera estado y cualquiera que fuese la razón de su peligrosa obsesión conmigo, los sucesos se explicaban en esas páginas. Y pese a saberlo, esquivé el tema. Me sentía incapaz de enfrentarme a esa libreta. Luca se dio cuenta y la dejó a un lado, ocultándola de mi vista con su cuerpo.

Dijo: ¿Estás bien?

Las dos supimos que acababa de hacerme una pregunta estúpida. Ni siquiera ella tenía aspecto de encontrarse bien.

Dije: Puedes irte, amiga.

Estuvo a punto de rechistar, pero insistí.

Dije: De verdad, márchate. Voy a estar bien. Lo único que necesito es descansar.

Unos segundos de silencio, un leve atisbo de duda en su cara llena de pecas y, finalmente, un asentimiento.

Luca se levantó, me dio un beso en la frente, me rodeó en un abrazo de esos que te hacen sentir arropada durante horas y salió del dormitorio. La libreta ya no estaba sobre la cama, así que supuse que

había preferido apartarla de mi vista. De mi alcance.

Yo me derrumbé en el colchón y estiré el brazo hacia la mesita de noche para coger la caja de madera.

—Ni hablar —me dijo desde el pasillo. Su voz sonó firme cuando entró de nuevo en el dormitorio—. Nada de marihuana. Esta noche vas a descansar de verdad.

Se sentó a mi lado, con su bolso en el regazo, y empezó a buscar algo. Unos segundos después sacó una cajita labrada que resultó ser un pastillero.

No soportaba los hipnóticos, me dejaban aún más planchada que el cannabis, y encima hacían que al día siguiente me encontrase lenta y resacosa, así que intenté negarme. Luca se mantuvo inflexible.

Dijo: Quiero noquearte. Que no pienses en nada. Que ni siquiera recuerdes lo que sueñes.

Al comprobar que aún había resistencia en mi semblante, recurrió a algo que suponía que no le fallaría.

Dijo: Hazlo por mí, por favor. Voy a estar mucho más tranquila en el hospital si sé que no te pasas la noche pendiente del teléfono.

Se dio cuenta al instante de que había metido la pata. Se me encendió la luz de alarma. ¿Y si llamaba Tadea? ¿Y si me necesitaba? Pero también eso lo atajó. Cogió mi móvil, en el que se acumulaban desde hacía horas los mensajes de Jaime —«Elena, ¿qué pasa? No entiendo nada», «Elena, llámame, por favor, estoy muy preocupado», «Elena...»—, lo puso frente a mi cara para desbloquearlo y trasteó un rato con él.

Al cabo de un momento, dijo: Listo. He activado el desvío de llamadas a mi móvil. Si nuestra niña llama, estaré yo para atenderla. Prometo no separarme del teléfono en toda la noche.

Sonreí levemente al oír «nuestra niña», y acepté. Sabía que había dicho aquello porque así lo sentía: Tadea era también un poco suya. Cogí la pastilla, me la metí en la boca y la tragué sin agua. Luego me arrebujé en la cama a esperar la implacable visita de Morfeo. Vladi se acurrucó a mi lado, como si olisqueara la promesa de un largo y gustoso sueño a mi lado.

Mi amiga se demoró un poco. La oí entrar al baño del pasillo. La cisterna del váter. El agua del grifo. Sus pasos alejándose. Un canturreo que creí ubicar en la cocina. El contundente sonido de sus pasos cuando se quitó las babuchas que solía ponerse en casa y se calzó sus zapatos. Y, para terminar, el ruido de la puerta. Al abrir. Al cerrar.

Sentí las brumas del sueño, el sopor en la musculatura y en la respiración cuando me envolvió el silencio. La energía que me

quedaba apenas me dio para alargar el brazo y apoyar la mano en la suave panza de mi gato. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de lo que iba a ocurrir un rato después, habría hecho todo lo posible para no sucumbir a la química del sueño.

Después, golpes. Y murmullos.
Y... Y creo que lo oí llorar.

—Elena. Elena, despierta.

Las palabras se abrieron paso a través de una densa niebla que no fui capaz de disipar. Todo era oscuridad.

Y aquella voz...

—Abre los ojos, querida.

Antes de notar las palmadas en la cara, un torrente de pánico emergió desde lo más hondo de mis tripas para morir, a modo de quejido silencioso, en algún punto de mi garganta.

¿Qué me pasaba?

El cuerpo.

No sentía el cuerpo.

Pensé: ¿Estoy atada? ¿Envuelta en algo que me inmoviliza?

Tomé aire y los pulmones se me llenaron con dificultad, como si el oxígeno que respiraba estuviera recubierto de metal.

Y la oscuridad. La oscuridad se rompía por momentos en un rojo denso y fugaz.

Mientras luchaba por moverme, por averiguar dónde me encontraba, oía sonidos a mi alrededor. Pasos. Cajones que se abrían y se cerraban. ¿El arrastre de un mueble?

Y el pánico.

Oía también el pánico saliendo a estertores por mi boca y mi nariz.

¿Era aquello una pesadilla?

Prisionera de mi cuerpo.

A merced de...

No. No era una pesadilla. Aquello que estaba sucediéndome era lo más real que me había pasado nunca.

Era él.

Sabía que era él.

—Elena, venga, por favor. Sé que puedes hacerlo. No es para tanto, ha sido sólo un pinchacito.

¿Un pinchacito?

¿Cómo que no era para tanto?

¿Qué me había hecho aquel malnacido?

Y de nuevo intenté gritar, pero no pude. Intenté escapar, pero mi

cuerpo se había convertido en una prisión. Mis músculos, pese a seguir donde siempre, parecían estar en huelga. Me sentía como un insecto atrapado en su crisálida. Y los ojos. Algo me ocurría en los ojos. Lo que veía no era simple oscuridad, pues percibía tonalidades y fogonazos. Eran mis párpados los que permanecían sellados. Tenía la sensación de que me habían puesto un traje de cemento hecho a medida. No podía moverme en absoluto y sin embargo sentía el peso de mi cuerpo. Por eso supe que estaba tumbada. Notaba la presión en el cráneo, la espalda, los glúteos, la parte trasera de las piernas y los talones. Estaba tumbada boca arriba, pero ¿dónde?

Sentirme de aquel modo, escuchar lo que ocurría a mi alrededor y no poder hacer nada, no ver nada... Eso era lo que más miedo me daba.

—¿Has tomado algo, Elena?

En medio del silencioso y paroxístico ataque de ansiedad que estaba sufriendo, la voz de E golpeó las cadenas de huesecillos de mis oídos y vibró con fuerza en el interior de mi cabeza.

¿Dónde?

¿Dónde había escuchado yo antes esa voz?

Y mientras me devanaba los sesos tratando de situar a E en algún momento de mi pasado, él seguía a mi alrededor.

—¿Qué es esto? —dijo.

Yo no sabía a qué se refería. Sólo adivinaba que él estaba a mi izquierda.

—Oh, mierda, Elena. ¿Por qué te has tomado esto? Si llego a saberlo...

¿Por qué me había tomado qué?

¿La pastilla?

¿Significaba eso que estaba en mi dormitorio?

¿En mi cama?

Oí un fuerte golpe que me encogió el corazón. Y luego noté el húmedo calor de mis lágrimas resbalándome en finos hilos desde la comisura de los ojos hacia el nacimiento del pelo.

—¡Qué contrariedad, Elena! Ahora no vamos a poder hablar.

Intuí que se acercaba. Luego me puso la mano en la frente, cerca de la nariz. Y su olor me resultó familiar. ¿Dónde? ¿Dónde lo había olido? Tuve una visión, como un flash. El mar. Gaviotas. La arena golpeándome en el rostro al caminar. Y luego, de nuevo, él tocándome. Y la angustia insoportable de querer evitar su contacto, de gritar pidiendo ayuda pero no poder hacerlo.

¿Qué coño me había hecho?

Seguía tocándome la cara. Al principio no entendí por qué, hasta

que logré vislumbrar su sombra y una luz al fondo. Estaba levantándome el párpado derecho.

—Vor vavor...

De mi boca emergió un ruego en palabras desdibujadas. Sílabas solapadas que apenas conformaron unos sonidos.

—Vor... vavor.

Y de nuevo la oscuridad.

De nuevo pasos a mi alrededor.

Creí oír las puertas y los cajones del armario. Los muebles del baño.

Sí, estaba casi segura de que seguía en mi habitación, tendida en mi cama.

—Tenía tantas ganas de volver a verte, Elena. Llevaba tanto tiempo soñando con este momento... Bueno, quizá el reencuentro no es exactamente el que yo soñaba, aunque tampoco está mal, ¿no crees?

Su voz sonaba cada vez más presente.

Se acercaba a mí con parsimonia.

Primero me pareció oírlo a unos metros.

—Sabía que estaba mal, que rompía mis propias reglas, pero cuando me crucé contigo aquella noche no pude resistirme. Yo... debía acabar con la Mujer Viento y largarme de allí, sin embargo tú... Tú eras especial. Tú eras...

Luego lo percibí más cerca.

—Tú eras todas las músicas a la vez. Todos los soles y las lunas. Todos y cada uno de los veranos.

A un palmo.

—Tú eras la verdadera razón de la aventura. El destino me condujo hasta ti. ¿Cómo iba yo a llevar la contraria al destino?

En mi oído.

—Tú tenías que sacarme del pozo de brea, y en cambio...

Se alejó con brusquedad soltando un gruñido.

Después, golpes. Y murmullos.

Y... Y creo que lo oí llorar.

—Vor vavor...

Yo, cada vez más nerviosa, tuve que recordarme que debía seguir respirando. No sabía con qué me había drogado, pero parecía no llevarse demasiado bien con la pastilla de Luca. Mis pulmones trabajaban al mínimo. Me faltaba el aire, y la ansiedad y el llanto entorpecían el avance del oxígeno hacia donde tenía que llegar.

Inspiré despacio y traté de concentrarme en dejar de luchar contra mi propio cuerpo. En detener el insoportable impulso de salir huyendo. Había intentado mover las manos, las piernas y los pies una

y mil veces, sin éxito. Mi cerebro parecía mandar las señales, pero las señales no eran obedecidas. Y eso me hacía perder una energía que necesitaba. Aprovechando que E parecía estar a lo suyo, me concentré en la respiración, en calmarme. Ni siquiera así lo logré. Él regresó para reventar cualquier atisbo de control dentro de mi cabeza.

—Tienes una hija maravillosa, ¿lo sabes?

Sus palabras me rajaron el alma.

Y la rabia surgió de algún lugar de mi interior.

Intenté una vez más abrir los ojos, pero fue en vano.

Empezaba a perder de nuevo los nervios, mi respiración volvió a agitarse con violencia, tanto que sentí que me desvanecía a causa de la falta de oxígeno, pero de pronto fui consciente de un detalle importante: E había dicho «tienes», no «tenías».

¿Significaba eso que Tadea estaba viva?

Decidí agarrarme a esa famélica esperanza. Decidí que si aún existía la posibilidad de abrazar otra vez a mi hija, debía aguantar lo que fuera con tal de salir viva de aquella situación. Y decidí prestar más atención a sus movimientos. A cualquier palabra que pudiera salir de su boca.

Por alguna razón, E iba y venía. No estaba pendiente de mí. Buscaba algo, y yo sospechaba que ese algo era la libreta. ¿Por qué no la había encontrado todavía? ¿Dónde la había guardado Luca?

Se demoró un rato, que no soy capaz de acotar, recorriendo el piso entero, abriendo y cerrando puertas y cajones. Maldiciendo.

Hasta que dejó de buscar y entonces centró absolutamente toda su atención en mí. Reparé en que mi cuerpo se inclinaba un poco hacia la izquierda cuando él apoyó su peso en el borde de la cama.

Elena, cálmate. Todo va a salir bien, me dije, pero no logré convencerme.

Acercó mucho su boca a mi oído y empezó a cantar.

—«*With or without youuuuu*...». ¿La recuerdas? Sonó en nuestra primera cita. ¡Es nuestra canción!

Sí, *nuestra canción*, cuyo título aparecía en la tercera página de la libreta que él había estado buscando sin parar. ¿La habría encontrado al fin?

Luego noté su mano en mi frente, en mi nariz y mi boca. Dos de sus dedos abriéndose hueco entre mis labios y jugando con mi lengua.

—Vor vavor.

No pude evitar que el llanto me brotara de nuevo. Concentré toda mi energía en apartarme, pero sólo sentí un leve espasmo en el cuello. Y mis ojos... Ahora prefería que mis ojos permanecieran cerrados. No quería verlo. No soportaba la idea de guardar en la retina lo que E me

estaba haciendo.

Me respiró. Hundió su nariz y su boca en mi cuello e inspiró profundamente mientras me recorría con la punta de los dedos las clavículas. Mientras apartaba el edredón que me cubría. Mientras me abría el albornoz y me amasaba los pechos.

Luego se apartó, dejando atrás, en mi piel, su húmeda y caliente huella, y advertí el peso de su cuerpo a mi lado, reptando en paralelo al mío.

Emití un gemido rasgado cuando noté la presión de sus manos en las piernas, ascendiendo hacia las caderas.

Lloré de angustia. Y de rabia. Intenté decir no.

No.

No.

No.

No.

¡No!

¡Muérete, cabrón!

Pero la pesadilla acababa de empezar.

Sus manos abrieron sin dificultad mis piernas y...

¡Oh, joder!

Luego sentí su peso sobre mí.

Y su boca y su lengua en mi boca.

Y la presión en mi sexo.

Y un dolor en lo más profundo de mi ser.

—¿Recuerdas nuestra primera noche, Elena? ¿Cómo se llamaba aquel sitio?

Háblame. Sí, háblame, por favor. Cuéntamelo, pensé con desesperación al notar sus embates, al sentir el angustioso calor de sus gemidos en el cuello.

—La Tribu... Oooh... Sí, se llamaba La Tribu.

Me asaltó un súbito flash. Una calle empedrada. Una fachada encalada con mesas altas y taburetes junto a una puerta. Dentro, muros gruesos y grandes ventanas de madera. Rojas... Rojas las paredes.

—No quisiste decirme tu nombre. Te pregunté... Oooh... Te pregunté por qué y me respondiste con una sonrisa. Dijiste que para eso debíamos tener una cita. Oooh...

Sigue, por favor. Sigue hablando.

Si hubiera podido, lo habría dicho en voz alta —¿No quise decirle mi nombre? ¿Por qué?—, le habría rogado que me hablara de nuestro primer encuentro, que me detallara cómo era aquel sitio, de qué cosas hablamos, qué edad teníamos cuando nos conocimos...

Pero nada de eso hizo falta. Me dio lo que necesitaba sin necesidad de pedirlo.

—Te juro que no sabía que la Mujer Viento era tu amiga.

Tras aquella frase, su voz, el perturbador sonido de la canica rodando por el suelo y cayendo por las escaleras, el mar y las gaviotas..., todo cuadró de pronto en mi cabeza. Y una imagen, la de mi amiga Linda, mirándome con cara de decepción, alejándose de mí por la orilla, en aquella playa tarifeña, horas, puede que minutos, antes de desaparecer, me devolvió hasta el último de los recuerdos que habían permanecido sepultados durante años.

Mis párpados permanecían aún cerrados, sin embargo logré abrir al fin los ojos al pasado. Miré a la cara a aquel joven zalamero y locuaz que se presentó ante mí como Ernesto y le juré para mis adentros que si no me mataba aquella noche, cometería el mayor error de su vida.

Y entonces, cuando hube conseguido lo que me hacía falta, mi exhausta maquinaria cerebral dijo basta.

Se hizo de nuevo la oscuridad.

Tadea, cambio de planes. Vengo de ver a tu madre.
Prepárate, pequeña. ¡Ha llegado la hora de abrir esa puerta!

Prisa.

Prisa.

Prisa.

Recuerdo que me despertó el timbre del teléfono fijo y que tuve que obligarme a no gritar. También recuerdo que lo primero que hice fue romper a llorar. Me lancé a una suerte de viaje por la memoria en compañía de las lágrimas: desde el presente en el que mi vida entera y mi integridad física y moral habían saltado por los aires, hasta aquel verano de casi veinte años atrás, durante el que mi pesadilla parecía haber comenzado. En el centro de mis pensamientos, mi querida y añorada amiga Linda. Fue un llanto breve y rabioso, cargado de culpa, que estoy segura de que me ayudó a evitar el shock por lo que acababa de pasarme. En cuanto fui consciente de ello, de que lloraba, de que corría el riesgo de perder el control, de perderme, me obligué a tragarme el llanto. Bloqueé todas las emociones susceptibles de frenarme y me abrí de par en par al odio, a la cólera, a la prisa. Sólo así podría salir de allí.

Tardé bastante en conseguir mover todo el cuerpo. Primero el cuello. Luego los brazos y las piernas, las manos y los pies. Sentarme sobre la cama fue un gran y doloroso hito. E podría haber seguido en la casa, oculto en alguna habitación, pero ni se me pasó por la cabeza ir a comprobarlo. Me bullía la urgencia. Tadea palpitaba con fuerza en mi interior.

Me levanté con dificultad. Lo primero que noté fue la humedad en mi sexo y, una vez más, tuve que ahogar el brote de llanto. Me dije que aquello no importaba, que lo único apremiante era encontrar a mi niña. Por supuesto, aparté todas las dudas que me atormentaban. ¿Cómo iba a dar con ella si lo único que tenía eran recuerdos? ¿Cómo iba a encontrarla sin el verdadero nombre de mi asesino, sin la más remota pista de dónde podía haberla escondido?

El dormitorio y el piso en general eran un completo caos. E lo había registrado todo a conciencia. Localicé unas bragas en el suelo y me las puse, teniendo cuidado de recoger con la tela cualquier resto de semen que me hubiera podido resbalar por los muslos. A continuación me vestí con lo primero que encontré, con la rapidez que mis extenuados músculos me permitieron, y entré en el baño para

coger la pequeña bolsa de aseo que guardaba en uno de los cajones y que sólo usaba en los viajes. Me dolía todo el cuerpo y me parecía que alguien me hubiera rellenado el cráneo con un saco de agujas. Avanzaba dando tumbos, golpeándome con todo, pero no podía darme el lujo de parar. Tadea estaba en peligro.

Pensé: Date prisa.

Prisa.

Prisa.

Prisa.

Me instaba a pensar más rápido, a trazar un plan en tiempo récord. Y para ello precisaba concentrarme, razonar con frialdad, meter la olla a presión que era mi mente en un congelador imaginario.

¿Qué venía a continuación? ¿Qué más me hacía falta?

Me dirigí al salón con obligada y espasmódica lentitud, rogando para mis adentros que Vladi estuviera sano y salvo. No había ni rastro de él en el piso.

Encontré mi bolso, con todo su contenido desperdigado por el suelo, junto a la puerta de la entrada. La bolsa con los objetos de E había sufrido la misma suerte. Al agacharme, la tensión en los músculos de las piernas fue demasiado para mí. Tuve que sentarme en el suelo y arrastrarme para recoger lo que suponía que iba a necesitar. La cartera, el móvil —con la pantalla rota, pero encendido y aún con el desvío de llamadas activo—, el libro *La importancia de llamarse Helena* y... Y nada más. No cogí nada más del suelo porque, al inclinarme para agarrar un bolígrafo, me di cuenta de que algo pendía de mi cuello.

Dije: Hijo de puta.

Supe enseguida que aquél era su último regalo y que no había sido improvisado. Un pañuelo, de seda a juzgar por el tacto, con el típico estampado de los saris que visten las mujeres en la India. Fui consciente en ese momento de hasta qué punto es delicado revelar tus más secretos deseos, tu más tierna interioridad, a alguien a quien no conoces de nada. La noche, unas horas nada más, que compartimos, lo único que no le dije fue mi nombre. El resto se lo conté todo. Que acababa de doctorarme en psicología y que había terminado harta de los experimentos con ratones y los laberintos en los que los introducía para medir patrones de comportamiento. Que estaba pasando las vacaciones en Tarifa con mis mejores amigas antes de tener que tomar decisiones importantes. Que no quería volver a casa. Que, si pudiera elegir, si no me importara tanto el bienestar de mi padre, me habría largado con mi amiga Linda ese mismo día con rumbo a la India. «¿Por qué la India?», me preguntó. «¿No es allí adonde van quienes se

sienten completamente perdidos en el mundo occidental?», respondí yo.

Y ahí estaba el pañuelo, como última referencia a mis anhelos revelados. Lo que no lograba entender era el motivo que lo había llevado, tantos años después, a provocar mi desgracia, a poner en riesgo la vida de mi hija.

¡Tadea!, pensé.

Y retomé el movimiento.

Me colgué el bolso en el antebrazo de la escayola y me arrastré hasta el sofá para levantarme apoyándome en él. Luego me dirigí a la cocina, saqué del congelador el bote en el que había guardado la mano de Micky Romera y lo metí en el bolso, junto al resto de las cosas. Si lo que el inspector me había dicho era cierto, la policía tarde o temprano acabaría entrando en mi casa. Por nada del mundo podían encontrar la mano allí.

Tras aquellas breves pero agotadoras maniobras sentí que me faltaba el aire. El insoportable dolor de cabeza no remitía. Lo único en lo que podía pensar era en regresar a la cama. De pronto el sueño me atacó, un tipo de sueño que conocía —conozco— demasiado bien. Ya he hablado de ello: cuando tengo un problema, uno gordo, de los de verdad, mi cuerpo me pide que cierre los ojos y duerma. Sólo así puedo pensar, prepararme a conciencia para lo que tenga que llegar. Sólo así puedo dar paso a la verdadera rabia. Al movimiento. Sin embargo, aquél no era momento de parar, no podía permitírmelo. Sopesé perder unos minutos de mi preciado tiempo para prepararme un café bien cargado, pero deseché la idea de inmediato por miedo a que la cafeína alterara la composición de mi sangre. Un temor estúpido, quizá, pensándolo ahora, pero en aquel entonces me pareció la peor de las ocurrencias.

Dediqué unos segundos más a valorar si necesitaba llevarme algo más y, cuando decidí que ya lo tenía todo, me colgué el bolso en el hombro izquierdo y me encaminé con la lentitud que se había instalado en mi cuerpo hacia la puerta de la calle.

Me quedé paralizada al oír voces al otro lado.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo así? Esta tía no es tonta, joder. Mira lo que hizo contigo ayer.

Pese a los susurros, la voz resultaba inconfundible. Era la compañera del inspector, y él estaba a su lado.

—¿Qué hizo conmigo ayer? —preguntó Gabriel—. Dime, ¿qué hizo?

—Te manipuló. Te hizo dudar.

—Su hija ha desaparecido. No mintió en eso.

—¿Que no mintió? ¿Cómo sabes que esa chica no está muerta también?

Se me encogieron las tripas al oír aquellas palabras.

Hubo un silencio. Luego, el inspector volvió a hablar. Tuve que esforzarme para oírlo.

—Te doy dos opciones: o cierras la boca y respetas mis decisiones o...

—Yo sólo digo que traemos la orden de registro —lo interrumpió ella—. Coincido contigo en que hay demasiadas cosas que no cuadran, pero hagámoslo bien. Entremos ahí, cumplamos con nuestro deber, y después que te cuente lo que quiera.

—La segunda opción, si no respetas mis decisiones —insistió el inspector—, es largarte de aquí ahora mismo.

Y sonó el timbre. Y yo me quedé muy quieta, incluso aguanté la respiración.

—Gabriel, por favor.

—¿Qué? ¿Te quedas o te vas?

De nuevo silencio al otro lado de la puerta. Y, también de nuevo, el timbre.

Desconozco si la subinspectora decidió quedarse o marcharse. Por mi parte, yo estaba demasiado concentrada quitándome los zapatos y caminando, con todo el sigilo posible, hacia el pasillo. Fue entonces cuando oí a Vladi en algún lugar del piso. Lo busqué con la mirada, ansiosa por dar con él, y cuando por fin lo localicé supe que había encontrado una salida.

¿Qué me falta?
¿Qué coño me falta?

No sabía de cuánto tiempo disponía. El inspector y su compañera acababan de marcharse. Un móvil había sonado al otro lado de la puerta, y después de unos segundos de murmullos se hizo el silencio en el descansillo. ¿Habían ido a dar una vuelta o estaban tendiéndome una trampa? Por si acaso, decidí no entretenerme.

Lo más complicado fue deshacerme de la escayola. No podía hacer aquello en mi estado y con un solo brazo útil, así que decidí que el yeso me sobraba. Primero lo intenté con varios cuchillos. Luego con tenazas y alicates. Finalmente me acordé de la segueta que años atrás había tenido que comprarle a Tadea para un trabajo de artes plásticas. Estaba en lo más profundo del altillo de su dormitorio, en una bolsa que olía a colegio y a infancia. Casi diez minutos y un buen puñado de cortes después, mi brazo, dolorido, entumecido y delgado, quedó libre.

Lo siguiente fue mi atuendo. Antes de salir del dormitorio de mi hija cogí varias cosas de su armario: unos pantalones anchos y rajados, un jersey marrón de la talla XXL, unos calcetines de rayas, unas zapatillas de colores imposibles con gruesas suelas de goma, de esas que suelen usar los skaters, y una mochila negra enorme.

Me desnudé en el pasillo y lancé todas las prendas, salvo la ropa interior, al caos de mi dormitorio. Tenía las bragas empapadas de semen y restos de sangre. Me las quité y las metí en una bolsa de plástico que había rescatado del suelo. Sentí el deseo de meterme en la ducha para eliminar todas las huellas que E había dejado en mí, pero decidí que ya tendría tiempo para eso. Debía largarme de allí cuanto antes. Me puse ropa interior limpia y las prendas de Tadea —hacía años que vestíamos la misma talla, pero nuestros estilos eran tan diametralmente opuestos que jamás se me había ocurrido tomar prestado nada suyo— y me coloqué frente al espejo. Apenas me reconocía. Perfecto.

De vuelta en la cocina, volqué el contenido de mi bolso en la encimera y comencé a guardar mis cosas en la mochila. Me demoré más de lo que me habría gustado tratando de decidir si debía llevar el móvil conmigo o no. No sabía cómo, pero estaba casi segura de que E

lo había utilizado para vigilarme. Y no me cabía duda de que el inspector lo usaría también para intentar localizarme cuando me dieran por desaparecida. Por huida, más bien. Me pregunté si en el teléfono había algo que me comprometiera ante la policía, y concluí que no. Con un poco de suerte, cuando finalmente hicieran efectiva la orden de registro, los técnicos de la científica lo analizarían a fondo y acabarían encontrando los e-mails que E había borrado de mi cuenta de correo. Lo dejé, enchufado a la corriente, sobre el brazo del sofá. El desvío de llamadas seguía activo, así que era importante que siguiera encendido por si Tadea daba señales de vida.

Pensé: ¿Qué me falta? ¿Qué coño me falta?

Y dije: Dinero.

Me dirigí con ansiedad en el pecho y parsimonia en los miembros a mi dormitorio. Saqué los cajones del lado izquierdo del armario y, al fondo, en la pared, localicé lo que buscaba: la caja fuerte que mandé instalar cuando compré y reformé el piso. Dentro había dinero en efectivo —mucho— de un pago en b que me hicieron cuando vendí las propiedades de mis padres. Llevaba tanto tiempo ahí que casi lo había olvidado. Es lo que ocurre cuando el dinero no es un problema. Lo cogí todo, seis sobres preñados de billetes, una cantidad que era un misterio para mí. De regreso a la cocina, hice una última parada en el cuarto de la colada. Necesitaba un objeto contundente, y no se me ocurrió nada mejor que el martillo que guardaba en la caja de herramientas y que jamás había utilizado. Me lo encajé entre la cinturilla del pantalón y la cadera, para tenerlo a mano.

De nuevo en la cocina, metí los sobres en la mochila, me la colgué a la espalda, me subí a la encimera y abrí la ventana. Me pareció inútil detenerme a calibrar las prestaciones que mi drogado y agotado cuerpo podía ofrecerme, así que respiré hondo, me agarré con fuerza al marco de la ventana, apoyé los pies en la estrecha cornisa que unía la cocina de mi piso con mi despacho y, precedida de mi gato, comencé a desplazarme lentamente, con el cuerpo pegado a la fachada del edificio y la mente clavada en el único motivo capaz de impulsarme a hacer tamaña insensatez: salvar a mi hija.

¿Dónde estabas, Elena?
¿Qué estabas haciendo?

«La veo caer, Lena. La veo caer y no puedo hacer nada para evitarlo».

Hoy he vuelto a tener ese sueño. Un sueño que nunca me perteneció y que, sin embargo, ha acabado pareciendo tan mío que a veces dudo que fuera Lola quien lo soñó por primera vez.

Siempre empieza igual. Paseamos por una especie de terraza en un centro comercial. Tadea, con apenas dos años, corretea feliz. Se nota en lo errático y torpe de sus movimientos que está cansada y necesita una siesta, por eso mismo se empeña en huir del carrito y se aleja cada vez más de mí.

El espacio es extraño. A nuestra derecha, una hilera interminable de escaparates de tiendas de ropa y decoración. A nuestra izquierda, el suelo se interrumpe a modo de balcón. La única separación entre la superficie sobre la que caminamos y la caída de más de veinte metros hasta la planta inferior es una baranda de vidrio. Yo aún no me he dado cuenta, pero entre la baranda y el firme que pisamos, unos metros más adelante, hay una grieta, un espacio lo suficientemente amplio para el cuerpo menudo y despreocupado de una niña de doce kilos.

Cuando lo descubro, Tadea camina, ajena por completo al peligro, con los brazos en alto y dando pequeños saltitos, hacia el abismo. Intento avisarla, pedirle que se detenga, pero mi boca no emite sonido alguno. Tampoco logro avanzar ni un palmo, pese a que trato con todas mis fuerzas de lanzarme hacia ella para agarrarla a tiempo. Consigo arrojar el carro a un lado y ponerme en movimiento cuando ya es demasiado tarde. Su cuerpo acaba de desaparecer ante mis ojos. Y me descubro de pronto aferrada a la baranda, viéndola caer, constatando, ebria de pavor y angustia, la implacable cercanía del suelo.

Si creyera en el más allá, pensaría que es Lola quien me envía ese sueño, que es ella quien, a través del único mundo en el que aún seguimos conectadas, el onírico, me obliga a vivir una y otra vez su pesadilla para recordarme que le fallé. Que no protegí a nuestra niña.

Y lo peor siempre llega al despertar, cuando la consciencia de que lo que acabo de experimentar es un sueño no elimina la realidad.

Aquella mañana, tras recorrer con el cuerpo maltrecho la cornisa que separaba mi piso de mi despacho y verme obligada a romper la ventana con el martillo, fui directa al hospital. Tenía que hablar con Luca, pedirle que me examinara, que me hiciera una analítica, que me proporcionara una de esas jodidas píldoras del día después. Aunque no fue ésa la razón principal. Necesitaba ver a mi amiga, que me abrazara y me dijera que todo iba a salir bien. Que me ayudara a encontrar la forma de localizar a Tadea con la poca información que tenía sobre E.

Bajé del taxi a rastras y al verla, nada más traspasar las puertas automáticas de urgencias, me sentí desfallecer.

Dije: Luca.

Pero no me oyó. Cruzó a toda prisa la amplia recepción con el móvil en la oreja.

Repetí: Luca.

Y creo que me caí redonda allí mismo.

Cuando abrí los ojos un buen rato después, me encontré tendida en una camilla, en una sala que no se parecía en nada a una habitación de hospital. La estancia era muy pequeña. A mi derecha había una estantería repleta de bolsas transparentes con lo que me parecieron uniformes desechables. También había cajas con material médico-quirúrgico.

Estaba sola, con el torso desnudo, salvo por el sujetador, y el brazo izquierdo enganchado a un gotero. En el bote vi una etiqueta amarilla con las letras invertidas en la que leí: «Fisiológico. Suero de irrigación».

Suero de irrigación. ¿Estaba deshidratada?

Dije: ¿Luca?

No obtuve respuesta.

Aparté a un lado la sábana que me cubría y me levanté con cuidado de no enganchar el tubo del gotero. Llevaba aún los vaqueros puestos. Miré a mi alrededor y enseguida localicé la mochila negra en el suelo. Caminé hacia la puerta con movimientos mucho más ágiles que unas horas antes, y al girar el pomo advertí que estaba cerrada.

Miré de nuevo a mi alrededor, intentando entender quién y por qué me había dejado allí. ¿Había sido Luca o estaba de nuevo a merced de E?

La puerta se abrió de golpe y me empujó hacia atrás, y caí, asustada, de costado sobre la camilla. Sentí un agudo tirón en el antebrazo y luego una creciente humedad. La cánula, sujeta únicamente con una fina tira de esparadrapo, había salido volando y

un abundante reguero de sangre brotaba de la vena.

—Mierda —dijo Luca—. ¿Estás bien?

Se apresuró a agarrar un paquete de gasas de una caja de la estantería y taponó la herida con un par de ellas.

Creo que en ese momento sufrí un amago de shock. Permanecí quieta y en silencio, en la misma postura en la que había caído, mirando a Luca detener la ridícula hemorragia de mi brazo.

La impresión se desvaneció apenas unos segundos después. Aún sin decir nada, terminé de subirme a la camilla y me senté en el borde para no entorpecer la cura.

Dije: ¿Qué pasa, Luca? ¿Por qué estoy aquí?

Me miró a la cara y supe al instante que algo no iba bien. Parecía a punto de romper a llorar. Entonces me cubrió con una gasa doblada y un trozo de esparadrapo la minúscula herida y me abrazó.

No fue el abrazo de consuelo que yo esperaba, el que había ido a buscar con desesperación al hospital. Aquel abrazo no decía: «Todo va a salir bien». Aquel abrazo decía: «Lo siento».

—Llevo dos horas tratando de dar contigo. He llamado varias veces al teléfono fijo y... Y luego ha llegado la policía y... No sé cómo coño te he encontrado antes que ellos. Te están buscando, Elena.

Apoyé las manos en sus hombros y la aparté de mí para mirarla a la cara. Tenía los ojos rojos y le temblaban los labios. Su piel parecía más blanca que nunca. Sus pecas, más abundantes e intensas.

Dije: Luca, ¿qué ha pasado?

Una lágrima le resbaló por la mejilla y se precipitó al suelo.

Dijo: Tadea ingresó en urgencias a las siete y cuarto de la mañana con un grave traumatismo craneoencefálico. Sus constantes vitales...

Dije: ¡No me hables como un médico, joder! ¡Háblame como mi amiga!

Respiró con ansiedad y, en medio del llanto, me lo contó todo.

Tadea había saltado desde un balcón. Al caer había rebotado en la luna delantera de un coche. Luego dio contra el suelo. Intentó protegerse con los brazos, pero el impacto en la cabeza fue... considerable. Cuando la policía acudió al lugar, enseguida vio el ventanal abierto y los agentes subieron al piso. No había ni rastro de un posible agresor, pero sí un cadáver: el de una señora mayor. Mi tía Eloísa.

No podía creerlo. ¿Tadea había estado allí todo el tiempo? ¿Por qué no se me ocurrió ir a comprobarlo? ¿Por qué no...?

—La policía cree que has sido tú. Recibí una llamada desviada desde tu móvil. Un tal Gabriel te estaba buscando.

—Es el inspector de homicidios —dije.

—Sí. Me preguntó por ti, quería saber dónde estabas. ¿Dónde estabas, Lena? ¿Qué estabas haciendo?

Las palabras de Luca me atravesaron el corazón como la más poderosa de las puñaladas, pero me obligué a no tenérselo en cuenta. ¡Joder! Si hasta yo comenzaba a dudar de mí misma.

Dije: ¿Cómo está?

Luca no respondió al principio. Clavó sus ojos verdes en los míos y yo le aguanté la mirada.

Me dije: Sé fuerte, Lena. Ahora más que nunca, sé fuerte.

E insistí: ¿Cómo está mi hija, Luca?

Y habló al fin, retirando su inquisidora mirada de mí.

Dijo: Mal.

Dije: ¿Se recuperará?

No dijo «Sí». Tampoco dijo «No». En su expresión, no obstante, leí la respuesta más probable.

Pensé: Vale. Estoy sola. De lo contrario, mi amiga no me estaría tratando como a una enemiga.

Y dije: ¿Vas a delatarme?

Luca reaccionó como si acabara de darle un guantazo.

Dijo: ¿Qué? ¡No! ¿Por qué crees que...?

No podía enfrentarme a esa pregunta. Habría sido emocionalmente devastador para mí decirle que sus dudas y su desconfianza me habían abierto en canal. Así que la interrumpí.

Dije: El gotero. Antes de ponérmelo, ¿me sacaste muestras de sangre?

Ella respondió avergonzada.

Dijo: Sí.

Lo siguiente que dije la confundió.

Dije: Perfecto. Busca algún tipo de anestésico, algo que combinado con la benzodiazepina que me diste anoche haya anulado por completo mis músculos. Entrégale los resultados al inspector. Y...

Bajé de la camilla y me acerqué a la mochila, abrí uno de los bolsillos laterales, saqué la bolsa con mis bragas manchadas de semen y sangre y se la tendí.

Dije: Y dale esto también.

Luca lo cogió con cuidado.

Dijo: ¿Qué es?

Dije: El ADN de E.

Luego me quité el esparadrapo que Luca me había puesto para terminar de cortar la hemorragia y caí en un detalle importante.

Dije: Luca. La libreta. No la he encontrado en casa. ¿Te la llevaste anoche?

Se le iluminó fugazmente la cara, como si tras haberme ofrecido tanta desconfianza y tanto rechazo por fin tuviera la oportunidad de resarcirse, aunque sólo fuera un poco.

Dijo: Espera aquí.

Y salió de la sala.

En cuanto se cerró la puerta, cogí la sábana de la camilla, la hice una bola entre las manos y me la llevé a la boca para ahogar en ella un grito que llevaba esperando salir demasiado rato. Sequé con la tela las lágrimas que se me habían acumulado en las cuencas de los ojos y me recompuse enseguida.

Cuando regresó Luca, yo ya tenía el jersey puesto y la mochila preparada.

Dijo: Me la traje para hacer unas copias, por si podía ayudarte a descifrarlo. Toma, llévatelo todo.

Me alargó la Moleskine, con las hojas un poco amarilleadas por los años, y un fajo de folios con fotocopias de su contenido ampliado.

Dije: Sólo quiero la libreta. Dale las copias también a Gabriel y dile que, en cuanto pueda, le haré llegar el original.

Luego me colgué la mochila a la espalda y me dirigí hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Luca, con el llanto atragantado en las palabras.

Yo respiré hondo antes de responder.

—Primero voy a ver a mi hija.

—¿Y después?

—Después... Después pienso acabar con E.

Aquel anuncio salió de mi boca cargado de convicción. Ya había matado una vez y volvería a hacerlo. Sólo que entonces... Entonces estaba dispuesta a causar a mi víctima el mayor de los sufrimientos.

SÉPTIMO

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE (H)ELENA

Eso significa…
Eso significa que…

No pude despedirme de ella.

Al salir de la sala en la que Luca me había protegido de ser descubierta, tomé conciencia de pronto de dos cosas. Una: corría el riesgo de que me atraparan. No me cabía duda de que la policía andaba por el hospital, así que debía tener mucho cuidado. Dos: no sabía dónde estaba Tadea. Pensé en dar media vuelta para preguntárselo a Luca, que aún seguía allí dentro, pero preferí no hacerlo. Si mi hija se encontraba en estado crítico, supuse que estaría en la Unidad de Cuidados Intensivos. Por ser su madre quizá habría podido verla sin problema, pero presentarme allí habría sido un suicidio. Así que lo intenté de otra forma.

Me colé en un baño y cerré la puerta. Saqué de la mochila la pequeña bolsa de aseo que había cogido de casa y rebusqué en ella. Había poca cosa: cepillo y pasta de dientes, un cepillo plegable para el pelo, un pequeño bote con tres compartimentos para llevar tratamiento facial para varios días, un iluminador, máscara de pestañas, un lápiz de ojos marrón oscuro, un pintalabios rojo que jamás había llegado a usar, brillo labial y un pequeño espejo de estilo polvera. *Bastará*, me dije. Saqué la máscara de pestañas, el lápiz de ojos y el pintalabios rojo sin estrenar. Abrí el espejo y me di unos toques de maquillaje. El resultado me pareció excesivo, creo que jamás me había visto tan llamativa. Y el contraste con mi piel blanca y los ojos hundidos por el estrés y el cansancio era demoledor. Con todo, aún no había acabado. Me froté los ojos con los puños, tratando de imitar el efecto que tenía en la cara de Tadea acostarse por la noche sin desmaquillar —muchas mañanas se iba al instituto con restos de rímel del día anterior— y con el lápiz de ojos marrón ensombrecí el rojo con el que había teñido mis labios. Lo último fue despeinarme. Tengo el pelo extremadamente liso, así que para dejarlo con el deplorable aspecto que buscaba necesité ir separándolo por mechones y frotándolo con ambas manos hasta enredarlo. Listo. Lo que conseguí, lejos de asemejarme a una adolescente rebelde, fue más el aspecto de una cuarentona con alma de hippie mezclado con el de una sintecho. ¿Bastaría? No podía saberlo. Aunque yo apenas me

reconocía con aquella cara y aquella ropa sacada del armario de mi hija.

Localicé la ubicación de la UCI en el directorio de la entrada principal y me encaminé hacia allí.

Es curioso lo rápido que una se acostumbra a tener que pasar desapercibida. Cada vez que me cruzaba con alguien por los pasillos hundía de forma instintiva la cabeza entre los hombros o me volvía para fingir que miraba algún cartel. Avanzaba con premura, con la cabeza gacha, sintiendo el roce de los amplísimos vaqueros y viendo aparecer y desaparecer mis pies, tan extraños para mí enfundados en aquellas deportivas con plataforma. A lo largo de estos meses han sido numerosas las ocasiones en que he comprado y desechado ropa, y numerosas también las veces que me he visto obligada a moverme de un sitio a otro de forma precipitada. Sin embargo, esas prendas aún hoy siguen teniendo un hueco en mi equipaje. Las llevo dobladas con mimo, guardadas en una bolsa de plástico para que no pierdan nunca el aroma de mi niña. Cuando tengo un mal día —y he tenido muchos— las cojo y hundo la cara en ellas para recobrar el ánimo, para recordarme que estoy donde estoy y que hago lo que hago por y para ella.

Al afrontar los últimos metros que me separaban de la entrada de la UCI, y mientras rumiaba cómo iba a apañármelas para deslizarme dentro sin ser vista —había sanitarios entrando y saliendo continuamente—, tuve que superar una prueba de fuego con la que no contaba. Me pilló por sorpresa. Las puertas automáticas se abrieron y Gonzalo apareció tras ellas con el móvil en la mano. Mi pecho pareció de repente inundado por una manada de búfalos desbocados y tuve que hacer un enorme esfuerzo por no quedarme congelada allí mismo, en medio del pasillo. Creo que reaccioné así no sólo por el hecho de habérmelo encontrado sino también —y puede que sobre todo— al advertir el efecto que había obrado en él lo que le había pasado a nuestra —sí, *nuestra*, de los dos— niña. Parecía diez centímetros más bajo. Y veinte años mayor. Asimismo, tuve la certeza de que había estado llorando.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo. Quizá me vio sin verme. Quizá tenía la cabeza tan en otro sitio que ni llegó a darse cuenta de que alguien, yo, caminaba hacia él. La realidad es que no me reconoció. Nuestros hombros casi se tocaron cuando nos cruzamos, él dobló la esquina y se perdió.

Necesité unos segundos para recuperarme de la conmoción. Luego, sin pensármelo dos veces, aproveché que las puertas volvieron a abrirse gracias a que salía una pareja de celadores empujando una

camilla —«¿Qué habitación le han asignado a este señor?», «La ciento seis», «Pues a la ciento seis»— y me colé en aquel micromundo poblado únicamente por personas que se debatían entre la vida y la muerte y sanitarios dándolo todo para que la balanza se inclinara en favor de la vida.

No había familiares por ningún lado, por lo que deduje que había concluido la hora de visitas y que no tardarían en echarme. La busqué por todas partes, a toda prisa, en aquel laberinto de respiradores artificiales, bombas de infusión, monitores de signos vitales —*bip bip bip*...— y desfibriladores.

—Señora, lo siento, no puede estar aquí —oí decir a mi espalda.

Me volví desesperada.

Dije: Por favor, me han avisado de que Tadea Bru Garza ha tenido un accidente grave y que está aquí. Soy... Soy su tía. He perdido el móvil y no consigo localizar a su padre. Sólo necesito saber si está bien. Por favor, dígame si está bien y me voy.

Ante mí, una enfermera con pinta de estar a punto de jubilarse. Su postura era firme y segura, el gesto de su cara, por suerte para mí, compasivo.

Dijo: ¿Es esa chica que cayó desde un balcón?

Dije: ¡Sí!

Dijo: Lo siento mucho. Han tenido que llevársela al quirófano, su estado es crítico.

Dije: Eso significa... Eso significa que...

Dijo: No puedo contarle más. Vaya a buscar al padre, lo he mandado a la sala de espera. Estará allí.

En ningún momento se me ocurrió acudir a la sala de espera para hablar con Gonzalo. Sin embargo, el azar quiso que, sin pretenderlo, pasara por delante. Frené en seco al oír su voz al otro lado de la enorme pared de vidrio que separaba el pasillo y la estancia donde los familiares aguardaban con angustia noticias de sus enfermos. Estaba acompañado. Primero lo oí a él —«Siento mucho lo ocurrido, Gonzalo»—, luego a ella —«¿Se ha puesto en contacto con usted? ¿Sabe dónde podríamos encontrarla?»—. El inspector y su compañera. Recorrí el perímetro de la sala con la cabeza gacha, agradeciendo la ancha banda translúcida que lo recorría y que, supuse, estaba ahí para preservar la intimidad de quienes se veían obligados a permanecer largas horas en la estancia, y me interné en otro pasillo para evitar pasar por delante de la puerta arriesgándome a ser vista.

Desde aquel día, Tadea me acompaña como un fantasma. A veces, su sombra se presenta ante mí como la adolescente enérgica y contestataria que era, como aquella joven en cuyo comportamiento y

férrea defensa de sus convicciones se intuía la semilla de una gran mujer. O como aquella cría de siete años, enfadada y asustada, que tuvo que decir adiós demasiado pronto a su verdadera madre y que, pese al enorme dolor, a la dantesca pérdida, supo hacerme un hueco en su corazón.

Otras veces su fantasma es un cuerpo delgado e indefenso postrado en la cama del hospital, invadido por tubos y vías que lo alimentan e hidratan. Un ente borroso sumido en la quietud y el silencio, acosado a perpetuidad por el terror, por el horror sufrido antes de lanzarse al vacío.

Y pese a que esta visión de ella es la que más me atormenta, doy gracias por que, de momento, se haya quedado ahí.

Eso... Eso puedo soportarlo.

Al menos por ahora.

El sueño…
La recarga de la rabia.
La inminencia del movimiento.

Los recuerdos de los días posteriores a mi gran caída permanecen aún hoy envueltos en brumas y salpicados de lagunas. Sé que cogí un taxi al salir del hospital. Que ese taxi me llevó a Méndez Álvaro. Que en la estación me subí a un autobús que se dirigía al sur y que me apeé poco después de atravesar Despeñaperros, aprovechando la parada de descanso. Me había visto obligada a identificarme al comprar el billete y temí encontrar a la policía esperándome en mi destino.

Para aquel entonces, mi cara estaba ya en todas partes. Y el juicio mediático en torno a la famosa psicóloga asesina en paradero desconocido, en pleno auge.

Como digo, sobrevuelan las brumas en la memoria de lo ocurrido durante aquellas primeras jornadas de huida, sin embargo tengo muy presente el sueño. Aquel sueño insoportable que había vuelto a atraparme en cuanto puse un pie fuera del hospital. Pero no podía permitirme cerrar los ojos. No de momento. No hasta haber logrado encontrar un lugar seguro donde ocultarme.

El escondite apareció muchas horas después de conseguir localizar al taxista del pueblo jienense en el que había abandonado el autobús y convencerle para que me llevara doscientos kilómetros más al sur. Me dejó en otro pequeño pueblo donde, preguntando y sacando de lo más hondo de mí un encanto y una palabrería que ya daba por perdidos, logré que un vecino llamara a otro vecino que estaba dispuesto a alquilarme por días un piso a las afueras. Con una transacción económica a la vieja usanza, sin documentación de por medio.

Cuando por fin tuve mi guarida, me metí en la ducha para eliminar de mi cuerpo los restos de E y me eché a dormir. ¿Cuánto tiempo? Lo ignoro. Lo único que sé es que al despertarme hallé algo nuevo en mi interior.

Al despertarme sentí la recarga de la rabia.

La inminencia del movimiento.

El local está casi vacío. Sólo tres hombres en la barra, cada uno a lo suyo. Ernesto, uno de ellos, lleva un rato esperando, con un botellín de cerveza entre las manos, sentado en el extremo derecho. Elena acaba de entrar, se dirige hacia él. Cruza fugazmente una mirada con el camarero antes de tomar asiento junto al hombre que la aguarda. Ernesto no la saluda. Da un trago a su cerveza y mira al frente. Sonríe y asiente con la cabeza.

—Vaya, este sitio no ha cambiado nada en los últimos años. No sabes cuántas veces he evocado en mi memoria nuestro primer encuentro en La Tribu. ¿Lo recuerdas? Empezamos hablando aquí, en la barra. Luego nos trasladamos a aquella mesa para tener más intimidad.

—Sí, sí que lo recuerdo.

Sólo cuando escucha su voz se vuelve para mirarla. Elena permanece impasible ante el gesto.

—Te favorece el negro. Lo que no sé es si me gustas más con el pelo largo o como lo llevas ahora, corto como el de un chiquillo. Y también veo que has empezado a maquillarte. Eso no me gusta. Lo detesto, de hecho.

Ernesto da otro trago a la cerveza y pide, elevando el botellín hacia el camarero, que le sirva otra. La música suena suave, apenas un susurro en comparación con el ruido que emiten el trajín del barman y el arcón nevera que hay al otro lado de la barra.

—¿Vas a tomar algo?

—Una copa de vino tinto, por favor.

El camarero les sirve lo que han pedido, junto a un bol de palomitas.

—Pero, bueno, no hemos venido aquí a hablar de tu aspecto. Reconozco que me has sorprendido. Los regalos, los mensajes, las canicas... Aunque, entre tú y yo, también me ha dado un poco de miedo.

—¿Tú? ¿Miedo?

—Sólo un poco.

—¿Por qué canicas?

—Dímelo tú.

—La noche que te llevaste a Linda...

—La Mujer Viento.

—En su habitación había un cuenco decorativo con canicas negras.

Fueron a parar al suelo.

—Y me eché un puñado en el bolsillo. Entonces no sabía que las guardaba para ti. ¿Y tú? ¿Por qué canicas blancas?

—Para sacarte de quicio, supongo.

—¿Tenías a alguien siguiéndome?

—A varias personas.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El que consideré necesario.

Ernesto vuelve a clavar su mirada felina en el rostro de Elena. No queda rastro de zalamería en su expresión. Y, de nuevo, ella permanece impasible.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo me has encontrado tan rápido? A mí me llevó casi veinte años dar contigo.

—Dinero.

—Sí, claro. Dinero. Un recurso con el que yo no contaba.

—Y contactos. Y un motivo mucho más poderoso que el que te movió a ti.

Ernesto hace como si no la hubiera oído.

—El truco de la libreta... Eso estuvo bien. Eso...

Da un rabioso golpe en la barra con el puño.

—Eso estuvo mal.

—¿Cuánto tardaste en darte cuenta de que era una falsificación?

Ernesto clava de nuevo la mirada en los ojos de quien cree que es su presa. Se palpa la tensión, está a punto de saltar.

—¿Dónde está mi libreta, Elena?

Ella no responde. Coge la copa de vino, apoya el borde sobre los labios y da un pequeño sorbo. Uno de los tipos que estaba sentado en el extremo opuesto de la barra se levanta en ese momento. Al principio parece que va al baño, pero se detiene junto a la columna, sin perder de vista lo que ocurre. Lleva algo en la mano.

—Devuélvemela y, si te portas bien conmigo, no volverás a verme en tu vida.

—Ni en sueños, Iván.

Al oír la respuesta de Elena, su verdadero nombre emergiendo de su boca, Ernesto se lanza contra ella. Sin embargo, no llega a tocarla. Algo se lo impide. Un fuerte golpe en la banqueta donde está sentado lo arroja contra el suelo. Lo inmovilizan de inmediato de pies y manos. Sobre su cuello, una rodilla.

Ernesto, la verdadera presa, se remueve inútilmente tratando de escapar. Hasta que oye los pasos de Elena e instantes después sus zapatos se detienen frente a su cara. La oye decir «Gracias». Luego se arrodilla junto a él y se inclina hasta poner el rostro a la altura del de

Ernesto.

—Mírame, Iván. Que me mires, te digo.

Él obedece.

—Mira. En esto me has convertido.

Ernesto se revuelve cuando ve la jeringuilla en la mano de Elena, pero no puede evitar lo inevitable. La aguja se hunde en su brazo y segundos después pierde el conocimiento.

Para mi presa,
el plan resultó ser también perfecto.

El bar llevaba cerrado casi dos años, pero conseguí dar con el dueño del local. Con la excusa de celebrar una fiesta muy especial, me permitió disponer de él una semana entera. Como contrapartida, un único y generoso pago en efectivo antes de la entrega de las llaves. No pidió fianza —le pagué más que suficiente— ni garantía alguna —cosas de los pueblos, supuse, o de la gente demasiado confiada—. Puede que la explicación sobre el motivo de la fiesta, aderezada con intensas y falsas dosis de ilusión, le bastara.

El lugar estaba prácticamente igual. Un poco más viejo, con más telarañas y polvo y con los estantes vacíos, nada que no pudiera arreglarse con un lavado de cara y una visita al supermercado. Después de todo, estaba organizando una fiesta. ¿Quién iba a extrañarse al verme comprando litros y litros de alcohol y llenando de nuevo los estantes? Para la gente del pueblo, yo estaba haciendo algo de lo más romántico: recuperar el antiguo aspecto de La Tribu para darle una sorpresa en nuestro vigésimo aniversario al hombre de mi vida —sin duda, lo había acabado siendo— en el lugar donde lo conocí. Para mi presa, el plan resultó ser también perfecto. El local parecía estar abierto y en pleno funcionamiento, y el invierno —primeros de un lluvioso marzo—, temporada baja en aquella pequeña localidad costera, explicaba que sólo hubiera dos hombres sentados a la barra. El camarero no era el de veinte años atrás. *¿Un traspaso del local? Por supuesto, ¿qué otra razón si no?*

He de reconocer que a mis *amigos* les pareció un poco excesiva la idea. Estaban más acostumbrados a acechar y sorprender de forma violenta y contundente, pero les había pagado bien —había invertido en ellos casi todo lo que me quedaba—, muy por encima de lo que solían cobrar en la Costa del Sol por presentarse de buena mañana en cualquier lugar público y acribillar a balazos a su objetivo, o por secuestrar, matar, descuartizar y abandonar a sus víctimas, dentro de una maleta, en cualquier cuneta. Supieron entender al pie de la letra mis necesidades: superioridad física en caso de que la cosa se pusiera fea para mí, o su presencia como simples figurantes a la espera de la señal, en caso de que todo marchara según lo planeado. En definitiva,

se dieron cuenta enseguida de que les estaba pagando por su paciencia y su tiempo. Y, por supuesto, por su silencio.

Lo que no resultó tan fácil fue atraer a E. Pero eso sucedió mucho antes.

—¿Te la llevaste tú?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Yo sólo buscaba pasarlo bien con tu tía.

—Asesinarla a golpes contra el suelo, ¿a eso lo llamas tú pasarlo bien?

—No seas mojigata, Elena. En el fondo sabes que te hice un favor. Esa anciana adorable estaba perdiendo la cabeza y el día menos pensado, querida, podría haberle contado a cualquiera lo que hiciste aquella noche.

—¿Qué hice aquella noche? ¿Lo sabes?

—¿Que si sé lo que hiciste? Por supuesto que lo sé. Descubrirlo fue una de mis mayores alegrías. Fue como pensar: Joder, tío, no te has equivocado. Es la mujer de tu vida. Luego pasó lo que pasó entre nosotros y... Una lástima lo de Sonia, ¿no crees? Ella no merecía la muerte. Tú se la provocaste. Pero ¿a ti te parece normal? Tú y ella conspirando contra mí. Con lo bien que me porté con esa chica. No me la follé ni una sola vez. Ni una. Era un poco idiota, la pobre. Que si la habían violado en la época del instituto, que si su novio le pegaba... ¡Ya ves! Un culebrón de los buenos. Y el niño... Una lástima lo de ese niño.

—¿Cómo llegó Tadea a casa de Eloísa, Iván?

—¿Qué? ¿Cómo quieres que lo sepa? Te repito que tu hija estaba allí. Así de simple. Aunque, no voy a negarlo, me dio un subidón brutal verla al otro lado del pasillo. Si hubiera podido, habría enmarcado la expresión de su cara cuando me descubrió *jugando* con tu tía en la cocina.

Dijo: ¿Estás bien? ¿A salvo?
Dije: Sí. Por ahora.

Algo que aún me sigue atormentando es imaginarme a Tadea en casa de mi tía. ¿Por qué fue allí? ¿Por qué la eligió a ella como refugio? ¿Tan dolida estaba? ¿Tan irreversible era el odio que me tenía?

Entiendo que se negara a regresar a casa. Incluso puedo comprender que no quisiera acudir a su padre; después de todo, nunca quiso estar con él. Además, yendo a su casa me lo habría puesto muy fácil para localizarla. Pero ¿por qué no recurrió a alguien del instituto? ¿O a Luca? Luca y ella estaban muy unidas, y sé que mi amiga habría sabido encontrar un punto intermedio entre mi angustia y la necesidad de mi hija de permanecer fuera de mi alcance.

Aunque supongo que lo que más me pesa es no haber sido capaz de contemplar, por mínima que fuera, la posibilidad de que estuviera en casa de Eloísa. Tras aquel bofetón, Tadea se había marchado envenenada por el rencor. ¿Qué mejor venganza por su parte que ampararse en la única persona con quien sabía que yo no aprobaría que buscara cobijo? Seguro que una madre de verdad habría intuido tal ataque de rebeldía.

Y quizá por eso aquélla fue la primera pregunta que le hice a E: necesitaba escuchar de su envenenada boca que Tadea jamás habría ido allí por propia iniciativa, que la llevó a casa de mi tía después de secuestrarla. Que yo, una buena madre, no tenía por qué haberlo sospechado. Pero antes de eso, antes incluso de tenerlo sentado a mi lado en La Tribu, tuve que averiguarlo todo sobre él.

Lo primero fue ponerle nombre, para lo cual el principal escollo fue a quién llamar para que me ayudase. Al principio dudé entre Silvio —mi antiguo y fiel asistente, a quien le estaré eternamente agradecida por haberse hecho cargo de Vladi— y un detective. Deseché al primero para evitar ponerlo en un aprieto. Estaba a punto de llamar a un investigador privado que había encontrado por internet cuando, de casualidad, vi en televisión algo que me dejó sin palabras.

—Yo sólo digo (y sé que vais a volver a lanzaros contra mí cuando pronuncie estas palabras) que, como cualquier otra persona en una situación similar, a Elena Maldonado hay que concederle el beneficio de la duda. Pero, claro, como sube la audiencia, preferimos saltarnos

la premisa de la presunción de inocencia y decidimos crucificar a una mujer que, por disparatado que parezca, podría ser una víctima más.

Pronunciando aquellas palabras ante la cámara, rodeada de un puñado de periodistas carroñeros, un psicólogo forense con ansias de fama y demás fauna del *prime time*, Eva Orúe, la periodista que se había encargado de mis comunicados de prensa y de organizar todas las entrevistas surgidas tras la publicación de mi último libro. No me defendía, simplemente me otorgaba el beneficio de la duda, justo lo que me hacía falta. Eva era una potencial aliada.

Me hice con un primer móvil de prepago del modo más sencillo —y mezquino— del mundo, aprovechándome de un adolescente del pueblo de al lado: se lo compré por la suma de dinero exacta que necesitaba para comprarse un iPhone. También me abrí una cuenta de correo electrónico, entrando durante el horario de acceso a internet en la biblioteca municipal. Para cuando di por finalizada aquella primera y breve estancia tras mi huida de Madrid, Eva Orúe ya tenía un e-mail en su bandeja de correo. En el asunto escribí: «Llámame». En el cuerpo del mensaje anoté únicamente el número de teléfono de aquel chico.

Puede que me estuviera dejando invadir por la paranoia, pero hasta que no conseguí hacerme con un carnet falso —muchos pueblos después y pagando, estoy segura de ello, más de lo normal— y comprar un móvil de prepago que nadie pudiera rastrear, anduve acechando a adolescentes incautos con ganas de cambiar de móvil, o birlando teléfonos a dueños despistados y desechándolos al cabo de pocos días o pocas horas.

La primera conversación con Eva fue breve.

Dije: Eva, soy Elena. No me cuelgues, por favor.

Ni una sola palabra al otro lado.

Dije: No voy a darte explicaciones ni a tratar de convencerte de mi inocencia. Pero necesito que tires de contactos y averigües algo por mí. En el verano de 2002 desaparecieron dos chicas en el sur. Una, Linda, en Tarifa. La otra, días antes, en una localidad cercana. Me urge saber si ocurrió algo más, aparte de las desapariciones, que pudiera salir en prensa. Busco la identidad de un hombre alto, de pelo castaño y con los ojos claros. Decía llamarse Ernesto, pero sé que no es su verdadero nombre. Y también sé que no es mucha la información que tengo para darte, y que ni siquiera debería estar hablando contigo. No quiero que te metas en un lío por mi culpa, pero no tengo a nadie más a quien recurrir.

Eva permaneció en silencio en todo momento. La imaginé al otro lado de la línea, con su cortísimo cabello plateado y sus ojos claros fijos en algún punto del infinito, escuchando. Habló cuando yo di por

concluido aquel improvisado discurso, hasta la fecha, el más complicado de mi vida.

Dijo: ¿Estás bien? ¿A salvo?

Dije: Sí. Por ahora. Eva, yo...

Dijo: Lo haré, no te preocupes. ¿Podré localizarte a través de la cuenta de correo electrónico desde la que me has escrito?

Dije: Sólo durante los dos próximos días. Después contactaré contigo a través de una distinta, pero siempre sabrás a cuál escribir.

Dijo: De acuerdo.

Dije: Eva...

Dijo: Dime.

Dije: Gracias.

Dijo: Un abrazo, compañera.

Y colgó.

Al día siguiente recibí en el e-mail el recorte de una noticia. En ella, el nombre y el rostro de mi asesino: Iván Fernández Melero.

Le tenía.

El resto lo dejaría en manos de profesionales: un investigador privado de escasa reputación para localizarlo y un fabuloso trío de sicarios napolitanos, recomendados por el propio investigador, para ayudarme a atraparlo.

Lo de los regalos fue surgiendo poco a poco. Un ejemplar de la obra de teatro *La importancia de llamarse Ernesto.* Una falsificación impecable a primera vista —a segunda vista, con cambios efectuados con toda la malicia del mundo— de su querida y añorada libreta, para hacerle sentir el subidón de haberla recuperado e, inmediatamente después, la mayor de las cóleras al saberse estafado. Y unas cadenas, las mismas que llevaría puestas hasta la muerte tras nuestro segundo y último encuentro en La Tribu.

¡Ah! Y las canicas blancas. Un detalle sin importancia que me pareció de lo más apropiado.

—Te felicito, Elena. Todo esto que has montado es... ¡impresionante! Me has dejado sin palabras. La verdad, yo no habría escogido un lugar mejor. El punto justo de humedad. El punto justo de suciedad. El punto justo de todo. ¿Y qué me dices de la decoración? ¡Me encanta la decoración! Sobre todo las fotos. Tu amiga Linda y tu hija salen preciosas. A la otra no llegaste a conocerla, ¿verdad? Mi pequeña Cleopatra... Fue mi primer gran amor, ¿lo sabías? ¿Dónde la encontraste? Ah, sí, claro, la prensa. ¿O te la dio algún familiar? Ya no me sorprende nada de ti. Eres capaz de todo, ¿verdad, Elena? Te crees muy listilla.

Ernesto ha perdido peso, tiene el pelo apelmazado y una sombra negra en la barba. Está sentado en un camastro, justo frente a la puerta. Un tintineo metálico ameniza cada uno de sus movimientos. A unos dos metros de él, el límite marcado por las cadenas que aprisionan sus tobillos, Elena localiza un cubo en el que, supone, ha ido depositando sus desechos corporales. Él la mira fijamente, feliz por su visita, y habla despreocupado, como si nada de lo que lo rodea le afectara. Elena permanece junto a la puerta.

—Sólo hay una cosa que echo en falta. Mi libreta. ¿La has traído? Daría lo que fuera por tenerla en las manos, por volver a saborear sus hojas. Si hubieras prestado atención a la libreta, sabrías que en ese altar que me has improvisado faltan fotografías. *Muchas* fotografías. Ah, claro, no ha de ser fácil averiguar, de entre los cientos de chicas desaparecidas en los últimos años, cuáles me pertenecen y cuáles no, ¿verdad?

Dos metros hacia delante, eso es lo que avanza Ernesto, dando lentos y breves pasos, antes de que las cadenas marquen con un tirante crujido que ha llegado al tope. Da un chasquido con la lengua al notar el latigazo y continúa hablando.

—Supongo que sabrás que tú estás en la tercera página. Y eso que, cuando te conocí, me juré que jamás acabarías ahí. Tú eras... Tú eres distinta, Elena. Tú eres de mi misma especie.

Elena cambia el gesto al oír esas palabras. Por un momento parece que va a decir algo, sin embargo permanece en silencio.

—Pero te fuiste. Me dejaste plantado. Y me arruinaste la vida. Seguro que te enteraste de lo que pasó. Por tu culpa perdí los nervios y le di una paliza a un chaval, un mierda con granos al que había visto en una gasolinera y que tuvo la mala suerte de aparecer justo en el

instante en que lo único en lo que podía pensar era en ¡agarrarte por el cuello y reventarte la cabeza contra el suelo! Dijeron... En fin, dijeron que había estado a punto de matarlo. Me cayeron cinco putos años por tu culpa. ¿Y sabes qué, Elena? Que de tenerlo todo, pasé a ser un apestado. Sólo mi madre, que en paz descanse junto a los gusanos, se dignó a ir a verme. Mis amigos, mis compañeros de trabajo, el bufete del que pronto habría acabado siendo socio accionista... Mi carrera se fue a la mierda mientras tú seguías adelante y te construías el tipo de vida que yo siempre quise tener.

—Eso que dices es una estupidez. Durante años no tuviste ni la menor idea de cómo era mi vida.

A Ernesto se le ilumina la mirada al escuchar la voz de Elena.

—¿Y tú qué sabes? ¿Es que también has averiguado cómo te encontré?

—Dime dónde están esas chicas.

—¿Qué? No pienso responder a eso. Además, seguro que ya lo has descubierto.

—Dímelo o me largo. Y no volverás a verme.

—Elena...

—¿Dónde están?

—¿Sabes qué? Tengo una idea mejor. Vamos a calmarnos, a sentarnos y a hablar de cualquier otra cosa menos, cómo decirlo, dolorosa.

Ernesto se vuelve y, al dar el primer paso hacia la cama, tropieza con las cadenas y se cae al suelo. Se queja por el dolor y un ridículo llanto de desesperación emerge de su garganta. Cuando mira hacia atrás para comprobar la reacción de Elena, la descubre apoyando la mano en el pomo de la puerta, dispuesta a marcharse.

—¿Adónde vas?

—Ya te lo he dicho. Si no hay respuestas, me marcho.

—No. No me dejes solo. Quédate conmigo, por favor. He pasado mala noche, la cama no es muy cómoda que digamos. Y... Y tengo sed. ¿No tendrás agua por ahí? Ya ni siquiera sé cuántos días llevo aquí encerrado. ¿Es un sótano? ¿Dónde estamos?

Elena abre la puerta, se asoma hacia el exterior y coge algo: una bolsa de papel abultada.

—¿Es comida? También tengo hambre. Y aún me duele la cabeza. ¿Qué fue lo que me inyectaste?

—Es comida, sí. Y agua. Aquí dentro hay hamburguesas, patatas y un par de botellas de agua mineral. ¿Lo quieres?

—Sí, claro que lo quiero. Acércamelo. Y el agua, sobre todo el agua, por favor.

—Pues dime cómo puedo dar con esas chicas.

—¡Venga ya, joder!

El cuerpo de Ernesto se agita con violencia y se precipita hacia Elena. Se cae de bruces al suelo cuando los grilletes tiran de sus tobillos. Ante su protesta, Elena hace amago de marcharse.

—¡No-no-no-no! No te vayas, te lo suplico.

—Dime cómo encontrarlas. Cómo coño descifro lo que escribiste en el cuaderno.

—Está bien, está bien.

Ernesto se levanta y se recoloca la camisa metiéndola con cuidado por la cinturilla de los pantalones; cuando se ajusta el cinturón, las crestas de sus caderas se marcan bajo la tela. Se pasa los dedos por el pelo antes de hablar.

—Son coordenadas. Todo lo que hay en esas páginas son coordenadas.

—¿Una sola ubicación por página?

—No. Varias. En concreto, siete puntos geográficos por cada una de ellas. La cabeza siempre al final.

Sonríe al escucharse. De pronto parece haber recobrado el cruel humor que siempre lo caracterizó.

—Serás hijo de puta...

Elena no puede disimular la rabia e, incapaz de controlarlo, se le escapa un breve llanto.

—¡Oh, venga! ¿Ahora me vienes con ésas? Las chicas, las chicas, las chicas... Pobrecita, tu amiga. ¿Cómo se llamaba?

—Linda.

—Sí, eso, Linda. Para que te quedes tranquila, la cabeza de Linda se encuentra al final de la segunda página. ¿Te he dicho que era su cabeza lo que llevaba en la mochila la noche que me enamoré de ti?

—¡Serás cabrón!

—Aunque si lo que buscas son los pies y los brazos, creo que eso... A ver, déjame pensar. Lo estoy viendo como si fuera ayer: están en tercer lugar.

Elena se mantiene en pie junto a la puerta, con el cuerpo tenso y la cara impregnada de odio. No se marchará hasta tener todas las respuestas.

—No me mires así, has sido tú quien ha preguntado. Ya te he dicho que no era necesario.

—Lo he comprobado y los números no coinciden con coordenadas. No coinciden con nada.

—¡Pues claro que no coinciden! ¿Me tomas por idiota? ¿De verdad creías que iba a transcribir al pie de la letra las coordenadas? ¿Es que

no jugabas en el colegio a inventar palabras, a cambiar números por consonantes y vocales, a reírte de la profesora escribiéndole guarradas que no era capaz de descifrar? ¡Uf! Se me ponía la polla como una piedra jugando a aquello.

Tiempo. Se acabó el tiempo.

Elena deja la bolsa en el suelo y se vuelve hacia la puerta de nuevo, esta vez dispuesta a marcharse de verdad.

—¿Te vas? ¿En serio te vas?

—Sí.

—Elena, ¡venga ya! Lo nuestro no puede acabar así. Sólo nos tenemos el uno al otro. ¿Qué vas a hacer sin mí?

Elena abre la puerta y mira a Ernesto, el hombre que le ha destrozado la vida, a la cara.

—Me voy para dejarte morir en paz.

—¡No, por favor! Por favor, no te vayas. No me dejes aquí solo. Elena...

A continuación abandona el asfixiante espacio inundado de hedor a heces y cierra la puerta con llave.

—¡Elena! ¡Quítame las cadenas al menos! ¡Dame la oportunidad de salir de aquí por mis propios medios. —No obtiene respuesta—. ¡Hija de puta!

Las voces de Ernesto van perdiendo presencia conforme se aleja y sube por las escaleras.

—¡Elena! ¡Vuelve! ¡Aún no te he contado cómo logré encontrarte! ¡Elena, vuelve aquí! ¡Te mataré! ¡Juro que te mataré!

Antes de montarse en el coche en el que la han traído, mira hacia la nave abandonada que Luca compró para ella hace semanas y dice en voz baja:

—Ya no, Ernesto, ya no. No matarás a nadie más.

OCTAVO

CONTIGO

Les pedí que se apartaran
y me puse frente a la puerta.

El final se acercaba, por fin lo veía claro. Sin embargo, aún debía enfrentarme a la prueba más dura del camino. Llevaba tanto tiempo hundida en el abismo, sentía tan desdibujada mi identidad y tan agotadas las reservas de energía necesarias para afrontar aquella aberrante existencia marcada por la pérdida, que pensar en la esperanza, en la posibilidad de recuperar una vida de verdad me daba auténtico pánico.

Me recuerdo sentada en el asiento trasero de aquel taxi, obligándome a eliminar de mi mente las numerosas expectativas, los incontables escenarios que mi cerebro iba dibujando sin permiso debido a la ansiedad. Tenía tanto miedo que me obligué a desviar la mirada de la carretera y a refugiarme en lo ocurrido días atrás.

Regresar a Tarifa fue duro. No era mi primera visita desde el viaje con Luca, Lola y Linda, hacía casi veinte años, pero esperaba que fuera la última. Cuando concluyera lo que había ido a hacer, no me quedaría nada allí salvo nostalgia.

Por consejo de Luca, con quien hablaba cada semana, había comenzado por fin a recuperar mi aspecto, un aspecto parecido al de la Elena de antaño, pero con mucho menos dinero encima en ropa y complementos. Y la verdad es que me sentó bien volver a ser un poco *yo* antes de emprender el camino de vuelta. Pero lo que mejor me vino fue enfrentarme a las sombras de mi pasado.

Decidí alojarme en la misma casa que alquilamos aquel verano. Antes de entrar pensaba que no iba a soportar estar en aquel sitio. Me equivoqué. Fue allí, sentada a la mesa del dormitorio donde Linda durmió los últimos días de su vida, donde comencé a escribir esta historia. También fue allí donde, recordando las últimas horas que pasamos juntas, pude despedirme de su memoria.

Creo que nuestra última noche fue la única sin viento. La luna era una enorme moneda brillante que alumbraba la negrura del cielo y arrancaba para nosotras destellos plateados de la superficie del agua. Mientras Luca y Lola se desarmaban bailando en algún garito, Linda y yo habíamos optado por la calma. Estábamos sentadas en la orilla, sintiendo la cálida frescura del oleaje en nuestros pies. Éramos amigas

y nos queríamos con toda el alma, pero estoy segura de que el vínculo que más nos unía era el sufrimiento, y eso que nunca fuimos lo suficientemente valientes para confesarnos la una con la otra. Supongo que, a determinadas edades, cuando el corazón duele demasiado y ese dolor tiene poca solución, decir ciertas cosas en voz alta es contraproducente. Ella intuía que quien me hacía sufrir era mi madre, del mismo modo que yo intuía que quien le hacía daño a ella era su padre. Sospechaba que Linda había sufrido abusos no sólo por el modo en que se comportaba ante la presencia del culpable: detestaba a los chicos, a quienes jamás permitía que se le acercaran más de lo estrictamente necesario, y tenía pesadillas, inquietantes y abrumadoras pesadillas de las que yo había sido testigo en numerosas ocasiones.

«No puedo volver», me dijo aquella noche con el llanto asomando a la garganta. La razón: su padre había regresado a casa tras dos años de ausencia. Yo desconocía los motivos de su marcha y de su vuelta, lo único que sabía era que mi amiga se había sentido muchísimo mejor mientras no estaba y que desde que había recibido la noticia volvían a aparecer las pesadillas.

Me contó que tenía dinero ahorrado para empezar en cualquier sitio sin complicaciones y que ni siquiera le importaba dónde, pero que quería que la acompañara. «Contigo sería distinto», me dijo. Al escuchar su propuesta, me permití soñar despierta unos minutos. Nos imaginé corriendo juntas hacia la casa que habíamos alquilado aquella semana, cogiendo nuestras maletas y subiendo al primer autobús que saliera a la mañana siguiente. Y después de ese autobús, otro. Y otro. Y otro. ¿Dónde acabaríamos?, me pregunté. «La India», dije en voz alta, sin ser consciente de que con mi necesidad de soñar despierta alimentaba la necesidad de Linda de huir lejos y para siempre.

Mi situación no era comparable a la suya. Mi madre me odiaba, me machacaba, me castigaba, me culpaba por existir, por hacer odiosa su existencia. Sin embargo, ahí estaba mi padre siempre para poner límites, para hacer que el dolor fuera menos agresivo, menos irreversible. Yo lo tenía a él. Linda no contaba con el apoyo de nadie.

Al oír mi alocada idea de marcharnos a la India, mi amiga se emocionó tanto que comenzó a hacer planes. Podríamos recorrer Europa en autobús. ¿Y luego? ¿Por dónde pasaríamos luego? ¿Turquía? ¿Irán? ¿No sería Irán demasiado peligroso?

La interrumpí en cuanto me di cuenta de que ella hablaba muy en serio. «No puedo hacerlo, Linda. Mi padre no lo soportaría. ¿Y qué pasa con mi carrera? Tengo planes. Tengo... tengo aspiraciones».

Se volvió hacia mí con la mirada quebrada por el dolor. ¿Planes?

¿Aspiraciones? Justo lo que ella jamás podría tener si no lograba salir de allí.

Recuerdo la humedad de la arena bajo mis pies y su aspereza entre los dedos de las manos. Y recuerdo la suave brisa que se levantó cuando Linda se levantó y comenzó a caminar por la orilla de la playa alejándose de mí. La dejé marchar. Sola. Indefensa. Directa hacia las fauces de su asesino.

E la aguardaba en la misma habitación donde yo comencé a encadenar estas palabras, oculto entre las sombras. Se la llevó gracias a mí, gracias a que aquella noche me negué a participar en la aventura que le habría salvado doblemente la vida. Y yo me pregunto: ¿se me curará algún día la culpa?

Un frenazo me obligó a regresar al presente, al trayecto en taxi, a la puerta que en pocos minutos tendría que cruzar. Y como la angustia volvió a apoderarse de mí, a estrujarme los pulmones, me defendí de nuevo evocando mi reciente visita a Tarifa.

Pasé dos noches y un día allí. La primera noche fue para Linda. El día, para reencontrarme con los escenarios de aquel verano: la ventosa playa, las estrechas y laberínticas calles del centro y el eco de nuestras risas en cualquier parte. La segunda noche prendí fuego a mi pasado más inmediato y me liberé. Y al amanecer del segundo día, cuando, concluido lo que había ido a hacer, me encaminaba hacia la estación, rememoré el momento exacto en que mi vida sufrió su primer vuelco: mientras Luca, Lola y yo buscábamos por Tarifa alguna pista que pudiera llevarnos hasta el paradero de Linda, mi madre me comunicó en un breve mensaje de texto que mi padre acababa de fallecer de un ataque al corazón. El funeral se celebraría a las ocho de la tarde de ese mismo día.

Así fue como abandoné la búsqueda de Linda. Así fue como su ausencia quedó anclada sin remedio a la muerte de la que había sido hasta entonces la persona más importante de mi existencia: mi padre. Y así fue también como dejé plantado a un chico con el que había pasado una noche divertida, pero al que apenas conocía. Un chico que, casi veinte años después, había regresado para hacer saltar mi vida por los aires.

—¿Señora?

La voz del taxista me sacó del pasado y, nada más comprobar que ya estábamos en la puerta del hospital, mi corazón comenzó a desbocarse. Pagué con tarjeta, sin apenas ser consciente de lo que había costado la carrera, y me apeé del vehículo obligándome a controlar la respiración.

Me dije: Tú puedes, Elena.

Y empecé a coleccionar los pasos más trascendentales que daría jamás. Cuando hube avanzado unos cincuenta metros, una vez dentro del edificio, noté algo distinto en mi interior. Podría describirlo como un súbito brillo, como un suave aleteo o como... como un alegre tintineo. ¡Hacía tanto tiempo que no me sentía viva! Ni siquiera el miedo logró acallar aquello que había vuelto a palpitar dentro de mí.

Caminé cada vez más rápido y con más energía, con la rica ansiedad que anticipa el más deseado de los reencuentros. Subí corriendo las escaleras hasta la tercera planta y, al llegar al pasillo y encontrarme al inspector y a Luca aguardando en la puerta, me dije que ya habría tiempo de entregarle a Gabriel las pruebas que había ido guardando los últimos meses, y que Luca podía esperar a saber que E no volvería a ser un problema, que en mi visita a Tarifa había regresado a aquella nave abandonada y que, tras comprobar que allí sólo quedaban los restos putrefactos de mi asesino, prendí fuego al lugar.

Les pedí que se apartaran y me puse frente a la puerta, que estaba entreabierta. De pronto, pese a la excitación y la impaciencia, dudé. Volví a ser presa del miedo. ¿Sería capaz de reconocerme? ¿De perdonarme? ¿De volver a quererme? Pero el temor se esfumó de golpe cuando oí al otro lado unas palabras que creía que jamás volvería a escuchar.

—Mamá, ¿eres tú, mamá?

Aquellas palabras me empujaron a cruzar, por fin, la última puerta.

EPÍLOGO

Quiero que quede claro que no soy una asesina.

De todos modos, no sé si escribo esto para convencer a otros o para decírmelo a mí misma. E no fue la primera persona a la que le quité la vida. La primera vez que maté a alguien fue hace mucho tiempo, tanto que, después de lo vivido, las razones que me llevaron a hacerlo se le antojan insuficientes a la Elena en la que me he convertido. Sin embargo, aquella noche, cuando una llamada de Tadea, gritando al otro lado del teléfono, aterrada porque la abuela —no la de sangre, sino la postiza, una arpía aún más peligrosa que su verdadera abuela — se estaba muriendo por su culpa, sentí que algo dentro de mí acababa de hacer clic. Aquélla era la primera noche que la niña —*mi* niña— pasaba con mi madre, por petición expresa de Tadea, si no jamás lo habría consentido. Y esa primera noche, la niña —*mi* niña— tuvo que tragarse una buena dosis de lo que yo había sufrido desde la infancia, tan sólo dos meses después de haber perdido a su verdadera madre. «¡La abuela se muere, Lena! ¡La abuela se muere! Me ha dicho que no soporta más el daño que le hacemos, ¡que no se merece cómo la tratamos!».

Cuando llegué a su piso y vi a mi madre en el salón, tumbada en el sofá, y Tadea me contó que se había tomado una pastilla detrás de otra diciéndole a la niña —*mi* niña— que lo que hacía era culpa suya, no pude soportarlo. Cogí a Tadea de la mano y le pedí que tomara mi móvil, que se encerrara en la cocina y que, mientras yo intentaba reanimar a la abuela, llamara al 112. La obligué a pronunciar en voz alta la dirección para cerciorarme de que se la sabía de memoria y, cuando tuve claro que la niña no me oía, me puse manos a la obra.

Primero contemplé la escena. No se le había escapado ningún detalle. Iba vestida como una de esas viejas glorias de Hollywood que, antes de atiborrarse de pastillas, habían dedicado un buen rato a elegir un vestuario y un maquillaje acorde con su memoria. En el caso de mi madre —lo sabía bien, pues no era ni la primera ni la segunda vez que me enfrentaba a una situación como aquélla—, su objetivo era llegar con un aspecto impecable al hospital. Rímel *waterproof*, para que durante el enjuague digestivo no se le emborronaran los ojos de negro. Recuerdo que balbuceó algo mientras señalaba la mesa. Pensé que intentaba articular una de sus famosas frases: «¿Ves lo que me has obligado a hacer?», una de las expresiones comodín que me soltaba cuando, por haber sido una niña mala, me encerraba en un armario o

cuando, por haber sido una niña mala, me sentenciaba a pellizcarme a mí misma en la cara interna del brazo hasta que la carne quedara amoratada.

Junto a las pastillas había una botella de agua mineral. Y flotando en el ambiente, mi odio y mi rencor, mi cansancio y mi extrema necesidad de que todo aquello acabara.

Cogí un puñado de las pastillas y las cápsulas que ella misma había depositado sobre la mesa para asustar a la niña —*mi* niña—, la sujeté por el mentón y le llené la boca con ellas. Luego vertí agua con cuidado, creyendo que, como no se había inmutado antes, el resto sería igual de fácil. Cuando comenzó a revolverse no tuve más remedio que taparle la boca y la nariz para obligarla a tragar. Se resistió, pataleó y, a pesar de sus escasas fuerzas, logró arañarme en el brazo.

Media hora más tarde, los técnicos del 061 entraban por la puerta. Dado su historial de tentativas de suicidio, no se habían dado demasiada prisa. Y también dado su historial, nadie se percató del arañazo en mi brazo. Mientras la atendían, yo me dediqué a consolar a Tadea y a prometerle que nunca, jamás, volvería a vivir algo parecido.

Hasta que apareció E y, de nuevo, algo volvió a hacer clic dentro de mí.

Cuando regresan a mi mente mis dos asesinatos, me asaltan tantas dudas que prefiero bloquear esos pensamientos. Lo único que tengo claro después de lo vivido es que, por mucho que intente convencerme a mí misma de que no soy una asesina, si fuera necesario, volvería a matar. Es mi forma de dar respuesta a una pregunta formulada mil veces de mil formas distintas: ¿qué estarías dispuesta a hacer si...?

Por ella, cualquier cosa.

Un inquietante thriller con una premisa brutal: la vida de una reconocida terapeuta estalla cuando se ve atrapada en el macabro juego psicológico de un desconocido

Elena Maldonado, una prestigiosa psicóloga del barrio de Salamanca, recibe un mensaje en el que alguien asegura que va a asesinar a uno de sus pacientes y que ella tendrá que decidir cuál y cómo debe morir. Al principio le parece una broma pesada, pero pronto descubrirá que su anónimo titiritero conoce todos sus secretos y que, si no sigue las reglas del juego, su hija correrá un grave peligro.

La buena noticia es que Elena sabe cómo funciona la mente de las personas. La mala es que la crueldad de su acosador parece ser totalmente inhumana. ¿Quién es y por qué la odia tanto? ¿Desde cuándo la acompaña? ¿Acaso está compartiendo su día a día con un sádico asesino sin saberlo?

Clara Peñalver es escritora y asesora creativa. Nació en Sevilla el 23 de abril de 1983 y se considera muy afortunada por celebrar su cumpleaños en el día del Libro. Es licenciada en Biología por la Universidad de Granada, ciudad en la que vive y de la que se declara fervientemente enamorada. Es autora de *Sangre* (Premio a la Mejor Escritora Novel en el Festival Imaginamálaga 2010) y de los libros que forman la serie de Ada Levy (*Cómo matar a una ninfa*, *El juego de los cementerios* y *La fractura del reloj de arena*). Además, Clara publicado la colección «Hoy estoy...», una línea de libros muy diferente formada por títulos infantiles centrados en la creatividad y la inteligencia emocional. Asimismo, Clara Peñalver ha sido la presentadora de *La mitad invisible*, el programa sobre arte de RTVE. En Ediciones B ha publicado *Las voces de Carol* (2018), *Sublimación* (2021) y la presente novela, *La importancia de tu nombre* (2022).

Primera edición: noviembre de 2022

© 2022, Clara Peñalver
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez Oriol
Fotografía de portada: Trevillion © Magdalena Russocka

La canción citada en el capítulo segundo se titula «Zero», pertenece al grupo Smashing Pumpkins y está incluida en el álbum Mellon Collie & The Infinite Sadness de 1996.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6752-4

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: penguincrimen
Instagram: edicionesb_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La importancia de tu nombre

Primero. Un presente inesperado

Segundo. La importancia de llamarse Ernesto

Tercero. Dentro del laberinto

Cuarto. ¿Qué eres tú para él?

Quinto. La desaparición

Sexto. «With or Without You»

Séptimo. La importancia de llamarse (H)elena

Octavo. Contigo

Epílogo

Sobre este libro

Sobre Clara Peñalver

Créditos